EDURNE URIARTE

DIEZ RAZONES PARA SER DE DERECHAS

Y ATREVERSE A DECIRLO

Los españoles de izquierdas debaten sobre la identidad de izquierdas y se disputan su representación más pura mientras que los españoles de derechas apenas usan una palabra, «derecha», que evitan los líderes políticos e intelectuales y sustituyen por «centro». La izquierda es una marca de prestigio político y cultural. La derecha es una marca en permanente cuestionamiento. Millones de españoles tienen valores de derechas y votan a partidos de derechas, pero lo hacen en desafío a la moda dominante, a la corrección política y a la imagen negativa creada sobre la derecha por sus detractores.

Este libro responde a la anomalía de esa España de derechas sin concepto que la identifique y la explique. Existe una identidad de derechas que este libro desgrana en diez ideas, diez ideas que cuestionan las pretensiones de superioridad política y moral de la izquierda y que deben llevar al uso y generalización del concepto derecha en la vida cotidiana, en los medios de comunicación y en la política.

La derecha es el motor del cambio y de la modernización en las últimas décadas; la derecha es la reivindicación de la libertad en nuestro propio país y en el resto del mundo; la derecha es la defensa del libre mercado; la derecha es la reivindicación de la meritocracia, del esfuerzo, del mérito y de la responsabilidad. La derecha es la construcción de un Estado fuerte, con los instrumentos principales del Estado del Bienestar y con la defensa de la seguridad. La derecha es la asunción de un patriotismo sin complejos, moderno y defensor de la unidad y fortaleza de la comunidad política y cultural de los españoles. La derecha es el apoyo al Ejército, a su labor y a

sus valores en defensa de nuestro país y de la libertad en el mundo. La derecha es la creencia en la grandeza de los valores occidentales y en el esfuerzo para preservarlos. La derecha es la creencia en los valores cristianos y en la labor de la Iglesia en un país mayoritariamente católico. Y la derecha es la incorrección política, la diferencia y la heterodoxia que surgen de su valor central, la libertad.

La derecha es una identidad política y cultural, la derecha es una marca, y es el momento de que ocupe el lugar que le corresponde en el debate político e intelectual.

epublibre

Edurne Uriarte

DIEZ RAZONES PARA SER DE DERECHAS

y atreverse a decirlo

ePub r1.0
Titivillus 06.09.18

Título original: *Diez razones para ser de derechas*
Edurne Uriarte, 2017
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

EX LIBRIS SCRIPTORIUM PFOXECO
Ignoratio in culpa est

Para mi hijo Patrik, discrepante, tolerante y libre

INTRODUCCIÓN

Atreverse a ser de derechas en un país que parece de izquierdas

Hace algún tiempo, en octubre de 2013, el diario ABC pidió a dos dirigentes políticos, uno del PSOE, Ramón Jáuregui, y otro del PP, Esteban González Pons, que definieran en 10 puntos lo que eran la izquierda y la derecha. Los diez puntos de Ramón Jáuregui sobre la izquierda comenzaban todos ellos con la palabra «izquierda», de tal manera que su decálogo mencionaba la palabra «izquierda» hasta en diez ocasiones. Sin embargo, el decálogo de Esteban González Pons comenzaba con la palabra «centro», que repetía una vez, y tan solo al final mencionaba a «las derechas» y «las izquierdas». La izquierda estaba omnipresente en el político de izquierdas, la derecha estaba desaparecida en el político de derechas.

En junio de 2017, el PSOE celebró su último congreso tras las primarias que habían elegido secretario general a Pedro Sánchez, y lo hizo bajo el lema «Somos la izquierda». Un lema equivalente, «Somos la derecha», es inimaginable por el momento en un congreso del PP, aunque este partido represente en la derecha el equivalente del PSOE en la izquierda y aunque sus votantes se identifiquen con posiciones ideológicas de derechas como los votantes socialistas lo hacen con posiciones de izquierdas.

El PP representa a la derecha política, pero evita siempre o casi siempre ese término, de la misma manera que otros partidos de derechas del mundo, mientras que el PSOE y otros partidos de izquierdas hacen uso constante de la palabra «izquierda». Cuando

en una campaña electoral le sugerí a uno de los políticos de la derecha española la conveniencia de que usaran mucho más el concepto «derecha» en sus mensajes y en su discurso frente a una izquierda con una identidad clara alrededor del concepto «izquierda», me miró con escaso entusiasmo, y, con aire de conocer mejor que yo la «España real», me explicó que les iría mejor si introducían el «centro» allí donde fuera posible y no repetían mucho la «derecha».

Y hube de reconocerle parte de razón, porque la prioridad de los políticos es ganar las elecciones y no transformar el lenguaje político dominante. El cambio del lenguaje depende de los medios de comunicación y de los intelectuales, y en ese ámbito también hay un claro dominio de la izquierda o del llamado progresismo, utilizado como sinónimo de izquierda. Muchos intelectuales y periodistas se definen de izquierdas o progresistas, pero apenas los hay que se definan como de derechas. Y entre unos y otros, líderes políticos e intelectuales, la derecha no existe oficialmente en nuestro país. Existe la caricatura de la derecha hecha por la izquierda, algo que tampoco es un rasgo específico de España, sino un fenómeno muy extendido en Europa, agravado en nuestro país por los efectos de la memoria de la dictadura franquista.

Hasta las élites económicas tienen miedo a proclamarse de derechas. Las viejas ideas marxistas abrazadas con entusiasmo por toda la izquierda actual sobre el poder económico y su apoyo a los partidos de derechas no pueden estar más lejos de la realidad política. El poder económico prefiere habitualmente alejarse de la derecha, por temor a los efectos negativos de esa asociación ideológica en sus negocios y en su imagen corporativa. La vieja idea de que lo establecido, el poder, la élite, es cosa de la derecha está desfasada y desconectada de la realidad.

Aquí como en otros muchos lugares. Por eso puede ocurrir, por ejemplo, que la directora de la elitista y también excelente edición americana del *Vogue*, Anna Wintour, organice en su casa de Greenwich, en Nueva York, una cena de 30 invitados con Barack Obama y su esposa a 32.400 dólares el cubierto. Y para recaudar fondos para los demócratas. Sin que las ventas de su revista se resientan, sin críticas por su izquierdismo, sin contradicciones para los progresistas que critican el supuesto elitismo de los conservadores, pero leen la revista de Anna Wintour con sus vestidos de 3.000 dólares, sus bolsos de 6000 o sus relojes de 50.000.

Las mismas reglas funcionan en España, donde ser de izquierdas y proclamarlo abre puertas y facilita las relaciones sociales y los ascensos, también en los ámbitos ajenos a la política. Ser de derechas y proclamarlo, sin embargo, es un desafío, no está de moda, no es políticamente correcto y coloca en desventaja a quien lo dice. Ser de derechas y decirlo es un atrevimiento, una incorrección política, una diferencia. En el ámbito artístico, en el mediático, en el universitario, en el político.

Y, sin embargo, la mayoría volvió a votar en España a un partido de derechas en las últimas elecciones generales de 2016. Incluso lo hizo por mayoría absoluta en 2011, y antes también en el año 2000, la evidencia más importante de que hay varios millones de españoles que son de derechas. Pero que lo son casi en secreto, en la discreción, en la intimidad, pidiendo perdón por ello, aunque unos cuantos millones de sus congéneres voten igualmente a un partido de derechas. Y aunque una buena parte de los valores más apoyados por los españoles sean también de derechas. Desde la importancia esencial de la libertad, la economía de libre mercado, el Estado fuerte y eficaz, la responsabilidad individual, el apoyo a la monarquía y a nuestras tradiciones hasta el respeto por el catolicismo mayoritario y la defensa de la seguridad y de nuestros cuerpos policiales y Fuerzas Armadas. Todas ellas ideas

defendidas y encarnadas por la derecha, núcleo de una identidad de derechas, pero que se imponen y se extienden separadas de su marca ideológica.

Este libro desafía esa anomalía, esa contradicción entre la España real, con millones de ciudadanos de derechas, y la España oficial, que evita y oculta la marca derecha. Y lo hace explicando las muchas razones para ser de derechas, razones para proclamar públicamente la identidad de derechas, para estar orgullosos de ella, para entender su contribución a la libertad y al progreso, para defender su modernidad. Razones para normalizar el uso de la palabra «derecha» en nuestra política, equipararla a la de otros países democráticos, hacerla al menos tan pública como la palabra «izquierda» e, incluso, ponerla de moda.

Ser de derechas en España y en las democracias actuales es moderno, interesante, coherente, ético e inteligente. Ser de derechas es también original, diferente, innovador, provocador y rupturista. En las próximas páginas explico por qué.

Edurne Uriarte

CAPÍTULO 1

EL CAMBIO ES DE DERECHAS

El cambio es de derechas

Es asombrosa la fuerza de ese mito según el cual la izquierda busca el cambio y la derecha se resiste a él. No tiene correspondencia con la realidad, pero el mito permanece inalterable, y hasta la propia derecha parece creérselo de vez en cuando. Y, desde luego, contrasta profundamente con mi propia experiencia, la experiencia de una persona de izquierdas que evolucionó hacia la derecha precisamente porque buscaba el cambio. El cambio, la ruptura, el inconformismo determinaron mi alejamiento de la izquierda y el acercamiento a las ideas de la derecha. Y muchos han recorrido el mismo camino, impulsados al igual que yo por la resistencia de la izquierda a algunos cambios tras la transición a la democracia en España. Y por otras resistencias, también en circunstancias y países diferentes. Porque la derecha en estas últimas décadas representaba el cambio y la izquierda el inmovilismo.

A veces, el cambio es la izquierda; otras, es la derecha. Ni uno ni otro lado ideológico tienen el monopolio del cambio. Pero algunos, desde la izquierda, han extendido con éxito la idea de que lo nuevo, lo transformador o lo revolucionario constituyen logros de la izquierda, esa idea de que la derecha es pasado y la izquierda es progreso porque la una preferiría mantener lo establecido y la otra tendría el impulso de la transformación. El falso mito ha

sido repetido y defendido hasta la saciedad, también por algunos intelectuales brillantes como Bernard Henri Lévy, quien dijo hace no mucho sobre su identificación con la izquierda que «siempre es más difícil ser de izquierdas, porque la izquierda está más enferma que la derecha», y «la derecha se conforma con el orden de las cosas». También añadió que «lo verdaderamente complicado es ser inteligente y no ser estúpido».[1]

He ahí la cuestión, ciertamente, la necesidad de aplicar la inteligencia y no los prejuicios y las consignas ideológicas para entender las diferencias entre izquierda y derecha. Frente a la conservación y el cambio, por ejemplo. La realidad tiene poco que ver con el mito, más bien ocurre al revés en este momento de la historia, cuando la derecha significa cambio y la izquierda, conservación. Así es en la España del siglo XXI, así lo fue desde varias décadas atrás del siglo pasado en toda Europa, cuando el cambio esencial consistía en acabar con las dictaduras comunistas, con las dictaduras de izquierdas ensalzadas y defendidas por una parte significativa de la izquierda occidental. Ese proceso explica en buena medida mi propia historia vital, mi evolución hacia la derecha desde el izquierdismo de mi juventud, como una ruptura con el pasado que tanto condicionaba a la izquierda española en aquellos años y le impedía transformarse. ¿Ha sido siempre así y en todos los lugares? No, no necesariamente, depende del contexto y del momento histórico.

Lo que sí es radicalmente falso, y muy especialmente en la España actual, es que el cambio sea de izquierdas y el mantenimiento del *statu quo*, de derechas. Es el deseo de cambio el que explica que una niña antifranquista, nacionalista y de izquierdas como fui yo evolucionara hacia el socialismo en la Transición y se hiciera de derechas en los años noventa. Y que hoy me identifique con algunas de las posiciones principales de la derecha que, explicaré a lo largo de las siguientes páginas, son mucho más

complejas y plurales, y contradictorias a veces, de lo que algunos han pretendido hacer creer.

Mi historia, mi evolución vital e intelectual, comienza en los años sesenta, en la socialización antifranquista que recibí en mi casa y en la iglesia de mi pueblo, en Fruniz. Origen típico del nacionalismo o de la izquierda, sí, pero no tan atípico de la derecha. Nací en ese pequeño pueblo de Vizcaya en 1960, en el campo, en el caserío de mis padres, como todavía nacíamos algunos niños en aquella época. Tengo poca memoria y la poca que tengo almacena casi exclusivamente algunos datos relevantes como los de mi formación política. Como aquellos momentos en que escuchaba información libre en Radio París con mi padre, o los sermones políticos antifranquistas del párroco de mi pueblo, Don Javier, lo más cercano a un intelectual y a un activista político que yo conocí en aquella época, cuando tenía 8, 10, 12 años. ¿Me hice antifranquista? No, diría que solo me recuerdo como tal, lo era mi padre que constituyó mi primera influencia política y que, si volviera a nacer, solo me imagino como tal, sin duda alguna, en el antifranquismo, contra la dictadura, por la libertad, aunque bastantes antifranquistas tuvieran otras prioridades y no la libertad, como luego comprobaríamos.

Así empezó mi pasión por la política, mi compromiso con la libertad, con el cambio y con la verdad, y una trayectoria vital e intelectual que me ha traído hasta aquí, hasta la derecha ideológica en la que creo. Podría haber titulado este libro *Por qué me hice de derechas*, y en pasado en lugar de en presente, aunque ese pasado tan solo me diferencia de otras personas situadas ideológicamente en la derecha desde su juventud en una inquietud quizá mayor por lo que diferencia a izquierda y derecha. Y por las cuestiones éticas asociadas a esas diferencias. Las reflexiones de este libro son producto de esa inquietud y, por supuesto, del cansancio ante las pretensiones de superioridad moral de la izquierda.

De radio París al taller de socialismo

Mis dos primeros recuerdos sobre las experiencias infantiles en política tienen que ver con la reivindicación de la libertad, la libertad como valor supremo. Mi indignación infantil era por la falta de libertad, por el rechazo radical a las imposiciones de la dictadura, aunque entonces ni siquiera supiera el significado exacto de tales palabras. Tampoco recuerdo bien el idioma en el que las decíamos porque mis padres y Don Javier me hablaban en euskera, pero, poco a poco, a medida que me escolarizaba, fui utilizando crecientemente el español, como todos los niños entonces.

Lo que sí recuerdo es que, en mi mente infantil, aquellas sesiones de Radio París con mi padre fueron unas extraordinarias clases prácticas de libertad de expresión, del significado de la ausencia de libertad en la dictadura, de la pequeña aventura de buscar emisoras extranjeras para escuchar información libre y no censurada. No había odio, revancha, ni siquiera dolor en mi antifranquismo, porque la historia sobre mi abuelo materno muerto por los bombardeos de la aviación alemana, la que bombardeó Gernika, que me fue contada por mi madre, no transmitió jamás ningún rencor ni historias sobre los bandos de la guerra civil.

No sé si porque mi madre apenas recordaba la muerte de mi abuelo, ella era muy pequeña, o porque mi abuelo no era un combatiente, solo una campesino víctima de un bombardeo. O porque mi madre fue una mujer excepcional que jamás mostró odio ni rencor hacia nadie, porque su modo de vida fue la tolerancia y el amor. Lo cierto es que la muerte de mi abuelo a manos de la aviación alemana no fue ni mucho menos la influencia más importante en mi activismo infantil antifranquista. Fue la libertad, la rebeldía ante la imposición, la misma rebeldía que marcó todo lo que vino después, también mi evolución hacia la derecha.

La izquierda y el nacionalismo venían con la rebeldía. En el campo y en el País Vasco de los sesenta y los setenta solo era posible ser rebelde desde la izquierda y desde el nacionalismo. Sí, claramente desde el nacionalismo, porque un elemento de la represión franquista que me marcó especialmente fue la represión lingüística, el hecho de que el euskera estuviera prohibido en la escuela, que la cerrazón de la dictadura franquista llegara hasta el punto de impedir inscribir los nombres en euskera en el registro de nacimiento. Y que, por ejemplo, yo, a la que mis padres bautizaron como Edurne, tuviera que ser inscrita como María Nieves debido a la represión franquista, con el María incluido que tampoco estaba en mi nombre en euskera.

Como niña campesina y criada en un entorno euskaldún, aquello supuso para mí la experiencia de la represión cultural que, obviamente, fue muy importante en el País Vasco. De los escasos recuerdos que tengo de la escuela de mi pueblo, de Fruniz, a la que acudí hasta los diez años, hay uno claro: el del día que tuve una pelea. Sí, llegamos a las manos, en mitad de una clase, con una niña no euskaldún que justificó la represión franquista de la lengua. Supongo que aquello, una pelea, tendría yo unos 9 años, fue mi primera acción política pública. Es la primera que recuerdo, al menos, como no podía ser de otra manera con mi primera pelea política, en su sentido literal. A partir de ese episodio infantil, afortunadamente, el resto de mis acciones políticas fueron plenamente pacíficas.

En mis recuerdos, aquella pelea representa la clara posición nacionalista, además de izquierdista, que tenía mi antifranquismo. Y nacionalista significaba, en la mayoría de los vascos antifranquistas, apoyo a ETA. O, como en mi caso, comprensión o justificación indirecta. ETA era para nosotros una violencia legítima de resistencia frente a una dictadura. Lo mismo que nos parecía violencia legítima el terrorismo del IRA, aunque no se enfrenta-

ran a una dictadura. Esta debe de constituir una de mis primeras contradicciones políticas, pues lo que sí recuerdo con claridad es la fascinación con la que leí por aquella época un libro sobre Bernadette Devlin que me regaló un pariente nacionalista.

Ser antifranquista, de izquierdas y nacionalista, era todo uno en los sermones de Don Javier, el cura de mi pueblo. Él representaba a esa parte tan significativa de la Iglesia vasca que se movilizó en el antifranquismo. Como ocurría en los pequeños pueblos del campo, Don Javier, el cura del pueblo, era la persona más instruida y sofisticada intelectualmente de todos nosotros. Más allá de los libros, la cultura y el análisis político más cercano eran él, porque, fuera de él, estaba el periódico que compraba mi padre y que yo leía desde muy niña, pero tenía la censura franquista incorporada, y, después estaba Radio París. Y Don Javier tenía el sermón del domingo para hacer política. Lo escuchaba fascinada, lo demás no me interesaba demasiado, pero sí cuando llegábamos al discurso antifranquista. Nunca supe más de la historia de Don Javier, quizá fuera uno de tantos y tantos chicos de campo que ingresaron en el seminario como única manera de tener una buena educación formal, de leer, de tener acceso al mundo intelectual. De aquellos seminarios surgieron algunos de los primeros etarras y apoyos a ETA, de los chicos hijos de campesinos que habían ingresado en los seminarios en busca de libros y conocimiento. Muchos años después, cuando escribí mi tesis doctoral sobre los intelectuales vascos, reencontré en mi estudio todos esos casos de hijos de campesinos para los que el seminario era la única vía de formación intelectual. Y que se hicieron radicales, como yo en mi infancia y primera juventud, quizá como la única respuesta ideológica posible de un niño campesino nacido en el campo en la época de la dictadura franquista.

Y en cuanto a las chicas que también buscábamos libros y conocimientos, supongo que la mayoría nos hacíamos nacionalistas

y de izquierdas. Y las nacidas en los 60 tuvimos en la mayoría de los casos un acceso a la educación formal que solo estuvo en el seminario para muchos hijos de campesinos nacidos en los treinta, cuarenta o cincuenta. En el caso de mi familia, una educación formal apoyada con entusiasmo por mi padre, que nos inculcó desde niños la importancia esencial de la educación. Esto significó en mi caso que, a los diez años, comencé el primer curso de Bachillerato en el colegio de Nuestra Señora de la Compasión, que estaba en el pueblo grande más cercano, en Munguía.

Aquella fue mi llegada al mundo urbano, urbano al menos en relación con el caserío y la escuela rural de la que venía. Mi primer encuentro con hijos de empleados y profesionales. Y el comienzo de la experiencia sobre las impurezas y las contradicciones del nacionalismo. El nacionalismo como sentimiento natural de los vascos campesinos cuya cultura era reprimida en el franquismo pasaba a ser en los núcleos urbanos la posición, en bastantes casos, de personas que no hablaban euskera, pero, sobre todo, que lo despreciaban de la misma manera que despreciaban a los campesinos y al mundo rural. Lo que significaba, a su vez, mi primera experiencia sobre la hipocresía política, de un lado, y sobre la división de clases y el clasismo, por otro.

De aquel colegio conservo uno de los recuerdos políticos significativos de la época, el asesinato de Carrero Blanco, del que nos informó la madre Emilia, nuestra profesora de Música en mitad de una clase de Solfeo. No recuerdo ninguna percepción particular a aquella noticia, pero sí la idea de ETA como violencia legítima de resistencia a la dictadura. De ETA como un grupo de luchadores antifranquistas hacia los que tampoco tenía simpatía especial ni admiración, pero sí la idea de que eran parte del antifranquismo. Como lo fueron mis dos, quizá tres, carreras delante de los grises como todos los estudiantes por aquella época. También en Munguía, y muy al final del franquismo, cuando había co-

menzado a cursar cuarto de Bachillerato al instituto de Munguía. Nuevamente, la reivindicación de la libertad, la indignación frente a la dictadura.

Antifranquista, nacionalista y de izquierdas. Todo iba unido y resumía la posición de resistencia a la dictadura de una parte importante de los vascos. Pero, en mi caso, ser de izquierdas fue también una posición intelectual desarrollada a través de las lecturas. Fuera de Bernadette Devlin, fueron pocas las lecturas nacionalistas y muchas las marxistas. La fascinación por la reflexión intelectual que estaba en mí desde niña se orientó hacia la corriente dominante en aquella época, al marxismo. Influyeron los libros, influyó la universidad. Pero incluso hubo en mi adolescencia un «Taller de socialismo», así se llamaba, impartido por Txema Montero, que luego se convertiría en un importante líder de Herri Batasuna.

Txema Montero vivía en Munguía, era un poco mayor que yo y hacía activismo intelectual y político con los más jóvenes con aquel taller de socialismo. No sé si quedó alguna enseñanza particular de aquellas sesiones que se desarrollaban en los principios de la Transición en las tardes lluviosas del invierno vasco. Lluvia, anochecer y sesiones de socialismo, así lo recuerdo, además del verbo fácil y ameno de Txema Montero. Así eran la vida y las inquietudes de los jóvenes vascos que vivimos aquel tiempo. Y creo que el izquierdismo pesaba más que el nacionalismo, como ocurrió en la primera ETA, el nacionalismo como un elemento puntual de una dictadura franquista que había reprimido el euskera, algunas de nuestras señas de identidad, mi lengua materna. Pero, desde un punto de vista intelectual, nuestras ideas se fundaban sobre todo en la izquierda que era la que nos alimentaba de argumentos para la resistencia y el cambio.

Y, por la misma época, 1977, comenzaba la universidad sin haber cumplido aún los 17, en la Facultad de Periodismo de la Uni-

versidad del País Vasco, y aquello era una especie de prolongación del taller de socialismo. La gran mayoría de profesores eran de izquierdas, como ahora, por otra parte. Pero entonces, además, estaban de moda los autores marxistas.

No solo leíamos lo imprescindible, el *Manifiesto Comunista* o una parte de *El Capital*, por ejemplo, sino que lo leíamos todo: Althuser, Martha Harnecker o al padre de los hermanos Miliband, Ralph Miliband. Y los más entusiasmados hacíamos todo tipo de lecturas complementarias que, en mi caso, se orientaban al trotskismo. Y es que las preguntas y las dudas comenzaban a multiplicarse a medida que aumentaban las lecturas, los debates con los compañeros de universidad y el asentamiento de la democracia y de la libertad.

Recuerdo unos cuantos debates sobre las dictaduras comunistas con compañeros de universidad. Entre los alumnos politizados o con inquietudes intelectuales, que eran con los que yo me relacionaba entonces, nada tenía que ver con los que jugaban a las cartas en el bar o con los «pijos», y que eran todos de izquierdas o nacionalistas, o, más bien, ambas cosas a la vez. Y, muchos de ellos, comunistas que ni siquiera habían pasado por el eurocomunismo. La experiencia de discutir con quienes apoyaban las dictaduras comunistas fue, además de las lecturas, mi primer paso hacia la socialdemocracia. ¿Cómo podían defender la dictadura quienes habían estado en el antifranquismo? Supongo que esa fue la primera quiebra de mis ideales juveniles y de mi fascinación por la izquierda, la constatación de que una parte de los antifranquistas eran procomunistas y abiertos defensores de las dictaduras de otro signo. El No a las dictaduras de derechas pero el Sí a las dictaduras de izquierdas resumen de la historia de la izquierda radical a lo largo del siglo XX y también de lo que va del XXI.

Cuando el euskera se convirtió en arma política

Los nacionalistas radicales de mi clase de Periodismo no coincidían exactamente con los anteriores y probablemente eran aún más fanáticos. Lo que acabé de experimentar con toda claridad, allá por 1978, en mi segundo año de universidad, cuando el grupo de los nacionalistas radicales con los que me relacionaba decidió que el euskera iba a ser nuestro idioma de comunicación.

Un grupo de personas cuyo idioma natural de comunicación era el español, también para quienes teníamos el euskera como lengua materna, debía ponerse a hablar en euskera, decían, como un medio de recuperación del euskera como lengua de comunicación. Y, por supuesto, como un medio de hacer activismo político en favor de la futura gran nación vasca. Allí fue cuando experimenté la inquietante percepción del paso de la represión franquista sobre el euskera a la represión nacionalista postfranquista del español.

Y de la misma manera que me rebelé contra la primera represión, me rebelé contra esta. Jamás apoyé ni practiqué el nuevo activismo y allí empezó el camino de mi ruptura con el nacionalismo. Que me llevó, en un primer momento, como a muchos de los que procedían de mi misma socialización política, a la simpatía por Euskadiko Eskerra, aquel partido que pretendía aunar un nacionalismo tolerante y moderno con la socialdemocracia. Y que acabó, como acabamos todos nosotros, los críticos del nacionalismo que seguíamos creyendo en la izquierda, en el Partido Socialista.

Si algunos resistentes antifranquistas de la izquierda, descubría, eran firmes defensores de las dictaduras comunistas, los resistentes nacionalistas eran quienes pretendían después imponer con métodos coercitivos otra lengua y otras ideas. Poco a poco, el euskera, aquella lengua por la que una vez me peleé en la escuela con otra niña, se convertía en el instrumento principal de los ob-

jetivos nacionalistas. Una buena parte de ellos ni siquiera lo hablaba, pero lo imponían en el sistema educativo y allí donde podían.

El euskera dejaba de ser un medio de comunicación y se convertía en un instrumento político. Y en un ataque a la libertad, la libertad de usar la lengua que deseáramos, en mi caso, el español que se había convertido con toda naturalidad en mi lengua principal en un ambiente, el de mi familia, completamente bilingüe, con unos padres que hablaban y nos hablaban en euskera, y unos hijos, nosotros, que respondíamos casi siempre en español. Y nadie pensaba en qué idioma lo hacía porque se trataba de una opción natural, de mera comunicación.

La libertad, de nuevo, la libertad atacada y cuestionada, pero ahora por la izquierda radical y por el nacionalismo, por aquellos con los que había estado en mi antifranquismo infantil y juvenil. Mientras, ETA asesinaba a todos aquellos que se oponían a su proyecto de independencia socialista. Con crímenes que aún percibía lejanos, a pesar de que ocurrían a escasos kilómetros, como si aquello pasara a otros, no a nosotros. Y es que el camino hacia la movilización antiterrorista, hacia la defensa de la españolidad, contra las imposiciones nacionalistas, fue increíblemente largo, también en mí.

¿Cómo no despertamos antes, ni siquiera quienes hicimos la evolución hacia posiciones críticas del nacionalismo y de la izquierda antidemocrática? Porque mi evolución en los años ochenta hacia las posiciones de Euskadiko Eskerra y del PSOE implicaba una crítica del nacionalismo, una crítica a la izquierda radical que apoyaba las dictaduras comunistas y un rechazo de la violencia etarra. Pero faltaba lo esencial, la movilización antiterrorista, que solo llegó a partir de mediados de los noventa. Como en casi todos, por otra parte. Los vascos antifranquistas tuvimos un enorme problema generacional para pasar de nuestro anti-

franquismo, con todo lo que ello implicó, incluida la justificación de ETA como antifranquista, a una movilización contra ETA y por la libertad.

La violencia, la represión, el totalitarismo estaban ahora en otro lado, en la extrema izquierda ultranacionalista de ETA, pero ¡cuánto tiempo transcurrió mientras esa idea pasaba al compromiso y a la movilización! Y, como después hemos vivido, esa movilización fue minoritaria; enormemente influyente, pero minoritaria. Lo mismo había ocurrido durante el franquismo, nos contaban los más veteranos antifranquistas durante la movilización antiterrorista. Nada más morir Franco, todos habían sido antifranquistas, pero, antes, apenas había antifranquistas. El miedo, la indiferencia, la comodidad reinaban sobre el compromiso, el riesgo y la movilización, exactamente igual que cuanto tocó posicionarse contra ETA.

El Foro de Ermua y la bomba de ETA

El silencio, el miedo, la indiferencia fueron durante muchos años la sola respuesta de la sociedad vasca a los asesinatos de ETA. Solo las víctimas se movilizaron, y tan tarde como a mediados de los noventa se extendió esa movilización a otros sectores sociales, el mundo de la cultura, la universidad y el periodismo, entre ellos. El Foro de Ermua fue la primera respuesta importante de esos sectores a ETA y estuvo promovido por representantes de esos sectores, muy especialmente profesores, entre los que me encontraba.

Lo extraordinario de aquel movimiento era que, por fin, tras años de inacción, de pasividad, la sociedad civil comenzaba a reaccionar frente al terrorismo; la indignación vencía al miedo. Pero, además, aquel movimiento antiterrorista tuvo también desde el primer momento la virtud de reunir a la izquierda y a la de-

recha. Izquierda y derecha no nacionalistas, claro está. Apenas algún nacionalista moderado y una inmensa mayoría de activistas no nacionalistas, de vascos que nos sentíamos españoles y defendíamos la libertad y el derecho a ser español. De izquierdas y de derechas, en su mayoría votantes del Partido Socialista y del Partido Popular, los dos partidos perseguidos preferentemente por la banda terrorista.

Aquella época y aquella movilización constituyeron la gran excepción de esa constante histórica desde el inicio de la Transición de las dificultades enormes de entendimiento entre el PSOE y el PP en España. Motivadas por las resistencias de una buena parte de la izquierda para aceptar la plena legitimidad democrática de la derecha. El Foro de Ermua, primero, Basta Ya, después, rompieron temporalmente con esa dificultad y activistas de izquierda y de derecha colaboramos en aquel movimiento antiterrorista.

Había un problema ideológico de fondo que se soslayó desde el inicio y que era la patria, España, la españolidad, con una derecha que deseaba reivindicarlas dentro de ese movimiento antiterrorista. ETA te asesinaba por ser español, pero con una izquierda que prefería evitar esa reivindicación. Fruto de esas diferencias fue que el Foro de Ermua y Basta Ya se constituyeron fundamentalmente alrededor de la libertad y contra el terrorismo. Pero esa tensión, el llamativo hecho de que la reivindicación de España, es decir, del motivo por el que nos perseguía ETA, fuera un problema para la izquierda, influyó enormemente en mi evolución ideológica, en la creciente percepción de que la derecha tenía menos miedos y menos complejos.

Antes, a principios de los noventa, había dado otro paso en la movilización política, cuando me afilié al Partido Socialista de Euskadi, en un momento en el que aún no sabía muy bien de qué manera orientar mis inquietudes políticas, si desde la reflexión

intelectual o también desde la política activa. Incluso llegué a formar parte de la Ejecutiva del Partido Socialista de Euskadi de la mano de Ramón Jáuregui, que fue quien me lo propuso. Nunca tuve ningún cargo político más allá de esa participación en la Ejecutiva, que fue una experiencia fascinante para el conocimiento de un partido político por dentro. Pero también por los líderes políticos que tuve la oportunidad de escuchar y de conocer. Desde el propio Ramón Jáuregui hasta Nicolás Redondo, Patxi López, Rosa Díez o dos líderes que recuerdo especialmente, y no solo porque fallecieron: Fernando Buesa, asesinado por ETA, y Ramón Rubial.

Incluso llegué a formar parte de una candidatura al Senado liderada por Ramón Rubial, lo que recuerdo como un gran honor, el honor de acompañar a un líder de la estatura política, ética y personal de Ramón Rubial. Aún joven como era, me recuerdo escuchándolo fascinada. Exhalaba de cerca esa grandeza y esa excepcionalidad que solo tienen unos pocos elegidos. Y que representa lo mejor de la política y de los políticos, y que es, nunca dejé de creer en ello, la parte más importante de cualquier partido político, de izquierdas y de derechas. La realidad de hombres y mujeres comprometidos que creen firmemente en unas ideas y en proyectos para hacer mejores a las sociedades en las que viven.

Pero, además, muchos de esos políticos son personas especialmente inteligentes con las que el debate intelectual es un placer y un reto. Así era con Ramón Jáuregui, de quien recuerdo sus excelentes discursos. O así era con Fernando Buesa, con quien tenía la suerte de conversar en muchas ocasiones en aquellas reuniones del Partido Socialista. Su asesinato fue para mí el más duro de todos los asesinatos etarras porque le conocía personalmente y le apreciaba enormemente.

En aquel Partido Socialista al que pertenecí y que conocí desde dentro estaban las contradicciones que me llevaron al desencanto definitivo con la izquierda. Muy especialmente, las que afectaban a dos temas que eran vitales en aquella época y que lo siguen siendo también en la actualidad: la defensa de España y la nación y la lucha antiterrorista. Una de ellas, la defensa de España y la nación, constituía el mismo problema que tenía el movimiento antiterrorista en el que me integré a fines de los noventa.

Pero en el socialismo había también otro debate, el referido a la lucha antiterrorista. A partir de un rechazo rotundo, claro, a una ETA que también tenía entre sus objetivos principales a los políticos socialistas, afloraba el eterno debate de la izquierda sobre los terrorismos de extrema izquierda, aquello de si la lucha policial es insuficiente porque habría que combatir las causas. Lo que ha llevado, conocemos la historia, a la habitual conclusión de la necesidad de diálogo, por un lado, y de la importancia de combatir las supuestas causas del terrorismo.

En el caso de ETA, no había causas sociales, obviamente, en un terrorismo de extrema izquierda y ultranacionalista sin vinculación con conflictos de clases o con la pobreza y la desigualdad. Pero había un elemento fundamental para la izquierda que era su surgimiento en el franquismo, un origen que, como ya he destacado, le otorgó legitimidad en una buena parte de la izquierda, como movimiento de resistencia violento contra la dictadura. Ese origen explica esencialmente el mantenimiento de las dudas de la izquierda respecto a este terrorismo. Las dudas sobre su confrontación, no sobre su rechazo.

O una confrontación radical con todos los instrumentos del Estado de Derecho a partir de su consideración como una banda criminal o una vía abierta a la posibilidad de diálogo y negociación. Que no estaba fundada en la idea de que fuera imposible acabar policialmente con el grupo terrorista sino en su origen,

como grupo terrorista surgido en el franquismo y vinculado al nacionalismo y a la extrema izquierda.

El movimiento antiterrorista que se organiza alrededor del Foro de Ermua y de Basta Ya no tiene ese debate, porque se trata precisamente de un movimiento social cuya idea fundamental es la necesidad de una movilización contra un grupo terrorista que carece de cualquier legitimidad, también de origen, y que debe ser combatida radicalmente. No hay ninguna duda en este movimiento sobre la carencia de legitimidad del terrorismo etarra, sobre su naturaleza absolutamente criminal. Y es que todos los procesos políticos de diálogo con terroristas se fundamentan en dos elementos, o en la mezcla de ambos: la percepción de imposibilidad de victoria del Estado de Derecho y las dudas sobre la legitimidad.

En el caso de ETA, y dada su limitada dimensión como grupo terrorista, muy lejana a grupos terroristas de grandes dimensiones como por ejemplo las FARC colombianas, el factor determinante de todas las propuestas de diálogo es la concepción sobre su legitimidad. Y lo característico del movimiento social antiterrorista es que no tenía duda alguna en ese terreno, que los votantes tanto de derechas como de izquierdas compartían el diagnóstico de que se trataba de un terrorismo que, si bien nacido en un contexto dictatorial, se había convertido en un grupo puramente criminal y enemigo de la democracia y la libertad, y que solo cabía una lucha firme del Estado para acabar con ese grupo terrorista.

Los muchos socialistas que estuvieron en ese movimiento social pertenecían a esa parte de la izquierda que no tuvo dudas sobre la naturaleza de ETA y que diferenciaban su propio antifranquismo o, en bastantes casos, su comprensión o simpatía hacia ETA durante el franquismo, con una posición de rechazo sin matices en la democracia. Pero ese socialismo que estaba en el mo-

vimiento antiterrorista convivía, a su vez, con otro socialismo, el representado, entre otros, por Jesús Egiguren, que creía en la necesidad de encontrar vías de diálogo con el terrorismo.

Se dieron muchas explicaciones y justificaciones sobre ese diálogo, me he referido a todo en ello en otros de mis libros[2], pero su naturaleza profunda estaba en la percepción de ETA como un grupo quizá no tan «monstruoso» como indicaban sus crímenes. Lo he señalado repetidas veces: jamás habría habido planteamiento alguno de diálogo y negociación con los terroristas si los rasgos ideológicos del grupo terrorista hubieran sido de extrema derecha. El franquismo, el nacionalismo y la historia de la izquierda española explican todo el movimiento político prodiálogo.

Pero la izquierda que estaba en el movimiento antiterrorista sí tenía otra posición sobre España que influyó de manera determinante, junto a lo anterior, en mi evolución hacia la derecha. Se trata de sus dudas y de su ambivalencia sobre la nación española. ETA asesinaba a quienes consideraba defensores de España, desde los policías y guardias civiles hasta los civiles y políticos comprometidos con la defensa de la españolidad del País Vasco. Y, sin embargo, hasta el propio movimiento antiterrorista tenía importantes problemas con su identidad nacional. Lo que provocaba, por ejemplo, nervios en algunos miembros cuando las manifestaciones se llenaban de banderas nacionales. ¿Por la provocación de una bandera nacional en medio de Bilbao o San Sebastián o por esa especie de sospecha histórica que aún recaía sobre la bandera? Si ETA asesinaba precisamente por defender esa bandera, ¿cómo era posible que el movimiento antiterrorista tuviera la más mínima duda sobre la nación y su significado en la lucha antiterrorista?

Pues la tenía y por eso utilizó siempre aquel concepto de «constitucionalista», que era una manera de evitar la palabra

«españolista», «español» o incluso «antiterrorista». «Constitucionalista» como concepto que significaba la defensa de la ley y era capaz de unir a izquierda y derecha en esa defensa, que se oponía a nacionalista vasco, pero que no quería llamarse español ni patriota español ni nada que pudiera parecérsele.

El movimiento antiterrorista tuvo una enorme relevancia porque significó la reacción de la sociedad civil adormecida contra el terrorismo, la plena asunción de los ciudadanos del terrorismo como un problema que concernía a todos y el reconocimiento también de los crímenes de ETA como unos crímenes contra todos y contra toda la sociedad. Lo que ayudó enormemente al fortalecimiento del Estado de Derecho y de su capacidad para combatir a ETA porque ese movimiento le dio el plus de legitimidad para continuar la lucha antiterrorista. Y, además, contribuyó a debilitar de forma significativa el apoyo social al terrorismo en el País Vasco.

Sin embargo, hay una contradicción que el movimiento antiterrorista ni siquiera intentó superar: la contradicción sobre la nación. Y no la superó porque la izquierda no la pudo superar. Porque parte de su cultura política quedó anclada en el antifranquismo. Porque no pudo cambiar. El cambio era la derecha, el cambio en el que la nación española y el patriotismo dejaban de ser valores asociados al franquismo, ya no lo eran, y se integraban con naturalidad y con fuerza en los valores de la democracia.

La izquierda no pudo sumarse a ese cambio. Y algunos de los que veníamos de la izquierda pudimos vivir de cerca que era la derecha la que asumía el liderazgo en la defensa de la nación y del patriotismo español. Y no era la derecha franquista, era la derecha democrática, la derecha que era capaz de integrar el patriotismo en los valores democráticos. Ni siquiera las bombas de ETA contra quienes defendían la españolidad del País Vasco fueron

capaces de acabar con las dificultades de la izquierda para asumir la nación y la bandera.

Unas bombas que habían asesinado a militares, policías nacionales, guardias civiles, políticos, y también jueces, fiscales y a muchos ciudadanos, y que por primera vez comenzaron a acercarse también al mundo universitario y cultura tras la movilización antiterrorista. ETA asesinó en mayo del año 2000 al periodista José Luis López de la Calle, uno de los miembros más importantes del movimiento cívico antiterrorista. Y, en diciembre de ese mismo año, también intentó asesinarme a mí misma con una bomba que colocó en el ascensor que yo cogía todas las mañanas en la Universidad del País Vasco. Falló el detonador, y mi vida y la de mi escolta se salvaron milagrosamente.

Para sorpresa de mi entorno, aquella bomba no me afectó especialmente, seguramente porque hacía tiempo que me había preparado psicológicamente para esa posibilidad. Y no solo porque sabía que estaba en las listas de objetivos de ETA, sino porque todos los que asumimos públicamente el compromiso con el movimiento antiterrorista lo hicimos en la certeza de que eso nos colocaba en la diana de ETA. Y que una bomba en el coche, en cualquier lugar, un tiro de un etarra, era una posibilidad muy real. Después de muchos años en que esa amenaza era para otros, también lo fue para nosotros. Y quienes nos comprometimos lo hicimos con plena conciencia de sus consecuencias.

Por eso la bomba etarra no alteró mi vida ni mis percepciones sobre la situación. Llevaba mucho tiempo revisando los bajos de mi coche o saliendo y llegando a mi casa con todos los sentidos en alerta por si me esperaba un comando etarra. Así era nuestra vida entonces. Para algunos lo fue durante muchos años; para otros, para esa sociedad civil en la que tardamos tanto en movilizarnos, lo fue durante menos tiempo. Algunos conocimos la experiencia de vivir en permanente vigilancia, y también la propia

experiencia de una bomba cuyo detonador falló en el momento en que iba a acabar con mi vida y la de mi escolta, quizá con más vidas, por el lugar donde fue colocada.

La vivencia de aquella experiencia sí ayuda a entender los mecanismos del miedo, las razones por las que la presión de ETA funcionaba parcialmente, conseguía el silencio de una buena parte de la sociedad y el aislamiento de quienes nos movilizábamos contra los terroristas. De una manera o de otra, provocaban el silencio de la mayoría y la eficacia en el aislamiento de los activistas anti-ETA. En mi caso, la bomba de ETA tuvo su continuación en lo que me ocurrió un año más tarde, cuando gané una cátedra de Ciencia Política en la Universidad del País Vasco en competición con Francisco Letamendia. Y el nacionalismo radical, ayudado por el resto del nacionalismo, organizó una campaña en la universidad para anular la cátedra.

Aquella izquierda acomplejada

Aquella campaña tuvo todos los ingredientes habituales del aislamiento, es decir, la presión sobre los que podían tomar la decisión, el señalamiento de mi persona como alguien no grato para el poder nacionalista y, además, en el objetivo de ETA. Y logró su objetivo, lo lograban casi siempre, porque algunas semanas de campaña acabaron en una decisión del Rectorado de la Universidad de anulación de la cátedra. La recuperé meses después en los tribunales con la ayuda solidaria en el proceso legal de la Fundación Ortega y Gasset, pero la experiencia ahondó mi escepticismo hacia la capacidad social de rebelión contra el terror y la presión de los grupos dominantes, los nacionalistas en este caso.

Y me aportó algunas grandes decepciones, muy especialmente la de quien era entonces rector de la Universidad del País Vasco, Manuel Montero, un historiador que había llegado al Rectorado

con el aura de un rector constitucionalista que por primera vez sería capaz de poner freno a las amenazas y presiones de los grupos proetarras en la Universidad. Pero se redoblaron las presiones, la de Letamendia y los suyos contra mi cátedra fue una de ellas, y Manuel Montero sucumbió, como tantos y tantos otros.

Aquello me hizo recordar un episodio significativo, la visita tiempo antes a su despacho del Rectorado junto a varios colegas, mi comentario de que faltaba la bandera nacional al lado de la ikurriña y la respuesta entre nerviosa y retadora de Manuel Montero. La mirada de quien creía que la rara era yo por exigir la bandera y no él por no haberla puesto. Como en la cátedra, cuando me enfrenté a un nacionalista radical, o en los movimientos antiterroristas, cuando me comprometí públicamente contra ETA y por España. La que estaba fuera de los valores dominantes, de la normalidad, de la conveniente discreción era yo. La provocadora era yo, decía la mirada de aquel rector que sucumbió a la campaña nacionalista.

¿Miedo? ¿Dudas ideológicas? Una mezcla de ambos, por supuesto. Pero en el caso de la izquierda en la que él se situaba, el miedo, por supuesto, no era mayor ni menor que en la derecha. El miedo era y es propio de los seres humanos, al margen de sus ideologías y partidos políticos. Algunos lo resisten y otros no, sencillamente. No, la diferencia no estaba en el miedo, la diferencia estaba en los mayores complejos de la izquierda frente a algunos valores nacionalistas. Por el pasado antifranquista común de unos y otros, lo que, sumado a las dificultades más generales de la izquierda española y europea para superar el apoyo o la comprensión de las dictaduras comunistas, confería a la izquierda muchas más dificultades para el cambio.

Mi experiencia en el movimiento antiterrorista, en las vivencias alrededor de la bomba con la que ETA quiso asesinarme, en la movilización nacionalista para quitarme la cátedra que había

ganado en competición con un nacionalista, forman parte de una época que probó las dificultades para el cambio en la izquierda y el liderazgo del cambio por la derecha.

La izquierda se quedó anclada en el antifranquismo, no fue capaz de liderar el cambio hacia una sociedad democrática que no se avergonzaba de su bandera nacional, de su patriotismo. Tampoco de romper radicalmente con las justificaciones antifranquistas del terrorismo etarra. Por eso el cambio en la lucha antiterrorista fue liderado por el Partido Popular durante los Gobiernos de José María Aznar. Esos Gobiernos fortalecieron la lucha policial contra ETA sobre todo a partir de un fortalecimiento previo de la creencia en la necesidad de acabar policialmente con el terrorismo. Y no con la negociación con los terroristas.

El Pacto Antiterrorista que firmaron PP y PSOE fue consecuencia de ese nuevo liderazgo, de la ruptura de varias décadas de dudas ideológicas sobre el terrorismo etarra alimentadas por la memoria del franquismo, del antifranquismo en este caso. El cambio en la lucha antiterrorista fue de derechas.

Y el cambio en el nuevo concepto de patriotismo, también. El patriotismo de un país democrático, la normalización de los sentimientos de pertenencia a la nación española, la asunción de la identidad nacional española, la emoción y el orgullo por la bandera nacional. Todo eso vino de la derecha, de un debate fomentado sobre todo por el Partido Popular y por intelectuales de derechas o que evolucionaron desde la izquierda a la derecha. Junto a intelectuales de izquierdas cercanos a la corriente minoritaria del PSOE más patriota y nacional.

La derecha era el cambio, la derecha fue el cambio en el asunto más grave de España desde el fin del franquismo: el terrorismo etarra. Y también en el segundo asunto más preocupante, los nacionalismos y el cuestionamiento de la unidad nacional. La dere-

cha cambió el discurso sobre la lucha antiterrorista y la derecha lideró el nuevo patriotismo española.

Si durante el franquismo el cambio, la libertad frente a la dictadura, fue liderado por la izquierda, en la España democrática, el cambio, la libertad frente al terrorismo, fue liderado por la derecha. Y entonces y ahora, el cambio en la concepción de nuestra nación, el cambio frente a las presiones nacionalistas, estuvieron y están en la derecha.

Entonces y ahora, como en otros muchos momentos históricos, el cambio es de derechas. Y si yo misma evolucioné hacia la derecha fue porque la derecha representaba y representa dos cambios esenciales en mis principios políticos y en mi concepción de España: el cambio hacia la confrontación democrática total del terrorismo y el cambio hacia la asunción de un patriotismo español sin complejos.

CAPÍTULO 2

LA DEFENSA DE LA LIBERTAD

¿Igualdad contra libertad?

La derecha es cambio y, ¿además? ¿Qué significa ser de derechas? Aquí vienen las complicaciones, para izquierdas y derechas. Una cosa es que la gran mayoría de los ciudadanos tenga clara su posición en uno u otro lado, izquierda y derecha, y otra la identificación de los contenidos de esas posiciones. También en esto podríamos irnos a la famosa frase del juez Potter Steward sobre la pornografía para explicar la percepción social de las ideologías, aquello de «no sabría definir la pornografía, pero la identifico cuando la veo». Algo de eso pasa con las ideologías, que la mayoría no sabe definirlas, pero sabe reconocerlas. Y sabe dónde situarse, frente a esa equivocada idea de que los ciudadanos no entienden muy bien qué significa eso de la ideología. Al contrario, lo saben y así lo demuestran las encuestas que preguntan sobre posiciones ideológicas.

O casi, porque luego nos encontramos con esa tendencia a atribuir a los otros, a la otra ideología, aquello que no gusta de la nuestra. Hasta alguien tan brillante como el periodista argentino Jorge Lanata colocó en una entrevista de febrero de 2015 el populismo de izquierdas de los kirchneristas y de los chavistas..., en la derecha: «Son un grupo de derechas con una dialéctica de izquierdas. Como el chavismo, aunque a este se agrega el componente militar, que los kirchneristas no tienen».[3] Y es que esto de

atribuir al otro lado lo que no quisieras tener en el tuyo es muy propio de la izquierda. No he oído a nadie señalar al Frente Nacional francés, o al UKIP británico, por ejemplo, como partidos de izquierdas con aspecto de ser de derechas. A pesar, por ejemplo, de que una buena parte del voto del Frente Nacional francés provenga de la clase obrera o que el Frente Nacional tenga éxito allí donde lo tenía el Partido Comunista y este lo ha perdido.

Pero lo otro, lo de Lanata, ocurre frecuentemente en la izquierda. Los hay que hasta han emparentado a los ultraizquierdistas de Podemos con ideas de la derecha. Lo mismo que Lanata con los chavistas, o con los kirchneristas, tan simpatizantes como son del chavismo o del castrismo. Seguramente porque la izquierda ha copado completamente la definición de su territorio y de su sustancia. La definición, y también la autocrítica, se la hace ella misma. Siempre en positivo, por supuesto. Y cuando algo no le gusta, hace lo más sencillo, enviarlo al espacio exterior, a la derecha, en este caso.

El problema de la derecha es que la definición y la autocrítica se la hacen los demás. De ahí que la derecha no haya sido capaz de transmitir el valor de su característica central y definidora respecto a la izquierda: la libertad. El impulso principal que me llevó a mi propia evolución hacia la derecha. La libertad para pensar, para protestar contra los convencionalismos y la corrección política, la libertad para ser diferente, la libertad para triunfar o fracasar, la libertad para ser. Lo que va unido a una profunda fe en la autonomía y responsabilidad del individuo. Nosotros decidimos y nosotros somos los primeros responsables. Libertad para actuar, pero también para asumir las consecuencias de nuestros actos. He ahí el núcleo de las diferencias entre derecha e izquierda y la razón principal de su atractivo para mí misma y muchos millones de personas a lo largo del mundo. Y sí, démosle la vuelta al habi-

tual mensaje izquierdista de que la libertad puede socavar la igualdad. Más bien ocurre al revés.

Quizá nadie como Norberto Bobbio ha definido la sustancia de la diferenciación entre izquierda y derecha, a pesar de la influencia progresista que perjudica su definición. Pero, incluso con ese problema, la suya sigue siendo la mejor aproximación a esta cuestión. La idea de que hay un gran eje que diferencia los dos lados de la ideología: la oposición entre libertad e igualdad. La derecha prima la libertad y la izquierda prima la igualdad. Eso sí, luego viene el problema progresista de Bobbio, cuando dice que el centro izquierda es libertario e igualitario, mientras que el centro derecha es libertario y no igualitario. O que la extrema izquierda es igualitaria y autoritaria mientras que la extrema derecha es antiigualitaria y antiliberal.[4]

Obviamente, la lógica aplicada por Bobbio nos podría llevar a afirmar igualmente que el centro izquierda es igualitario y no libertario. Pero si despojamos a Bobbio de influencias progresistas, la idea central es útil y acertada. En ese punto está el eje sobre el que se fundan la derecha y la izquierda. La igualdad impulsa a la izquierda y la libertad a la derecha. La izquierda atribuye los problemas y las responsabilidades a la sociedad. La derecha pone la responsabilidad en manos del individuo.

¿Lo anterior quiere decir que a la izquierda no le importa la libertad y a la derecha tampoco la igualdad? No, por supuesto. Entre otras cosas porque tanto la izquierda como la derecha son complejas. Ahora bien, la izquierda, que, como he dicho, se hace la definición y la autocrítica, se ha ocupado sobradamente de exaltar su preocupación por la igualdad unida a su defensa de la libertad. Al mismo tiempo que ha extendido la idea de una supuesta oposición de la derecha a la igualdad. Mientras tanto, la derecha ni ha sabido explicar su defensa de la libertad ni mucho menos su preocupación por la igualdad. A pesar de que la defen-

sa de la igualdad por parte de la derecha sea al menos tan importante como la defensa de la libertad por parte de la izquierda.

Y eso ocurre en todas las tendencias de la derecha, incluido el liberalismo más puro. No hace falta provenir de la izquierda, como me ocurre a mí misma, o ser de orígenes sociales modestos, también como yo, para dar una enorme importancia a la igualdad. Otra cosa es que las ideas de la derecha para promover tal igualdad se sustenten en la libertad, libertad para que el individuo luche por la igualdad y no como imposición del Estado para conseguir esa igualdad. La igualdad, para la derecha, es, en primer lugar, obra y responsabilidad del propio individuo y solo en segundo lugar del Estado o de los demás.

De hecho, todas las tendencias ideológicas contenidas en la derecha dan una gran importancia a la igualdad, tanto el conservadurismo, la democracia cristiana como el neoconservadurismo. Una parte de la explicación de mis simpatías especiales hacia el neoconservadurismo, de mi propia identificación principal con esa corriente de la derecha, proviene de su defensa del Estado del Bienestar, al mismo tiempo que su impulso principal es la libertad. Sí, ambas cosas son posibles, lo mismo que es posible valorar como inteligentes y útiles algunas enseñanzas de Marx. La derecha, en general, tiene más capacidad para apreciar las aportaciones positivas y necesarias de la izquierda que viceversa. Seguramente, por esa su condición minoritaria e incorrecta políticamente entre una buena parte de los intelectuales que le ha hecho más capaz de atender a otras ideas, más proclive a salir de su propio caparazón.

Por supuesto, quienes somos de derechas también damos una gran importancia a la diferencia de clases sociales y a sus consecuencias. Como hija de campesinos que soy he podido experimentarlo en la práctica, no solo a través de los libros. Los campesinos y los hijos de campesinos hemos tenido tradicionalmente,

como los hijos de los obreros, unas condiciones de partida peores que los hijos de las clases medias y altas. No hace falta ser marxista para entender esta obviedad. De la misma manera que no hace falta ser marxista para reconocer las relaciones de poder derivadas de las diferencias de clase. O para entender el clasismo, el desprecio hacia las clases consideradas inferiores, algo que cualquier hijo de campesinos ha experimentado en alguna ocasión o, incluso, a lo largo de una buena parte de su vida. De hecho, es una de las actitudes sociales que más profundamente desprecio.

En la derecha, el rechazo al clasismo es al menos tan contundente como en la izquierda. Si la izquierda denuncia lo que llama «la explotación de clase», la derecha desprecia la herencia como un valor en sí mismo. Sí, tanto como la izquierda la «explotación de clase». Porque la derecha pone en primer plano el esfuerzo del individuo para crear y avanzar. Esto no significa que la derecha se proponga confiscar la herencia económica como sí lo haría parte de la izquierda, sino que la derecha cree en la realización del individuo, en la persona activa y con iniciativa para encontrar su lugar en la sociedad.

En la derecha hemos leído a los marxistas, pero también a Ortega y Gasset. Más adelante hablaré de un libro esencial en mis ideas, y a los elitistas clásicos, Pareto, Mosca y Michels. Como los elitistas clásicos han sido interpretados sobre todo por los intelectuales progresistas, como ocurre en todos los campos intelectuales, la izquierda también le hace las reseñas de libros y la historia intelectual a la derecha, no solo la autocrítica, han quedado las interpretaciones simplistas o erróneas de sus teorías. Básicamente, que los elitistas querían una sociedad donde mandaran las élites y que tales élites lo eran como fruto de los privilegios y de la herencia. Cuando la esencia de las teorías de los elitistas clásicos está en que reconocen la influencia de la herencia, pero, sobre todo, explican que son élite aquellos que tienen las cualida-

des especiales y extraordinarias que permiten tener el poder en cada época histórica.

Y lo anterior significa que tales cualidades se adquieren a través del esfuerzo y de la dedicación. A través de la voluntad. A través del desarrollo del individuo, que es en lo que cree la derecha. Por eso la derecha desprecia tanto o más que la izquierda la posesión de poder a través de la herencia. Otra cosa es que la respeta, sobre todo porque también cree en el derecho de los individuos a trabajar para conseguir logros para sus hijos y descendientes.

Yo creo en la igualdad, pero en la igualdad de oportunidades para que cada individuo pueda desarrollar sus cualidades y sus anhelos. Y esto significa, sobre todo, la creencia en la importancia de la educación y de unas instituciones que faciliten el desarrollo de todas las iniciativas y capacidades de los individuos. Igualdad de oportunidades para que cada individuo pueda desarrollar sus capacidades y no igualdad de oportunidades para que el Estado sustituya las elecciones de los individuos. Comenzando por la elección sobre los objetivos y el esfuerzo.

Libertad para hacerse rico

Soy de derechas porque creo en la libertad, y eso incluye la libertad para hacerse rico. Y eso que no me interesa demasiado el dinero. No se trata de eso, como atribuyen determinados prejuicios a la derecha. A las personas de derechas el dinero les interesa lo mismo que a los de izquierdas, puede ser mucho, poco o nada, dependiendo de cada persona y sus intereses vitales. En mi caso, muy limitadamente, por eso mi vocación ya temprana fue la intelectual, tan poco compatible con el enriquecimiento, como es bien sabido. La diferencia de la derecha respecto de la izquierda en esta materia es su percepción del derecho de los demás a interesarse por el dinero y su valoración del origen del enriqueci-

miento. Frente al mal intrínseco que la izquierda ve en el enriquecimiento, la derecha reconoce la opción del individuo, su trabajo, su esfuerzo y sus habilidades. Aunque no nos interese el dinero.

La libertad para prosperar se aplica a todas las clases sociales y se ejercita también en todas ellas, pero la izquierda tiende a poner su foco en los más ricos y en las diferencias entre los más ricos y los más pobres, como si la libertad para prosperar sí se aplicara a las clases trabajadoras o a las clases medias, pero tuviera que ser restringida entre los más ricos. Para la derecha, tal libertad es indistinguible, para unos y para otros, libertad para trabajar, para producir, para invertir, independientemente del grado de prosperidad logrado por cada uno. Libertad para las clases trabajadoras, para las clases medias y para las clases altas.

Thomas Piketty[5] es un economista de izquierdas francés que ha tenido un enorme éxito de público y crítica con su libro *El capitalismo en el siglo XXI,* no tanto por el contenido del libro, sino por suposición en defensa de la idea principal de la izquierda, a saber, que el problema principal de nuestras sociedades es la desigualdad y que los Estados deben intervenir para reducir esa desigualdad. ¿Cómo? Subiendo los impuestos, por supuesto. Al capital, a los más ricos.

Las deficiencias analíticas del libro no han importado demasiado, toda vez que el autor ha lanzado el mensaje ideológico de éxito en nuestras sociedades, el de la desigualdad y la responsabilidad de los ricos en tal desigualdad. Y lo ha hecho, además, con una actualización del marxismo clásico, hábil maniobra para conquistar a amplios sectores sociales donde el marxismo sigue de moda. Entre tales deficiencias, Juan José Toribio, por ejemplo, le recordaba que una buena parte de ese malvado capital que él quiere gravar más duramente está en manos de los Estados o de los fondos de pensiones, o que los fondos mutuos son el refugio

de amplias clases medias del mundo. O que Gobiernos, trabajadores y clases medias constituyen una parte mayoritaria de los dueños del capital[6].

Pero prima el mensaje ideológico, que la desigualdad ha aumentado y que la responsabilidad es de los ricos. Porque los ricos, piensa la izquierda, lo son a través de la explotación de los más débiles o a través de una injusta herencia cuyo origen también estaría en la explotación. La derecha tiene, sin embargo, el atrevimiento de pensar y defender que la riqueza procede del trabajo, del esfuerzo, de la ambición, del sacrificio, del desarrollo de determinadas cualidades que permiten el acierto en las actividades económicas. Una parte de la desigualdad se explica por el diferente uso que hacen los individuos de la libertad. Por sus divergencias en objetivos, cualidades y disposición al sacrificio.

¿Qué diferencia de otras personas a Bill Gates, a Carlos Slim, a Warren Buffett o a Amancio Ortega, los cuatro hombres más ricos del mundo? Sus objetivos, sus habilidades y su disposición al sacrificio, dado que la herencia no juega papel determinante en estos cuatro millonarios cuya fortuna no tiene origen familiar. Como la de una buena parte de los millonarios actuales que son hijos de clases medias o trabajadoras. O como una buena parte de los miembros de las clases medias que nacieron en el seno de clases trabajadoras. Bill Gates es hijo de una familia acomodada que le permitió una buena educación. Amancio Ortega es hijo de un ferroviario y empezó desde abajo, como empleado de una tienda. El padre de Buffett tenía una posición acomodada, pero jamás entendió el afán de su hijo por convertirse en millonario y su inicio en pequeños negocios desde su época juvenil. Y el padre de Slim era un floreciente empresario, pero los negocios de su hijo y su inmensa fortuna no proceden de su padre.

Ser de derechas significa creer en el derecho a enriquecerse y a hacerse rico, de la misma manera que en la existencia de unas

cualidades éticas entre los más ricos al menos tan altas como entre los más pobres. Ser rico no es delito ni una prueba de una conducta moral rechazable, como lo parece en una parte del discurso político de la izquierda o en la producción de bastantes artistas e intelectuales de la izquierda. El enriquecimiento es consecuencia del trabajo y de la habilidad, y no de la explotación y de la ausencia de ética, no al menos en un grado diferente al ascenso social en cualquier posición de clase social y de estatus. Hacerse rico no es éticamente condenable, todo lo contrario.

Pero ¿qué ocurre con eso de las cualidades? ¿Y si las cualidades están diferentemente repartidas desde el nacimiento? Este es un problema de tales dimensiones que incluso se evita su tratamiento, también en la derecha. Por eso se habla de genética para casi todo menos para determinadas cualidades innatas. Se acepta la existencia de algunas cualidades innatas, como la belleza o la capacidad para ciertos deportes, que permiten enriquecerse de manera extraordinaria en algunos casos, grandes deportistas o *top models*, por ejemplo. Pero se rechaza la posibilidad de la existencia de cualidades intelectuales especiales, en abierta contradicción con la idea anterior.

También la derecha tiene problemas con este tabú, que lo es, pero está algo más abierta a la aceptación de la existencia de esas cualidades. La derecha muestra en este campo bastante más coherencia que la izquierda y, sobre todo, más respeto a la realidad, en buena medida porque la derecha cree en el individuo y eso le lleva a aceptar las enormes diferencias entre unos individuos y otros. Diferencias que no dependen del Estado o de las instituciones, sino de ellos mismos y, en parte, también de su estructura genética, de lo heredado de sus padres. La educación y la voluntad pueden provocar grandes cambios en esa herencia, pero la derecha acepta la evidencia científica que rechaza la izquierda. En

buena medida porque tal evidencia cuestiona la sustancia de la teoría de la desigualdad.

Una sustancia según la cual la desigualdad, eje neurálgico de la ideología de izquierdas, es producida por las injusticias, por la explotación, por el dominio de unos sobre otros, por el uso de las instituciones a favor de determinadas personas o grupos. La desigualdad es fruto del mal, según la izquierda. Nada tendrían que ver en ella las cualidades innatas de los individuos, la izquierda rechaza oficialmente su existencia en determinados campos, o la voluntad y el esfuerzo de los individuos. La derecha acepta la primera parte, si bien a regañadientes por su carácter de tabú, y defiende especialmente la segunda parte. La referida a la voluntad y decisión del individuo en esta o cualquier otra materia.

Más allá de las cualidades innatas, lo cierto es que la riqueza depende en buena medida de las acciones de los individuos, de su trabajo y de su esfuerzo. ¿También de su ausencia de ética? ¿De la explotación de otros? ¿Del engaño? ¿Del delito? Por supuesto, también. La derecha reconoce las imperfecciones de algunos usos de la libertad. El derecho a hacerse rico y a ser rico que yo defiendo no incluye el derecho a la explotación, al engaño, a la mentira y al delito. No me refiero a esa manera de hacerse rico, obviamente. Pero en este punto, el problema de la izquierda es que confunde a todos los ricos con explotadores o personas carentes de ética. Una simplificación y tergiversación que proceden de un rechazo ideológico hacia los ricos y que le impide a la izquierda reconocer la realidad de que una buena parte de los ricos logran sus objetivos con métodos al menos tan éticos como los del conjunto de la sociedad.

Ser de derechas significa creer que la ética no es patrimonio de la izquierda y que la ética es independiente de las ideologías. Los comportamientos éticos son propios de las personas, no de las ideologías. Pero tampoco dependen del nivel de riqueza, o del ni-

vel de estudios, o del género. La ética se reparte de forma parecida entre obreros y millonarios, entre graduados universitarios y analfabetos, entre hombres y mujeres. Y los ricos, quienes se hicieron ricos, pero también quienes heredaron su fortuna, tienen una relación con la ética muy semejante al resto de la sociedad. Yo no soy más ética por ser hija de campesinos que, pongamos, los hijos de Amancio Ortega. Independientemente de nuestros orígenes, el comportamiento y los valores morales constituyen una elección y esa elección se realiza desde la libertad individual, también la libertad de elegir entre el bien y el mal.

Contra todas las dictaduras

Fue José María Aznar quien me regaló el libro de Natan Sharansky con ocasión de un seminario protagonizado por este en la Fundación FAES, allá por el año 2005 o 2006.[7] El libro de este activista judío, que pasó nueve años en las cárceles soviéticas por su defensa de la libertad, me entusiasmó. Se trata de una de las mejores reflexiones sobre la libertad, quizá porque en ella se siente la verdad y la pasión de quien sacrificó una parte de su vida por esa libertad.

Lo abrí de nuevo en 2015 justamente el día en que la prensa mundial celebraba en sus portadas la cordial reunión de Barack Obama con el dictador cubano Raúl Castro en la Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá. Tono de alegría, hasta de euforia, en una buena parte de los medios de comunicación del planeta por el estrechamiento de manos entre el presidente norteamericano y el dictador comunista. Sobre todo en los medios progresistas que saludaban lo que llamaban «un nuevo ciclo histórico». Sin una sola concesión a la libertad por parte de la dictadura comunista, el presidente norteamericano y la mayoría de los periodistas celebraban como un avance la buena sintonía entre el

demócrata y el dictador. Y pensaba en uno de los mejores pasajes de Sharansky: «*A world without moral clarity is a world in which, in the name of peace, pacifist in the West marched alongside emissaries of the KGB who, posing as peace activist, sought to undermine the efforts of a free world to defend itself against Soviet aggression. It is a world in which a strong dictator can be seen as a reliable partner for peace. It is a world in which those who dream of peace are willing to place a wolf and lamb in the same cage and hope for the best again and again*».

Once años después de la publicación de este libro, y con algún pequeño cambio de nombre, pareciera que se refería al acuerdo de Obama con el dictador cubano. Con manifestaciones incluidas, justamente dos días antes de la reunión con el dictador, con comunistas cubanos desplazados a Panamá agrediendo a activistas por la libertad en Cuba. Y con una buena parte del mundo sumida en total confusión moral. La misma confusión moral que rodeó durante décadas el sostenimiento político e intelectual de las dictaduras comunistas del este de Europa.

Ese sostenimiento tuvo bastante que ver, lo contaba en el capítulo anterior, con mi evolución intelectual e ideológica hacia la derecha. Porque la derecha tuvo y tiene mucha mayor capacidad que la izquierda para rechazar todo tipo de dictaduras, las comunistas y las demás. Porque la libertad es su impulso primario y eso le ha permitido evolucionar mucho más lejos que la izquierda desde los coqueteos dictatoriales de sus antepasados en las dictaduras del siglo XX.

Si mi evolución hacia las ideas de derechas no se hubiera producido hace ya muchos años, podría haber ocurrido en el año 2016, en la muerte de Fidel Castro. Impresionante, terrible, la legitimación del comunismo a la que asistimos en las reacciones del planeta al fallecimiento del dictador. La gran mayoría de los medios de comunicación del mundo, incluidos muchos medios con-

servadores, eliminaron la palabra «dictador» de sus titulares sobre la muerte de Castro y apenas era posible encontrar los datos sobre su represión y sus crímenes. Según la gran mayoría de los analistas del planeta, había muerto un «líder», una «figura histórica». Los hubo que hasta lo compararon con Reagan para admitir, a regañadientes, que sí, que Castro había sido un dictador, pero que «se podría atribuir el mismo adjetivo a Ronald Reagan».[8] ¿Confusión moral? Inmensa, ciertamente.

Me hice de derechas porque me parecía esencial la claridad moral para rechazar la dictadura comunista de los Castro, de la misma manera que la dictadura de derechas de Augusto Pinochet, si tal dictadura siguiera en pie. No imagino una celebración mundial como la producida tras el abrazo de Obama a Castro si tal abrazo se lo hubiera dado a Augusto Pinochet. O a los medios de derechas llamando a ese abrazo con el Pinochet de turno «reconciliación con Chile», que es lo que los medios progresistas llamaron al abrazo de Obama con el dictador. Si no imaginamos a un presidente republicano de Estados Unidos protagonizando una Cumbre de las Américas junto a un dictador como Pinochet es porque tal cosa no es posible en la derecha. Y tampoco es posible imaginar la muerte de un dictador de derechas con la desaparición del término «dictador» de la mayoría de las portadas de la prensa mundial. He ahí la diferencia entre la primacía de la libertad en la derecha y la de la igualdad en la izquierda. Si la izquierda tolera la dictadura comunista y de esa tolerancia sale esta celebración, ello ocurre porque encuentra una última justificación en la desigualdad.

Mientras la derecha rechaza todo tipo de dictaduras, la izquierda rechaza rotundamente las dictaduras de derechas, pero justifica o entiende o no combate las dictaduras de izquierdas. Para quienes fuimos antifranquistas y antifascistas, pero somos igualmente anticomunistas, la derecha es la única opción. La op-

ción de la libertad, sin matices. No podría celebrar como histórico ningún acuerdo de Obama con Pinochet, exactamente igual que tampoco lo puedo celebrar con Castro, de la misma manera que no compararía a Pinochet con un dirigente democrático, sea Reagan o sea José Luis Rodríguez Zapatero. O tampoco con la dictadura teocrática iraní. Otro acuerdo firmado por Obama pocos días antes de la Cumbre de las Américas de Panamá y celebrado igualmente con gran parafernalia por los medios de comunicación mundiales. A pesar de las propias afirmaciones de los líderes iraníes sobre su nula disposición a reducir las armas nucleares de su país.

Esa confusión moral explica el tratamiento recibido, por ejemplo, por los disidentes cubanos afincados en Estados Unidos. Y tachados por una parte significativa del progresismo mundial como grupos fanáticos de extrema derecha. Algo así como tratar a los activistas antifranquistas como fanáticos de extrema izquierda. Pues eso es lo que ha ocurrido exactamente con los activistas anticastristas. Y eso explica también el increíble recibimiento mundial que tuvo a principios de 2015 la decisión de Obama de solicitar al Congreso el fin del embargo a la dictadura cubana. Sin mediar, tampoco entonces, ningún gesto a favor de la libertad y del fin de la dictadura por parte del castrismo. Todo lo contrario, tanto el anuncio del fin del embargo como el encuentro en la Cumbre de las Américas han sido utilizados para el castrismo para legitimar y reforzar la dictadura, que tendría ahora mucho más apoyo internacional que en el pasado. Incluso en la muerte de Fidel Castro las celebraciones de los exiliados cubanos fueron retratadas en los medios de comunicación del mundo como propias de una comunidad fanática y extremista, una consideración que jamás se aplicó a los exiliados del franquismo.

El centro del debate no está, por supuesto, en la conveniencia o no de las sanciones económicas para debilitar a una dictadura.

Hay análisis consistentes según los cuales esas sanciones son más perjudiciales para los ciudadanos sometidos por la dictadura que para la propia supervivencia de la dictadura. Es posible. Pero también es cierto que todos los dictadores se movilizan con todos los instrumentos a su alcance para evitar las sanciones económicas, como lo prueban los esfuerzos de Irán para acabar con las sanciones a su país. E igualmente cierto es que todos los dictadores interpretan el levantamiento de sanciones como un aumento del apoyo internacional a su sistema político. O como un motivo más para mantener la represión.

El debate sobre los efectos de las sanciones presenta todo tipo de argumentos. Pero lo que no los presenta, desde el punto de vista de la libertad, es el debate sobre la legitimación de las dictaduras. Aquí sí que no caben posiciones intermedias. Se mire por donde se mire, la actitud de Obama legitima y fortalece a la dictadura cubana, de la misma manera que el activismo de los anticastristas debilita a la dictadura.

La claridad moral superior de la derecha estriba en esta distinción, en la capacidad para entender las fronteras entre la defensa de la libertad y el apoyo o la legitimación de la represión. ¿Esto significa que la derecha mantiene posiciones totalmente coherentes en este campo? No, por supuesto. Y no solo por la complejidad de la derecha. También, por la naturaleza de las relaciones internacionales y por eso que se ha dado en llamar «realismo» en política internacional.

El realismo explica una buena parte de las posiciones en política internacional. De la derecha y de la izquierda. La consideración de que la acción de un país o de varios no podrá impedir el mantenimiento de una dictadura extranjera o la consideración de que las relaciones diplomáticas, incluso los acuerdos con esa dictadura, son un mal menor en comparación con lo que podría constituir un mal mayor, por ejemplo, una acción militar para

acabar con esa dictadura. Realmente, una buena parte de la derecha, como de la izquierda, se sitúa en esa posición realista. Y aquí se encuentra, de hecho, una de las más grandes contradicciones de la derecha, de la misma manera que en la indiferencia por la desigualdad producida fuera de las propias fronteras se encuentra una de las grandes contradicciones de la izquierda.

La izquierda liquida habitualmente su preocupación por la desigualdad con duras críticas hacia la desigualdad mundial, pero ninguna medida realmente sustancial para el fin de esa desigualdad. La igualdad se defiende para las fronteras interiores de los propios países. Y algo parecido le ocurre a la derecha con la libertad, cuando la defiende para el propio país, pero se limita a proclamarla como deseo sin acciones añadidas para los demás países, incluidos los sometidos a la represión de una dictadura.

En tales contradicciones tiene mucho que ver, por otro lado, la primacía de la soberanía nacional sobre todas las demás fuentes de legitimidad en las relaciones internacionales. Lo que cuestiona toda intervención internacional que no esté plenamente apoyada o justificada por una agresión exterior, una amenaza clara e inminente o represión extremada sobre la población. Como es bien sabido, ni siquiera esto último justifica para una buena parte los países democráticos la legitimidad de una intervención.

Las contradicciones son claras: la libertad se persigue dentro de las propias fronteras y solo ocasionalmente o parcialmente fuera de ellas. Pero también es cierto que es en la derecha donde se defiende la necesidad de ese liderazgo por la libertad también fuera de las fronteras nacionales. Eso explica, entre otros muchos acontecimientos de los últimos años, lo ocurrido en el mundo tras el ataque terrorista contra las Torres Gemelas y la nueva guerra internacional contra el terrorismo fundamentalista. O algunas de las movilizaciones e intervenciones militares de apoyo a la Primavera Árabe. O las actitudes internacionales ante la dictadura

comunista de Cuba o el autoritarismo bolivariano de Venezuela. En todos los casos, con el liderazgo de la derecha y el silencio o los posicionamientos ambiguos de la izquierda.

La virtud de ser neocon

Decir que eres de derechas, así, sin aditivos, sin un «centro» que lo suavice, es provocador en nuestro país. Pero hay otra denominación de la derecha que sube al máximo el grado de provocación percibido por la izquierda: cuando te defines como neoconservador o cercano a los planteamientos de los neoconservadores. Hubo un tiempo, durante los mandatos de George Bush, que hasta se puso de moda la palabra, aquello de «neocon», pero de moda negativa, como posición supuestamente representativa de lo peor de la derecha.

En la escala de maldades definida por el progresismo, los liberales serían malos por su total confianza en el mercado y el capitalismo, los conservadores, por su apoyo a las tradiciones, desde la familia hasta la monarquía, y los democratacristianos, por su apoyo a la presencia de la religión en todos los ámbitos de la vida. ¿Y los neoconservadores? Pues los neoconservadores reunirían todos los males de los demás y añadirían uno más, su apoyo a las guerras, en particular, la de Irak. Según la versión sobre los neoconservadores predominante en España y en el resto de Europa, los neoconservadores serían un grupo de extremistas ultraliberales y militaristas, además de muy tradicionales en cuestiones morales.

Lo más asombroso desde un punto de vista intelectual es que la falsedad anterior ha tenido una enorme aceptación también en círculos cultivados. Y como la derecha no ha sido capaz de hacer su propia definición, volvemos al problema habitual: la definición se la hace la izquierda. No ha existido una definición alter-

nativa, en este caso, una mera descripción realista y no completamente fantasiosa de este movimiento político-intelectual. Con el que me identifico, precisamente porque hace del activismo por la libertad su principal bandera. A diferencia del liberalismo, su preocupación esencial por la libertad se orienta mucho más hacia las ideas que hacia el mercado, sobre todo porque el neoconservadurismo es un movimiento principalmente intelectual que, además, cree en la fuerza esencial de las ideas para cambiar la sociedad. Pero, también a diferencia del liberalismo, el neoconservadurismo defiende un Estado fuerte no solo para proteger a los sectores más débiles de la población, también para luchar por la libertad. Y a diferencia de las corrientes mayoritarias del conservadurismo, su posición en política exterior es de activismo en defensa de la libertad frente al realismo.

Determinada lectura de la guerra de Irak ha tergiversado completamente lo anterior. Y es que los llamados neocon llegaron a convertirse en una especie de objeto fóbico del progresismo, tal como escribí en un libro anterior.[9] Por su defensa de la guerra de Irak o porque tal guerra fue liderada por un presidente norteamericano republicano, George W. Bush. Después hubo otras guerras y otras acciones militares occidentales contra dictadores, como la guerra de Libia, que recibieron consideraciones muy diferentes, a pesar de los muchos elementos en común con la guerra de Irak.

Los mismos que entonces condenaban duramente la guerra contra el dictador iraquí y cualquier iniciativa militar contra el terrorismo fundamentalista son los que ahora comienzan a reconocer que el diagnóstico neoconservador era certero. Es decir, que solo las acciones militares serán capaces de acabar con el terrorismo fundamentalista, y no la Alianza de Civilizaciones. Y que la situación de Irak y de los países vecinos no ha empeorado como consecuencia de la intervención militar, sino como obra de los sectores opuestos a la democratización y de los enfrentamien-

tos étnico-religiosos. Sobre la cuestión moral, la necesidad de combatir la represión dictatorial de Sadam Hussein es y seguirá siendo irrelevante para la mayor parte de la izquierda.

En el capítulo de tonterías intelectuales bastante extendidas, a veces en la pluma de personas que pasan por informadas en sus países, el neoconservadurismo ha sido confundido y mezclado una y otra vez con el Tea Party. Un movimiento muy alejado de la sustancia del neoconservadurismo por su combinación de apoyo al Estado no interventor, a una fuerte religiosidad y, sobre todo, oposición al activismo norteamericano en el exterior para la defensa de la libertad, lo que está en las antípodas del neoconservadurismo.

La realidad de esta corriente de la derecha, del neoconservadurismo, es que se basa en cinco ideas esenciales, como ya definiera hace mucho años Peter Steinfelds en la mejor obra sobre el neoconservadurismo[10]: 1) un apoyo crítico al Estado del Bienestar o apoyo al Estado del Bienestar, pero no al Estado paternalista; 2) apoyo al mercado; 3) respeto a los valores e instituciones tradicionales como la religión, la familia, y rechazo de la contracultura; 4) apoyo a la igualdad de oportunidades pero rechazo a la noción de que tal igualdad debe acabar necesariamente en la igualdad de resultados, y 5) rechazo del aislamiento de Estados Unidos en política internacional, escepticismo respecto al realismo y apoyo de la idea de que la democracia americana difícilmente sobrevivirá en un mundo hostil a los valores norteamericanos.

El cóctel anterior lo convierte en la corriente más atractiva de la derecha, la que mejor y más coherentemente representa el impulso de la libertad. Porque la aplica a la libertad de mercado, pero igualmente a la libertad política y de ideas en su sentido más amplio, dentro y fuera de las fronteras. Y eso le imprime, además, un idealismo de la libertad y una fuerza movilizadora que va más

allá de las corrientes tradicionales de la derecha. Con el añadido de su fuerte fundamento intelectual y su capacidad para conjugar todo lo anterior con los aspectos más interesantes del conservadurismo clásico, la importancia de las tradiciones y de la comunidad, y de la democracia cristiana y del liberalismo social, la necesidad de mecanismo institucionales y políticos para la defensa de los más desfavorecidos.

Los ultras, los suyos y los nuestros

Uno de los terrenos donde la izquierda tiene más problemas con la libertad es precisamente este, el de la contradictoria relación con sus ultras, los ultras de izquierdas. De ahí que una buena parte de los periodistas e intelectuales europeos tenga muy clara la noción de extrema derecha, pero un enorme problema para pronunciar la palabra extrema izquierda. Es así que la prensa occidental está llena de referencias a la extrema derecha, pero contadas referencias a la extrema izquierda. Allí donde un partido es de extrema derecha, su equivalente en el otro extremo es de «izquierda radical» o, simplemente, de izquierda. Para estos intelectuales y periodistas existe la extrema derecha, pero no la extrema izquierda.

El increíble fenómeno está tan extendido que debo de ser una de las pocas personas que, por ejemplo, en España, repite habitualmente el concepto «extrema izquierda». Para obviedades políticas como la definición ideológica de Izquierda Unida o de Podemos, lo que suele ir seguido en muchas ocasiones por la crítica del progresista de turno incomodado por tal definición. Allí donde el progresista se muestra alarmado por los posibles triunfos electorales del Frente Nacional francés, el partido europeo más importante en la extrema derecha, saluda con regocijo lo que llama la «renovación generacional o de ideas» representada por Po-

demos, su equivalente en la extrema izquierda española, o pide máximo respeto por lo que considera un partido de izquierdas, Izquierda Unida, pero no de extrema izquierda.

En definitiva, para la izquierda no existe la extrema izquierda, pero sí, en cambio, una terrible y peligrosísima extrema derecha. Y no existe, no solo por aquello de enviar al espacio exterior aquello que no le gusta, sino también por una motivación profundamente ideológica, aquella que en la izquierda sacrifica la libertad en aras a la igualdad. A partir de la supremacía de la igualdad, a un extremista de la izquierda se le podría perdonar, entender, incluso integrar, puesto que su objetivo final sería la igualdad o la lucha contra los poderosos y las clases altas, y tal cosa sería defendible.

En cambio, sí hay un reconocimiento de la existencia de la extrema derecha para la derecha. Sí hay una frontera entre la derecha y la extrema derecha, aquella que viene marcada, en primer término, por la libertad. Eso explica, por ejemplo, que las distancias entre la extrema derecha francesa, el FN, y la derecha, la de los Republicanos, sean bastante mayores que las existentes entre la izquierda, PS, y la extrema izquierda, Front de Gauche, Parti Anticapitaliste y demás pequeños grupos extremistas.

Las simpatías hacia las dictaduras fascista y nazi no tienen cabida en la derecha. Hay una frontera nítida entre los simpatizantes de esas ideas y la derecha. Y eso explica muchos de los posicionamientos en debates varios. Por ejemplo, el referido a los límites de la libertad de expresión. La derecha apoya los límites contra las defensas del terrorismo o del nazismo o del racismo. Sean del signo que sean. Sin embargo, la cuestión provoca habitualmente muchas más reticencias de la izquierda, dependiendo de las ideas expresadas.

En octubre de 2013, la Fiscalía General del Estado anunció que investigaría un mercadillo con objetos franquistas y nazis en el

colegio Príncipe de Asturias de Quijorna. El fiscal general del Estado, Eduardo Torres Dulce, se mostró implacable: «La fiscalía se va a mostrar vigilante desde todos los puntos de vista, no solo en lo contencioso-administrativo, sino también desde el punto de vista penal, y no se va a dar ningún espacio de impunidad a cualquier actividad que desborde la ley y el sentido y el espíritu constitucional, que es el Estado de Derecho y la convivencia democrática de todos los españoles>». Por supuesto, todos los partidos y sindicatos de la izquierda exigieron duras acciones legales contra el mercadillo.

Por esos mismos días, la Fiscalía del Tribunal Supremo abrió diligencias informativas para estudiar la posible ilegalización de Alianza Nacional, un partido de extrema derecha implicado en el asalto, producido el 11 de septiembre de ese año, al centro cultural Blanquerna, sede de la Generalitat de Cataluña en Madrid, y que produjo cinco heridos. Por supuesto, la iniciativa suscitó el apoyo de toda la izquierda y del nacionalismo, en especial del partido que había enviado la solicitud de ilegalización al Supremo, Izquierda Unida.

Pero he aquí que la propia Izquierda Unida estuvo ese año, los anteriores y los posteriores, desde que existe, en realidad, implicada en numerosas manifestaciones y asaltos ilegales y violentos. En ocasiones, en solitario, la mayor parte de las veces, junto a otros partidos y movimientos de extrema izquierda. Por ejemplo, en los acosos a políticos del PP. O en las movilizaciones contra el Congreso o contra la sede del Parlamento catalán. Además de en numerosos actos de boicot a políticos o intelectuales de la derecha. Junto a IU, varios grupos de la extrema izquierda, recientemente, Podemos, han participado en todo tipo de actos de acoso a políticos de otras ideologías.

Ninguna de las acciones anteriores ha recibido, sin embargo, iniciativa alguna de la Fiscalía para promover una posible ilegali-

zación de los participantes. La única ilegalización de un partido de extrema izquierda que se ha promovido en la democracia española es, como es bien sabido, la ilegalización del brazo político de ETA. Y no por sus postulados de extrema izquierda, o por innumerables acciones equivalentes a las del asalto a Blanquerna, cotidianas y habituales en los grupos políticos proetarras, sino por su vinculación orgánica con el grupo terrorista.

De la misma manera, la exhibición de símbolos comunistas no ha sido seguida de ninguna iniciativa de la Fiscalía para defender los valores democráticos de los españoles. Todo lo contrario, los mercadillos comunistas son plenamente tolerados lo mismo que lo es la defensa abierta del totalitarismo comunista, mientras que una defensa de las dictaduras del otro signo encuentra inmediata respuesta en los tribunales y en los partidos políticos.

Y eso ocurre gobierne la izquierda o gobierne la derecha. Porque la derecha no osa, ni en España ni en otros lugares de su entorno europeo, aplicar a la defensa del comunismo los mismos parámetros que a la defensa del fascismo. La defensa de la dictadura comunista cubana se hace, por ejemplo, de forma completamente abierta desde los partidos de extrema izquierda de las democracias occidentales. Los libros, artículos, panfletos, símbolos o fotografías relacionadas con la defensa de ideas comunistas o de líderes comunistas son habituales en nuestro país y en otros. La vara de medir es completamente diferente para unos y para otros. Y la derecha no se atreve a romper con esa diferencia, en parte por los problemas con su propia identidad.

Por ejemplo, Angela Merkel, la canciller alemana, afirmó en enero de 2015 que el movimiento islamófobo Pegida (Patriotas Europeos contra la islamización de Occidente) era «puro odio», y su ministro de Justicia, Heiko Mass, añadió que «son una vergüenza para Alemania». Estoy de acuerdo con ambos en la valoración de este movimiento xenófobo, pero ¿se sabe de alguna

afirmación de Merkel o de su ministro de Justicia sobre el odio de los movimientos de extrema izquierda alemanes, o de su dudoso respeto a las reglas democráticas? Me temo que no.

En 2014, el Consejo de Estado francés prohibió un espectáculo del cómico Dieudonné, y lo hizo tras iniciativas en ese sentido de quien era por entonces ministro del Interior, el socialista Manuel Valls. Dieudonné, un simpatizante del Frente Nacional, lanzaba mensajes antisemitas y xenófobos, algo que sí ha motivado el apoyo de la izquierda a las limitaciones de la libertad de expresión. Y la coincidencia, más infrecuente que frecuente, con la derecha en esa limitación. Porque la derecha no tiene las ataduras que sí tiene la izquierda con algunas defensas extremistas. Su problema, el de la derecha, es que se queda sola ante las limitaciones para otros extremismos antidemocráticos y, además, sin un discurso sobre esas contradicciones de la izquierda.

¿Existen limitaciones de la libertad de expresión para el apoyo de ese tipo de dictaduras? No, obviamente. Se trata en parte de una cuestión histórica, la que ha determinado a lo largo del siglo XX una imagen del comunismo infinitamente mejor que la del fascismo y la del nazismo. Lo que ha dado lugar a limitaciones legales y también a acciones de la Justicia contra las justificaciones del nazismo, pero no, sin embargo, contra las justificaciones del comunismo. Ni mucho menos, la izquierda ni siquiera rechaza el término, tampoco la Justicia. Como si los millones de asesinados y reprimidos por las dictaduras comunistas no tuvieran la misma significación que las víctimas del nazismo y del fascismo, o como si el objetivo supuestamente final del comunismo, la igualdad y el fin de las diferencias de clase, permitiera poner en un segundo plano su carácter dictatorial y sus crímenes.

He ahí una de las diferencias ideológicas sustanciales entre izquierda y derecha. Los autoritarismos y las dictaduras fueron desterrados del ámbito de las simpatías o de las justificaciones de la

derecha, pero no de la izquierda. La derecha evolucionó en el siglo XX. La izquierda aún no ha podido superar el siglo XX y sus contradicciones con las dictaduras comunistas. La derecha progresó, pero la izquierda, que se ha apoderado del término progresismo, aún no ha sido capaz de hacerlo.

CAPÍTULO 3

EL APOYO AL LIBRE MERCADO

El capitalismo es «progresista»

Es indudable que la izquierda se apropió con éxito del término «progreso» y «progresismo» para la definición de su identidad política. Con la paradoja de que la izquierda tiene enormes dificultades para reconocer el progreso de la humanidad en el último siglo. En ese sentido, la derecha es más «progresista» que la izquierda porque cree en ese progreso, en el hecho de que es una realidad, de que ha ocurrido, y que lo ha hecho de la mano de los sistemas económicos capitalistas y los sistemas políticos democráticos.

Si usted reconoce que el mundo ha progresado enormemente en las últimas décadas y que la economía del mercado ha sido fundamental en ese progreso, es que usted es de derechas. Si es izquierdas, no podrá negar, al menos rotundamente, los datos contrastados por todos los analistas y organismos internacionales, pero le costará valorarlos positivamente y objetará que se han producido a costa de un aumento de la desigualdad. O que, en efecto, ha disminuido la pobreza, han aumentado la esperanza de vida, los niveles educativos y la renta per cápita, y se han extendido los sistemas democráticos, pero que persiste y aumenta, a su vez, una desigualdad que solo podrán resolver los socialistas y los comunistas. O que el libre mercado tiene grandes problemas porque no garantiza la igualdad.

De esta manera, solo la derecha reconoce sin ambages que, en efecto, se ha producido un enorme progreso de la humanidad. Y que no hay otro concepto más adecuado que progreso para calificar datos como el descenso radical de la pobreza extrema en el mundo en los últimos doscientos años. Según los cálculos realizados con diferentes parámetros aceptados internacionalmente, el porcentaje de la población del mundo que vivía en la extrema pobreza oscilaba en 1820 entre el 84 % y el 94 %. Si restringimos la comparación a las últimas décadas, al período medido con los datos del Banco Mundial, la pobreza extrema alcanzaba en 1981 a un 44 % del mundo, y en 34 años, hasta 2015, se redujo de forma muy acusada, hasta el 10 %[11].

En consonancia con lo anterior, se ha producido un enorme aumento de la esperanza de vida. Desde 1900 hasta nuestros días se ha doblado esa esperanza de vida y ahora está cerca de los 70 años a nivel mundial, y no hay ningún país del mundo con una esperanza de vida menor que la mayor que existía en 1800. La mayor esperanza de vida se ha alcanzado en Europa, más de 80 años, seguida de Oceanía y de América. La antigua Unión Soviética está algo por debajo de la medida mundial, 70 años. África es el continente con menor esperanza de vida, con una media de 60 años. Pero lo más significativo es el cambio enorme en todas las zonas del mundo a lo largo del siglo XX, y eso se debe en buena medida, como señalan los analistas del Our World in Data, a que ha descendido la desigualdad en salud y se ha reducido en todo el planeta la posibilidad de morir poco tiempo después de nacer[12].

El mismo progreso mundial se ha producido en todas las esferas, por ejemplo, en educación. En 1800, casi el 90 % de la población del mundo era analfabeta. En 2014, este porcentaje había bajado del 20 %. Y, además, si bien persisten diferencias en analfabetismo entre zonas del mundo, con los porcentajes más altos

concentrados en África, los datos también muestran un descenso de la desigualdad en educación, puesto que las generaciones más jóvenes de los países más pobres han reducido de forma muy importante los porcentajes de analfabetismo[13].

Además, se ha producido una enorme expansión de la democracia en el mundo desde fines del siglo XIX, momento histórico en el que comienzan a instaurarse sistemas democráticos. Y, como tantas veces se ha recordado, es cierto que no todos los sistemas económicos capitalistas van acompañados de sistemas políticos democráticos, pero otro dato innegable de la historia reciente de la humanidad es que los sistemas políticos democráticos solo se han desarrollado en países capitalistas, que socialismo y democracia son irreconciliables. En 2017, un 45 % de los países del mundo son considerados completamente libres por Freedom House, y a ellos hay que añadir otro 30 % de países considerados parcialmente libres, de tal manera que solo el 25 % de los países del mundo no goza aún de libertad[14]. Según los analistas de Our World in Data, y si medimos la expansión de la democracia en términos de porcentajes de la población, solo un 12 % de la población mundial vivía en países democráticos en 1900, un porcentaje que subió al 53 % en 2015[15], y ese porcentaje está en buena medida limitado por la continuación de la dictadura comunista china, que afectaba a una población de 1.382.710.000 en 2016.

Se ha producido un progreso político y económico. La libertad se ha extendido por el planeta, pero eso solo ha ocurrido en las economías capitalistas, y el progreso económico ha sido mucho más importante en las economías capitalistas. No hay ningún país socialista o exsocialista entre los veinte primeros países de la clasificación de Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, un análisis que tiene en cuenta el desarrollo económico, pero también indicadores sobre salud y educación. En los primeros lugares de la clasificación de 2016 se encontraban Noruega, Aus-

tralia, Suiza, Alemania y Dinamarca, sistemas capitalistas y democracias, y el primer país de la lista con un pasado socialista reciente, Eslovenia, aparece en el número 25.

Con los datos anteriores, no es sorprendente que la mayoría del mundo sea favorable a la economía capitalista. Una encuesta del Pew Research Center de 2014, realizada en varios países del mundo, mostraba que la mayoría apostaba por una economía de libre mercado, y eso que la pregunta del Pew estaba formulada de tal manera que favorecía una respuesta dudosa o contraria. La pregunta pedía el acuerdo o el desacuerdo con la idea siguiente: «A la mayor parte de la gente le va mejor en una economía de mercado, aunque algunos sean ricos y otros pobres». Un 63 % de los habitantes de los países más desarrollados estaba de acuerdo, un 62 % de los países emergentes y un 71 % de los países en desarrollo. Toda la encuesta del Pew estaba dominada por la preocupación en torno a la desigualdad, algo común entre los académicos y científicos sociales, mucho más influidos por las ideas de izquierdas. Y, no obstante, había una mayoría favorable a la economía capitalista, con algunas excepciones muy significativas como la de España donde el porcentaje de acuerdo con la sentencia de más arriba era del 45 % frente a un 51 % opuesto[16].

Y es que el capitalismo es sospechoso para la izquierda, y eso explica porcentajes críticos como los de España, el país ideológicamente situado más a la izquierda en Europa Occidental junto con Francia. La izquierda acepta en la práctica la economía de mercado, pero la considera intrínsecamente mala, generadora de desigualdad, potencialmente peligrosa, por lo que considera que debe estar sometida a un gran control del Estado. También en la práctica, los Estados gobernados por la derecha son enormemente interventores en la sociedad, y esa intervención incluye la economía de mercado, pero hay una diferencia sustancial con la izquierda. La economía de mercado no es intrínsecamente mala o

peligrosa para la derecha, sino la única que asegura la libertad y también el bienestar. La derecha es abiertamente procapitalista, mientras que la izquierda acepta el capitalismo como un mal inevitable.

El mercado ha triunfado

En 1989 cayó el Muro de Berlín que separaba la Alemania capitalista y la Alemania comunista, la Europa Occidental libre y la Europa del Este sometida a las dictaduras comunistas. ¿Fue la libertad o la prosperidad del Oeste lo que impulsó con más fuerza la caída de las dictaduras? Seguramente, la combinación de ambos, de la libertad y de la prosperidad. Porque el contraste entre la Alemania comunista y la capitalista explica por qué el mercado ha triunfado, por qué el bienestar era mucho mayor en la mitad de una sociedad que no tenía diferencias culturales, climáticas, geográficas o históricas relevantes que pudieran explicar desarrollos diferentes. Y por qué millones de alemanes del este huyeron al oeste desde la partición del país en 1949, y por qué muchos, no hay cifras exactas sobre el número total, fueron asesinados mientras intentaban huir. No hubo huida en el otro sentido. Los alemanes que vivían bajo el comunismo querían vivir bajo la democracia y el capitalismo.

En 1991, el PIB por habitante de Alemania del Este era un 33,1 % del PIB de Alemania Occidental, la productividad laboral mucho menor, su desempleo el doble y el salario, la mitad. Para el año 2000, diez años después de la unificación, había subido al 60,4 %. Parte de ello por las enormes transferencias financieras realizadas por Alemania Occidental al este. Desde entonces, ha seguido el proceso de convergencia a partir de la democracia y la economía de mercado extendidas a la Alemania del Este. Pero lo más sorprendente es que en el inicio de su separación, en 1949, el

PIB per cápita de Alemania Oriental era un 27 % mayor que el de Alemania Occidental, es decir, ni siquiera partían de condiciones semejantes, sino que eran mejores las de la Alemania del Este[17].

Pero a partir de la separación comenzó el avance de la Alemania Occidental y el deterioro del sistema comunista en todas las áreas. Y Alemania Occidental superó a Alemania Oriental en libertad, desarrollo y bienestar. El sistema comunista ni siquiera podía apelar a una supuesta mayor protección social, porque tal protección se extendió y se consolidó en el oeste bajo el Estado del Bienestar, una forma de Estado recogida por primera vez en una Constitución del mundo, precisamente en la alemana de 1949.

La comparación entre otros dos países separados por dos sistemas políticos y económicos, Corea del Norte y Corea del Sur, es aún más llamativa, sobre todo porque Corea del Norte sigue siendo una dictadura comunista y se encuentra en 2017 entre las dictaduras más sanguinarias del mundo, una de las dictaduras que desde hace mucho tiempo Freedom House incluye en su apartado de los *The Worst of the Worst.* Sin embargo, Corea del Sur es un sistema democrático que, además, está clasificado por Naciones Unidas entre los países con mayor índice de desarrollo humano, en el número 18 en 2016, por delante de países como Francia, Finlandia, Austria, Italia o España. En 2016, Corea del Norte ni siquiera figuraba en el informe, pero en 2014 estaba en el puesto 195. Y, sin embargo, en el año de su separación, 1953, ambos países tenían condiciones sociales y económicas parecidas.

Corea del Sur es una de las economías más importantes del G-20, con un PIB per cápita en 2013 de 32.400 dólares, un contraste extremado con el PIB per cápita de Corea del Norte, que era de1.800 dólares. La esperanza de vida era en ese mismo año de 79 años para Corea del Sur y de 69 para Corea del Norte, y mientras en el sur morían 4 niños de cada 1.000 nacidos, en el norte eran

26. Y un 81 % tenía acceso a internet en el sur y no llegaba al 1 % en el norte. Son algunos de los resultados de las economías capitalista y comunista de uno y otro lado y también del sistema democrático y del dictatorial.

Algunos podrán objetar en este punto que ningún partido o movimiento de la izquierda democrática del mundo reivindica el sistema político y económico de Corea del Norte, o el de la antigua Alemania del Este. Y es cierto, los partidos de la izquierda democrática aceptaron hace ya muchos años el sistema democrático y un sistema capitalista controlado por el Estado. En una convergencia hasta cierto punto comparable, los partidos de la derecha democrática del mundo aceptaron los Estados interventores y moderaron sus pretensiones de sistemas económicos plenamente liberales. Y parte de esa derecha, además, la que en el pasado mostró simpatías por las dictaduras fascistas, se separó totalmente de esas corrientes de la derecha, con una clara apuesta por los sistemas democráticos.

Ahora bien, la derecha siempre apostó por el capitalismo y por el libre mercado, y tal apuesta estuvo y sigue estando en las esencias de la derecha. Y esto le diferencia de la izquierda en el terreno económico. El capitalismo y el libre mercado son sustancialmente malos o sospechosos para la izquierda, incluida la izquierda democrática. Se trataría de un mal menor, de una realidad que hay que aceptar, pero que habría que cambiar profundamente, porque no solo serían incapaces de alcanzar el objetivo fundamental de la izquierda, la igualdad, sino que, además, la intensificarían. La izquierda democrática abandonó el comunismo originario, pero ese comunismo originario sigue determinando también en la actualidad el corazón de su ideario. Los socialistas mantienen la Internacional en sus actos políticos. Se trata de un símbolo, de un gesto, pero que no es superficial, expresa una

identidad, un estilo, unas creencias. Y todas ellas son críticas con el libre mercado.

Frente a ello, capitalismo y libre mercado son intrínsecamente buenos para la derecha, porque están en sus esencias ideológicas. La aceptación e incluso la fe en el Estado del Bienestar como corrector de la falta de oportunidades igualitaria y como protector de los más débiles e indefensos se combina con la confianza fundamental en el libre mercado y el capitalismo. Para el eje fundamental de la derecha, la libertad, solo puede aceptarse el libre mercado como sistema económico deseable.

Si usted es de izquierdas, jamás se le ocurrirá que puede titular como yo algunos epígrafes de este capítulo. ¿Que el capitalismo es «progresista»? ¿Que ha triunfado el mercado? Se trata de afirmaciones imposibles en el ideario de la izquierda. Tales conceptos e ideas jamás se encontrarán en un mitin o en una proclamación de principios de un partido de izquierda democrática. Ni siquiera en las obras de los intelectuales de izquierdas. Por supuesto, no merece siquiera mencionar a los partidos de extrema izquierda. En tales partidos, el capitalismo es, sencillamente, un sistema económico deplorable, injusto y explotador. En la izquierda moderada, es un sistema económico que habría que reformar profundamente y en ningún caso es digno de elogio.

La izquierda se sigue definiendo a sí misma como «socialista», incluso como «comunista» en parte de ella. También la izquierda moderada mantiene el nombre original, «socialista», aunque haya perdido una buena parte de ese contenido. Pero el mantenimiento del nombre va más allá del mero simbolismo, porque no debemos olvidar que el concepto «socialismo» se refiere a un sistema económico opuesto y alternativo al capitalismo. Si la democracia o la dictadura se refieren a los sistemas políticos, el socialismo se refiere al sistema económico y los partidos de izquierdas del mundo mantienen en su nombre principal o en sus idearios

el concepto «socialismo» o, entre los más radicales, el de «comunismo».

Los partidos de derechas, sin embargo, no tienen conceptos económicos en sus denominaciones. El propio concepto de «liberal» lo es tan solo parcialmente, en la medida en que es un concepto económico pero también político, referido al libre mercado, pero también al sistema político organizado alrededor de la separación de poderes y el Estado de derecho. Hay partidos «anticapitalistas», pero no hay partidos «capitalistas». Como el Nuevo Partido Anticapitalista fundado en Francia en 2009, que se definió como «anticapitalista, internacionalista, antirracista, ecologista, feminista e indignado por todas las discriminaciones», y que en 2012 llamó a votar contra Nicolas Sarkozy en la segunda vuelta de las Elecciones Presidenciales y a favor del socialista François Hollande.

La derecha evita el concepto «capitalista» en sus denominaciones. En esto le ocurre como en todo el debate ideológico e intelectual, que es sistemáticamente derrotado por la izquierda, y que ha aceptado en la práctica que las palabras «capitalista» o «capitalismo» son negativas, poco presentables, poco adecuadas para lograr grandes apoyos electorales. Poco importa que todas las democracias del mundo sean capitalistas y que todos los socialismos sean y hayan sido dictaduras. Lo lógico desde el punto de vista democrático y liberal es que la palabra «socialismo» causara rechazo social, mientras que la palabra «capitalismo» provocara una reacción positiva; pero ocurre justamente lo contrario, y eso explica el diferente peso de ambos conceptos en las denominaciones o marcas de los partidos políticos y movimientos sociales.

Ahora bien, la derecha, los partidos de la derecha y los votantes, deploran claramente el socialismo en todos sus significados y abrazan el capitalismo, aunque utilicen poco la palabra que susti-

tuyen habitualmente por «libre mercado». Y, aunque el Estado del Bienestar haya igualado en medida considerable a derecha e izquierda en la extensión de las políticas interventoras de los Estados en el libre mercado, los partidos de derechas que llegan al poder político tienen el impulso principal de facilitar y extender el libre mercado, mientras que los partidos de izquierdas tienen el impulso principal de controlarlo y limitarlo.

Champú al huevo

Ocurrió en Montreuil, un municipio cercano a París donde gobierna el Partido Comunista desde 1935, en la actualidad con el alcalde Patrice Bessac. En mayo de 2016, visitó Montreuil Emmanuel Macron, el actual presidente de Francia y por aquel entonces ministro de Economía del Gobierno socialista presidido por Manuel Valls. Acudió a un acto para celebrar el ochenta aniversario del Frente Popular. A su llegada, se encontró con una manifestación de unos cien sindicalistas convocados por el sindicato CGT. Le gritaron todo tipo de improperios, pero, además, le lanzaron huevos que le alcanzaron de pleno en la cabeza. Con la ironía y el sentido del humor que tanto le han ayudado para llegar a la presidencia de Francia, declaró que «el champú al huevo prefiero aplicármelo yo mismo».

La agresión de la CGT se produjo en el marco de su protesta contra la Ley del Trabajo que elaboró y lideró Emmanuel Macron en el Gobierno socialista. Dicha ley y también el proyecto que prepara como presidente han sido comparados con la reforma laboral del PP en España, porque ambas legislaciones tienen como objetivo liberalizar el mercado de trabajo e impulsar de esa manera un aumento de la contratación. En ambos casos, han recibido el apoyo de los empresarios y de las organizaciones empresariales, que reclamaban desde hace años unas condiciones labora-

les que les permitieran contratar sin tanto riesgo económico y también despedir sin que los costes de los despidos supusieran el fin de la empresa. Pero, en ambos casos también, Macron en Francia y Rajoy en España han sido respondidos por grandes manifestaciones y protestas sindicales contra lo que los sindicatos consideran una pérdida de derechos de los trabajadores.

Los huevazos de la CGT, uno de los principales sindicatos franceses, fueron lanzados contra Macron como protesta por la Ley del Trabajo. Un año después, Macron llegó a la presidencia de Francia, pero tras abandonar el Partido Socialista y fundar otro partido centrista, La République en Marche. Algo parecido le ocurrió a Manuel Valls, el primer ministro socialista de Hollande que apoyó la Ley del Trabajo de Macron, pues un año después también abandonó el Partido Socialista y apoyó al nuevo partido liderado por Macron. Ambos habían recibido numerosas críticas por parte de la izquierda, por lo que dicha izquierda consideraba políticas «derechistas», y no solo por la reforma laboral. Y ambos acabaron comprobando que el cambio estaba en el camino hacia la derecha, pero no en la izquierda.

Los agresores de Macron pertenecían a la CGT, que lideró las protestas contra la Ley del Trabajo y que en la primavera de 2016 convocó numerosas movilizaciones y manifestaciones que provocaron, a su vez, divisiones en el Gobierno socialista, divisiones que explican en parte lo que ocurrió meses después, la crisis del PS y el crecimiento del nuevo partido de Macron. Y es que la CGT, como la mayoría de los sindicatos mayoritarios de Europa Occidental, es un sindicato de izquierdas, en su caso, vinculado tradicionalmente al Partido Comunista. Y ha sido uno de los puntales de la movilización en la calle contra la reforma laboral, de la misma manera que CC.OO. y UGT lo han sido en España contra la reforma laboral del PP.

El primer año del Gobierno de Mariano Rajoy en 2012 estuvo caracterizado por las numerosas protestas y movilizaciones convocadas por los sindicatos contra el Gobierno. El PP había ganado por mayoría absoluta en 2011, pero las protestas de los sindicatos parecían indicar en la calle que fuera un Gobierno minoritario, un efecto político aumentado por el hecho de que las protestas fueron acompañadas por todos los partidos políticos de la izquierda. Como casi siempre, por otro lado, dado que los partidos de izquierdas gobiernan con un apoyo mucho mayor de los sindicatos mayoritarios y los partidos de derechas lo hacen habitualmente con una movilización sindical en contra. Lo que refleja en el terreno del sindicalismo el apoyo de los partidos de derechas al libre mercado y a la iniciativa empresarial y el apoyo de los partidos de izquierdas al poder de los trabajadores en las empresas.

También en este caso, la unión de los sindicatos y de los partidos socialistas y comunistas es evidente y público, en la acción política y en el lenguaje. Pero no lo es la cercanía de los partidos de derechas a las organizaciones empresariales y de defensa del libre mercado, porque nuevamente estamos ante el mismo problema que tiene el concepto «capitalista». Tampoco el concepto «empresario» parece conveniente desde el punto de vista electoral, por lo que, también aquí, la derecha cree y apoya la iniciativa empresarial, pero sus conceptos, su lenguaje y sus acciones políticas se desarrollan con el enorme cuidado, o miedo, a ponerlos en primer plano.

¿Está justificada tanta prudencia? ¿Es tan negativo electoralmente el rechazo de los sindicatos y el apoyo explícito a la iniciativa empresarial? Cada vez está menos claro. El PP volvió a ganar las elecciones en España en 2015 y de nuevo en 2016, a pesar de que había sufrido una de las movilizaciones sociales, mediáticas, políticas y sindicales más grandes de todo el período democrático, por lo que estas fuerzas consideraban «austericidio» y «recor-

te de derechos» de los más humildes y necesitados. Y Emmanuel Macron, el político que prefiere aplicarse él mismo el champú al huevo, dejó la izquierda y ganó con amplia ventaja las elecciones presidenciales de 2017. Su partido arrasó en las elecciones legislativas de ese mismo año. Un año antes, el 25 de marzo de 2016, Josep Borrell, quien fuera ministro socialista y líder del PSOE años atrás, había publicado un artículo en *Le Monde* junto a varios economistas y juristas en el que no solo destacaba los parecidos entre la reforma laboral del Gobierno español y la reforma laboral del Gobierno francés, sino que auguraba sus fracasos[18]. Un año después, los creadores de ambas reformas habían ganado las elecciones, uno de ellos por dos veces, y seguían en el poder por el apoyo mayoritario de los ciudadanos.

Todo esto significa que las ideas de la derecha en el terreno económico están mucho más extendidas y arraigadas que lo que las movilizaciones de la izquierda dejan entrever. Pero son ideas silenciosas. Ni hay partidos «pro-capitalistas» ni manifestaciones en defensa de la iniciativa empresarial. La mayoría cree en ello, pero, como los propios partidos de derechas, lo expresan en silencio. Y con el voto.

La donación de Amancio Ortega

En marzo de 2017, el empresario español más exitoso de los últimos años y uno de los hombres más ricos del mundo, Amancio Ortega, anunció una donación de 320 millones de euros a la Sanidad Pública española para la renovación de los equipos de diagnóstico y tratamiento del cáncer. Varias asociaciones llamadas de Defensa de la Sanidad Pública e integradas en la Federación de Asociaciones para la Defensa de la Sanidad Pública rechazaron la donación. La asociación de Aragón que rechazó los 10 millones destinados a la Sanidad de esa región argumentó que «no se debe

recurrir, aceptar ni agradecer la generosidad, altruismo o caridad de ninguna persona o entidad». La de Canarias rechazó 17 millones con el argumento de que sentían «vergüenza ajena» e instando a Amancio Ortega «a contribuir al erario de forma proporcional a sus ingresos».

Las asociaciones de Galicia y País Vasco añadieron a todo lo anterior que la donación significaba «la penetración de la ideología neoliberal en la utilización de la tecnología médica». «Nosotros preferimos que se paguen los impuestos y no vivir de limosnas», dijo una radióloga miembro de la Federación. No se sabe muy bien quiénes son los miembros y la representatividad de estas asociaciones entre los ciudadanos y entre los trabajadores de la Sanidad Pública, pero lo cierto es que son muy activos en los debates públicos sobre la sanidad y lo han sido en las movilizaciones contra el Gobierno del PP por lo que ellos consideraban «recortes» y «privatización de la Sanidad».

En este caso, su rechazo a la donación de Amancio Ortega ha provocado más sorpresa, irritación y hasta hilaridad que comprensión y apoyo. Se trata, al fin y al cabo, de 320 millones de euros sin contrapartida alguna que permiten la compra de valioso material para el diagnóstico del cáncer. Pero la reacción contra Ortega es una buena muestra de la sospecha permanente sobre los empresarios entre los partidos, asociaciones y movimientos de izquierdas como lo son las asociaciones citadas. La sospecha y el rechazo a la figura misma del empresario, y mayor cuanta más riqueza y éxito haya logrado ese empresario.

Empresario y rico funcionan en este caso como sinónimos, como personas que habrían logrado sus bienes a través de la explotación de los demás. Y, además, los ricos, los empresarios, representarían los ideales de la derecha y estarían protegidos por la derecha. Paul Krugman, uno de los intelectuales más exitosos y representativos de la izquierda, dedica muchas de sus columnas

en *The New York Times* a explicar lo que considera maldades intrínsecas de los más ricos y sus sospechosas y peligrosas alianzas con la derecha. En uno de sus libros dibujaba el siguiente panorama sobre los ricos y la derecha, que a buen seguro compartirán las asociaciones que rechazaron la donación de Amancio Ortega: «...el dinero representa el elemento que aglutina el movimiento conservador, financiado por un puñado de individuos enormemente ricos y un cierto número de grandes corporaciones, todos los cuales no pueden sino ganar como resultado de una mayor desigualdad económica, del cese de la fiscalidad progresiva y del desmantelamiento del estado del Bienestar (...), en la medida en que el movimiento conservador no aspira sino a proscribir aquellas políticas que perjudican a una oligarquía económica no deja, asimismo, de poseer un carácter profundamente antidemocrático».[19]

En su alegato izquierdista contra los ricos y la derecha, Krugman incluso se acordaba de Franco para atribuir a los conservadores estadounidenses admiración hacia él y tendencias autoritarias. Es un cóctel habitual en la izquierda, la atribución de intereses comunes y peligrosos a los partidos de derechas y a los más ricos, además de interdependencias mutuas, por ejemplo, en forma de financiación de los partidos u organizaciones de derechas por los empresarios más poderosos. Se trata de la idea de izquierdas resumida en el concepto de «casta», popularizada en España por Podemos, pero usada antes también en otros países. Por ejemplo, en Francia, por los periodistas de *Le Point*, Sophie Coignard y Roman Gubert, que en 2012 publicaron un libro titulado *L'oligarchie des incapables*[20] y en el que estaban todos los supuestos de la conjunción de intereses y acción entre los más ricos y los líderes de la derecha.

La realidad es que los empresarios más poderosos financian igualmente a partidos y a candidatos de derechas e izquierdas,

como lo demuestran habitualmente las campañas de financiación de Demócratas y Republicanos en Estados Unidos o las vinculaciones entre los partidos y la élite económica en cualquier país europeo. En términos de apoyo financiero, partidos de izquierda y de derecha no presentan grandes diferencias, como sí lo hacen en muchos países, Estados Unidos y España entre ellos, en términos de apoyo de los medios de comunicación, mayor hacia la izquierda que hacia la derecha.

Pero lo cierto es que, desde un punto de vista estrictamente ideológico, los empresarios deberían sentir mayor identificación con la derecha que con la izquierda, por la sencilla razón de que la figura del empresario es sospechosa para la izquierda, pero respetada e incluso admirada en la derecha. La derecha valora y ensalza la figura del emprendedor que crea riqueza, la iniciativa individual y el esfuerzo, aún más cuando esa iniciativa llega a casos de enorme éxito como el de Amancio Ortega. Para la izquierda, determinada por un marxismo que permanece, hay explotación intrínseca en la figura del empresario, mientras que para la derecha hay iniciativa, trabajo, riesgo y creación de riqueza y puestos de trabajo.

«El mundo está lleno de gente rica y egoísta que es infeliz», decía Arianna Huffington en una entrevista. Huffington es otra líder de la izquierda, en su caso, a través del liderazgo mediático con su conocido medio de internet *The Huffington Post*. Una admiradora del movimiento Occupy Wall Street, el 15-M estadounidense que, sin embargo, se casó con un magnate del petróleo y es muy rica. Quizá su biografía, sus convivencias particulares, explique parte de su visión negativa sobre los ricos, pero lo cierto es que coincide con la izquierda en esa valoración moral, la que supone egoísmo a los ricos, pero no a los demás.

Es otra división moral que distingue también a la izquierda de la derecha. Para la derecha, el egoísmo se reparte de forma seme-

jante entre ricos, pobres y clases medias. No hay una superioridad moral de los más ricos ni de los más pobres. Pero tampoco una inferioridad moral de los ricos por serlo, por haber llegado a tal condición a través del éxito en campos diversos, o por haber heredado su riqueza.

Todo lo anterior no implica una diferencia de posición económica relevante entre los votantes de izquierdas y de derechas. De hecho, los politólogos han demostrado que la ideología es un factor explicativo del voto más importante que la clase social. Y aún hay menos diferencia en los orígenes de clase social de los líderes políticos de izquierdas y de derechas. Un análisis de la composición del Parlamento español y las biografías de los parlamentarios, por ejemplo, mostrará que esas diferencias no son relevantes. Les diferencian sus ideas sobre el libre mercado, la generación del dinero y los empresarios, no su propia situación económica ni su propio interés por el dinero.

Si usted es de derechas, tendrá el mismo interés por el dinero que un ciudadano de izquierdas, quizá mucho, quizá poco. Es posible que se encuentre entre quienes piensan que los bienes materiales no dan la felicidad o entre quienes opinen que tales bienes son muy importantes también para la felicidad. Lo que le diferenciará del ciudadano de izquierdas es que no sospechará de los empresarios por serlo ni considerará que sus valores morales sean peores que los de los menos pudientes.

Eso sí, si usted es de derechas habrá más posibilidades de que algún día se atreva a publicar un libro como el de Robert Kiyosaki, *Queremos que seas rico*, un empresario estadounidense que se hizo famoso por su teoría del padre rico y el padre pobre, teoría según la cual en la escuela no se enseña a ganar dinero y, además, algunos de los países más golpeados por la crisis económica lo han sido porque están o han estado dirigido por élites con formación académica de padre pobre, es decir, desinteresados en el di-

nero, y no con una formación financiera, de padre rico. Por supuesto, jamás saldrían de una pluma de izquierdas tales afirmaciones, ni siquiera valoraciones positivas moderadas sobre los más ricos o la mera suposición de que hayan podido lograr sus riquezas a través del talento y el trabajo.

La palabra «rico» no es un tabú para la derecha, incluso se atreve a utilizarla sin connotaciones negativas, aunque sea realmente excepcional que llegue al atrevimiento de libros como el de Kiyosaki, que hasta se fotografió con Donald Trump en la portada de uno de ellos. Esa es otra de las diferencias con la izquierda, pero nada tiene que ver con los propios planteamientos vitales de los ciudadanos que se identifican con las ideas de la derecha.

Hace poco mi hijo me dijo que «los bienes materiales no tienen ninguna relación con la felicidad», algo que, entre otros lugares, le han enseñado en la Facultad donde estudia Gestión de Negocios, la educación del padre pobre, en expresión de Kiyosaki. Fue su respuesta a mi comentario de que, si tuviera más dinero, me encantaría tener un segundo Fiat 500 de color verde, del mismo color del anuncio del 60 aniversario del nacimiento de este coche protagonizado por Adrien Brody. Realmente, mi comentario se refería a la belleza estética de ese coche y de ese anuncio y no al dinero, porque le respondí a mi hijo que estaba totalmente de acuerdo con su punto de vista y, en este caso, con alguno de sus profesores de la Facultad. Y también lo estoy con el hecho de que la escuela muestre poco interés en lo que Kiyosaki llama la educación del padre rico. Lo que me diferencia de la izquierda es algo bien distinto, es mi valoración de que ser empresario es tan respetable como ser empleado de banca, por ejemplo, y, además, digno de admiración cuando se logran éxitos mundiales como el de Amancio Ortega.

Cristiano, Messi y la desigualdad

Cristiano Ronaldo y Lionel Messi son los dos futbolistas mejores del mundo y, además, según la clasificación publicada por la revista *Forbes* en 2017, encabezan, junto al baloncestista LeBron James, el ranking de los diez deportistas mejor pagados de todo el planeta, Cristiano, con unas ganancias de 93 millones de dólares entre salario e ingresos publicitarios, LeBron James, con 86,2 millones, y Messi, con 80 millones.

Hay enormes discusiones entre los aficionados al fútbol sobre la comparación de la calidad futbolística de ambos, especialmente en España, el país donde juegan Cristiano y Messi. Más o menos la mitad de los participantes en los debates piensa que el número uno es Cristiano y más o menos la otra mitad piensa que lo es Messi. También yo misma he participado en ese debate, como aficionada que soy, pero, sin embargo, es bastante más inusual que los aficionados al fútbol nos encontremos con debates sobre las enormes ganancias de ambos y su supuesta injusticia respecto a lo que ganan otros deportistas.

No existe en el fútbol ni en ningún otro deporte una exigencia de reducción de la desigualdad entre los deportistas, propuestas para que los salarios de jugadores como Messi y Cristiano sean equiparados o acercados al menos a los salarios de los jugadores de la Tercera División, por ejemplo. Hay una aceptación mayoritaria de que las enormes ganancias de Cristiano y de Messi derivan de su excepcional calidad futbolística y de la relación oferta-demanda, de una extraordinaria demanda de fútbol que produce grandes beneficios a quienes son capaces de responder a esa demanda.

Y, sin embargo, esta desigualdad que sí se acepta en el fútbol es cuestionada por la izquierda en una buena parte del resto de actividades humanas. De hecho, la desigualdad, como escribía en páginas anteriores, es el argumento principal de la izquierda para

cuestionar el libre mercado. De tal manera que la desigualdad es hoy en día el argumento estrella de los mensajes políticos de la izquierda. Y todas sus propuestas electorales y de Gobierno se presentan como instrumentos para luchar contra la desigualdad.

Lo anterior explica el éxito, por ejemplo, del libro de Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, no tanto por sus argumentos económicos cuestionados por muchos economistas, sino por su mensaje político, el mensaje de que el capitalismo es malo porque fomenta la desigualdad a través de la transmisión de las riquezas a los herederos que pierden el interés en crear nuevos bienes y se convierten en meros rentistas. O que el capitalismo es injusto, aunque los datos sobre los empresarios exitosos de cada generación, o los ricos de cada momento histórico como Messi y Cristiano no corroboren las teorías de Piketty. Pero el argumento se repite en todos los foros de la izquierda para denunciar lo que se considera injusticia y un aumento histórico de la desigualdad en el mundo, y para denunciar a su causante, el mercado. Es posible, creen los anteriores, que las ganancias de Messi y Cristiano deriven de su talento, pero todas las demás tienen que ver con la injusticia y los males del capitalismo.

Y para sostener tales tesis, incluso se manipulan los datos sobre la desigualdad. Tanto que cualquier consumidor de la información política y económica de los medios de comunicación estará seguramente convencido de que se ha producido un gran aumento de la desigualdad en el mundo en los últimos años y especialmente en España. Entre otros muchos mensajes, es posible que en su día viera, por ejemplo, el programa de Jordi Évole, *Salvados*, dedicado a la desigualdad, y que era publicitado de la siguiente manera el 30 de noviembre de 2014, cuando fue emitido: «¿Por qué ha crecido tanto la desigualdad social en los últimos años? España es el segundo país con más diferencias sociales de la Unión Europea después de Letonia y el de la OCDE donde más

ha crecido la desigualdad en los últimos tiempos. También es el país en el que las 100 personas más ricas acumulan el 15 % del PIB. En este contexto, Salvados analiza las causas que han llevado a esta situación».

Y, sin embargo, uno de los mayores expertos en desigualdad en España, el sociólogo Julio Carabaña, ha demostrado con numerosos datos que las anteriores afirmaciones son muy cuestionables. Y que, entre otras cosas, España es junto con el Reino Unido, Francia, Italia y Grecia un país donde la desigualdad es ahora la misma que era en los años noventa. En 2013, el año en el que la crisis llegó al máximo, y justamente un año antes del programa de televisión de Jordi Évole, la desigualdad era en España, destaca Julio Carabaña, igual que a comienzos de los años noventa, con índices de Gini cercanos a 0,35. Y respecto al conjunto de Europa, la desigualdad creció en algunos países europeos desde 1995, pero disminuyó en otros o se mantuvo igual, y la media de los coeficientes de Gini de los países de la UE-15 se ha mantenido constante en los últimos veinte años en torno al 0,30, es decir, la desigualdad no ha crecido en esos países[21].

O, en otras palabras, que ni los Gobiernos de la derecha ni la propia crisis han aumentado la desigualdad en España ni tampoco en otros países. Y aún más, si medimos la desigualdad en términos de patrimonio, España es uno de los países donde las diferencias de patrimonio son menores. Así lo ponía de manifiesto el economista Juan Ramón Rallo a partir de un tuit de Bernie Sanders, el radical que disputara las primarias del Partido Demócrata a Hillary Clinton. El tuit reproducía un gráfico con los porcentajes de riqueza en manos de las clases medias en cada país. El gráfico mostraba que en Estados Unidos la clase media poseía un porcentaje de riqueza mucho menor que en numerosos países del mundo, un 19,60 %, incluida la comunista China. Ahora bien, resulta que España encabezaba la clasificación con un porcentaje

del 52,40 %, lo que llevaba al economista Rallo a destacar la evidencia publicada por el izquierdista Sanders, que España es uno de los países donde son menores las diferencias de patrimonio entre sus habitantes[22].

El economista y periodista Joaquín Estefanía llegó a afirmar que hay «negacionistas» de la desigualdad que coinciden con los «negacionistas» del cambio climático. Pero los datos, y no la propaganda, parecen indicar que son altamente cuestionables una buena parte de las afirmaciones sobre el aumento de la desigualdad en las últimas décadas, y que hay más bien un «afirmacionismo» sobre la desigualdad que no está sostenido en los datos y que también comparten los «negacionistas» del progreso.

Ahora bien, una cosa es que no se hayan producido cambios en la desigualdad como los defendidos por los «afirmacionistas» y otra es que la desigualdad de ingresos, de rentas y de patrimonios, en efecto, existe. Y que, de la misma manera que Cristiano y Messi tienen unos ingresos y unos patrimonios muchísimo mayores que los jugadores de Tercera División, hay enormes diferencias entre los más ricos y los más pobres.

La gran diferencia entre la izquierda y la derecha es que la derecha no pretende intervenir para limitar los ingresos de Messi y Cristiano y reducir sus diferencias con las ganancias de los jugadores de Tercera División. Más allá de los impuestos, claro está, por los que ambos jugadores tienen problemas con el fisco español, como los tienen, por otra parte, millones de españoles, aunque por diferencias con el fisco menores que las de Cristiano y Messi. La izquierda cree que estas diferencias son injustas y que deben ser corregidas por los Estados. En palabras de uno de sus líderes intelectuales, Paul Krugman: «Creo en una sociedad relativamente igualitaria, fundada sobre instituciones que limiten tanto la riqueza como la pobreza extrema»[23]. Es decir, unas insti-

tuciones que limiten los ingresos de astros deportivos como Cristiano y Messi.

A diferencia de Krugman y de la izquierda que representa, la derecha cree que existen diferencias de trabajo y de talento que explican la desigualdad y que los Estados deben respetar y garantizar la libertad para que el talento y el trabajo puedan desarrollarse. Y si esa libertad se garantiza, como se hace en los sistemas capitalistas y democráticos, la consecuencia inevitable es la desigualdad. La desigualdad entre quienes más talento tienen, más trabajan y más arriesgan, frente a quienes no poseen ese talento ni esa capacidad para el trabajo y el riesgo. En este punto, volvemos a las diferencias de cualidades intrínsecas a las que me refería en el capítulo sobre la meritocracia, el gran tema tabú de las diferencias de nacimiento en capacidades de los seres humanos, una realidad que la izquierda niega y la derecha acepta. ¿Todo el mundo puede ser Messi o Cristiano si el Estado asegura las mismas posibilidades de entrenamiento y preparación? ¿Todo el mundo puede llegar a ser Amancio Ortega?

La respuesta es evidente, pero políticamente incorrecta, hasta tal punto de que forma parte de los tabúes actuales, excepto cuando se trata de destacar las supuestas diferencias genéticas entre hombres y mujeres y la superioridad moral de la mujer. No todo el mundo puede ser Messi o Cristiano, dos hijos de familias modestas, como Amancio Ortega, que ni siquiera necesitaron de la protección del Estado porque unas cualidades excepcionales les llevaron al éxito que han alcanzado. Y a muchos empresarios que no han heredado sus empresas y sus fortunas y que son al menos la mitad en cada generación y cuestionan la teoría de Piketty sobre la herencia capitalista.

Es la desigualdad inherente a la condición humana que ningún sistema económico o político puede cambiar. No hay sistema que pueda lograr que nuestros hijos nazcan con las cualidades de

Mozart o de Beethoven, ambos niños prodigio con excepcionales aptitudes para la música. No hay sistema que logre tampoco que nuestros hijos nazcan con las capacidades de Amancio Ortega. Pero sí hay un sistema económico que estimula esas cualidades y que permite su desarrollo no solo para el enriquecimiento de quienes las poseen, sino también para el progreso social. Y ese sistema es el capitalismo. En ese sentido estoy de acuerdo con la idea resumida en el título del libro de Don Watkins y Yaron Brook, *Equal Is Unfair*[24]. Sí, en efecto, la igualación es injusta. Es injusto que diferentes talentos, actitudes y trabajos obtengan los mismos beneficios, recompensas y resultados.

Pero, además, es indudable que esa igualación impide el progreso. Si el talento y el trabajo no obtienen diferentes resultados porque unas instituciones políticas y un sistema económico lo impiden, quienes posean esos talentos y aptitudes para el trabajo no tendrán estímulos para desarrollarlos. Lo prueban los sistemas socialistas, que han hecho de la igualación su eje principal de actuación a través de la represión en el sistema económico y político. Con el resultado incuestionable de su progreso mucho menor que el de los sistemas capitalistas.

La igualación de los diferentes es injusta y, además, perjudicial para el progreso. Esta creencia caracteriza a la derecha y la opone a la izquierda, que hace de la igualación de los diferentes su seña de actuación política y económica. Ahora bien, esto no es incompatible en la derecha, todo lo contrario, con la intervención del Estado para asegurar la igualdad en las oportunidades de partida. Porque de la misma manera que hay talentos, actitudes y disposición al trabajo desiguales, también lo es que hay oportunidades de partida desiguales.

¿Resuelve por sí mismo el libre mercado esas oportunidades de partida desiguales? También es indudable que no. El libre mercado es más justo con los talentos y actitudes desiguales y,

además, mucho más favorecedor del progreso. Pero el libre mercado no resuelve por sí mismo el problema de la desigualdad de oportunidades de partida diferentes. En ese sentido, el apoyo al Estado del Bienestar por la mayor parte la derecha, con la excepción del minoritario liberalismo radical, es un reconocimiento de las limitaciones del libre mercado. El Estado del Bienestar no lo resuelve todo, el sistema político tiene una influencia limitada en la sociedad y, además, también genera problemas, pero sí contribuye a limitar algunas desigualdades de oportunidades.

Por eso discrepo de las opiniones más contrarias al Estado del Bienestar como las de Watkins y Brook, para quienes el Estado del Bienestar cuestiona el llamado sueño americano, la posibilidad de que cualquiera pueda alcanzar sus sueños a través del trabajo, porque se basaría, creen Watkins y Brook, en la filosofía de que, si logras algo, no tienes derecho a una recompensa, pero si no logras nada, tienes derecho a las recompensas de otros. Cierto que el sistema de redistribución del Estado del Bienestar tiene parte de esos efectos a través de la carga fiscal, pero también que ese sistema permite una corrección de la desigualdad de oportunidades de partida.

Y la derecha cree en la necesidad de intervenir para corregir y mitigar esa desigualdad de oportunidades de partida. Muy especialmente, a través del sistema educativo. La educación pública y las becas a través de todo el sistema educativo, público y privado, han tenido una enorme contribución al progreso y también a la mitigación de la desigualdad de oportunidades de partida. Y junto al sistema educativo, numerosos programas sociales que contribuyen a la facilitación de oportunidades a quienes desean desarrollar su talento y su disposición al trabajo.

Una amiga colombiana me relató un viaje a una pequeña y aislada isla de su país. Tan aislada que únicamente se podía llegar a ella a través de un avión privado o de un barco. En la isla, a mi

amiga le sorprendió la cantidad de niños y jóvenes que jugaban al fútbol en cualquier esquina, pero, sobre todo, el enorme talento con el que lo hacían. Cualquier ojeador hubiera fichado allí a varios talentos futuros, me dijo. Pero la isla era de tan difícil acceso que era altamente improbable que un ojeador pasara por allí y viera aquel talento. Seguramente, ni siquiera Messi y Cristiano habrían llegado a ser lo que son si llegan a nacer en la aislada y pequeña isla colombiana. También nació en una isla Cristiano, pero lo hizo en la moderna, turística y bien comunicada Madeira.

No sé si el Estado colombiano habrá desarrollado algún programa para dar oportunidades a esos niños y jóvenes cuyo talento futbolístico admiró mi amiga en su viaje, pero una de las grandes aportaciones de los Estados del Bienestar es que ha tenido éxito en logros semejantes en muchas sociedades del mundo. En dar oportunidades a niños y jóvenes para que sus talentos y objetivos tengan una oportunidad. Es la desigualdad en la que la derecha quiere intervenir a través del sistema político y lo hace. A partir de ahí, el resto de la desigualdad depende de la acción de los seres humanos y el sistema político debe garantizar que esa acción se desarrolle en plena libertad. Y que si esos chicos de la isla colombiana tienen la oportunidad de llegar a una competición de fútbol puedan desarrollar su talento y trabajo para llegar a ser algún quizá el nuevo Messi o quizá el nuevo Cristiano.

CAPÍTULO 4

LA CREENCIA EN EL ESFUERZO

Responsabilidad frente a revolución

Si crees en la meritocracia, solo puedes ser de derechas. Si no existiera el resto de razones que expongo en este libro, bastaría con esta, con la meritocracia, para ser o para hacerse de derechas. El concepto de igualdad de la izquierda choca sin remedio con la meritocracia, por mucho que se esfuerce parte de la izquierda en que tal cosa no sea así. Pero, cuando atribuyes tu lugar en la vida a la estructura de clases, al nacimiento, a las élites, a los demás, la meritocracia, que significa mérito, trabajo y voluntad de cada uno, deja de tener relevancia.

Si me pregunto por el origen de mi fe en la meritocracia, en las posibilidades y responsabilidades de cada individuo, creo que nací con ese convencimiento. Cierto que mi padre campesino daba una gran importancia a la educación, pero mi interés y voluntad por aprender fluyó con total naturalidad desde muy niña. En un entorno, el campesino, nada favorable, teóricamente, a la formación o a la lectura, mi primer recuerdo emocionado de los regalos de Reyes es el de mi primer libro, uno de Félix Rodríguez de la Fuente, cuando mi interés máximo estaba en los animales y mi proyecto era ser zoóloga o veterinaria, como tantos y tantos niños.

A partir de ahí, el resto de mi infancia y juventud estuvo dedicado a la formación, el colegio, el instituto, a las dos carreras uni-

versitarias, el doctorado, y entre medias, el francés y el inglés, y el piano. Me interesaba casi todo, pero sobre todo el debate de ideas, el comportamiento social y político, las grandes preguntas morales. Y la búsqueda de las mejores respuestas, a lo que he dedicado toda la vida hasta el presente. Lo que de niña y joven combinaba con la ayuda en el campo a mis padres, siempre con una mirada en el reloj para combinar el trabajo y las horas de estudio, cronometrando el tiempo para poder llegar a todas las actividades.

Aquellos días de verano en que practicaba 5 o 6 horas de piano, había que intensificarlo en verano porque no había tiempo durante el curso del instituto y luego recogía la hierba seca en el campo hasta que el sol se ocultaba me hacen recordar una película de Woody Allen. Por el contraste entre aquella niña campesina que se hizo de derechas y la imagen de los millonarios neoyorkinos horrorizados por tener un hijo de derechas. La película *I Love You,* deliciosa desde un punto de vista cinematográfico, es muy representativa de cierto pensamiento progresista. En este caso, relatado por el progresista Allen a través de los personajes de una muy rica y muy sofisticada familia neoyorkina, de izquierdas (liberal, en el lenguaje político estadounidense) y cuyo hijo se hace conservador. Y que, muy alarmada la familia progresista por tamaña opción, descubre al final de la película que todo se había debido a un golpe en la cabeza y que tal horror fue debido a un accidente pero se había curado.

Y es que hay una izquierda muy extendida en el mundo intelectual, en muchos casos de origen y costumbres muy acomodadas, que no solo cree en la desviación intrínseca de la condición conservadora, sino que tiende a atribuir tales ideas a determinados orígenes económicos y actitudes clasistas. Cosa completamente falsa, pero no por ello menos extendida en el imaginario popular. Aunque el origen del ideario de derechas sea en muchos

casos como el mío. El de la llegada a tal lugar por una convicción ideológica formada en parte en la experiencia y en parte en los libros y en el análisis. Por ejemplo, en la experiencia de la meritocracia, en la búsqueda de objetivos, en el esfuerzo, a veces en ambientes y lugares aparentemente complicados.

Y esa experiencia meritocrática a partir de unos orígenes modestos no tiene por qué conllevar ningún tipo de odio social o de resentimiento, aunque a veces tal resentimiento pueda servir de motor a una vida de desarrollo personal y creatividad. Me sorprendió hace algún tiempo la reflexión del magnate francés François Pinault, el propietario del segundo grupo de lujo más importante del mundo, cuando relataba su negativa experiencia en la escuela, debido a la humillación a la que le sometían sus compañeros por el hecho de ser hijo de campesinos. Y me interesó, no solo por nuestro común origen campesino, sino, sobre todo, por la herida que la escuela, el trato de sus compañeros en la escuela, le dejó:

«(...) Dejé la escuela muy pronto. Lo que estudiábamos no me interesaba en absoluto, de modo que me fui a trabajar con mi padre. En realidad, quería vengarme de todos aquellos que me habían humillado en el internado, así que volví a casa con una gran determinación, decidido a hacer algo grande en la vida. Al poco tiempo, creé mi propia empresa maderera (...) Procedo de un entorno más bien modesto: mis padres eran agricultores. De pronto me encontré interno en un colegio religioso frecuentado principalmente por hijos de gente acomodada, que mostraban un gran desprecio hacia un hijo de campesinos. Me consideraban un paleto y me hicieron sentir realmente incómodo. Además, me desagrada mucho la gente que por tener una buena posición socioeconómica se siente superior. No he olvidado aquella herida, pero nunca he dejado que me desestabilice: soy yo quien traza mi propio camino»[25].

La herida de las humillaciones sufridas por Pinault de niño le llevó por el camino del esfuerzo y de la superación, por el camino de la meritocracia y, además, con el desprecio hacia quienes se sienten superiores por el mero hecho de haber nacido en una posición socioeconómica holgada. Coincido en esa crítica con este empresario francés, también coincido en el origen campesino y, aunque en grado muchísimo menor, pude comprobar de niña en qué consistía el menosprecio hacia los hijos de campesinos. Pero no coincido en su herida abierta. No está en mi biografía, pero, además, creo que no debe estar en ninguna construcción ideológica, en ningún valor, de derechas o de izquierdas. Precisamente son las heridas abiertas, los odios sociales, los que llevan en bastantes ocasiones a posiciones ideológicas extremistas e intolerantes.

En el caso de Pinault, le llevó a la excelencia empresarial, también se producen esas evoluciones desde una primera experiencia negativa en la niñez. Y, ciertamente, tanto para él como para mí como para cualquiera, habría sido más sencilla la formación intelectual en el lujoso apartamento neoyorkino de los progresistas de Woody Allen o en los ambientes ilustrados de clase media alta de muchos intelectuales y dirigentes de la izquierda, o de la derecha. Pero creo firmemente en que cada uno puede llegar a ser y a hacer aquello que desea y que se ha propuesto. Se trata de convicción, trabajo y voluntad. Y, junto a ello, responsabilidad. La responsabilidad para asumir las consecuencias de nuestros actos, en todos los órdenes.

Ese es el otro lado de la meritocracia, la fe en el individuo, la creencia en lo que puede lograr si se lo propone, pero también la importancia de la responsabilidad, la creencia en que aquello que no se logra o aquello que se hace mal es, en primer término, una responsabilidad de nosotros mismos. Algo bien sencillo que empieza en las edades más tempranas, cuando se asume que el

sobresaliente en el examen es un logro del individuo, pero el suspenso es también una responsabilidad del propio individuo y no culpa del sistema, sea el sistema educativo, del profesor o de la división de clases.

Es indudable que la fe en la meritocracia es socialmente bastante débil. La meritocracia no tiene buena prensa. También en esto la izquierda lleva una gran ventaja, y la derecha, una tarea pedagógica muy complicada. El concepto de «los mejores» es admitido para el fútbol y poco más. Y el poco más se limita casi exclusivamente al deporte. En todo lo demás, el concepto es sospechoso y esto indica todo un modelo de vida y de actitudes sociales. Mucho más favorables a la teoría de la desigualdad que a la meritocracia. A la teoría de que los resultados están más determinados por las condiciones de partida que por la acción del individuo.

Y esto ha sido así a lo largo de todo el siglo XX, no solo de lo que llevamos del XXI, y muy especialmente en Europa. Como escribió hace algún tiempo una politóloga, el marxismo ha tenido una imagen mucho mejor que la teoría de las élites, la de Pareto, Mosca o Michels, y, más tarde, de otros intelectuales como Ortega y Gasset. La teoría de una sociedad diferenciada en élites y masas a partir no solo de la herencia, sino también de unas cualidades y actitudes diferentes, es difícilmente popular. Porque atribuye la responsabilidad principal a los propios individuos. Mientras que el marxismo atribuye a los demás la responsabilidad de aquello que no logramos y ofrece una revolución en lugar de exigir una responsabilidad. Una revolución para destruir a los poderosos que serían coincidentes con los explotadores, y repartir el poder entre los explotados, coincidentes, a su vez, con los bondadosos. Según el marxismo, tal revolución destruiría la relación entre élites y masas, porque la diferencia entre unos y otros se basa en la

explotación y no en ningún mérito o cualidad atribuible a quienes ocupan las posiciones de élite.

Lo cierto es que, allí donde se ha realizado la revolución soñada por el marxismo, en los países comunistas, se ha mantenido la diferencia entre élites y masas, y con la diferencia esencial respecto a las sociedades capitalistas democráticas de la ausencia de libertad y del sometimiento de la población a la dictadura. El proyecto revolucionario de la izquierda jamás ha roto, ni siquiera aminorado, la diferencia entre élites poderosas y masas; todo lo contrario, la ha extremado en los países comunistas, con una destrucción absoluta de la libertad que ha imposibilitado una de las vías más importantes para la llegada al poder: la libertad democrática.

Tampoco la derecha ha logrado la perfecta sociedad meritocrática, por supuesto, aunque las sociedades liberales y democráticas sean las más cercanas a ese ideal. Pero una de las grandes diferencias entre derecha e izquierda es precisamente esta, la búsqueda de la sociedad meritocrática por la derecha frente al objetivo de la igualdad impuesta por las instituciones e independiente de la meritocracia por parte de la izquierda. La derecha no ha logrado la sociedad meritocrática, pero la búsqueda de su realización es uno de sus valores.

Contra el derecho a suspender

La anterior distinción se refleja muy especialmente en el debate educativo. La educación, dice habitualmente la izquierda, es un pilar fundamental del ideario progresista. Y sí, lo es, pero en el sentido expuesto más arriba, en el de determinado tipo de sistema educativo concebido para lograr la igualdad impuesta por las instituciones. Que se opone al concepto educativo de la derecha, basado en el mérito, en el esfuerzo y el trabajo. La educación es

igualmente un pilar en el ideario de la derecha, pero su concepto es muy diferente al de la izquierda. Una buena parte de mi recorrido desde la izquierda hasta la derecha tiene que ver con la experiencia educativa, como alumna y como profesora. La experiencia de que la meritocracia funciona para todos aquellos que desean su funcionamiento. Para todos aquellos que entienden la educación como el instrumento más esencial para su progreso.

El debate educativo en la España de los últimos años entre el Gobierno de la derecha y la oposición de izquierdas ha reflejado perfectamente la diferencia entre los dos polos ideológicos. Con una resistencia y una oposición radicales de la izquierda a cualquier reforma basada en el mérito. Lo que ha llegado al extremo de una movilización contra la pretensión de cualquier mínima subida de calificaciones para el acceso a las becas públicas. Exponente especialmente clarificador del concepto de igualdad de la izquierda y también de las dificultades para el éxito popular de la idea meritocrática.

Lo más extraordinario del debate anterior sobre la subida de calificaciones para la obtención de becas es que el argumento de la izquierda sobre la supuesta desigualdad social que tal subida provocaría y, aún más increíble, sobre el clasismo que tal idea reflejaría, ha tenido un notable éxito popular. De hecho, las manifestaciones en contra de la izquierda política y de la izquierda universitaria, mayoritaria en el ámbito educativo español, fueron tan numerosas que la reforma se quedó en un cambio mínimo. Y, además, el actual Gobierno de derechas, en minoría, ha sido forzado a dejarlo en nada por toda la oposición, incluidos los autoproclamados liberales de Ciudadanos.

Yo misma me vi inmersa en varios debates en televisión con periodistas, intelectuales y políticos de la izquierda, que han defendido sin el menor asomo de pudor, vergüenza ajena o incomodidad la idea de lo «antidemocrático» y «clasista» que sería exigir

un mejor rendimiento académico a los alumnos para obtener becas del dinero público. El derecho al suspenso, el derecho a la mediocridad, como idea educativa de la izquierda aireado y jaleado en los medios de comunicación y con un llamativo éxito popular. Hasta un partido centrista como Ciudadanos, aún indefinido respecto a la izquierda y a la derecha, y que dice defender la educación meritocrática, se calló durante los meses de ese debate por su temor a molestar a los amplios grupos de la comunidad educativa, estudiantes, profesores y sindicatos movilizados contra la exigencia meritocrática.

Según el ideario educativo de la izquierda, una exigencia de un buen rendimiento académico, en el caso del debate español, un mínimo de un 5,5 de nota para la obtención de becas, sería clasista, puesto que eso reduciría las posibilidades de formación de los jóvenes nacidos en clases sociales no adineradas. El argumento se sostiene en la idea, por un lado, de que las clases sociales acomodadas pueden dar una formación educativa de calidad a sus hijos, aunque estos no tengan un buen rendimiento académico. Las posibilidades educativas de esos jóvenes no dependerían, en su caso, del buen rendimiento académico, puesto que sus familias podrían sostener esa formación el tiempo que fuera necesario.

Y el argumento del clasismo de la meritocracia se sostiene, por otro lado, en la idea de que los jóvenes nacidos en familias de clases no acomodadas tendrían el mismo derecho que los jóvenes acomodados a tener malos resultados académicos. Es decir, que ese pilar ideológico de la educación en la izquierda está fundado en la reivindicación del derecho a ser un mal estudiante para todas las clases sociales. Ni hay exageración ni hay la más mínima ironía en la conclusión anterior. El esperpento es la normalidad, como cuando una periodista le dijo a Albert Boadella: «La excelencia se considera un arma de la derecha», asombrada, o escandalizada, la periodista ante las palabras de Boadella a los alum-

nos en una clase: «Sois élite y os tiene que gustar ser élite. ¿Por qué queréis ser pueblo? Las élites como vosotros son los que mueven el mundo. La excelencia aquí es algo que se esconde»[26].

Vivimos en la perfecta realización de la noción del «hombre vulgar» de Ortega y Gasset, al que me referiré más adelante. La idea del clasismo estaría fundada, además, en otras como las peores posibilidades formativas de los jóvenes de clases obreras desde el inicio de su formación, dadas unas supuestas peores condiciones para el estudio y la formación en los ambientes familiares. A lo que se añadiría la dificultad en muchos casos de una combinación de estudio y trabajo en la formación de estos jóvenes, por las menores posibilidades educativas de sus familias.

Lo anterior, las condiciones de partida peores de los hijos de clases desfavorecidas, es parcialmente cierto, por supuesto. En sus ambientes familiares no hay biblioteca, profesores particulares, viajes al extranjero para estudiar idiomas, posibilidad de acudir a caros centros privados, ayuda por parte de padres con una alta formación, etc. Todo lo anterior es cierto, yo misma lo he experimentado en mi infancia y juventud en un entorno campesino, pero obvia la importancia del factor cultural, es decir, del papel otorgado a la educación en los diversos ambientes familiares. Independientemente de las condiciones económicas y del estilo de vida de esas familias. Lo que significa que una familia campesina como la mía puede dar una alta importancia a la educación y eso favorece las posibilidades de formación educativa de los hijos más que determinadas condiciones económicas.

Pero, sobre todo, la centralidad del argumento de la clase social de origen deja nuevamente a las personas y su voluntad en segundo plano. En todos los sentidos, en el de su capacidad para perseguir objetivos por encima de las circunstancias de nacimiento, en primer término. Lo excepcional del ser humano, por serlo, es su poder para trascender sus circunstancias, su singulari-

dad, al margen de su nacimiento y de sus circunstancias. Y, sobre todo, deja a un lado su voluntad, su responsabilidad. Volvemos a la responsabilidad, piedra angular de la meritocracia. El concepto educativo de la derecha deja en manos del propio individuo la responsabilidad sobre sus logros. Y esto significa que, una vez garantizadas las etapas de educación básica, el Estado interviene en favor del individuo en la medida en que ese individuo manifiesta su voluntad de aspirar a una formación educativa superior. Con los resultados académicos.

Y lo anterior tiene que ver con los límites del Estado del Bienestar, por supuesto, pero tiene que ver sobre todo con la responsabilidad. Sobre los límites del Estado del Bienestar, más adelante me referiré a ellos, el dinero de todos los ciudadanos debe ser gastado de acuerdo con unas prioridades, pues su cantidad es limitada. Una obviedad que la izquierda se resiste a entender. Lo que significa que es disparatado utilizar ese dinero del conjunto de ciudadanos para sufragar los estudios universitarios de estudiantes que no demuestren cierto esfuerzo y capacidades por el objetivo progresista de que todos los jóvenes tengan el mismo derecho a suspender que los hijos de los ricos. Los presupuestos limitados del Estado, el dinero de todos, deben ser utilizados para ayudar a la formación de los jóvenes que demuestren su interés y rendimiento. Otro uso significa detraer esos recursos públicos de objetivos socialmente más importantes y más justificados.

Pero, sobre todo, la meritocracia se sostiene en la responsabilidad de cada individuo sobre sus vidas y su destino. Ser de derechas significa creer en esa responsabilidad. Lo que no elimina ni mucho menos el reconocimiento de que existen circunstancias especialmente adversas, difícilmente superables con cualquier tipo de actitud. Y me refiero tanto a circunstancias familiares como a factores sociales. La derecha no obvia esas realidades, pero construye el mundo, los objetivos, el Estado, su ideario a partir de

la centralidad del individuo responsable que debe y puede construir su vida y que dará forma a la sociedad a través de su opción, de la suma de opciones individuales.

A principios de 2015, el veterano dirigente socialista Alfonso Guerra respondió lo siguiente en una entrevista, cuando le preguntaron por lo que había quedado por hacer en su tiempo político: «Alentar la cultura del esfuerzo y no una cultura del dinero. Una cultura del ser más que del tener. Echo de menos haber logrado que la gente, al compás de lo que hacía con su libertad, tuviera más deseos de una vida austera»[27].

Sin embargo, la cultura del esfuerzo no está en el ideario de la izquierda, ni siquiera con el matiz socialista que le imprime Guerra, en esa pretendida oposición entre el dinero y el esfuerzo, como si el dinero hubiera sido logrado sin esfuerzo por aquellos que lo poseen. Como si historias como la del empresario francés Pinault, historias de hombres hechos a sí mismos, se debieran al azar, a los demás, a la explotación o a cualquier razón no atribuible al esfuerzo.

La historia de la patética movilización del progresismo en España contra la exigencia del esfuerzo para la obtención de becas acabó en mayo de 2015, con una sentencia del Tribunal Supremo desestimando un recurso presentado por Ceapa, la Confederación de Padres y Madres de Alumnos, contra el Gobierno del PP por la nota mínima para la obtención de becas. El Supremo concluía el disparate de este debate con la obviedad de que es lícito, ante los recursos limitados, el fomento de la responsabilidad en el estudio por parte de los beneficiarios. Con gran enfado por parte de la asociación de padres citada y de toda la izquierda española, defensora del derecho al suspenso y a la mediocridad..., para ser iguales que los hijos de los ricos.

Ser diferente es indecente

Elegir entre ser hombre vulgar o ser élite, esa es la opción que define la meritocracia. Me refiero, claro está, a tales conceptos en el sentido de *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset, el libro más importante de la historia intelectual española y, por supuesto, una de las lecturas que ha marcado mi propia evolución intelectual: «Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo, en bien o en mal, por razones especiales, sino que se siente 'como todo el mundo', y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás. (...) Cuando se habla de 'minorías selectas', la habitual bellaquería suele tergiversar el sentido de esta expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores. Y es indudable que la división más radical que cabe hacer en la humanidad es esta en dos clases de criaturas: las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes, y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, boyas que van a la deriva»[28].

Nadie expresó mejor la diferencia entre élite y masa en el sentido puramente meritocrático de tal diferencia, que es el único que me interesa. Tampoco está mal lo de la «habitual bellaquería», porque, en efecto, «élite» es uno de los conceptos más tergiversados que existen. Para sostener mensajes y políticas socialistas según las cuales las élites lo serían por herencia o por explotación de los más débiles, o para sostener la irresponsabilidad individual atribuyendo a unas malvadas élites las deficiencias y fracasos individuales.

Pero la diferencia meritocrática que está en las esencias de la derecha nada tiene que ver con la defensa de la explotación. Tampoco con la admiración hacia la herencia. La herencia es un

hecho que implica ventajas de partida y que determina una parte de las relaciones de poder en todo tipo de sociedades, capitalistas y socialistas, democráticas y autoritarias. Todo el discurso socialista sobre la desigualdad y la herencia no ha sido capaz de asumir jamás que la desigualdad y la herencia operan de forma muy parecida en las sociedades socialistas, a pesar de la teórica eliminación de la propiedad privada.

También los elitistas clásicos, Pareto, Mosca y Michels, entendieron que una parte de la posición de élite es heredada. Pero, desde una óptica mucho más observadora, neutral o científica que la de Ortega, un intelectual activista, entendieron también que la posición de élite se adquiere sobre todo a través de las cualidades que permiten tener esa posición en cada momento histórico, sean cualidades militares, religiosas, intelectuales o políticas.

Pero todo esto se admite para el fútbol o para el tenis o para el baloncesto, pero no para el resto de órdenes de la vida. El deporte, en ese sentido, sería «de derechas». Aquel que se entrena y tiene una gran ambición llega a la élite y acaba siendo considerado el mejor. También el arte sería «de derechas», puesto que la izquierda asume igualmente para el campo artístico la idea meritocrática del deporte. El artista que triunfa es aquel que desarrolla y persevera en un objetivo y que, además, estaría especialmente dotado para ese logro. Aquí llega un punto especialmente espinoso: la genética. Pero, sin llegar a ella, enseguida la abordaré, hay una inmensa contradicción anterior, la que admite la meritocracia del esfuerzo para actividades deportivas o artísticas, pero no las admite para el resto de órdenes sociales.

Aquello que es cierto en determinadas actividades, ¿no lo es para el conjunto de los humanos y sus posibilidades de acción? Una contradicción intelectualmente tan brutal deja pocas posibilidades de ser de izquierdas, te conduce a una derecha que co-

mienza asumiendo una realidad social, la de la existencia de élites, pero, además, explica tales élites con los mismos criterios en todos los órdenes sociales. A pesar de que tales criterios no sean los mejores para ganar elecciones o para hacer revoluciones. Es decir, para lograr apoyos y entusiasmos masivos.

En las sociedades de masas, y todas las sociedades tienden a ser sociedades de masas en el sentido orteguiano del término, el criterio meritocrático no es muy popular. Todo lo contrario. Porque exige responsabilidad individual y no ofrece coartadas para la irresponsabilidad o para las culpabilidades ajenas. Lo cual no parece el mejor de los mensajes para ganar elecciones. La meritocracia se opone radicalmente al populismo. Y la existencia de una extrema derecha populista, la del Frente Nacional francés, por ejemplo, demuestra que el ideal meritocrático tan solo se ha realizado parcialmente en la derecha y, por supuesto, tan solo en una parte de la derecha.

El ideal meritocrático desea una sociedad de la exigencia y un individuo de la exigencia, y tal punto de vista social se opone al ideal populista del enemigo exterior y las soluciones fáciles y milagrosas que provienen de los demás. En este punto, hay otra cita imprescindible de Ortega que explica la esencia del problema de popularidad que tiene el ideal meritocrático: «Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera. Como se dice en Norteamérica, ser diferente es indecente. La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado»[29].

Ortega pensaba que se trataba de una característica del momento, pero creo más bien que es característico del ser humano, o tendencia común a todas las épocas, el deseo de igualar en la mediocridad, en el no esfuerzo. Hay en el propio debate sobre el

derecho a suspender de todos, independientemente de la clase social al que me refería más arriba, una profunda pulsión en ese sentido. No se trata de igualitarismo o de combate contra las diferencias de clase social. No, se trata más bien de un profundo derecho a la mediocridad. En cualquier sociedad, ser diferente es indecente, como escribía Ortega. Y exigir excelencia, esfuerzo, superación de la vulgaridad es profundamente antipopular. Esa es una de las razones por las que ser de derechas es habitualmente bastante más complicado socialmente que ser de izquierdas. Se trata de la exigencia al individuo a partir de la propia fe en el individuo de la derecha frente a la exigencia a la sociedad, a los demás, por la propia falta de fe en el individuo de la izquierda.

La ideología del racismo

El racismo no tiene ideología, como tampoco lo tienen la homofobia, el machismo o el fanatismo religioso. Pero hay que aclararlo de vez en cuando, dada la tendencia a atribuir el racismo a la derecha. En buena medida, por lo explicado más arriba, porque la derecha cree en la diferencia entre la élite y la masa, entre los individuos que se esfuerzan y los individuos que solo desean ser masa. Se trata de una diferencia de voluntad, de actitud, pero la «habitual bellaquería», que decía Ortega, confunde lo anterior con otro tipo de superioridades. Por ejemplo, la racial, en la que en absoluto cree la derecha. Otra cosa es que haya partidos xenófobos y racistas en la extrema derecha, pero como los hay entre los partidos nacionalistas, de derechas y de izquierdas. Lo que indica que el racismo y la xenofobia tienen que ver fundamentalmente con un nacionalismo exacerbado.

Y con un problema de intolerancia hacia el diferente y de odio a otros grupos sociales que son satanizados como supuestos culpables de los males de quienes profesan estos valores. Todo eso

está en la xenofobia y en el racismo. Pero también está en la intolerancia y el odio de los grupos de extrema izquierda hacia determinados sectores sociales, las clases acomodadas, los grupos de éxito en determinadas profesiones, los políticos, los intelectuales de derechas, etc., con la única diferencia de que ese odio e intolerancia no tiene concepto que lo defina y que lo denuncie. La xenofobia es el rechazo al diferente, al miembro de otro grupo étnico, al extranjero. ¿Y el rechazo y odio a otros grupos sociales propio de los movimientos y partidos de extrema izquierda? No existe oficialmente, dado que no ha sido reconocido como tal por intelectuales y analistas, y nadie le ha puesto nombre.

En el caso de los partidos nacionalistas, de izquierdas y derechas, y de los partidos de extrema derecha, hay, además, un elemento que da lugar a la xenofobia: el ultranacionalismo. Es el ultranacionalismo el que lleva a determinadas actitudes hacia los extranjeros, hacia los miembros de otros grupos étnicos, o hacia quienes no adoptan determinadas costumbres, modos de vida o lenguas. Pero, distingamos en este punto, porque nada tiene que ver la prohibición del burka, por ejemplo, con la imposición del catalán como lengua única por parte de los nacionalistas catalanes. La prohibición de burka en algunos países europeos tiene que ver con la defensa de la libertad y de la igualdad de las mujeres de la misma manera, por ejemplo, que la prohibición de los matrimonios arreglados e impuestos a esas mujeres. Y la imposición del catalán como lengua única y la persecución del castellano en una región bilingüe es un acto de limitación de la libertad y de xenofobia hacia otro grupo cultural o étnico.

La izquierda no deja de llamar xenófobo, por ejemplo, a Geert Wilders, líder del Partido por la Libertad holandés, y lo califica así por su rechazo al islam como religión que, considera Wilders, tiene contenidos antidemocráticos. O insiste también en tildar de xenófobo al partido de los Demócratas Suecos, cuyo objetivo po-

lítico principal es la oposición a la política inmigratoria, tradicionalmente muy abierta de Suecia. O al partido Alternativa por Alemania, con los mismos contenidos de oposición a la inmigración. Si aceptamos que esto es así, los partidos nacionalistas del País Vasco y Cataluña, o el Partido Nacionalista Escocés, serían igualmente xenófobos por su rechazo hacia la cultura española o hacia la inglesa. La derecha no debe dejarse enredar en esta trampa progresista que considera xenofobia lo de Wilders pero no lo de los nacionalistas. Lamentablemente, sin embargo, la trampa preside toda Europa y, por supuesto, preside España.

Todo lo anterior no quiere decir que no exista racismo en Europa y en todo el planeta. Existe, ciertamente, aunque se trate de un fenómeno mucho más complejo de lo que se pretende. Eso quiere decir que hay racismo contra los negros, por ejemplo, pero también racismo contra los blancos. Que hay racismo contra los gitanos, pero también racismo contra los judíos. Y en todas esas actitudes racistas hay todo tipo de ideologías, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha.

Lo que diferencia a la derecha de la izquierda en este punto es que la derecha asume la complejidad del fenómeno racista y reconoce que el racismo no se da únicamente en una dirección, de blancos hacia negros, por ejemplo. Pero, además, la derecha pone el acento en la responsabilidad y no en la imposición de medidas estatales para acabar con un fenómeno asociado habitualmente al racismo, que es la peor situación social en la que vive el grupo discriminado o tratado con valores racistas.

El debate racial en Estados Unidos es un buen ejemplo de lo anterior, con una izquierda empeñada, por un lado, en la falsedad de un racismo en una única dirección, de los blancos sobre los negros, y, sobre todo, empeñada en la negación de los datos sobre la realidad social de los negros. Por ejemplo, las cifras de criminalidad entre los negros que suelen obviarse, como lo hace la iz-

quierda, cuando se analizan los porcentajes de negros y blancos en las prisiones estadounidenses, y se destaca la estadística de que un adolescente negro tiene 21 veces más probabilidades de morir tiroteado por la policía que un adolescente blanco, pero no se menciona que es 39 veces más probable que un negro norteamericano cometa un crimen violento contra un blanco que al revés, o que es dos veces y medio más probable que un negro cometa un crimen de odio racial contra blancos que viceversa. Como afirmó Jason Riley, el editorialista de *The Wall Street Journal*, a partir de su propia experiencia como un chico negro que creció en los suburbios de una ciudad estadounidense: «Los negros temen ser tiroteados por otros negros, no por los policías»[30].

Lo anterior da lugar a que, cada vez que hay un debate sobre el racismo, por ejemplo, en la crisis de Ferguson a fines de 2014, cuando un policía blanco, Darren Wilson, mató a un chico negro, Michael Brown, y se produjeron grandes movilizaciones en esa ciudad y en todo Estados Unidos para denunciar lo que el progresismo consideró un crimen racista, se de siempre por supuesta la existencia de un acto racista de un blanco contra un negro. Incluso intervino el presidente Obama para impulsar una investigación especial y, sobre todo, para apoyar a los manifestantes, o para legitimar su posición, al menos. Ello provocó semanas de movilizaciones y de acusaciones contra el policía blanco y el conjunto de los cuerpos policiales de Ferguson. Acusaciones de racismo contra la policía y de responsabilidad en la situación social de los negros contra la población blanca. Pero semanas después de las movilizaciones, de las acusaciones y de la intervención del presidente, la exhaustiva investigación demostró que el policía blanco había actuado con total corrección. Y que no se trataba de una muerte racista, sino de una adecuada actuación policial.

Hay racismo y hay también manipulación del racismo, y la manipulación incluye la consideración de racista de un hecho que

no lo es y también el apelativo de racista para quienes no se sumen a movilizaciones como la de Ferguson o para quienes piensen que la situación de desigualdad de los negros en Estados Unidos, lo mismo que de otros grupos étnicos, no tiene que ver únicamente con el racismo, sobre todo, el racismo de épocas anteriores, sino también con otros factores. Y entre esos factores está la responsabilidad de la propia comunidad negra norteamericana, en buena medida paralizada por la teoría de la discriminación y la culpa de los demás, de los blancos, para no adoptar unas políticas de acción diferentes.

Lo que distingue a la derecha de la izquierda en relación con el racismo es sobre todo esto último, la crítica a una cultura basada en la culpa de los demás, de los blancos, y el rechazo de unas soluciones centradas únicamente en la acción del Estado, tanto en el terreno de las ayudas a las familias negras desfavorecidas como en el terreno de la llamada discriminación positiva. La derecha, en el problema del racismo como en otros, se diferencia porque apela al individuo, a su movilización para el cambio y a su responsabilidad para asumir sus propios problemas. En este caso, apela a la comunidad negra estadounidense para reconocer todos los ángulos del problema, incluidos los que se originan entre los propios negros, y, además, limita la acción del Estado, por ejemplo, en el terreno de la discriminación positiva. Una discriminación positiva que, como el propio nombre indica, pretende conseguir sus fines, la igualdad de los negros en este caso, a través de una acción discriminatoria sobre otros grupos.

Pero, nuevamente, a la derecha le cuesta enormes dificultades este discurso. En este punto como en todos los demás, la teoría de la culpa de otros es infinitamente más popular que la teoría de la responsabilidad de uno mismo. Y las explicaciones complejas tampoco tienen gran éxito social, en este caso, la explicación de

la complejidad del racismo y el reconocimiento de que se produce en varias direcciones.

Exactamente la misma dificultad que le plantea a la derecha la actitud científica o meramente coherente en otro campo: el de las diferencias genéticas. Que tiene que ver mucho con lo anterior, porque la izquierda también ha tenido éxito al imponer el tabú social en lo que a diferencias genéticas relacionadas con la raza se refiere. Toda crítica y oposición a este tabú proviene de intelectuales e investigadores ideológicamente situados en la derecha, como lo debe ser con seguridad Nicholas Wade, el autor de *Una herencia incómoda*[31], cuando ha tenido el valor de enfrentarse de tal manera al tabú. Lo que afirma Wade es que hay diferencias genéticas entre humanos, que tales diferencias tienen influencia en el comportamiento social y que hay diferencias entre diferentes razas.

Las reacciones a tales ideas han sido furibundas, básicamente de la izquierda académica, que es mayoritaria en Estados Unidos y en Europa, y que niega cualquier tipo de base biológica en la raza o la menor posibilidad de diferencias genéticas. El resultado es el colmo del absurdo, pero la derecha no ha sido capaz ni mucho menos de dar la vuelta a este debate. A pesar del estruendoso contraste entre la posición anterior y la que mantiene la izquierda académica en todo lo demás. Por supuesto, admite las diferencias genéticas para todo excepto para la raza y participa con tranquilidad en todas las investigaciones sobre las variables genéticas. Aún más, la izquierda académica ha llegado a apoyar con enorme satisfacción la teoría de que habría diferencias genéticas entre hombres y mujeres, y que tales diferencias harían superiores a las mujeres en varios campos, y, sobre todo, las harían superiores moralmente, por ejemplo, con una supuesta diferencia biológica que las harían menos violentas que los hombres.

Pues bien, aquello que se defiende sobre hombres y mujeres se persigue, sin embargo, cuando se aplica a razas o grupos étnicos. Lo he escrito y defendido en varias ocasiones, con limitado éxito, por supuesto. La mayoría prefiere ignorar estas contradicciones, porque toda referencia a la raza puede colocarlos inmediatamente en el grupo de los «racistas». Las pocas incursiones científicas y políticamente incorrectas que se producen en este ámbito vienen de la derecha, en este caso académica. Para defender lo obvio desde un punto de vista científico, y es que, si admitimos la posibilidad de diferencias genéticas entre unos grupos humanos y otros, por ejemplo, hombres y mujeres, de la misma manera deberemos admitir tal posibilidad en relación con los grupos raciales.

De entre las muchas imposiciones políticamente correctas de la izquierda que han contribuido a hacerme de derechas, esta es una de las que más me ha irritado y más me ha cansado. Por su falsedad académica, por su contradicción intelectual, por su cobardía social, por su estupidez. Y es que la cobardía social asociada al uso de la corrección política está claramente vinculada a la izquierda, de la misma manera que la capacidad para movilizarse contra esa cobardía social está en la derecha. En este caso, para admitir realidades científicas, no para hacer política. Si buscamos la libertad para ser políticamente incorrectos, nuevamente, tan solo encontraremos tal libertad en la derecha.

Para defender la teoría científica anterior. Y para defender que tal teoría nada tiene que ver con el racismo. Lo mismo que quienes defienden la teoría de las diferencias genéticas entre hombres y mujeres no llegan a la conclusión de que es preciso instaurar un sistema político que discrimine a los hombres, tampoco quienes ven diferencias genéticas entre razas quieren un sistema social de segregación. Y para entender tal paralelismo hay que estar en la derecha. Porque tal verdad incómoda no cabe en la iz-

quierda. Como tantas y tantas otras ahogadas en la dictadura de la corrección política impuesta con éxito por el progresismo.

Los mejores políticos

Paolo Vasile, el líder de Mediaset, decía en una entrevista de otoño de 2014 que la política debe ser vulgar porque el voto de uno vale como el de cualquiera y eso significaría vulgarizar la democracia, hacerla accesible a todos y no solo a las élites. Vasile afirmaba lo anterior para defender la labor de la televisión y, en concreto, el enfoque populista y masivo de las cadenas que él dirige.

Y no se puede cuestionar la verdad democrática de la reflexión anterior, pero tiene otra lectura, por supuesto: la de la vulgarización en el sentido orteguiano. La de las masas que imponen las ideas de masas a los demás y que tienen una enorme capacidad de hacerlo, precisamente porque la democracia funciona con votos, o con grandes audiencias de televisión. Y los votos, como las audiencias, se consiguen más fácilmente con la vulgarización, es decir, con el populismo en términos políticos.

Me gustaría poder escribir otra cosa, pero, lamentablemente, el populismo está casi igual de extendido en la derecha que en la izquierda, y dudo de que la derecha sea capaz de resistir las últimas embestidas de ese populismo. Por ejemplo, las que afectan a los políticos. En este punto, vivimos una auténtica reacción populista a la que sus inspiradores y agitadores llaman regeneración política. Y no me refiero a la corrupción y a las medidas para combatirla.

Me refiero a las ideas dominantes sobre los políticos y a las propuestas para cambiar a tales políticos, que no van camino de conseguir a los mejores, sino de imponer por ley a quienes exige la marea populista. Uno de los principales agitadores de la marea

populista contra los políticos, el líder de Podemos, Pablo Iglesias, contestó lo siguiente, cuando la periodista María Casado le preguntó durante la campaña de las Elecciones Municipales y Autonómicas de mayo de 2015, en la primera cadena de la televisión pública, si su partido, Podemos, ha ayudado a la regeneración política: «Sí, hemos ayudado a que la política vuelva al *prime time* de televisión, como dijo Iñaki Gabilondo». Perfecta realización, la anterior, de la regeneración entendida como política populista a través de las grandes audiencias de televisión.

Regeneración no para conseguir los mejores políticos, sino para que los políticos más populistas consigan votos a través de los mensajes populares en programas televisivos de *prime time*. Y para que los periodistas e intelectuales más populistas consigan igualmente un gran apoyo a través de los mismos medios de comunicación. Con la repetición de un mensaje que combina dos elementos: fomento del odio al político, su conversión en el chivo expiatorio de los males que aquejan a los ciudadanos, y propuesta de medidas de supuesto castigo y control de esos políticos.

El mensaje del odio a los políticos se sustenta, en primer término, en la difusión de la idea de la corrupción generalizada de la clase política y de una condición moral de los políticos mucho peor que la del resto de la sociedad. Esa idea de corrupción generalizada, por otro lado, se adapta a cada país, al nuestro, por ejemplo, con la generalización no demostrada de que la corrupción española sería mucho mayor que la de otros países. Pero, sobre todo, el populismo antipolítico se sustenta en una supuesta suciedad de la política que se opondría a la virtud de la sociedad civil, de los ciudadanos. Esto último es esencial en el populismo antipolítico, ya que sostiene la posibilidad de votos de los líderes políticos de este populismo y también la posibilidad de seguidores para los líderes intelectuales.

Los datos sobre los problemas morales de la sociedad civil se soslayan, se ocultan, se minimizan. Sean los datos sobre la economía sumergida, calculada en unos 800.000 empleos en España, por ejemplo, o los datos sobre el fraude fiscal, o los datos sobre los innumerables comportamientos no éticos de la sociedad civil en sus vidas privadas y profesionales, aunque tales comportamientos no hagan portadas de los medios de comunicación, como sí lo hacen los correspondientes a los políticos.

Igualmente se soslayan o se ocultan los comportamientos no éticos de los medios de comunicación, y algunos ni siquiera se investigan. Desde los espacios ofrecidos a delincuentes y sinvergüenzas, con el único propósito de conseguir audiencia, por ejemplo, uno de los casos más comentados en España, el del estrellato mediático del estafador conocido como «El pequeño Nicolás», hasta el fomento y defensa de comportamientos poco éticos por el miedo a enfrentarse a una audiencia poco predispuesta a conocer la verdad, como ocurrió en España con Teresa Romero, la enfermera que se contagió de ébola y que fue sostenida por los medios durante semanas por temor a contradecir la opinión prefigurada de la audiencia. A pesar de que los medios conocían sus mentiras. Y casos como los anteriores siempre en contra de los políticos, que serían los últimos responsables, tanto de las fechorías de unos, como el estafador Nicolás, como de las mentiras y comportamientos poco presentables de los otros, la enfermera Romero.

A la tesis de la corrupción generalizada de la clase política se añaden otras dos falsedades: la supuesta menor calidad de los políticos en términos de comparación histórica y la supuesta falta de democracia interna de los partidos políticos. Lo que conforma, junto a la corrupción, el diagnóstico populista del mal generalizado que afectaría a los políticos y a los partidos políticos. En contraste con la fantástica sociedad civil, virtuosa, inteligente y de-

mocrática, lo que incluiría a todos los votantes y también a los periodistas e intelectuales. Y excluiría, dependiendo de la orientación ideológica de los populismos, a los empresarios, a determinadas élites y a la Iglesia.

La supuesta mala calidad de los políticos actuales no está contrastada por dato alguno, pero se repite como si se tratara de una verdad científica incuestionable. Los líderes de este mensaje jamás se tomaron la molestia de comparar los historiales académicos y profesionales de los políticos a través de las últimas décadas para demostrar si esto es así. ¿Son los historiales académicos y profesionales de Mariano Rajoy, de Emmanuel Macron, de Theresa May, de Angela Merkel, peores que los de quienes los precedieron en esos cargos en las últimas décadas? Nadie lo ha demostrado, y la supuesta peor calidad de los políticos actuales se basa en que a los populistas los políticos del presente les gustan menos que los políticos del pasado. Sobre todo, porque ellos, los populistas, han llegado para sustituir a estos «malos políticos» por otros mejores, ellos mismos, que se parecerían a los mejores del pasado, o a los recordados como tales.

Lo que sí ha ocurrido es que algunos políticos, como muchos ciudadanos, han mentido sobre su currículum. Por ejemplo, una líder de la izquierda nacionalista y populista, Pilar Rahola, de la que se descubrió en 2014 que en su página web figuraban dos doctorados que no poseía, que tales doctorados figuraron sin corrección alguna en dicha página durante diez años y que Rahola fue presentada como doctora en conferencias y entregas de premios sin que ella se molestara en corregir la falsedad. También ha habido políticos de derechas descubiertos en mentiras sobre su currículum, en Alemania, por ejemplo, pero cuando la falsa doctora resulta ser una implacable crítica de la derecha como es el caso de Pilar Rahola, el asunto adquiere tintes cómico-grotescos

y vuelve a aportar un dato valioso sobre la supuesta superioridad ética tantas veces reivindicada por la izquierda.

¿Y la falta de democracia interna de los partidos políticos? Compleja cuestión desde que la abordara brillantemente Robert Michels en su obra clásica[32]. Compleja porque hay una verdad indudable en la teoría de Michels sobre la «ley de hierro de la oligarquía» o la tendencia de toda organización partidista a ser controlada y dominada por una élite. Por causas varias que se pueden resumir en una sustancial: la necesidad de organización para conseguir objetivos. Como dijera Michel, «quien dice organización, dice oligarquía», algo que se puede aplicar a todo tipo de organizaciones, no solo a las políticas. Sin jerarquía, sin disciplina, sin liderazgo, no hay funcionamiento eficaz. Pero la cuestión es si tal cosa implica necesariamente el fin de la democracia.

Si admitimos que el sistema democrático actualmente existente es democrático con sus rasgos de democracia indirecta y representación, debemos admitir igualmente que los partidos políticos tienen una organización interna democrática en la medida en que tienen procesos de democracia indirecta y de representación. Como no los tiene la empresa privada, como no los tiene ninguna organización no política.

La teoría de que solo la democracia directa puede ser democracia, las primarias, por ejemplo, es popular, pero poco respetuosa con la definición de democracia. Si la admitimos, tendremos que concluir que nuestros sistemas democráticos no lo son en realidad, puesto que no tienen mecanismos de democracia directa. Pero la marea dominante en este asunto como en otros es completamente populista y ha conseguido establecer la idea de que tan solo la democracia directa es democracia. Incluso con la evidencia de que los procesos de democracia directa impuestos en algunos partidos en absoluto superan en pulcritud democrática a los procesos de democracia indirecta.

Se trata de una corriente muy enraizada en el asambleísmo de la extrema izquierda, la de Podemos en España, por ejemplo, que nada tiene que ver en realidad con su sensibilidad democrática, muy débil en un partido de extrema izquierda. Y, por supuesto, sus prácticas contradicen completamente la supuesta democracia que dicen establecer. Baste repasar la trayectoria de Podemos desde que se formó, los escasos porcentajes de militantes que han participado en sus procesos de primarias para elegir a los candidatos a las elecciones o para la dirección del partido, las constantes intervenciones de la cúpula del partido para quitar o cambiar a los elegidos. Y, sobre todo, su diaria demostración de partido fuertemente dirigido por una élite de muy pocas personas, en cuya cabeza se sitúa Pablo Iglesias.

Ser de derechas es rechazar la manipulación anterior, no dejarse arrastrar por la corriente populista que persigue a los políticos por males como la corrupción y la falta de ética que no son exclusivos de los políticos, que miente sobre su supuesta menor formación en términos históricos y que sataniza a los partidos políticos con un concepto de democracia que deja en entredicho el propio sistema democrático.

«Imaginen el impulso de regeneración democrática que supondría la realización de primarias en el PP», escribió Felipe González a principios de 2015. Añadió también que el PP usaba «el dedazo» y que esa era la «técnica habitual de la derecha para mantener un liderazgo, que de otra manera se disolvería como un azucarillo»[33]. Sorprendente esta reflexión en un líder que tuvo un poder total sobre el PSOE hasta que se cansaron de él, cuando perdió las elecciones de 1996. Hasta entonces, no tuvo tentación alguna de renovarse a sí mismo y consideró que eran los ciudadanos con sus votos quienes decidían la continuidad de un político, y de la misma manera encontró democrática la democracia indirecta que se practicaba en su partido. Y que se sigue practicando,

menos en determinadas primarias puntuales que se producen allí donde el líder de turno no tiene todo el poder.

Pero en este intento de imponer las primarias a otros partidos, imponerlas por ley, como pretende una buena parte de los partidos políticos españoles, incluido Ciudadanos, hay esa pulsión de sea el Estado el que decida también en esta materia. Que no sean los propios militantes los que decidan sobre su propio partido, sino que lo haga el Estado, es decir, quienes no militan en ese partido. Uno de los líderes de Ciudadanos, representante típico de este nuevo populismo estatista, Luis Garicano, dijo en una entrevista que el «problema es que el Estado, y los políticos, han tenido demasiado poder. Todas las instituciones están politizadas, no hay sociedad civil, solo política. Creemos que hay que devolver la primacía a la sociedad, a los ciudadanos»[34]. Para lo cual, he aquí las contradicciones del nuevo populismo, se pretende, por ejemplo, poner en manos del Estado una decisión, la de la organización interna de los partidos políticos, que está en manos de los ciudadanos, los ciudadanos que forman los partidos.

Y la misma pulsión de populismo estatista está en otra medida llamadas de «regeneración democrática», como la de las limitaciones a la financiación privada de los partidos políticos. Porque, alegan, eso es fuente de desigualdad y de corrupción, por lo que la solución estaría en una financiación fundada en el Estado. De manera que, nuevamente, es el Estado y no la sociedad civil la que controlaría la financiación de los partidos, puesto que la sociedad sería sospechosa. Y estos mismos, los que exigen una financiación pública y no privada de los partidos, son los que, a continuación, exigen control total del Estado sobre el funcionamiento interno de los partidos, ya que estarían financiados públicamente.

Todo lo anterior se remata con la afirmación no demostrada sobre las diferencias sustanciales de otros países respecto de Es-

paña. En otros países habría más democracia interna, más competencia entre los líderes y más transparencia, una de las afirmaciones que hacía un grupo de intelectuales, César Molinas, Elisa de la Nuez y Luis Garicano, entre otros, en 2013, cuando presentaron una propuesta de reforma de la ley de partidos. Alguno de esos intelectuales se ha integrado después en Ciudadanos, un partido que no ha cambiado de líder, Albert Rivera, en 12 años y que no tiene intención alguna de cambiarlo. Y un partido en el que las decisiones son tomadas por una pequeña cúpula.

Hay en todo este populismo pulsión estatista, pero también triunfo del mensaje antipolítico, de la idea de una sociedad virtuosa frente a una élite política corrupta y moralmente rechazable. En buena medida, por el propio poder acumulado por esta élite. No se trata de un deseo de la imposición de los mejores, sino de la imposición de la sociedad masiva, de la masa frente a la élite, a través de una estatalización de las decisiones que reflejaría los deseos de esa masa frente a la élite.

La virtud de la derecha en este debate está en su capacidad para mantener los criterios sobre el individuo, la libertad y el mérito. En saber oponerse a esa manipulación de la supuesta democracia, exclusivamente la directa, a esa demonización de la élite política y a esa pretensión de que también en este terreno decida el Estado y no los propios individuos. Es complicado, estamos ante una de las más poderosas olas populistas, pero ser de derechas es resistir y combatir esta ola populista. Cuando la derecha no lo hace, como los Republicanos en Francia, que imitaron las primarias de la izquierda, eligieron a François Fillon y por primera vez en su historia ni siquiera fueron capaces de pasar a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas de 2017; o los conservadores británicos con Cameron al frente, que se dejaron arrastrar por la ola populista del UKIP, convocaron un referéndum sobre la permanencia en la Unión Europea y acabaron en el

Brexit que ya no quiere ni la mayoría que lo votó. Son las consecuencias del miedo y de la cesión a la ola populista que recorre los países democráticos.

CAPÍTULO 5

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO FUERTE

La derecha defiende un estado fuerte

En este punto se encuentra una de las mayores confusiones sobre las ideas de la derecha, ese supuesto tan extendido de que la derecha aboga por una reducción radical del Estado frente a una izquierda defensora de un Estado fuerte. La confusión se produce en parte por ignorancia y en parte por manipulación interesada, con esa atribución a la derecha de las ideas de determinado liberalismo radical que es parte de la derecha, en efecto, pero muy minoritaria. Las principales corrientes de la derecha, sobre todo el conservadurismo, la democracia cristiana y el neoconservadurismo, defienden un Estado fuerte. También el liberalismo social defiende un papel importante del Estado, y solo el liberalismo más radical aboga por una reducción extrema del tamaño del Estado.

Yo creo y defiendo el Estado fuerte, y así también lo hacen las principales corrientes de la derecha que han apoyado, sostenido y desarrollado el Estado del Bienestar desde que existe como tal. Tanto que hay quienes llaman, por ejemplo, al PP actual, socialdemócrata, por sus políticas fiscales poco diferenciables de las políticas socialistas. «Son los presupuestos más socialdemócratas de toda Europa», decía el economista Daniel Lacalle sobre los presupuestos de 2017 del Gobierno del PP. Pero ocurre que incluso los defensores de políticas más radicalmente liberales tienden

a mantener habitualmente un Estado del Bienestar comparable y un Estado igual de fuerte e influyente cuando son líderes políticos y no intelectuales.

Lo cierto es que la derecha, y esto es aplicable a los partidos gobernantes de derechas de todas las democracias, pone en práctica políticas no muy diferenciadas de la izquierda en todo aquello que se refiera al centro neurálgico del Estado del Bienestar, es decir, las políticas sociales. Hay razones electorales e ideológico-éticas que explican esta defensa del Estado del Bienestar. Las electorales son obvias: ningún partido político puede ganar hoy en día las elecciones si no mantiene la estructura básica del Estado del Bienestar. La posibilidad de una reducción drástica de la carga impositiva y la consiguiente reducción del tamaño del Estado se encontraría con la oposición radical del sector de la población que menos impuestos paga, y dado el tamaño comparado de ese sector, ello llevaría a una derrota segura del partido que lo propusiera. No hay más que ver el éxito social y político, ninguno, de las propuestas liberales más radicales. Añádase a lo anterior el uso por parte de todos los partidos políticos sin excepción de ideologías de los servicios e inversiones del Estado como un medio para atraer votos de los sectores beneficiados. Una de las razones por las que Theresa May perdió la mayoría absoluta en las elecciones anticipadas que convocó en 2017 fue su propuesta de un endurecimiento de las condiciones de acceso a la Sanidad de los jubilados. Rectificó en plena campaña, pero el daño electoral a su partido ya estaba hecho, como mostraron las encuestas.

Pero hay, además, razones ideológicas y éticas, las que fundamentan las ideas de las principales corrientes de la derecha. El apoyo, la presencia y el protagonismo de los conservadores, de la democracia cristiana y del liberalismo en la construcción del Estado del Bienestar a lo largo de todo el siglo XX se explica sobre todo por esas razones ideológicas. La derecha defiende la libertad,

lo que no excluye su preocupación por la igualdad, y la derecha cree en el individuo, lo que no excluye su apuesta por un Estado fuerte. El Estado fuerte como sostén y apoyo de las actividades del individuo, el Estado como corrector de algunas de las disfunciones del libre mercado. Se trata del Estado del Bienestar, pero también del Estado garante de los derechos individuales y de la seguridad al que me referiré más adelante.

Mi acercamiento a las ideas principales de la derecha incluye esa concepción del Estado fuerte. ¿Un Estado desaparecido? ¿Una reducción drástica del tamaño del Estado? Ninguno de esos extremos está en las ideas principales de la derecha, aunque lo hayan dado a entender ciertas corrientes del liberalismo y también alguna propaganda antiliberal. Mi propia apuesta por el neoconservadurismo se basa en su concepción de la libertad y del activismo a favor de la libertad, pero también en la importancia que le otorga al Estado fuerte, tanto en relación con las políticas del Estado del Bienestar como en relación con la seguridad. El problema del liberalismo más radical está precisamente en esos dos campos, en el fracaso de la autorregulación y en el papel imprescindible del Estado fuerte para la seguridad. Y las corrientes más radicales del liberalismo representan en la derecha el cuestionamiento del Estado fuerte en algunas parcelas, las relativas al Estado del Bienestar. Pero me temo que es difícil, si no imposible, separar ese Estado del Estado responsable de la seguridad.

O es fuerte o no lo es, o tiene recursos o no lo tiene, o es capaz de intervenir o no lo es. O creemos en la organización de los ciudadanos bajo una estructura política fuerte, el Estado, o no creemos. Y la mayoría de las corrientes de la derecha apuestan por ese Estado fuerte. Por supuesto, el neoconservadurismo, desde el luego, el conservadurismo y la democracia cristiana, por las mismas razones, y también el liberalismo social que es en la actuali-

dad la corriente principal del liberalismo. Queda, sí, una parte del liberalismo, enormemente crítica con las dimensiones del Estado y que tiene plena confianza en una organización social basada en la iniciativa individual sin limitaciones ni controles por parte del Estado.

Es lo que queda de la vieja diferencia entre el conservadurismo y el liberalismo clásico, entre la importancia de la comunidad y el papel del individuo, entre la sociedad organizada alrededor de la comunidad o sobre la centralidad del individuo. Entre la virtud de la comunidad y la preeminencia del individuo. Hoy, la derecha es el resultado de ese viejo debate entre conservadurismo y liberalismo y en la que, en la práctica, es decir, en las políticas de la derecha, la comunidad se ha impuesto al individuo.

En la concepción del Estado, claramente. Una cosa es que desde la derecha se abogue por la limitación del Estado y por el fortalecimiento de los derechos individuales y otra que eso implique un Estado débil. Ni mucho menos. Y no se trata de renunciar a la utopía o a la fantasía del individuo virtuoso que da lugar a la sociedad virtuosa a través de la suma de individuos con iguales cualidades. Se trata más bien de creer igualmente en la virtud de la comunidad.

Y la derecha cree en las virtudes de la comunidad. Y el Estado es la organización máxima de esa comunidad en términos políticos. Si la derecha cree en la patria y el patriotismo, de la misma manera cree en el Estado, que es la organización política de la comunidad. Con todas las virtudes que conlleva la colaboración dentro de la comunidad. Otra cuestión, realmente una de las grandes cuestiones de la política contemporánea, es la dimensión de esa organización política.

Y es aquí donde la derecha que cree en el Estado fuerte se diferencia de la izquierda. La derecha no quiere un Estado que sustituya a los propios individuos o un Estado que actúe por encima

de algunos derechos individuales o un Estado que sustituya a la sociedad civil. Y eso está ocurriendo, a pesar de la derecha y en contra de las ideas de la derecha.

Una cosa es la protección del más débil y otra el fin de las responsabilidades de los individuos; una cosa es la ley que garantice los derechos y otra, la legislación interminable que obstaculiza la propia realización de los derechos, y una cosa es un Estado fuerte que sea capaz de garantizar la seguridad de todos y otra, un Estado inmenso a cuyo mantenimiento deben entregarse los individuos. Y hemos llegado a todos esos peligros, incluso realidades, porque el Estado que se ha impuesto es más el de la izquierda que el de la derecha, tanto en la protección del bienestar como en la garantía de las libertades y en la seguridad.

Los recortes que no hace la derecha

Se trata de uno de los debates más mentirosos de la competición política, en nuestro país y en cualquiera de los Estados del Bienestar del mundo. Me refiero al mensaje de todos los partidos de izquierdas sobre los «recortes» de la derecha. El anterior ha constituido el mensaje principal de los partidos de izquierdas, socialdemócratas o de extrema izquierda, en todos los países democráticos desde que estalló la última crisis económica.

Y el mensaje ha tenido un considerable éxito, al menos en los medios de comunicación, bastante menos en el voto, a pesar de su nula conexión con la realidad. De hecho, los dos focos principales de acción política del Partido Socialista en España fueron en la anterior legislatura los «recortes» de la derecha. Se sucedieron las campañas contra lo que llamaban el desmantelamiento de la Sanidad Pública y los recortes en Educación. Tampoco les importó que, en el caso español, tanto la Sanidad como la Educación estén transferidas, por lo que la responsabilidad principal de

los supuestos recortes es de los Gobiernos autonómicos. Hubo múltiples manifestaciones, mítines, carteles y debates dominados por la afirmación de que la derecha había realizado importantes recortes en gasto social.

Las cifras reales muestran, sin embargo, que tal afirmación era falsa y que el gasto social del Gobierno de la derecha entre 2011 y 2016 se mantuvo prácticamente igual que en los Gobiernos socialistas, lo que es aún más significativo si tenemos en cuenta las políticas de reducción del gasto público tras el estallido de la crisis económica. Los propios medios de comunicación de izquierdas lo reconocieron cuando intentaron demostrar una supuesta manipulación de datos sobre el gasto social de un dirigente del PP, de Pablo Casado, en un debate electoral en la campaña de las Elecciones Generales de 2016. Pablo Casado había afirmado en ese debate que el gasto social subió entre 2011 y 2016 de 180.104 millones de euros a 187.211 millones. *El País* y *Cinco Días* le corrigieron y aseguraron que las cifras del gasto social, la suma del gasto en Educación, Sanidad y Protección Social, eran las siguientes: 296.481 en 2011, 290.597 en 2012, 293.115 en 2015 y 295.372 en 2016. Es decir, la diferencia era de tan solo 1,1 % entre el final de la legislatura socialista y la popular, y ello a pesar de las políticas de contención de gasto público en ese período[35].

Pero aún más significativo es que el gasto social había sido de 243.149 millones en 2007, justamente antes del inicio de la crisis y del enorme descenso de los ingresos del Estado, es decir, que hubo un incremento de un 21,5 % en el gasto social entre 2007 y 2016. Por lo tanto, eran completamente falsas las afirmaciones sobre los recortes de la derecha respecto a las políticas sociales de la izquierda. Y, quizá, dirían algunos economistas liberales, muy ciertas las afirmaciones sobre las políticas «socialdemócratas» de los Gobiernos de la derecha, siempre, claro está, que entendamos como socialdemócrata el gasto social.

Ese mantenimiento e incluso fortalecimiento de las políticas sociales por parte de los Gobiernos de derechas explican en parte, por ejemplo, que la proclamación, en 2017, de la Sanidad española como la octava mejor del mundo por la revista científica británica *The Lancet* y por la Fundación Bill Gates se basara en un estudio que abarcaba un período de 25 años, entre 1990 y 2015, con Gobiernos de derechas y de izquierdas. La clasificación era liderada por Andorra e Islandia, el tercer puesto era para Suiza, y los cuatro siguientes países, Suecia, Noruega, Austria y Finlandia, tenían 90 puntos, los mismos que España, a partir de una investigación basada en el análisis de la respuesta de cada país a 30 enfermedades.

Y todo esto, también la investigación de la revista *The Lancet*, ocurría en el período bautizado como «austericidio» por la izquierda, incluidos algunos respetables intelectuales que no sentían asomo de vergüenza por el concepto según el cual el intento de salvar de la bancarrota al Estado era o es un suicidio, puesto que habría mecanismos y recursos interminables para un gasto ilimitado del Estado. Poco parecía importar que la gravedad de la crisis hubiera llevado incluso al rescate de tres países, Grecia, Irlanda y Portugal, y que el nuestro bordeara igualmente el rescate, tras el gasto descontrolado del último Gobierno de Zapatero, que pasó de un superávit del 2 % en 2007 a un déficit del 11 % en 2009.

Incluso algunos de los políticos más singulares e inteligentes de la socialdemocracia cayeron bajo el ridículo semántico del «austericidio». Como Manuel Valls quien, mientras era el primer ministro de un Gobierno francés que había aprobado recortes de 50.000 millones en Francia, se esforzaba por tratar de convencer al mundo que eso no era una «política de austeridad», que los recortes del Gobierno popular español, llegó a decir en una entrevista de 2014, eran «política de austeridad», pero que los recortes

del Gobierno socialista francés eran «política de izquierdas». Es un ejemplo de los cientos y miles de ridículos que hubieron de hacer muchos políticos de izquierdas para enviar el mensaje de que los recortes de la derecha eran «austericidio», y los de la izquierda, «políticas de izquierda».

Lo cierto es que todos los países europeos se han visto obligados a reducir el gasto público. La izquierda lo ha llamado «austericidio», y los Gobiernos de derechas, «consolidación fiscal», que es otra manera de falsear la realidad con conceptos engañosos. En este caso, la consolidación fiscal consiste en llamar así al recorte de los salarios de los empleados públicos o a la subida de los impuestos. Y es aquí donde se encuentra uno de los problemas ideológicos principales de la derecha, el de su política fiscal demasiado parecida a la izquierda. Y no solamente en situaciones de emergencia con peligro de rescate como el que se encontró el Gobierno del PP cuando llegó al poder a fines de 2011.

Según Juan Ramón Rallo, Ángel Martín y Adrià Pérez, los impuestos en España estaban en 2012 entre los más altos de Europa, puesto que solo Suecia y Bélgica, con un 56,4 % y un 53,7 %, respectivamente, tenían un tipo impositivo marginal máximo más alto que España, donde era del 52 %, y ello sin contar los impuestos locales complementarios en algunos Gobiernos regionales[36]. Y la revista *Forbes* publicaba en noviembre de 2015 una clasificación del World Economic Forum de los países del mundo donde se paga un mayor tipo marginal de IRPF en la que España figura en el cuarto lugar con un tipo marginal del 52 %, solo por detrás de Suecia (56,86 %), Dinamarca (56,22 %) y Francia (54,01 %).

Y, como escribió otro economista liberal, Carlos Rodríguez Braun, «se dice que Hacienda somos todos, pero el Estado se separa y distingue de todas las demás instituciones por un signo único: la coacción», o que pagar impuestos es obligatorio, una imposición sobre los individuos[37]. Es cierto, el elemento coactivo

es esencial en los impuestos, pero no es ahí donde sitúo el problema ideológico de la derecha. En primer lugar, porque los impuestos son imprescindibles para el sostenimiento de servicios fundamentales del Estado, desde el gasto social hasta la seguridad, y porque sería del todo imposible recaudar esos impuestos sin coacción. Y, en segundo lugar, porque tampoco la derecha cree en el Estado mínimo, como he argumentado hasta aquí, por lo que la coacción fiscal es totalmente necesaria.

La cuestión es hasta dónde debe llegar la presión fiscal y cuál es el objetivo y el uso de lo extraído a los ciudadanos. O si, como también ha escrito Carlos Rodríguez Braun, «la igualdad ya no es una protección al ciudadano, sino una invitación a que el Estado usurpe y redistribuya a placer los bienes del pueblo, y de modo indefinido e ilimitado». Y esta es la tendencia de muchos Estados, el nuestro entre ellos, y en la que la derecha es poco distinguible de la izquierda.

Es cierto que una parte del gasto del Estado se destina a gasto social, básicamente a Educación y Sanidad, dos campos de acción del Estado que considero imprescindibles para asegurar el bienestar y la igualdad de oportunidades básica entre todos los ciudadanos. Pero fuera de esos campos imprescindibles, también la seguridad, hay otros ámbitos de acción en los que la derecha es crecientemente indistinguible de la izquierda, tanto en términos de campos de acción del Estado y de presión recaudatoria. Desde un punto de vista muy diferente, también se puede hablar en esos campos de los recortes que no hace la derecha. Sea en obras públicas, empresas públicas, multiplicación de organismos gubernamentales sin objetivos esenciales, ayudas a diferentes sectores de actividad, mantenimientos de industrias obsoletas por razones políticas más que sociales, representación y propaganda, etc.

La filosofía de la derecha sobre el papel y el tamaño del Estado es diferente a la izquierda, pero en este punto debo dar una parte de razón a los economistas liberales, que ponen de relieve la incapacidad de los Gobiernos de derechas para reducir significativamente el gasto y el tamaño del Estado.

El tabú de los impuestos

Soy catedrática de una universidad pública y, como tal, parte del Estado. Mi salario de catedrática está sufragado con los impuestos de todos los españoles. También con los míos propios, los impuestos que pago por mis actividades en medios de comunicación privados y, además, todos los impuestos indirectos. Pero no es preciso ser funcionario del Estado en la enseñanza o en cualquier otra actividad para entender la importancia de los servicios del Estado en varios campos. O para saber que, gracias a esos impuestos, los jóvenes españoles deseosos de una buena formación tienen enormes posibilidades de alcanzarla, aunque procedan de familias de ingresos bajos.

Hasta ahí, no hay debate izquierda-derecha sobre los impuestos, sino un acuerdo básico sobre los servicios principales del Estado y el sistema fiscal que los sostiene. Pero, a partir de ese acuerdo de base, las diferencias, al menos de principios, son importantes. Y no solo sobre las cantidades, sobre la presión fiscal adecuada o sobre el tipo de servicios que el Estado debe cubrir, sino sobre la concepción misma del Estado del Bienestar.

En un extremo, la idea de un Estado y, por lo tanto, de una parte de la sociedad que debería ser sostenida por la otra, por el sector de las clases acomodadas, puede llegar hasta el disparate de que el montante de las multas de tráfico esté relacionado con el nivel de ingresos. O que se castigue más por la misma infracción a quien más gane, barbaridad que es sostenida en España por la

extrema izquierda, por Podemos, que lo planteó en la campaña electoral de las legislativas de junio de 2016. Y, aún más asombroso, injusticia flagrante que se aplica ya en algunos países como Finlandia y Suiza, donde algunos millonarios se han visto obligados a pagar multas asombrosas de hasta 100.000 euros por excesos de velocidad tales como circular a 70 kilómetros por hora en lugares con límites de 50.

Por supuesto, y para mantener su propia lógica y filosofía, el disparate anterior debería ser continuado con la propuesta de penas económicas diferentes para el mismo tipo de delito según la clase social. Es decir, que un ladrón de clase baja debería tener condenas bastante menores que un ladrón de clase media o de clase alta. ¿Y por qué no aplicar también el criterio de la clase social a cualquier otro delito? Porque el disparate está sostenido en una idea plenamente arraigada en nuestra sociedad sobre la obligación de quien más tiene de sostener a quien menos tiene, y también en la idea de la menor responsabilidad de quien menos tiene por los condicionamientos impuestos por su situación económica. Una solidaridad impuesta que tiene varios problemas, empezando por la dificultad de cualquier debate sobre la cuestión.

Los impuestos se han convertido en tema tabú en nuestra sociedad. Y ello se refleja, por ejemplo, en su escasísima presencia en las encuestas de opinión pública. Repásese, por ejemplo, el banco de datos del CIS, del Centro de Investigaciones Sociológicas, y se comprobará que el CIS ha preguntado sobre todas las cuestiones sociales y políticas imaginables, pero apenas ha preguntado sobre los impuestos. Y mucho menos sobre la justicia del sistema, sobre su legitimidad o sobre la posibilidad de su reducción. No hay espacio alguno para ese debate. Se puede discutir todo aquello que esté en el campo de acción de los Estados, pero no se puede opinar sobre los impuestos. Faltan esas encuestas en

el CIS, pero también en los diferentes centros de investigación privados. El propio Estado no pregunta sobre los impuestos, prefiere desconocer algunas respuestas, pero tampoco lo hacen los investigadores de empresas privadas.

Sería interesante conocer las diferencias de valoraciones sobre los impuestos según cantidades pagadas por los ciudadanos al Estado, pero tal cosa es muy difícil, incluso imposible, porque se evitan esas cuestiones en las encuestas. Tan solo se plantean opiniones sobre enunciados políticamente correctos que siempre parten de la asunción de la incuestionable alta carga fiscal sobre los ciudadanos. Las únicas preguntas sobre impuestos que es posible encontrar en las encuestas presentan siempre un enunciado que da por supuesta la bondad de los altos impuestos y los perjuicios de los bajos impuestos, de tal manera que tales preguntas hacen lo que jamás deberían hacer en una encuesta: orientar al encuestado hacia la conveniencia de determinadas respuestas.

Una encuesta de la Fundación BBVA de 2013 realizada en 10 países europeos planteaba la siguiente pregunta: «En cuanto a la Seguridad Social e impuestos, ¿qué tipo de sociedad prefiere?» y ofrecía dos opciones de respuesta, además del habitual «No sabe/No contesta»: 1) «Seguridad social amplia, aunque haya que pagar altos impuestos», y 2) «Impuestos bajos, aunque la seguridad social sea más limitada». Por supuesto, la mayoría optaba por la respuesta 1, nada menos que un 80,5 % en España, y una media de 66,2 % en los 10 países encuestados[38]. Pero imaginemos que la pregunta se planteara de otro modo, por ejemplo, con las dos siguientes opciones de respuesta: 1) «Una reducción de mis retenciones y una subida de mi salario, aunque la seguridad social sea más limitada», y 2) «Mantenimiento de mis retenciones sociales e impuestos y una Seguridad Social amplia». Lo interesante es que no existen encuestas con estas posibilidades de respuesta

porque se consideran políticamente incorrectas o «desestabilizadoras».

Y estos valores sociales que afectan incluso a las propias encuestas se traducen, a su vez, en un espacio político y social lleno de hipocresía en el que, de un lado, se somete a una crítica feroz a todos aquellos políticos que no estén al corriente de sus obligaciones fiscales o que, incluso, hayan pasado por una mera inspección de Hacienda, y, a su vez, se combina con una extendida práctica de engaño ciudadano a Hacienda.

La feroz crítica a los políticos es comprensible, teniendo en cuenta que son quienes aprueban las normas fiscales y quienes dirigen las Haciendas que gestionan los impuestos y que aplican rigurosas multas a todos aquellos que no cumplen estrictamente con las normas fiscales o, en una buena parte de los casos, que no cumplen con la interpretación de Hacienda sobre esas normas fiscales. Pero no lo es tanto la hipocresía social que acompaña a esa crítica y que conlleva extendidas prácticas de engaño a Hacienda, prácticas acompañadas de un discurso público, también de los ciudadanos, de máxima exigencia sobre las obligaciones fiscales ciudadanas. Y me refiero a prácticas engañosas a todos los niveles, relativas a cantidades de 100 euros o de 1000, dada esa tendencia moral, también muy extendida, de considerar censurable solamente los incumplimientos de determinadas cantidades, es decir, de los «ricos», y entender o disculpar a los de cantidades consideradas menores.

Y si ocurre lo anterior es en parte porque tampoco la derecha ha liderado ni en España ni en ningún otro país un discurso de limitación relevante de los impuestos o un cuestionamiento significativo de la filosofía que los sostiene. En este punto, algunos liberales, que yo califico de radicales para diferenciarlos de la corriente liberal mayoritaria, apuntarán que ellos sí hacen esa crítica, y es cierto, pero he argumentado más arriba por qué su punto

de vista no es el mayoritario ni debe serlo en la derecha. Porque su discurso sobre la fiscalidad llevado a su cumplimiento íntegro tendría como consecuencia la reducción brutal del tamaño del Estado, incluidos una buena parte de los gastos sociales y de los gastos en seguridad.

Pero, sin llegar a las exigencias del liberalismo radical, la derecha debe ir más allá de sus actuales posiciones, tanto en relación con la cantidad y volumen de los impuestos como con la filosofía en que se sustentan, sobre todo la relativa a la irresponsabilidad social que conllevarían determinadas posiciones económicas.

Según el Think Tank Civismo y el estudio del economista Javier Santacruz en 2016, el contribuyente medio español dedica 180 días de ingresos laborales a cumplir con el fisco. Pero, además, Civismo ha calculado lo que un trabajador medio paga a lo largo de su vida en impuestos: 456.571 en cotizaciones sociales, IRPF, IVA, impuestos especiales y otros gravámenes, es decir, que el trabajador español medio paga un 37,3 % de sus ingresos a Hacienda desde los 16 a los 65 años. O que, ha calculado Civismo, cada español habrá dedicado 18 años de salario a pagar impuestos. Y, además, añade Civismo, el pensionista medio dedicará 9 de sus 18 años de jubilado a pagar a Hacienda (con un cálculo entre los 65 y los 83 años).

Hay muy poca conciencia sobre este tipo de cifras pues ocurre con los cálculos sobre los impuestos lo mismo que con las preguntas de las encuestas, que no se hacen, y, si se hacen, encuentran escaso eco por su incorrección política. Dado que pagar impuestos sin cuestionarlos sería una obligación moral fundamental de nuestras sociedades, cualquier pregunta sobre esa obligación debe ser evitada.

Igualmente ocurre con las preguntas sobre la distribución de la carga fiscal. ¿Cómo están distribuidos los impuestos entre los españoles? No es tan sencillo averiguarlo como parece puesto

que una buena parte de los análisis no están orientados a responder a esa pregunta, sino más bien a la relativa a la redistribución de la riqueza, como hacía un informe de FEDEA (Fundación de Estudios de Economía Aplicada) en 2016 que, en su trabajo sobre los impuestos en España, analizaba en qué medida lograban reducir las desigualdades, en qué medida lo pagado en impuestos por unos y otros reducía la desigualdad económica[39].

La pregunta no es en la mayoría de los casos si los impuestos logran sufragar la atención de las necesidades básicas de los ciudadanos más desamparados, sino si los impuestos sirven para equiparar a unos y otros, independientemente del trabajo, el esfuerzo y la capacidad. No hay cuestionamiento sobre las diferencias de trabajo, esfuerzo y capacidad, sino que se da por supuesta la obligación de los ciudadanos de repartir una parte de su producción con otros, independientemente de esas diferencias en la acción individual.

La derecha cree en la importancia de esa diferencia, pero en este punto hay que volver a incidir en que es difícil percibir esos valores de la derecha y sus diferencias respecto a la izquierda en su acción de Gobierno y en sus medidas fiscales.

El yihadista subvencionado

En febrero de 2017 fue detenido en Vitoria Said Lachhab, un ciudadano marroquí residente en Vitoria acusado de haber viajado a Chechenia y Siria para combatir con los yihadistas y de captar activistas en España para enviarlos a combatir con el Estado Islámico en Siria. Pero lo más extraordinario de este caso no estaba en la detención y en las acusaciones, sino en que se supo, a raíz de esta detención, que Lachhab había estado cobrando 1.800 euros en ayudas sociales por parte del Gobierno Vasco. La cantidad era la suma de las ayudas sociales por riesgo de exclusión so-

cial (Renta de Garantía de Ingresos), junto a lo percibido de una mutua por baja laboral. Ambas ayudas eran incompatibles, pero tampoco es ese el dato significativo de esta historia, sino el hecho de que un yihadista llevara percibiendo la Renta de Garantía de Ingresos desde julio de 2014, es decir, durante casi tres años hasta su detención.

No quiero apuntar con este caso a la ineficacia del Estado, ya que es perfectamente posible que esto ocurra, dadas las dificultades de que unas agencias dedicadas a la protección social cuenten con la información policial sobre una persona. Y, aunque tuvieran tal información, habría que determinar en qué momento alguien que no ha sido acusado, imputado o detenido pierde sus derechos a la protección social. La cuestión de mayor interés está en otro lado, en el simbolismo de este caso para reflejar los excesos de la protección del Estado.

Se trata de un ejemplo extremo, por supuesto. En la mayoría de los casos donde se producen abusos con las ayudas del Estado no hay un historial delictivo como en Lachhab, existen irregularidades, a lo sumo. Y tampoco pretendo apuntar con este ejemplo específico a un cuestionamiento de la protección de los extranjeros. Al contrario, el Estado del Bienestar debe atender también a esa protección, aunque es cierto que plantea un debate que no se puede eludir sobre las obligaciones fiscales de los nacionales y las posibles contradicciones con los beneficios de esas obligaciones fiscales para personas de otras nacionalidades. Precisamente ese debate explica, por ejemplo, la respuesta del abogado general del Tribunal Europeo de Luxemburgo en 2014 a una ciudadana rumana residente en Alemania desde hacía algunos años y a la que se le había negado en Leipzig el llamado «seguro básico» que se concede en Alemania a las personas sin ingresos mientras buscan empleo.

El abogado general recordó que el derecho de la Unión Europea autoriza a los ciudadanos a vivir en un Estado miembro diferente del suyo «mientras no se conviertan en una carga excesiva para la asistencia social del Estado de acogida» o que denegar los subsidios a quienes llegan a Alemania «con el único fin de beneficiarse del régimen alemán de asistencia social es conforme con la voluntad del legislador de la Unión», ya que «esta exclusión permite evitar que quienes ejercen su libertad de circulación se conviertan en una carga para el sistema de asistencia social».

Pero no son esas las cuestiones más relevantes planteadas por el caso del yihadista subvencionado, sino unas concepciones políticas sobre la protección y la responsabilidad individual que han llegado a extremos escandalosos. Si ha ocurrido el caso Lachhab es porque es dominante la idea de la izquierda de que la responsabilidad principal de lo que ocurra a cada persona es del Estado y no de la persona, por lo que las medidas de protección del Estado deben aplicarse independientemente de los actos de esa persona. El derecho a la protección estaría por encima de las responsabilidades del individuo para consigo mismo y respecto a esa protección y los demás ciudadanos.

La diferencia de la derecha es que pone la responsabilidad individual por encima de la obligación del Estado con la protección. Ello significa que la protección debe garantizarse en aquellas situaciones donde el individuo está claramente desamparado y no hay posibilidades de que pueda lograr el acceso a los servicios fundamentales a través de su sola acción.

No se trata de una diferencia de matiz, sino de una diferencia de filosofía política, la que establece la frontera entre la primacía de la responsabilidad individual y la primacía de la responsabilidad del Estado. Para la derecha, la primera y fundamental responsabilidad es la del individuo para consigo mismo y para con su comunidad, que es, en el sentido político, el Estado. Y para la

izquierda, la primera y fundamental responsabilidad es la del Estado para con el individuo. Esto ha dado lugar a una enorme extensión de los «derechos» garantizados independientemente de la acción y responsabilidad de los individuos. Por motivos ideológicos y por motivos electorales. Ideológicamente, las ideas de la izquierda se han impuesto en esta materia, sobre todo en Europa Occidental, pero también en otros muchos países desarrollados. Y, desde el punto de vista electoral, cualquier acción para desmontar los excesos anteriores es peligrosa electoralmente para la derecha, casi siempre vencida por el mensaje de que tales reformas significan «insolidaridad».

Estado de derecho frente a estado de debilidad

Ada Colau, la alcaldesa de extrema izquierda de Barcelona, presentó una denuncia en abril de 2017 por una amenaza de violación recibida a través de Twitter. Antes de saber si la Fiscalía iba a actuar, afirmó públicamente que presentaría una denuncia, por una amenaza que decía lo siguiente: «Cállate. puta catalana. No eres nadie para opinar, perra. El día que te encuentre te voy a violar, hija de puta». No ha sido la única líder de la extrema izquierda que ha presentado una denuncia por amenazas en las redes sociales. Todo lo contrario, la extrema izquierda y la izquierda en general exigen máxima dureza policial y legal cuando sus miembros son víctimas de amenazas o agresiones.

No hay duda de que la denuncia de Ada Colau está justificada ante lo que es, sin duda, una amenaza violenta contra ella. Ahora bien, los líderes de la extrema izquierda tienden a considerar libertad de expresión amenazas semejantes o peores, cuando las víctimas no están entre sus filas. Así ocurrió, por ejemplo, con otra violenta tuitera conocida como Cassandra que fue condenada por la Audiencia Nacional en 2017 por tuits enaltecedores del

terrorismo y que recibió apoyo total de los líderes de Podemos. Y lo mismo ha sucedido con agresiones violentas que han sido apoyadas por Podemos, como es el caso del activista del Sindicato Andaluz de Trabajadores, Andrés Bódalo, condenado a cárcel por agredir a un concejal socialista del ayuntamiento de Jódar, en Jaén, y defendido con entusiasmo por los líderes de la extrema izquierda.

Sin embargo, los mismos que visitan a Bódalo en la cárcel para expresarle su solidaridad y desacuerdo con la condena son los que exigieron duras penas contra los activistas de extrema derecha que asaltaron el centro cultural Blanquerna en Madrid durante la celebración de la Diada en 2013. Fueron condenados a seis meses de cárcel por la Audiencia de Madrid y, en enero de 2017, el Supremo elevó a cuatro años su condena por lo que consideró agravante de «discriminación ideológica», es decir, intolerancia «hacia la ideología catalanista». La izquierda no expresó protesta alguna para tal condena, ni mucho menos exigió que se aplicara la misma agravante en los numerosos asaltos violentos de activistas de extrema izquierda contra grupos políticos, conferenciantes o reuniones culturales de la derecha.

Casos como los anteriores muestran las grandes contradicciones ideológicas de la izquierda en el terrero de la Justicia y de la autoridad. Por eso sus debates con la derecha en este campo siempre muestran enormes debilidades argumentativas e intelectuales, porque aquella teoría que defienden para la sociedad no la aplican jamás cuando las víctimas son de sus propias filas. Porque la derecha defiende la autoridad del Estado frente al crimen tanto cuando la víctima es Ada Colau como cuando lo es un ciudadano anónimo de cualquier ideología. Autoridad para poner límites, por ejemplo, a la libertad de expresión cuando se utilice, como en el caso del tuitero citado más arriba, para amenazar a Ada Colau o, como en el caso de Cassandra, para apoyar el terro-

rismo. Autoridad para proteger las libertades y derechos de los ciudadanos frente a aquellos que quieren eliminarlos, sean cuales sean sus objetivos, incluidos, obviamente, los políticos.

En este punto, y más allá de los debates marcados por la adscripción ideológica del agresor o de la víctima, izquierda y derecha mantienen profundas diferencias de filosofía. La de una derecha que cree en la responsabilidad individual y sus consecuencias para el individuo, cuando ese individuo hace daño a otros, y la de la izquierda, que prima la condición potencial de víctima del «sistema» de la gran mayoría de personas, excluidas las pertenecientes a las élites de poder y acomodadas. Lo que deriva de una mezcla de inspiración comunista, el sistema opresor, y de tendencias contemporáneas hacia lo que Pascal Bruckner definió brillantemente como «la tentación de la inocencia»[40], o la pulsión social dominante hacia la infantilización y la victimización. Esa tendencia social tan extendida a pensar que todo aquello que nos ocurre es culpa de los demás, de otros, del Estado, del «sistema» o de las élites.

La infantilización y la victimización, mezcladas con la teoría comunista de la clase opresora y la revolución de los desamparados, afecta igualmente a la Justicia y a la creciente tendencia a atribuir las conductas delictivas a la sociedad, a los padres, a las desgracias y opresiones sufridas, a la desigualdad. Con excepción de algún tipo de delitos, como los de la violencia de género, en los que la izquierda considera siempre completamente responsable al violento y exige, además, las penas más duras para sus delitos.

La derecha cree en la responsabilidad individual en todo tipo de delitos, en los de la violencia de género y en todos los demás. Lo que deriva, a su vez, en la confianza de la derecha en un Estado fuerte que persiga el crimen, lo que definió el expresidente francés Nicolas Sarkozy en 2016 como un «Estado que restaure la

autoridad», para que el «Estado de derecho no se convierta en un Estado de debilidad» («L'État de droit ne peut pas être un État de faiblesse»). Cuando Sarkozy pronunció esa frase, en un mitin de agosto de 2016, lo hizo para destacar, entre otras cosas, su apoyo a la prohibición del burkini en las playas francesas, como antes la derecha francesa se había pronunciado a favor de la prohibición de otros símbolos de opresión de la mujer.

Se trata de uno de los ejemplos del significado de la autoridad del Estado o del Estado fuerte para la derecha. Defensa de los derechos y libertades y asunción de responsabilidades plenas por parte de los delincuentes. Y esto último implica que la derecha exige un castigo proporcional para los crímenes, no solo con el objetivo de reducirlos, sino también con el de resarcir a las víctimas. Y, en este punto, la derecha se encuentra habitualmente con la oposición de los partidos de la izquierda a todo endurecimiento de las penas, a excepción nuevamente de los delitos relacionados con la violencia de género.

El debate de la prisión permanente revisable que tuvo lugar en España en la reforma del Código Penal de la anterior legislatura es un ejemplo. La izquierda se opuso frontalmente a la introducción de la prisión permanente revisable, una figura parecida a la cadena perpetua, con la diferencia de su posibilidad de revisión. Los argumentos de la izquierda fueron de enorme endeblez, como que la cárcel no garantiza la prevención o que se trata de una vuelta a otros tiempos o es un mensaje autoritario, razones por las cuales habría que eliminar, por ejemplo, las condenas por violencia de género y por cualquier otro motivo. También se dijo desde la izquierda que era demagógico relacionar la prisión permanente revisable con los crímenes más odiosos como los de terrorismo.

Pero, obviamente, la prisión permanente revisable, o la cadena perpetua, son condenas destinadas a los peores crímenes, sean

de terrorismo o de otra naturaleza, aquellos que no se pueden saldar con condenas de diez o veinte años de prisión, ni siquiera con condenas de treinta años. Se trata de establecer una proporcionalidad entre la naturaleza del crimen y la dureza de la condena, de ofrecer justicia a las víctimas y justicia a la sociedad. Y de impedir que las responsabilidades de los individuos sean atribuidas al «sistema» o lo que considera la izquierda «obligación» de reinserción del criminal que tendría la sociedad. Y todo esto implica, nuevamente, la necesidad de un Estado fuerte, el Estado fuerte en el que cree la derecha.

CAPÍTULO 6

UN PATRIOTISMO SIN COMPLEJOS

La rebeldía del patriotismo

¿Es el patriotismo un rasgo propio de la derecha que la diferencia de la izquierda? En España, sí, claramente sí. En términos internacionales, la cuestión es más compleja, y me referiré a ella en las próximas páginas. Pero si te proclamas abiertamente patriota en España, si te sientes orgulloso de ser español, si te identificas con la nación y consideras tal identificación un rasgo de tu identidad política, significa que eres de derechas o que en algún momento de tu vida evolucionaste desde la izquierda a la derecha. Y que, si eres de izquierdas, tales sentimientos son incómodos y complicados de explicar.

Por eso el patriotismo ha sido fundamental en mi recorrido vital hacia la derecha, por las dificultades para ser de izquierdas y patriota en España, y muy especialmente en el País Vasco, cuando ETA asesinaba por ser y sentirte español. Lo expliqué en el primer capítulo. La rebeldía frente a ETA y frente al nacionalismo antiespañolista tuvo una enorme influencia en mi evolución hacia la derecha. Las diferentes respuestas de izquierda y derecha al terrorismo etarra fueron relevantes, pero fue aún más determinante mi decepción con la izquierda en este punto, en la nación. En su incapacidad para asumir sin complejos el patriotismo español en una región, el País Vasco, donde tal patriotismo ha estado y está criticado, discriminado y perseguido.

Desde un punto de vista vital, ser patriota fue y es una forma de rebelión contra las imposiciones nacionalistas, pero también contra la corrección política impuesta por el progresismo. Ser de derechas significa apostar por los cambios y significa rebelarse contra determinadas imposiciones sociales. Y una de ellas, una de las más relevantes, es esta, la afirmación patriota.

En mi historia vital, la afirmación patriota comienza paralelamente a la rebelión personal contra la imposición nacionalista. Cuando la joven antifranquista, de izquierdas y nacionalista descubre la intolerancia del nacionalismo. Y no me refiero aquí a ETA, lo abordé en el primer capítulo, me refiero a otros valores que existían y existen independientemente del terrorismo. De la misma manera que en Cataluña. Fundamentalmente, la imposición del ideario nacionalista y el intento de ahogamiento de todo sentimiento de españolidad.

Esto tenía que ver con la existencia de ETA y del nacionalismo radical, pero también con las posiciones del nacionalismo moderado y de la izquierda. En esa convergencia de nacionalistas e izquierda en la herencia ideológica y sentimental del antifranquismo. De ahí que la presión contra el patriotismo español fuera doble en el País Vasco, lo mismo que en Cataluña, con el nacionalismo radical, por un lado, terrorista en el País Vasco, y con el nacionalismo moderado y la izquierda en el otro.

Se trata de un ambiente opresivo que dura hasta nuestros días. Una atmósfera social donde la palabra España y español han estado marginadas y discriminadas. En el lenguaje y en los símbolos, de la vida cotidiana, y, por supuesto, de la vida política e institucional. Durante mi vida profesional en el País Vasco me significué por pertenecer a esa pequeña minoría que utilizaba públicamente conceptos y expresiones como *nación española*, *nosotros los españoles*, *el resto de España*, *el Gobierno de la nación*, etc. Utilizar tales expresiones, las correctas, por otra parte, desde el pun-

to de vista politológico, era considerado y es considerado una provocación. Si te sientes español en el País Vasco, lo disimulas o te callas, esa es la regla social predominante y la que acata la mayoría de los ciudadanos para evitar problemas de rechazo social y, sobre todo, problemas en el ámbito privado y profesional. Desde la falta de aceptación en el colegio de tus hijos o en tu club deportivo hasta los problemas para sacar adelante tu negocio o mejorar posiciones profesionales.

Aquello que es plenamente aceptado en el resto de países democráticos de nuestro entorno, ser un patriota, es una provocación en algunos lugares de España. Y no está bien visto en muchos ámbitos intelectuales y políticos. En todos o casi todos los controlados por la izquierda. Si eres patriota, si te sientes español y si lo consideras parte de tu identidad política, tienes un problema en esos ámbitos. Es la otra parte de mi experiencia vital con el patriotismo español, la incorrección política en el ámbito intelectual.

Ser patriota es ir contra corriente en España, pero muy especialmente en los ámbitos intelectuales, desde la universidad, el cine, el teatro, la literatura hasta el periodismo. En buena medida, porque la izquierda es dominante en tales ámbitos y el patriotismo no es rasgo que la identifique, Pero, aún más, me temo que se puede decir de los ámbitos culturales españoles que el patriotismo «empeora» la condición de aquel que está en esos ámbitos y es de derechas.

Lo anterior tiene explicaciones fundamentalmente políticas, las derivadas de la cultura política conformada por los cuarenta años de dictadura franquista y que condicionan una percepción de la relación de patriotismo y franquismo ampliamente extendida en la izquierda. Pero hay algo más. Salvando las distancias, o sin salvarlas, ocurre con el patriotismo algo parecido a lo que ha pasado con el fútbol: que no es propio de la «profundidad» inte-

lectual. Siempre que el patriotismo sea español, puesto que los mismos que han mantenido esa posición son los que simpatizan con los nacionalismos periféricos, porque su defensa de la identidad sería progresista.

Lo del desprecio intelectual hacia el fútbol pasó de moda y la afición futbolística ha pasado a integrarse en los ambientes intelectuales como algo tolerable y compatible con la alta cultura, al menos siempre que la afición la tenga un hombre; otra cuestión es con las mujeres, otro debate paralelo a este. Pero no así lo del patriotismo, que sigue siendo relacionado por la izquierda con la derecha, por lo que su defensa o su exhibición siguen resultando complicadas en esos ámbitos.

Por eso el patriotismo es rebeldía y uno de los rasgos de contestación ideológica de la derecha a las imposiciones del progresismo y de los nacionalismos intolerantes. Pero ¿nada más? Sí, por supuesto, el patriotismo que define a la derecha no es únicamente reactivo, contestatario o rebelde, que lo es. El patriotismo es, además, una asunción de la identidad de pertenencia a una comunidad política y cultural. La comunidad política formada por todos los españoles alrededor de nuestras instituciones democráticas y la comunidad cultural formada alrededor de nuestra historia común, de nuestras tradiciones y de nuestro idioma.

¿Puede lo anterior caer en un etnicismo excluyente? En absoluto, el patriotismo de la derecha es compatible con una visión de integración y de diálogo con otras comunidades políticas y culturales. Y no me refiero al patriotismo constitucional que pretende quedarse exclusivamente en el sistema político y en la Constitución, me refiero a un patriotismo español que defiende la importancia de una comunidad política formada por todos los españoles, una comunidad en la que sus integrantes tienen derechos y obligaciones políticas. Una comunidad política que tiene unas instituciones comunes, pero también una lengua común y

una cultura común, y que defiende esas instituciones y esa lengua y cultura común.

Lo anterior es perfectamente compatible, así debe serlo, con la bienvenida y la integración de personas provenientes de otras culturas, de otras lenguas y de otros países que desean integrarse en nuestra comunidad política. El patriotismo nada tiene que ver con el racismo o con la xenofobia, por mucho que parte de la izquierda haya querido hacer ese paralelismo. Y eso se refiere no solo a la plena apertura a la integración de personas provenientes de otros países y culturas, sino también a la relación de amistad con otros países y culturas. De amistad, de tolerancia y de aprendizaje mutuo.

Aquello de la Alianza de Civilizaciones que impulsara el presidente socialista Zapatero era un error en el contexto en que fue elaborado por Zapatero y otros dirigentes políticos e intelectuales: el contexto de la respuesta al terrorismo islamista. Porque tal respuesta no tenía contenido alguno para responder a la violencia de los terroristas. Pero, además, aquella Alianza de Civilizaciones era una manipulación y un engaño dirigidos sobre todo a los progresistas, a los que se quería hacer ver que la derecha sería intolerante respecto de otras civilizaciones. O que quienes proponíamos combatir militarmente a los terroristas éramos intolerantes con los árabes y con los musulmanes, una gran estafa que ha tenido un enorme éxito en su penetración en las ideas dominantes. Cuando la verdad es que las opciones militares para combatir el terrorismo islamista y el patriotismo se combinan en la derecha con la tolerancia y la apertura hacia otras culturas y civilizaciones.

¿Son excluyentes el patriotismo y el cosmopolitismo? Rotundamente, no. El amor por la propia patria, los vínculos emocionales y políticos con una comunidad política y social son perfectamente compatibles con la creación de vínculos con otras comu-

nidades y culturas. O con la admiración hacia esas culturas, o con la bienvenida de personas de esas comunidades y culturas a la propia patria. El patriotismo no es excluyente ni tiene que ver con la incapacidad para entender otras maneras de ver el mundo. O con el rechazo hacia otras maneras de entender el mundo.

Entenderlo, asumirlo, forma parte de la rebeldía de la derecha.

¿Patriota o nacionalista?

Si el patriotismo es compatible con el cosmopolitismo, si el patriotismo no es excluyente, ¿qué ocurre, entonces, con los nacionalismos? ¿Hay alguna diferencia? Sí, justamente la que vivimos en España. Entre un patriotismo tolerante que ha intentado integrar a los diferentes y que amplía su conexión con el mundo y un nacionalismo excluyente que desea profundizar en las diferencias y en la división.

Son dudosas y cuestionables las exactas diferencias terminológicas entre estos dos conceptos, porque ambos se refieren a la defensa de la nación. Y, además, el concepto de nación ha sido definido históricamente de dos maneras: como una nación política, de ciudadanos unidos alrededor de un sistema, unas normas y unos valores políticos; y la nación étnica de ciudadanos unidos por unos rasgos étnicos. Pero en la práctica política y en el debate intelectual, sobre todo en España, se ha preferido el concepto de patriotismo para diferenciar la defensa de la nación política frente al concepto étnico de la nación.

Además, muchos han utilizado el concepto de «nacionalista español» como una manera de descalificación de los patriotas, por lo que les uniría, les haría muy parecidos, dicen los de la descalificación, a los nacionalismos étnicos como el vasco o el catalán. La trampa ha tenido tal éxito que muchos españoles, incluidos algunos de la derecha, tienen miedo a utilizar la palabra pa-

triota y a identificarse como tales. A pesar de las enormes diferencias entre el concepto de nación de los nacionalistas vascos o catalanes y los patriotas españoles.

Y, por supuesto, mucho españoles aún sienten más rechazo al concepto de nacionalismo español. Juan Carlos Girauta, uno de los líderes de Ciudadanos, respondió contundente y horrorizado cuando un periodista de *El Periódico de Cataluña* le preguntó durante la campaña electoral de las Elecciones Generales de 2015 si Ciudadanos era nacionalista español: «En absoluto. Ciutadans es lo contrario a un partido nacionalista. Abomina de la idea de hacer política con los sentimientos. Yo admito que pueden tener un papel en política, pero una idea es canalizarlos y otra, excitarlos».

¿Política sin sentimientos? Que es como pretender tener ideología sin sentimientos. ¿Ideas sin pasión? ¿Movilización política sin sentimientos? Absurdo. Sin embargo, algunos aplican este absurdo específicamente al patriotismo. Por miedo a la equiparación de los nacionalismos étnicos y políticos. Por incapacidad para entender, explicar y asumir las radicales diferencias entre unos y otros. Porque los nacionalismos vasco y catalán son étnicos, intolerantes, particularistas y excluyentes. Pero el nacionalismo o patriotismo español es político, tolerante, cosmopolita e incluyente. Equipararlos es de una vulgaridad intelectual enorme, pero funciona y ha funcionado en esta España aún liderada intelectualmente por algunos de los que no han podido superar los complejos del antifranquismo. Y que pretenden presentar como la misma cosa al patriota español que cree en una España descentralizada, en uno de los países del mundo con un federalismo más profundo en el poder otorgado a cada comunidad autónoma, y al nacionalismo vasco o catalán que quiere imponer la uniformidad en su territorio.

Los patriotas creemos en la existencia y en la importancia de una nación llamada España, pero toleramos las diferencias entre

sus comunidades, aceptamos y apoyamos el bilingüismo de los territorios con lengua propia además de la española. A diferencia de muchos nacionalistas vascos y todos los catalanes, no pretendemos imponer una sola lengua en esos territorios. No perseguimos el euskera o el catalán como ellos hacen con el español. No pretendemos imponer el monolingüismo en la enseñanza como los nacionalistas quieren hacer con el euskera y el catalán.

Para nosotros, la lengua es un medio de comunicación, y el español, la lengua común en la que podemos comunicarnos todos los españoles. Con la fortuna de que el español es una de las tres lenguas más habladas del mundo, lo que nos otorga el enorme privilegio de poder comunicarnos en nuestra lengua con muchos millones de personas de otros lugares del mundo. Es la lengua que nos comunica a la comunidad política de los españoles, pero también a una enorme comunidad lingüística de los hispanos.

Nuestro patriotismo es cosmopolita, y sí, ambas actitudes son perfectamente compatibles. Amamos a España y amamos otros muchos países que conocemos. Amamos el español, pero también la belleza de otras lenguas. Para muchos patriotas, el español ni siquiera es nuestra lengua materna, la mía es el euskera, pero es la lengua con la que nos comunicamos con millones de personas en el mundo. Los patriotas españoles hablamos español y hablamos otras lenguas, euskera, francés e inglés, e intentamos aprender otras como el portugués. Leemos periódicos, revistas y libros en otros idiomas, tenemos amigos en varios países del mundo, de culturas, lenguas y religiones diferentes. Amamos nuestro país, pero nos interesamos por el suyo.

Viajamos a otros lugares y nos integramos rápidamente. A veces pensamos que las ciudades más bellas están en otros países, Buenos Aires o Lisboa, por ejemplo, y, si tuviéramos varias vidas, viviríamos en varias de esas ciudades, en sus culturas, entre sus gentes, con sus idiomas. Los patriotas creemos que hay muchas

cosas que otros hacen mejor que nosotros e intentamos emular lo mejor de otros lugares y también aprender de los errores de otros. Viajamos a Argentina y nos fotografiamos con su bandera nacional, paseamos por París y nos expresamos en su bello idioma, aceptamos la invitación de un amigo musulmán a visitar Pakistán y lamentamos la lejanía y lo difícil que será poder hacer ese viaje. Nos asombramos de la diversidad, de la creatividad y de la curiosidad de los estadounidenses, y cuando recorremos el país con una beca de la Fundación Eisenhower junto a becarios de todo el planeta nos emocionamos con la amabilidad de estadounidenses de orígenes, culturas y ciudades tan diferentes. Escuchamos *jazz* y *bossa nova* y nos fascinamos por el interés increíble con el que muchos marroquíes siguen la liga de fútbol española, y una vez más pensamos en lo poco que nosotros los españoles miramos hacia un país tan bello como Marruecos y lo mucho que ellos miran hacia el nuestro. Seguimos con pasión el Europeo o el Mundial de fútbol, nos entristecemos si nos eliminan, pero nos alegramos por los triunfos de otros países y en la final del campeonato nos podemos hacer entusiastamente argentinos, portugueses o italianos, o también, alemanes.

Somos patriotas y creemos en los grandes acuerdos y organizaciones internacionales. Sabemos que solo en unidad con otros países podemos afrontar los grandes problemas del planeta: la pobreza, los refugiados de las guerras y persecuciones, la falta de libertad. Y no distinguimos entre etnias, lenguas o religiones cuando buscamos la colaboración para mejorar nuestro planeta. Soñamos con un mundo en que todos nos entendamos, en el que haya acuerdos crecientes, en el que toleremos y respetemos a todos los demás. Y cuando el error es de nuestro país, lo asumimos y lo reconocemos porque los principios éticos y democráticos están por encima de cualquier tentación de defensa de lo propio por el solo motivo de ser lo propio.

Es completamente ridícula y acomplejada esa pretensión de identificar al patriota con el inculto, el estrecho de miras y el intolerante. Los patriotas somos cosmopolitas, cultos y tolerantes, quizá incluso mucho más que quienes no lo son, porque hemos tenido la capacidad para asumir nuestra identidad y nuestra comunidad. No tenemos un conflicto con la patria, por eso no tenemos un conflicto con el resto de las patrias. Sabemos cuál es la nuestra, sus logros y sus fracasos, su lado positivo y su lado negativo.

Y sí, sentimos la patria, porque el patriotismo, como el resto de los rasgos de la identidad política, tiene un fuerte componente sentimental. La política es sentimiento y pasión, por supuesto. Y la patria es política. De ahí que me parezca triste, hasta ridícula, esa pretensión de sustituir el patriotismo por el llamado «patriotismo constitucional». ¿Mejor el patriotismo constitucional que nada? Sí, ciertamente, pero ello no elimina el fracaso que explica ese concepto.

¿Mejor el patriotismo constitucional que nada? ¿La nada que, por ejemplo, dominó el País Vasco durante mucho tiempo, mientras los etarras asesinaban a quienes se sentían españoles y deseaban seguir siendo españoles y mientras los nacionalistas pretendían imponer su nacionalismo etnicista a todos los vascos? Sí, por supuesto, mejor el patriotismo constitucional que nada. Por eso el patriotismo constitucional fue un avance cuando empezó a usarse con profusión ese concepto a fines de los noventa más o menos, paralelamente a la eclosión del movimiento cívico antiterrorista.

No tuvo un enorme éxito, pero tuvo su relevancia en el País Vasco y en el resto de España. Y tuvo también la virtud de unir a la derecha con el sector de la izquierda más identificado con el patriotismo y que tenía dificultades con el concepto de patriotis-

mo a secas, pero podía sumir sin problemas el patriotismo con ese apellido, el de constitucional.

Otra cosa es si nos adentramos en las razones para colocarle ese apellido al patriotismo. Para añadir constitucional al patriotismo. Para resaltar la obviedad de que en un sistema democrático el patriotismo es constitucional, respeta las leyes, respeta el sistema democrático y antepone las leyes y su cumplimiento a cualquier otra consideración, porque ningún patriotismo está por encima de la democracia y del Estado de derecho. Un principio fundamental cuyo recordatorio se hace innecesario en cualquier otro país democrático, y que, sin embargo, se resalta en el nuestro por nuestros problemas históricos con la asunción del patriotismo.

No me gusta el concepto de patriotismo constitucional, porque su razón de ser es la incapacidad para asumir el concepto de patriotismo. De la misma manera que me considero tolerante, cosmopolita y abierta además de patriota, no veo necesidad alguna de añadir que, además de patriota, soy constitucional, es decir, que, además de patriota, soy demócrata. Y lo cierto es que también la derecha tiene problemas en este punto, y por eso ha asumido hasta con cierta simpatía este absurdo del patriotismo constitucional.

Y no solo absurdo por el empeño en clarificar que el patriota cree en la Constitución y la cumple. También, y aquí viene la segunda parte, por ese inmenso complejo que lleva a intentar desposeer al patriotismo de todo elemento sentimental. Aquello que dicen tantos en tono negativo de que el nacionalismo introduce sentimientos en la política. Como si la política fuera una actividad propia de robots en la que fuera altamente aconsejable la eliminación completa de los sentimientos. Como si la política fuera esa sociedad imaginada en *Equlibrium*, la película de ciencia fic-

ción protagonizada por Christian Bale, que eliminaba y perseguía los sentimientos. Como si los sentimientos fueran sospechosos.

Como si amar a España, apreciar nuestra lengua común o emocionarnos con nuestro himno fueran peligrosas reacciones sentimentales susceptibles de llevar a un movimiento político intolerante, extremista y populista. Ridícula conclusión carente de toda vinculación con la realidad, entre otras cosas porque los movimientos intolerantes, extremistas y populistas de la izquierda tienden precisamente a eliminar en muchos casos los elementos patrióticos de sus mensajes y consignas, lo que no les impide exhibir todos esos rasgos.

Ser patriota es una identidad política necesaria para construir una comunidad política democrática, pero ser patriota es también un sentimiento que puede fundar unos vínculos tolerantes, abiertos y modernos con los demás. Y la gran virtud de la derecha, de nuevo también su capacidad para el cambio, es que asume ese patriotismo y no tiene problemas para defenderlo.

Una derecha patriota y una izquierda marxista y nacionalista

Fernando Trueba, director de cine, recibió con las siguientes palabras en septiembre de 2015 el Premio Nacional de Cinematografía de ese año, otorgado por el Gobierno de España: «Nunca me he sentido español. Ni cinco minutos de mi vida». El ministro de Educación, Íñigo Méndez de Vigo no sabía dónde meterse, preguntándose quizá si lo correcto era pedir a Trueba la devolución de un premio destinado a creadores españoles y dotado económicamente con los impuestos de los españoles.

El escándalo consiguiente se centró en la frase de más arriba, pero apenas se reparó en las explicaciones del director: «Debo confesar que, culturalmente, Cervantes me gusta, pero no más que James o Balzac. Me gusta Velázquez, pero también Rem-

brandt. La música que me gusta es el *jazz*. Debo estar equivocado, tengo conflictos con la palabra nacional». Es decir, una exhibición de ignorancia sobre el patriotismo según la cual todos aquellos que se sienten patriotas son incapaces de apreciar, admirar o amar la cultura y el arte de otros países.

Pero aún fue peor. La ignorancia fue seguida de la estupidez en forma de presunción y de orgullo por la cobardía o por el desprecio a los españoles: «A mí, la palabra que más me gusta del diccionario es 'nada', y luego 'desertor'. Nunca he tenido un sentimiento nacional. Siempre he pensado que, en caso de guerra, yo iría con el enemigo. Qué pena que España ganara la Guerra de la Independencia. Me hubiera gustado que ganara Francia. Nunca me he sentido español, ni cinco minutos. Siempre he estado a favor de las selecciones de otros países, el único año que fui con la española fue cuando ganó el Mundial».

A nadie se le ocurrió al día siguiente pedir a Trueba que se alistara, por ejemplo, en Al Qaeda o el Ejército Islámico, enemigos de España y en guerra contra los países occidentales. Y es que, si un director de cine renombrado pudo llegar a decir tantas barbaridades sobre sus deseos de luchar en el bando enemigo o la supuesta contradicción entre el patriotismo y la sensibilidad artística y cultural sin que hubiera una reacción de vergüenza ajena generalizada, es porque ese concepto de patriotismo, el de Trueba, está notablemente extendido en España. Y muy especialmente en la izquierda dominante en el mundo del cine español. Hay un problema de rechazo al patriotismo que hunde sus raíces en las secuelas del franquismo y, por supuesto, en la influencia marxista.

Por eso el patriotismo es en España un valor ante todo de derechas. Por eso es bastante más complicado ser de izquierdas y cultivar el patriotismo. Y no solo es un valor de derechas, es que personajes influyentes como Trueba desprecian el patriotismo preci-

samente porque lo identifican con la derecha. Porque sienten un rechazo sentimental hacia la palabra y los valores negativos con los que asocian dicha palabra. Y la razón primera está en la memoria del franquismo, de una dictadura entre cuyos valores principales estaba el patriotismo, que fue asociado de esta manera a una dictadura de extrema derecha.

Pero lo anterior se mezcla con la relevancia del marxismo y su componente internacionalista, la idea de una revolución comunista que traspasa fronteras, la centralidad de una clase trabajadora con los mismos intereses a lo largo del planeta. Y la idea de un capitalismo que explotaría a los trabajadores sin importar las fronteras, a lo que se suma la teoría del imperialismo y la explotación de los países pobres por parte de los países ricos.

Lo anterior en su versión más extrema y más simplista es propio en la actualidad tan solo de los partidos de extrema izquierda como Podemos e Izquierda Unida en España, pero ha tenido una importante influencia en la formación de las ideas socialistas. La simpleza de la interpretación de Trueba sobre la presunta incompatibilidad entre patriotismo español y la admiración por James o Balzac es parte de la socialización en ideas como las anteriores, ideas que aún tienen cierto peso en una buena parte de la izquierda, no solo en la radical.

Y se refleja, por ejemplo, en el cine o series televisivas de ficción donde encontramos habitualmente personajes antipáticos o desagradables o xenófobos o, simplemente, vulgares, asociados a la derecha y al patriotismo. Como el personaje de Torrente en las películas de Santiago Segura, que no solo representa la vulgaridad y la brutalidad extremas, sino que une esas características a sentimientos patrióticos e ideas de la derecha. Se trata de una parodia sobre los héroes policiales, pero este tipo de personaje siempre se repite con los mismos rasgos, sin llegar a los extremos de Torrente, por supuesto, en numerosas películas y series de te-

levisión. Es difícil, quizá imposible, encontrar su equivalente con rasgos asociados a la izquierda, y, sobre todo, esa improbable parodia sobre un izquierdista en ningún caso incorporaría sentimientos patrióticos.

El cine y la televisión reflejan los valores de los creadores españoles y una buena parte de ellos comparte un concepto negativo del patriotismo español que asocian, además, con la derecha política e ideológica. Y lo cierto es que esa posición de los creadores refleja hasta cierto punto la propia posición de los españoles. Porque los españoles de derechas son mucho más patriotas que los españoles de izquierdas, como podemos ver en algunas encuestas.

Por ejemplo, en la encuesta del CIS de 2013, «La defensa nacional y las Fuerzas Armadas», en la que encontramos grandes contrastes entre izquierda y derecha en todo lo concerniente a la patria y el patriotismo. Solo un 18 % de la extrema izquierda se siente muy orgulloso de ser español frente a un 68 % de la extrema derecha, pero solo un 29,6 de la izquierda moderada se siente orgulloso de ser español frente a un 63,4 % de la derecha moderada.

Y la disparidad entre españoles de izquierdas y de derechas se produce en todas las facetas relacionadas con la patria. Desde la emoción fuerte al escuchar el himno (tan solo un 8,2 % en la izquierda moderada frente a un 43 % en la derecha moderada), hasta, por ejemplo, los enormes contrastes entre izquierda y derecha en la disposición a arriesgar la vida por la patria (un 19,6 % en la extrema izquierda y un 28 % en la izquierda moderada, frente a un 76,6 % en la extrema derecha y un 64,5 % en la derecha moderada).[41]

El patriotismo no es un valor exclusivo de la derecha, ni siquiera podemos decir que es un factor diferenciador fundamental de un lado y otro de la escala ideológica. Pero el patriotismo es un

valor fuerte de la derecha y débil de la izquierda. Desde luego en España, pero también hay disparidad en otros países, si bien con algo menos de intensidad que el España.

Por ejemplo, una encuesta del Pew Research Center de 2010 mostraba que un 69 % de los republicanos en Estados Unidos se sentía extremadamente orgulloso de ser americano frente a un 43 % de los demócratas[42]. Y otra encuesta del mismo año de Gallup constataba que un 52 % de los republicanos y un 48 % de los conservadores se sentían extremadamente patriotas, frente a un 20 % de los demócratas y un 19 % de los liberales[43]. Con mayor o menor intensidad, la diferencia se encuentra en todos los países que han construido sus ideas políticas alrededor de la oposición entre marxismo y liberalismo. Con la sospecha sobre la patria y sus valores desde la izquierda y la adhesión a la patria y sus valores desde la derecha.

Ahora bien, esa posición de la izquierda convive, a su vez, con su contradictoria simpatía hacia los nacionalismos, rasgo fundamental de la izquierda española y que se produce también en otros países. La izquierda sospecha del patriotismo, incluso lo encuentra anacrónico y, sin embargo, simpatiza o entiende los nacionalismos étnicos y separatistas. Esto produce en España las repetidas alianzas de los partidos nacionalistas con la izquierda, tanto la socialista como la extrema izquierda. Pero produce, además, un significativo apoyo de esa izquierda a las reivindicaciones nacionalistas.

Aquello que es cuestionable si se aplica a España resulta para la izquierda comprensible y progresista si se aplica a determinadas regiones. Sin importarles el fuerte componente étnico de los nacionalismos separatistas o su motivación económica fundamental. Lo hemos observado en España, pero también en otros lugares como Escocia. Cuando el nacionalismo escocés promovió el referéndum independentista de Escocia de 2014, un compo-

nente central de esa exigencia de independencia era la promesa de una Escocia que podría quedarse con muchos más ingresos, que disfrutaría en exclusiva, entre otras cosas, de las ganancias del petróleo.

Por supuesto, como en el caso de los nacionalistas catalanes, tal panorama futuro de grandes riquezas era presentado por los nacionalistas escoceses bajo un prisma social, con aquello de que el Estado del Bienestar podría funcionar mucho mejor en Escocia puesto que las instituciones escocesas tendrían el dinero que hasta ese momento, sostenían, se llevaba Londres. Los nacionalistas escoceses llegaron a publicar un libro blanco sobre el futuro de Escocia en el que aseguraban la felicidad y el bienestar económico a los escoceses con el mismo argumento que los nacionalistas catalanes, que todo el dinero de los escoceses se quedaría en Escocia y que tal dinero, sin subida de impuestos, por supuesto, permitiría ampliar todo tipo de servicios del Estado del Bienestar a los escoceses. Y que de esa manera se acabaría con los recortes del Gobierno de la derecha, de Cameron, con las mismas razones de los independentistas catalanes para quedarse con todo el dinero de los catalanes y acabar con los recortes del Gobierno de la derecha.

Y ese discurso encuentra significativos apoyos entre la izquierda. Una encuesta de YouGov publicada en septiembre de 2014, a unos días del referéndum, mostraba que nada menos que un 35 % de los votantes laboristas pensaba votar Sí a la independencia, a lo que se unió el apoyo masivo de la extrema izquierda al Sí a la independencia, unidos en la Campaña Independencia Radical (RIC). Y no hay, por ejemplo, en Escocia la historia de un pasado de dictadura franquista que uniera en la oposición a esa dictadura a nacionalistas e izquierda. Pero sí hay una tradición de fuerte voto laborista en Escocia y una mínima representación de los conservadores.

¿Pero no era la izquierda cosmopolita, internacionalista, igualitaria y solidaria en oposición a los patriotas que queremos a nuestro país? ¿Cómo, entonces, la izquierda simpatiza con los nacionalismos separatistas, etnicistas e insolidarios en Cataluña, en el País Vasco o en Escocia? He ahí una de las enormes contradicciones de la izquierda que esta intenta justificar a través del argumento de las élites o de la oposición entre los poderosos y los débiles. Engañoso argumento basado en datos falsos, pero que funciona. Sin importarle demasiado que el PIB per cápita de Escocia sea mayor que el del Reino Unido, lo mismo que lo es el del País Vasco y el de Cataluña respecto del PIB per cápita español, la izquierda sostiene que hay una élite poderosa, arrogante e insolidaria que desde Madrid o desde Londres ahoga y humilla a los escoceses, a los vascos y a los catalanes.

El periodista y escritor de padre escocés y madre española John Carlin expresó de la siguiente manera esta supuesta oposición entre los falsos David y Goliat poco antes del referéndum de la independencia: «Churchill representa a la perfección, como después lo haría su heredera política y ferviente admiradora Margaret Thatcher, a la casta altiva del *establishment* inglés, rechazada visceralmente por un elevado porcentaje de la población escocesa (...) De lo que no hay duda es de que, en cuanto a valores sociales y políticos, Escocia es diferente, incluso tomando en cuenta a aquellos escoceses que votarán No el próximo jueves a la independencia. Les repele el modelo de capitalismo desenfrenado simbolizado hoy por Londres, junto a Nueva York, la gran capital financiera del mundo. En Escocia lo que predomina es algo más parecido al espíritu comunitario de los países escandinavos o, incluso, el País Vasco»[44].

¿Espíritu comunitario? ¿Establishment? ¿Cuál? Carlin incluía a Margaret Thatcher, una hija de la clase media, completamente ajena a la élite británica que, sin embargo, llegó al poder, que

rompió todos los esquemas de género y que representó como nadie las virtudes de la meritocracia. Una contradicción que es aplicable a innumerables aspectos de esta llamativa simpatía de tantos y tantos sectores de la izquierda por los nacionalismos separatistas, frente a la derecha patriota y criticada por los anteriores.

Finalmente, el independentismo escocés perdió el referéndum por una amplia diferencia, un 55 % de noes (dos millones de votos) frente a un 45 % de síes (1,6 millones de votos) Pero dejó claro que los movimientos separatistas son un creciente problema para la democracia y el progreso europeos, y que esos separatismos son entendidos y, en algunos casos, alentados por la izquierda, la misma que desprecia el patriotismo.

Una nación, una bandera, un himno

Ada Colau, la alcaldesa de Barcelona, no es nacionalista, y, sin embargo, provocó una polémica en abril de 2016 cuando prohibió la colocación de pantallas gigantes de televisión en las calles de Barcelona para ver… los partidos de la selección española de fútbol en el Campeonato Europeo. Ada Colau no es nacionalista, pero es de extrema izquierda, lo que lleva a posiciones muy parecidas en España en todo lo que tenga que ver con la patria. Y esto incluye el rechazo a toda celebración relacionada con España o el patriotismo español. Por ejemplo, en el fútbol.

Ada Colau también dijo al Ejército que los militares no eran bienvenidos en una Feria sobre Educación celebrada en Barcelona a principios de 2016. Y no lo dijo por su completo desconocimiento sobre la formación de los militares, tampoco por su ideología de extrema izquierda y el rechazo a los ejércitos de determinados países. Lo dijo sobre todo por la fundamental vinculación del Ejército de España con la nación y la defensa de su unidad.

Y poco después, en mayo de 2016, la propia Ada Colau pretendió impedir la colocación de pantallas gigantes en las calles de Barcelona para ver los partidos de la selección nacional en el Europeo de fútbol. Solo la movilización popular consiguió la colocación de las pantallas, a costa, entre otras cosas, del grave ataque que sufrieron dos miembros de Barcelona con la Selección a manos de ultras independentistas a principios de junio. Por el mismo motivo por el que Colau quería impedir la colocación de las pantallas, porque se trataba de la selección española de fútbol, y su seguimiento, una muestra de la defensa de España. «Putas españolas, os vamos a matar, iros de aquí», fueron las palabras de los ultras en el ataque a las activistas de Barcelona con la Selección.

Son tres entre las innumerables muestras de hostilidad hacia el patriotismo que vivimos continuamente en España. Ser patriota es complicado en España, como lo es ser de derechas. O ser ambas cosas y proclamarlo públicamente. Pero, precisamente por eso, por su dificultad, por su condición de incorrección política, el patriotismo es una de las grandes cualidades y aportaciones de la derecha a la política española. El patriotismo abierto, desacomplejado y positivo que necesita nuestro país. Y que no consiste en la exhibición puntual de una gran bandera nacional una vez en un mitin, como hizo, por ejemplo, el líder socialista Pedro Sánchez en la campaña electoral de las Elecciones Generales de 2015, sino en una incorporación continua del patriotismo a los mensajes y prácticas políticas.

Del patriotismo de la derecha y no de la caricatura del patriotismo que hace una parte de la izquierda. Y de un patriotismo político, con todo lo que ello significa sobre las responsabilidades políticas de los ciudadanos de las democracias, pero también de un patriotismo sentimental. Porque, o el patriotismo tiene sentimientos, o se vacía de toda capacidad para la unión y la acción

política. Ese empeño de desposeer al patriotismo de sentimientos es propio de quienes han claudicado a la presión de los nacionalismos separatistas y pretenden responder con un concepto de nación supuestamente alternativo.

Pero el patriotismo significa pasión por la bandera, por el himno, por la nación. Adhesión sentimental a una comunidad de personas, a un proyecto, a unas instituciones, a unos logros. Ni mejores ni peores que otros, simplemente, parte de la historia vital de quienes compartimos esa pasión, además de una responsabilidad política.

Ser de derechas implica mostrar esa pasión sin complejos, a pesar de ser y estar en minoría. Portar una bandera nacional en la muñeca, emocionarse al escuchar el himno y recordar la antigüedad y fortaleza de la nación española. Si el patriotismo español tiene tantas dificultades para penetrar en el debate político español no solo se debe a las reticencias de la izquierda, también tiene que ver con su huida de las emociones, su pretensión de asepsia sentimental. Justamente lo contrario de lo que hacen los nacionalismos separatistas.

El nacionalismo separatista es ante todo sentimental. Y el patriotismo español pretende ser racional y legal. Y debe serlo, por supuesto, esa es su primera condición en una democracia. Pero, además, el patriotismo es sentimental, combina la razón de las leyes, el progreso del Estado de derecho y la emoción de los símbolos. Y de las ideas. Curiosamente, muchos analistas, bastantes de ellos de izquierdas, reprocharon a la campaña por el No en el referéndum independentista de Escocia su frialdad, su falta de contenidos sentimentales, su insistencia en los argumentos económicos. Debieron deser suficientes, a juzgar por el resultado de aquel referéndum.

Y tampoco importó lo que los críticos calificaron como una campaña demasiado negativa de los unionistas frente a la campa-

ña positiva de los independentistas. Que es lo que algunos achacan también a la respuesta a los nacionalismos separatistas de España. Los separatistas prometen el paraíso económico y la felicidad y los defensores de la unidad alertan de los desastres. En parte porque no hacen populismo, como sí lo hace el separatismo. Pero también porque no se atreven con los sentimientos, con las emociones. El sociólogo Anthony Giddens afirmó en relación con el debate escocés: «En el debate soberanista falta reflexión y sobran emociones», a lo que también añadió que él es «británico y un europeísta entusiasta, algo aparentemente incompatible». Dos reflexiones contradictorias, la crítica a las emociones, por un lado, y la emoción por el europeísmo, por otro; pero Giddens se refería a las emociones de los separatistas, olvidando, me temo, la debilidad de las emociones de los unionistas.

Es ahí donde tanto le queda por hacer aún a la derecha española que, en esta materia, tiene claramente la responsabilidad del liderazgo político y social. Ser español merece la pena en términos de democracia, estabilidad, derechos e instituciones avanzadas. Ser unionista y defender la unidad de España frente a los separatismos significa estar del lado del progreso y de la modernización. Y sentir pasión por todo ello significa en la España de principios del siglo XXI apostar por el liderazgo de ideas y actitudes del futuro y no del pasado.

CAPÍTULO 7

EL APOYO AL EJÉRCITO

La violencia no tiene ideología

El Ejército no es de izquierdas ni de derechas, y me gustaría que tal creencia fuera compartida mayoritariamente. Pero la realidad es bastante más discutida de lo que pudiera parecer, dados los esfuerzos de numerosos partidos, dirigentes e intelectuales de la izquierda para desligarse del Ejército, algo que conviene aclarar antes de explicar por qué la derecha cree más firmemente en la importancia y en la necesidad del Ejército para la sociedad. Y por qué el apoyo al Ejército es uno de los rasgos que diferencian a la derecha de la izquierda.

El Ejército no es en esencia de izquierdas o de derechas, porque tampoco la violencia consustancial a la historia de la humanidad a la que se enfrenta el Ejército tiene ideología y surge de seres humanos de todas las condiciones e ideas. Hay un segundo motivo por el cual el Ejército no tiene ideología y tiene que ver con el otro lado de la ética humana, el uso de los ejércitos tanto por la izquierda como por la derecha para lograr algunos objetivos con la imposición de la fuerza.

Las revoluciones comunistas amparadas tradicionalmente en la imagen positiva y falsificada de las revoluciones de izquierdas han dado lugar a dictaduras controladas por el Ejército. Fidel Castro derrocó a una dictadura militar de derechas, la de Batista, y estableció otra dictadura militar, pero comunista. Él, como su

hermano y sucesor, Raúl Castro, han usado el Ejército para reprimir la oposición democrática y sostener la dictadura bajo el mando supremo de ellos mismos, de los dos dictadores. Y algunos regímenes autoritarios de izquierda más recientes como el venezolano se sostienen en el apoyo del comunismo cubano y, además, en el papel central del Ejército para la continuación del sistema autoritario. Hugo Chávez fue el comandante Chávez y el régimen chavista se ha sostenido en la fuerza militar hasta nuestros días.

El Ejército ha servido a dictaduras de derechas y de izquierdas, aunque la propaganda siempre más eficaz de la izquierda ha conseguido vincular con cierto éxito al Ejército con dictaduras únicamente de derechas, con Pinochet y no con Castro. Pero, en el otro lado, el Ejército defiende igualmente la libertad en países democráticos liderados por la izquierda como por la derecha. Y esto permitiría argumentar que el apoyo al Ejército no es elemento diferenciador de la derecha respecto de la izquierda. Los datos no lo avalan, ciertamente. A pesar de la izquierda y a pesar de lo que le gustaría al pensamiento dominante de la izquierda.

>Barack Obama fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 2009, poco antes de acceder a la presidencia de Estados Unidos. Y fue galardonado por un jurado, el del Nobel de la Paz, muy condicionado por su ideología de izquierdas, para simbolizar lo que tal jurado consideraba el advenimiento de un presidente «pacifista» respecto al anterior presidente, Bush, «militarista». Y, sin embargo, siete años después, las políticas de Obama se revelaron tan «militaristas» como las de Bush, o, en opinión de algunos analistas, más militaristas que las de Bush. Mark Lander analizó y contabilizó las acciones militares ordenadas por Obama y concluyó que «pasará a la historia como el presidente que ha mantenido al país en guerra más tiempo que Franklin D. Roosevelt, Lyndon B. Johnson, Richard M. Nixon o incluso que Abraham Lincoln». Lander contabilizó las guerras de Irak y Afga-

nistán que Obama continuó y también los ataques contra grupos terroristas que ordenó en Libia, Pakistán, Somalia y Yemen, es decir, un total de 7 países donde desarrolló acciones militares[45].

Y lo anterior ocurrió por una realidad que el propio presidente Obama reconoció cuando recibió el Nobel de la Paz en 2009: «Que la guerra es a veces necesaria y que la guerra es, de cierta manera, una expresión de desatino humano». Que la guerra es a veces necesaria ha sido y es reconocido por la gran mayoría de Gobiernos de izquierdas tanto como por los de derechas, pero no de la misma manera por los intelectuales de izquierdas.

François Hollande mantuvo una posición muy parecida a la de Obama durante su mandato al frente de la presidencia de Francia. Tras los atentados terroristas de noviembre de 2015 en París, que provocaron 129 muertos y 300 heridos, declaró que «Francia está en guerra». En un discurso dirigido en Versalles a todos los miembros de la Asamblea Nacional y del Senado, dijo en noviembre de 2015: «No destruirán a la República. La República destruirá al terrorismo». Y Francia respondió a los atentados terroristas con bombardeos sobre la ciudad siria de Raqqa, considerada bastión del ISIS.

En enero de 2017, en la recta final de su mandato, viajó a Irak y defendió la intervención del Ejército francés contra el ISIS. Afirmó que «actuar contra el terrorismo en Irak significa también evitar actos terroristas en nuestro suelo». Y en nuestro país, en octubre de 2014, el Congreso aprobó la vuelta a Irak de 300 militares españoles con el 89,7 % de los votos, lo que incluyó los votos del PP y de otros partidos de derechas o de centro como CIU, UPyD y PNV, pero también los votos del PSOE. Y, por supuesto, el PSOE está plenamente comprometido con la OTAN y con su compromiso de entrar en guerra para defender a un país miembro ante un posible ataque enemigo.

La libertad necesita al ejército

¿Quedan diferencias izquierda/derecha entonces? ¿Hay argumentos para afirmar que el apoyo al Ejército es otro rasgo diferenciador de la derecha respecto de la izquierda? Los hay y de forma muy pronunciada en nuestro país, y son argumentos que también explican mi propia apuesta ideológica por la derecha. Porque es difícil, si no imposible, encontrar entre los grandes partidos de la derecha democrática actual algo parecido a lo que pasó, por ejemplo, con el laborismo británico tras el atentado yihadista de Manchester en mayo de 2017 y que provocó 22 muertos y 59 heridos.

Unos días después de ese atentado, el líder laborista, Jeremy Corbyn, responsabilizó a las políticas del Gobierno del ataque. A las políticas militares del Gobierno conservador, es decir, a las acciones militares contra el ISIS. Algo muy parecido a lo que pasó en España tras el 11-M, cuando muchos líderes políticos e intelectuales de la izquierda responsabilizaron al Gobierno del atentado por su apoyo a la guerra de Irak. Y, en ambos casos, los cuestionamientos de las operaciones militares apoyadas o participadas por los Ejércitos de estos dos países se mezclaron con las proclamas pacifistas y antimilitaristas, muy especialmente en España. Se oponían «a la guerra», decían, a las «soluciones militaristas», al uso de la fuerza. Porque, para la izquierda, una cosa es que se use la fuerza para imponer y mantener una dictadura comunista y otra para combatir a los terroristas yihadistas[46].

Después vendría la retirada de las tropas de Irak, el nombramiento del general José Julio Rodríguez como Jemad por parte del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y aquellos años en que la doctrina del Gobierno era que la guerra yihadista se combatía con la Alianza de Civilizaciones y que el Ejército estaba para misiones de paz y para rescates. Años más tarde, el general José Julio Rodríguez se incorporó a Podemos, quizá para dirigir al-

gún día una revolución bolivariana como la de Venezuela y, en cualquier caso, para denunciar el «militarismo»; de los partidos fuera de la órbita de la extrema izquierda, se entiende.

Algunos dijeron que el fichaje de un general por un partido de extrema izquierda podría contribuir a acercar al Ejército a todos esos sectores de extrema izquierda que desconfían de los militares en España y que, con otros sectores de la izquierda, contribuyen a esa ocultación en los espacios sociales y esa sospecha permanente. Pero el salto del general Rodríguez a la política ha estado muy lejos de conseguir ese acercamiento dado que se basa en la defensa de valores contrarios al propio Ejército. Lo extraordinario aquí es por qué un general se niega a sí mismo y su propia vida dedicada al Ejército para incorporarse a un grupo de extrema izquierda. Probablemente, hay que buscar las razones lejos de la ideología, quizá en la esfera puramente personal.

Aparentemente, la hostilidad hacia el Ejército de la extrema izquierda y el escaso entusiasmo de la izquierda tienen poco efecto en su imagen en la opinión pública. Las encuestas muestran en España que las Fuerzas Armadas, junto con los cuerpos policiales, constituyen los grupos o instituciones del ámbito público con mejor imagen entre los españoles. Año tras año lideran las preguntas sobre confianza en las instituciones en esa pregunta recurrente de las encuestas en la que los políticos y los partidos políticos ocupan sistemáticamente el último lugar. Por lo tanto, podríamos pensar que no hay problema alguno ni debate en torno al Ejército en nuestro país, incluso podríamos añadir que ni siquiera hay diferencias ideológicas en este campo.

Y, sin embargo, un libro sobre las ideas principales de la derecha debe incluir necesariamente al Ejército. Porque esa confianza y esa admiración mayoritarias se sostienen mucho más desde la derecha que desde la izquierda. En los partidos y movimientos de la derecha y en los ciudadanos de derechas. El CIS y el Instituto

Español de Estudios Estratégicos publicaron en septiembre 2013 una encuesta y un informe sobre la relación de los españoles con la defensa nacional[47]. Entre otras cosas, preguntaron a los españoles por su disposición a participar en la defensa del país. La mayoría, un 55,3 %, contestó que no, que no estaría dispuesta a participar en la defensa del país, frente a un 38,7 %, que respondió afirmativamente. Con otro dato negativo añadido: el descenso de esa disposición a participar en la defensa desde la primera vez que se hizo la misma pregunta, en 1998. Entonces, los dispuestos eran más que los reacios, un 49,1 %, frente al 42,8 % contrario a hacerlo.

Pero había un segundo dato muy interesante en esa encuesta: la clara diferencia entre los ciudadanos según su posicionamiento en el eje izquierda-derecha. Frente al 22,5 % de la extrema izquierda, dispuesto a defender a nuestro país, un 61,1 % en la extrema derecha, y frente al 32 % de la izquierda moderada, un 54,6 % en la derecha moderada.

Y se producía la misma diferencia izquierda-derecha cuando en esa encuesta se pedía la valoración de la carrera militar. Un mínimo de valoración positiva en la extrema izquierda, un 25,8 %, y un crecimiento de la valoración a medida que se avanzaba hacia la derecha. Un 37,8 % de opinión favorable en la izquierda moderada, un 51,9 % en el centro, un 69,3 % en la derecha moderada y un 70,8 % en la extrema derecha.

Si los datos anteriores no fueran suficientes, añadamos, por ejemplo, lo que ocurre cuando los españoles opinan sobre el destino del dinero público. Otra encuesta del CIS de 2014 preguntaba por esta cuestión y pedía a los ciudadanos su opinión sobre el destino de los recursos públicos, si eran los adecuados, demasiados o demasiado escasos en cada uno de los campos de la acción del Estado[48]. Era nuevamente llamativo comprobar que el mayor porcentaje de opiniones negativas, de personas que considera-

ban excesivos los recursos dedicados por el Estado, se producía en Defensa, con un 38,8 % de españoles que consideraba excesivo el gasto en Defensa. Una tendencia similar, por otra parte, a la de otros países de Europa Occidental. Una encuesta de BVA para RTL y Les Échos mostraba en 2014 que habían subido de manera significativa los franceses dispuestos a ver recortados los servicios públicos a cambio de una reducción de los impuestos, un 63 % nada menos, pero no querían recortar en Sanidad, Educación, Empleo y Policía, pero sí en Ejército, además de en Cultura, Medio Ambiente, Descentralización y Transporte Público.

Pero, nuevamente, con una importante diferencia entre izquierda y derecha, con una mayoría de españoles críticos con los gastos en Defensa en la izquierda, con un 60 % de críticos en la extrema izquierda, casi un 50 % en la izquierda moderada, pero solo un 15 % en la extrema derecha y un 24 % en la derecha moderada[49].

Hay una derecha mucho más favorable al Ejército y más dispuesta a implicarse en la defensa del país. Ahora bien, España ha sido y sigue siendo el país de Europa Occidental situado más a la izquierda y eso explica que el balance global sea negativo para el Ejército. Y lo es entre los ciudadanos, pero también entre la élite periodística e intelectual, por lo que este mismo capítulo y la admiración por el Ejército está en los límites de la corrección política en España. La admiración por el Ejército, mayoritaria en la derecha, está ampliamente cuestionada en la izquierda y, además, muy poco manifestada en los espacios públicos, sobre todo en los de la opinión publicada. Por eso la admiración por el Ejército y el convencimiento de la necesidad de un Ejército fuerte son difíciles de compatibilizar en España con ser de izquierdas.

La admiración reside en una doble razón que está en la esencia misma de su actividad, la capacidad para poner en riesgo la propia vida y hacerlo el servicio a la comunidad, que es, en este

caso, la comunidad formada por la nación. Y a la admiración se une la creencia en su papel fundamental en la defensa de la libertad. Si la libertad es el rasgo ideológico fundamental de la derecha, el Ejército como garante necesario para la defensa de esa libertad en el marco de un Estado fuerte es un elemento fundamental del ideario de la derecha. En situaciones de amenaza terrorista como la vivida en España durante muchos años o en los numerosos conflictos internacionales en los que los militares ponen en peligro sus vidas para hacer frente a dictadores, terrorismos sanguinarios o movimientos fanáticos.

Somos muchos los españoles que compartimos esa admiración por el Ejército y, sin embargo, los miembros del Ejército están invisibilizados en la sociedad, con esa norma española, por ejemplo, por la que los miembros del Ejército no visten sus uniformes por la calle. ¿Una cuestión se seguridad? Lo fue, al menos aparentemente en un principio, como una medida de seguridad frente a los ataques terroristas de ETA. Pero su perduración en el tiempo muestra que se trata más de una cuestión cultural por la que el Ejército parece siempre sospechoso y debe ser ocultado. Sospechoso en relación con sus convicciones democráticas, sospechoso en política, sospechoso en el uso de la fuerza, sospechoso cuando pone en peligro su vida. El Ejército está invisibilizado en la calle, en los medios de comunicación, en los foros de debate. No se trata de la discreción del segundo plano o de su deber de obediencia al poder político. Se trata de la imposición de una sociedad donde aún no hay una plena aceptación, ni mucho menos admiración, hacia el Ejército.

Y también en relación con esa ocultación del Ejército en la sociedad hay importantes diferencias entre la derecha y la izquierda. Una encuesta de GAD3 para *ABC* de junio de 2017 mostraba una mayoría de españoles, 49,7 %, favorable a la vuelta del uso del uniforme militar en la calle, frente a un 19,8 % contrario. Pero

con diferencias significativas entre los votantes de Ciudadanos y del PP, de un lado, y los votantes del PSOE y de Podemos, por otro. Mayoría favorable entre los primeros, un 60 % entre los votantes de Ciudadanos y un 54 % entre los votantes del PP, pero menos de la mitad entre los votantes socialistas y aún menos entre los votantes de la extrema izquierda[50].

Por eso son algo engañosos los datos que muestran en todas las encuestas la buena imagen del Ejército y de los cuerpos policiales. Eso es así en todas y cada una de las encuestas que miden la valoración de grupos y profesiones. Ejército y cuerpos policiales ocupan sistemáticamente el primer lugar, de la misma manera que los políticos y los partidos políticos ocupan en último. Lo que refleja un reconocimiento de la importancia y el valor de su cometido. Pero esto no elimina ni mucho menos la sospecha sistemática bajo la que trabaja el Ejército y, en menor medida, también los cuerpos policiales.

En términos ideológicos, no toda la izquierda siente desconfianza hacia el Ejército, pero en esto como en otras muchas cosas, la extrema izquierda se ha hecho con el liderazgo de toda la izquierda. Por eso es bastante más improbable que un español de izquierdas quiera participar en la jura de bandera destinada a civiles a que lo haga un español de derechas. Por eso hay muchas más posibilidades de encontrar votantes de derechas entre los asistentes al desfile del día de las Fuerzas Armadas que votantes de izquierdas. Porque la derecha confía en el Ejército, la izquierda sospecha del Ejército.

Hay una importante influencia del recuerdo del franquismo en esta actitud. El dictador era un general del Ejército y el franquismo fue de esta manera vinculado al Ejército, aunque esa dictadura surgiera de una guerra civil en la que hubo dos ejércitos, cada uno de un bando ideológico. Lo que, por otra parte, recuerda la obviedad de que los ejércitos no son de derechas o de izquierdas,

tampoco las armas, tampoco las guerras. O que el uso de las armas para atacar o para defenderse no está determinado por la ideología.

Pero la influencia de la memoria del franquismo, junto a la influencia de determinados valores de la extrema izquierda sobre algunos ejércitos, ha dado lugar a que en España la confianza en el Ejército sea, sobre todo, un valor de derechas. No importa demasiado que la izquierda hasta nombrara ministra de Defensa a una mujer o que algunos ministros de Defensa de la izquierda hayan mostrado la misma atención al Ejército que la derecha. Hay en la izquierda una actitud de excusa permanente por el mismo hecho de dirigir el Ejército cuando llega al poder.

El general antimilitarista

Cabe preguntarse si el nombramiento del general José Julio Rodríguez como jefe del Ejército por parte de Zapatero fue un error o producto precisamente de las ideas de José Luis Rodríguez Zapatero sobre el Ejército. Es posible que fuera el propio ex-general Rodríguez quien diera después un giro total a sus ideas y pasara de dirigir al Ejército a integrarse en una formación de extrema izquierda, Podemos, que cuestiona la esencia misma del Ejército. Pero es posible que Rodríguez Zapatero le nombrara precisamente por esas ideas. Por las que pregona desde que se integró en Podemos, Y que consisten, sobre todo, en anular las funciones fundamentales del Ejército, en convertir el Ejército en una ONG que jamás tendrá que utilizar las armas porque las palabras y las arengas pacifistas habrán acabado con las intenciones agresivas de cualquier enemigo. Siempre, por supuesto, que tal enemigo no sea a su vez un enemigo de la extrema izquierda, supuesto en el cual la extrema izquierda sí cree en el Ejército.

El general Rodríguez ha llegado a afirmar que se siente «pacifista y antimilitarista», dos conceptos que cuestionan frontalmente las esencias del Ejército y que son usados fundamentalmente por la izquierda y aún más por la extrema izquierda. El pacifismo para oponerse al uso de la fuerza y el antimilitarismo para cuestionar cualquier tipo de respuesta militar a un problema. Teóricamente, el concepto de militarismo se refiere al exceso de respuesta militar a los problemas. En la práctica, el concepto de militarismo se usa habitualmente para ensalzar su contrario, el antimilitarismo, y para cuestionar cualquier respuesta militar y no un exceso de respuesta militar. El antimilitarismo sospecha sistemáticamente de cualquier acción militar que considera negativa en esencia.

Claro que el antimilitarismo está en la mayoría de los casos vinculado a una determinación ideológica por la cual se aplica a determinados ejércitos y no a otros. Y es así que la extrema izquierda española se vuelve militarista, por ejemplo, en relación con los ejércitos de las dictaduras comunistas o en relación con el ejército chavista. Hugo Chávez era militar y ello no empañó la admiración de la extrema izquierda española, sino que más bien la aumentó porque, en su caso, el Ejército estaba al servicio de la llamada revolución bolivariana y de la extensión del movimiento bolivariano por el mundo.

Lo explicó muy bien Giovanni Sartori, el engaño del marxismo ha sido «redimir la violencia propia (la viga) y denunciar la violencia ajena (la paja)» y construir la idea de que «el auténtico 'violento' era el Estado, pero no, fíjense, el Estado de la dictadura del proletariado, sino precisamente y sobre todo el Estado democrático liberal»[51].

Los grupos terroristas de extrema izquierda reflejan perfectamente lo anterior. Y, de hecho, adoptan los términos militares para definirse a sí mismos, como un ejército destinado a liderar la

revolución popular con una violencia que liberará al pueblo oprimido, sea ese pueblo la clase trabajadora o un particular grupo étnico o ambas cosas a la vez en un grupo terrorista como ETA, caracterizado ideológicamente por una combinación de marxismo y nacionalismo. Esa adopción de términos militares contribuye a dar legitimidad a los grupos terroristas. De ahí el concepto etarra de militar en sus diferentes nombres, ETA militar, ETA político-militar, y también en su estrategia de diferenciación entre la ETA que ponía las bombas y la ETA que se dedicaba a la acción política. Y, por supuesto, todos los grupos terroristas y quienes los legitiman llaman guerra a sus actos de terrorismo, porque esa es la manera más eficaz de legitimar sus crímenes. Crímenes convertidos así en actos de guerra contra un enemigo y en defensa de unos objetivos supuestamente elevados, a partir de la idea de que el uso del terror por parte del grupo terrorista sería tan defendible y estaría a la misma altura moral que el uso de la fuerza por parte de un Ejército.

La guerra existe, a pesar de la diplomacia

La guerra existe, sí, a pesar de la diplomacia, y a pesar de las pretensiones del pacifismo o del antimilitarismo. Esta obviedad sobre el funcionamiento del mundo desde los inicios de la humanidad suscita, sin embargo, un inmenso e increíble debate. Un debate con un éxito considerable, por la extendida tendencia de tantos y tantos ciudadanos a posicionarse «en contra de todas las guerras», posicionamiento que se sustenta, a su vez, en el supuesto de que las guerras serían evitables y de que, si hay una guerra, es porque alguien que podía haberla evitado no lo ha hecho.

Lo anterior niega todos los datos de la realidad, pero funciona porque permite la defensa de una cómoda y rentable posición política, aquella del rechazo a la guerra. Cómoda no solo por la

buena imagen que tiene el pacifismo, sino también porque permite eludir cualquier compromiso ante un posible conflicto militar, conflicto que, inevitablemente, pondrá en riesgo las vidas de muchas personas.

La negación permite eludir el problema, la existencia misma de la guerra. Giovanni Sartori lo expresó con brillantez cuando escribió sobre la guerra con el terrorismo islámico, a la que me referiré más adelante. Si uno evita la palabra «guerra», crea una realidad, una realidad en la que no habría guerra: «O sea, que quien usa la palabra 'guerra' ve una cosa, y quien no la usa ve otra. Quien dice guerra se siente en peligro moral; quien dice otra cosa, no. En la guerra, si es que se trata de una guerra, combatimos a un enemigo; pero si la palabra es distinta, entonces el enemigo no existe y no hay nada ni nadie contra quien combatir»[52].

Lo anterior explica que el líder del PSOE, Pedro Sánchez, llegara a proponer hace algún tiempo la eliminación del propio ministerio de Defensa. Era una manera de restar importancia al papel del Ejército, disminuir su presupuesto y dar a entender que su Gobierno sería menos «militarista» o que evitaría al máximo la intervención del Ejército, o la respuesta «militarista», idea que se sustenta, a su vez, en la negación de la propia guerra. Y la teoría de que habría una solución diplomática para cada conflicto.

La diferencia entre derecha e izquierda es que la derecha reconoce la realidad de la guerra y lo hace al margen de los condicionamientos ideológicos de cada conflicto militar. No se trata tanto de realismo sino de una posición ética. O de una mezcla de ambos. Realista en el sentido definido por Nigel Biggar en su obra *En defensa de la guerra*, en el realismo sobre la naturaleza humana, en el reconocimiento de que los humanos son capaces de los mayores actos de amor, incluso de heroísmo, pero también de las mayores atrocidades contra otros seres humanos. Lo que lleva a

Biggar, también a mí, a una defensa de la guerra justa desde un realismo antropológico y moral[53].

«La alternativa a la diplomacia es la guerra», afirmó Barack Obama cuando llegó a un acuerdo con la dictadura iraní, en 2015. Entonces, justificó el acuerdo con Irán, que acababa con su aislamiento a cambio de permitir un control sobre su programa nuclear. Tanto los republicanos como algunos países, en especial Israel, el país amenazado por Irán con la destrucción, se opusieron a un acuerdo que consideraron tramposo, puesto que, valoraron, no iba a permitir controlar realmente la fabricación iraní de armas nucleares. Pero la respuesta de Obama fue inteligente e interesante: «De todas las objeciones que han hecho el primer ministro Benjamín Netanyahu o la oposición republicana, ninguno de ellos me ha propuesto una alternativa mejor. No lo he oído. El 99 % de la comunidad internacional y la mayoría de los expertos nucleares ven este acuerdo y dicen que esto impide a Irán conseguir una bomba nuclear. Si tienes objeciones al mismo, deberías tener una alternativa. Pero, en realidad, solo hay una alternativa: o se resuelve por la diplomacia o por la guerra».

Y es posible que Obama estuviera acertado y que la diplomacia fuera la mejor alternativa en este conflicto. Y, sobre todo, la diplomacia era una alternativa, puesto que las amenazas directas de Irán contra Israel no se habían hecho realidad aún. Tampoco en los siguientes dos años. Pero ¿y después? Quizá el tiempo demuestre que la decisión de Obama fue un error y que sus críticos estuvieron en los cierto, si Irán prosigue finalmente con la construcción de esas armas nucleares y, además, las utiliza. Pero, en el momento del acuerdo, en 2015, la opción diplomática tenía muchos argumentos a su favor.

En otras muchas situaciones, no existe alternativa a la guerra. Y aquí reside el lado más nefasto del pacifismo, del «No a la guerra» que exhibe en determinadas situaciones, como si tal «No a la

guerra» fuera aplicable a todos los conflictos. Y que es sostenido por partidos e ideologías de izquierdas, pero no por las de derechas. Se trata de la guerra justa que defiende la derecha, pero solo parcialmente la izquierda, la guerra justa que fue la guerra contra el nazismo y que históricamente han acabado aceptando todas las ideologías mayoritarias. Eso sí, después de que las soluciones diplomáticas y la inacción permitieran el asesinado de tantos y tantos judíos.

Es la guerra justa que muchas veces se ha dejado de asumir. Como en Ruanda en 1994, uno de los ejemplos que destacaba Michael Walzer, uno de los grandes teóricos de la guerra justa. Una intervención militar en Ruanda, señalaba, habría sido una guerra justa para frenar o acabar con las matanzas en Ruanda. O lo habría sido también en la guerra de Kosovo, añadía Walzer, donde la OTAN decidió que no enviaría fuerzas terrestres, pasara lo que pasara[54].

La guerra, como la violencia, no tiene ideología. A veces es inspirada por ideologías de izquierdas, otras por ideologías de derechas. Y tampoco la respuesta militar a un ataque tiene ideología, han existido respuestas inspiradas en todas las ideas. Por eso es notablemente sorprendente que solo la derecha haya asumido con fuerza la teoría de la guerra justa, aunque algunos de los teóricos de la guerra justa estén ideológicamente más cercanos a la izquierda que a la derecha. Y por eso también es llamativa la manera en que algunos intelectuales y políticos de la izquierda manipulan el concepto de guerra en determinados contextos, como los de negociaciones de los Gobiernos con bandas terroristas. Pasó en la negociación de Zapatero con ETA y ha vuelto a pasar en la negociación del Gobierno colombiano de Santos con las FARC.

Entonces y ahora, algunos líderes de la izquierda han atribuido la oposición a una negociación con criminales al deseo «inherente a la derecha» de continuar «la guerra». En Colombia, bastantes

de las voces favorables a la negociación con una de las bandas terroristas más sanguinarias de la historia y a su final con la impunidad para los asesinos acusaron al expresidente Álvaro Uribe y a los movimientos cívicos contrarios a la impunidad de «militaristas», de personas que vivían mejor en un estado de guerra. Porque, y así justificaban la impunidad, lo que habría habido en Colombia es una guerra con dos bandos, las FARC y el Estado, y tal guerra justificaba la firma de la paz por ambas partes. Se trata de una habitual manipulación del concepto de guerra ampliamente usado para legitimar acuerdos de Gobiernos democráticos con bandas terroristas.

Pero si volvemos al uso correcto del concepto guerra, la guerra justa remite a la existencia de situaciones en las que la guerra es necesaria, inevitable y moralmente superior a su evitación. Claramente, esa guerra justa se produce cuando un país se defiende de un ataque violento. Pero también cuando un país, una alianza de países o una organización internacional intervienen en un territorio para defender a la población masacrada o para hacer frente a fuerzas que han atacado sus territorios y habitantes.

«O utilizamos el mal para luchar contra el mal o sucumbimos», escribió Michael Ignatieff para explicar la teoría del mal menor[55]. Es cuestionable que podamos llamar «mal» a una acción militar. ¿Un ataque militar contra quienes acaban de exterminar a los civiles de un pueblo y se dirigen a hacer lo mismo con otro pueblo puede ser definido como el «mal»? Creo que no. ¿El ataque militar ordenado por Barack Obama para acabar con Osama Bin Laden puede ser definido como «el mal»? ¿Es «el mal» destruir al monstruo, a quien ha asesinado a miles de personas y se dispone a seguir haciéndolo? Creo que no, que debemos diferenciar el uso de la fuerza justa y el mal. Con toda claridad. Y creo también que esa diferenciación está más clara en la derecha que en la izquierda.

Pero lo anterior no impide que la derecha reconozca el mal que sí está presente casi inevitablemente en la mayoría de acciones militares, los civiles que mueren en las acciones militares, y, en bastantes casos, también los soldados enemigos que no están en el campo de batalla por su propia voluntad. Eso sí constituye parte del «mal menor» al que se refiere Ignatieff y un lado de la acción militar que debemos reconocer y ponderar en cada caso antes de decidir el uso, no del «mal», sino de la acción militar. Y antes, obviamente, de poner en peligro las vidas de los propios militares.

El debate no es ese. La derecha que tiene clara la importancia del Ejército no tiene duda alguna de que las guerras deben ser justas y que, además, han de ser emprendidas cuando constituyan el último recurso, cuando no exista otra alternativa para defenderse y para evitar más muertes. Lo que significa que también deben hacer todos los esfuerzos para evitar la muerte de civiles. ¿Y la muerte de los propios militares? Es un riesgo cierto que está en la esencia misma del Ejército y que no se puede eliminar, algo que también asume la derecha.

La eliminación del riesgo de muerte de los miembros del Ejército es una entelequia que, de realizarse, acabaría con el Ejército, puesto que no podría actuar prácticamente nunca. Y, sin embargo, se trata de una idea crecientemente instalada en la opinión pública, en parte porque está mezclada con las ideas del pacifismo y del antimilitarismo. En países como España, se trata de una idea mayoritaria y explica el contenido de los discursos y mensajes de la mayoría de nuestros ministros de Defensa. Discursos en los cuales los militares tienen siempre «misiones de paz» o «de inteligencia» y jamás realizan acciones de guerra. Cuando, en octubre de 2014, el Congreso aprobó la vuelta a Irak de 300 militares españoles, con un 89,7 % de votos a favor, incluidos los socialistas, el ministro de Defensa por aquel entonces, Pedro Morenés,

afirmó que se trataba de una misión de adiestramiento contra el Estado Islámico, «sin verse involucrados en operaciones de combate». Extraordinario pero habitual, incluso en los discursos de políticos de la derecha, un Ejército para el que lo importante es la evitación del combate, aunque ese Ejército vaya a Irak, donde se encuentra parte del enemigo más peligroso para España y todo Occidente, el yihadismo.

Y es que ese es el sentir mayoritario de la opinión pública en España, con una derecha que no ha sido capaz de liderarla y transformarla, sino que se ha acomodado a esa mayoría. Y ha crecido en todo Occidente, incluso en un país como Estados Unidos, en el que es mayoritario el compromiso con el Ejército y con su papel de defensor de la libertad en el mundo, no solo de los intereses estadounidenses. Parte del triunfo electoral de Donald Trump se explica por el éxito de su mensaje nacionalista y aislacionista y su defensa de un Ejército solo dispuesto a poner en peligro la vida de sus soldados para defender intereses exclusivamente estadounidenses. En los años anteriores al triunfo de Trump, las encuestas habían mostrado numerosos datos en ese sentido, como una encuesta de *The Wall Street Journal* y *NBC News* que en abril de 2014 mostraba la opinión mayoritaria de los estadounidenses, un 47 %, a ser menos activos en conflictos internacionales, frente a un 30 % favorable a mantener la presencia del momento y solo un 19 % dispuesto a aumentarla[56]. Y encuestas del Pew Research Center realizadas desde 1964 muestran que el porcentaje de ciudadanos favorables a la menor implicación de Estados Unidos en los conflictos internacionales ha crecido de forma acusada en estos últimos cincuenta años, porque ese porcentaje era del 20 % en 1964, pero subió al 52 % en 2013.

La derecha cree mayoritariamente en la necesidad del Ejército para la defensa de la libertad y la intervención en las guerras justas. Ahora bien, su creencia es minoritaria en la mayoría de las

sociedades occidentales. En la opinión pública, en el debate intelectual y en el político. En esto como en tantos otros debates, ser de derechas significa ir a contracorriente.

Las guerras que debemos librar

Hay una guerra, la más importante, que estamos librando en estos últimos años: la guerra contra el terrorismo islamista. Y sí, se trata de una guerra, a diferencia de lo ocurrido con los ataques violentos de otros grupos terroristas. Porque ha cambiado la estrategia, las dimensiones y el objetivo del grupo terrorista[57]. Pero se trata de una guerra de enormes dimensiones que los grupos yihadistas han declarado a Occidente y que Occidente está librando a medias: a medias en las acciones, a medias en los discursos, a medias en los convencimientos. Por eso es una guerra que a veces existe tan solo en el vocabulario y estrategia del enemigo, pero no en el vocabulario, estrategia y objetivos de los países atacados.

En el momento de escribir estas líneas, 4 de junio de 2017, acaba de producirse una matanza yihadista en Londres, la misma noche en que se disputaba la final de Champions en Cardiff. Allí, las medidas de seguridad fueron extraordinarias y nada ocurrió, pero sí en el centro de Londres. Allí, a la misma hora del partido, tres terroristas arrollaron con su furgoneta a varios peatones en el Puente de Londres y después se dirigieron del mercado de Borough Market, donde apuñalaron a varias personas. Asesinaron a 7 personas e hirieron a 48, 21 de ellas de gravedad.

En su primera comparecencia, unas horas después de la matanza, la primera ministra británica, Theresa May, destacó que «hay demasiada tolerancia con el terrorismo en casa» y que «debemos ser más robustos a la hora de identificar y señalar esa tolerancia en el sector público y en toda la sociedad». También desta-

có la necesidad de controlar el extremismo en internet porque, señaló, «los tres ataques terroristas perpetrados en los últimos tres meses en suelo británico están unidos por la ideología del islam extremista». El líder de la oposición laborista, Jeremy Corbyn, intervino a su vez para criticar a la primera ministra por su responsabilidad en el atentado, pues, aseguró, durante su etapa anterior como ministra de Interior, había reducido el número de policías. Es decir, algunas de las intervenciones y debates habituales tras los atentados yihadistas en suelo europeo, pero con una llamativa ausencia, la relativa a la acción militar.

La primera ministra sí mencionó la acción militar, pero tan solo para destacar que el terrorismo yihadista «no podrá ser derrotado solo con la intervención militar», como si tal acción militar hubiera sido prioritaria hasta el momento. Como si el discurso, las políticas y las acciones del Gobierno conservador británico hubieran dado prioridad a la acción militar contra el terrorismo islámico. Cuando lo cierto es que ello no es así, que tan solo Estados Unidos y tanto con un presidente republicano, Bush, como, después, con un presidente demócrata, Obama, han dado prioridad a la acción militar. Además, y previamente, han reconocido que los ataques del terrorismo islámico constituyen una guerra.

El ejemplo estadounidense muestra que hay diferencias regionales tan importantes o más que las ideológicas en el debate sobre el reconocimiento de una guerra y el uso de la fuerza militar. Pero esto no elimina las diferencias ideológicas. Se producen, por ejemplo, en Gran Bretaña, cuando el líder laborista, Jeremy Corbyn, responsabiliza al Gobierno conservador por un atentado, por sus acciones militares en otros países contra el ISIS. Ocurrió tan solo dos semanas antes del atentado de Londres del 3 de junio de 2017, tras otro atentado en Manchester, durante un concierto juvenil. En ese ataque del terrorismo yihadista murieron 22 personas y resultaron heridas otras 59. En plena campaña electo-

ral británica, el líder laborista hizo algo parecido a la izquierda española tras el atentado del 11-M, en 2004, cuando responsabilizó al Gobierno por su apoyo a la guerra de Irak y las consecuencias de tal apoyo en los objetivos de los terroristas.

Es improbable que un líder de la derecha pueda responsabilizar a un Gobierno democrático del atentado cometido por un grupo terrorista o que pueda relacionar su fanatismo con las acciones de una democracia occidental. La derecha ha asumido la existencia de esta guerra, una guerra que, voluntaria o involuntariamente, las democracias occidentales debemos librar. Involuntariamente, cuando el deseo de gobernar sin intervenciones militares, Obama prometía que acabaría con guerras que él atribuía en parte a su antecesor, a George Bush, se tropieza con la continuación del mismo terrorismo yihadista con otros nombres, escisiones y otras variantes, de Al Qaeda y la muerte de Bin Laden al Estado Islámico.

«La tercera guerra de Irak», tituló un editorial *The Wall Sreet Journal* en agosto de 2014 para referirse a la guerra que Obama libraba en Irak, a pesar de haber pretendido acabar con la guerra que atribuía a Bush[58]. Un periodista de los que atribuía el «militarismo» estadounidense a Bush tituló en agosto de 2014 que «Obama se topa de nuevo con la guerra». Era la semana en que los terroristas mostraron el vídeo de la decapitación del periodista estadounidense James Foley. No era de nuevo la guerra, era la continuación de la misma guerra, que no era obra de Bush, sino de quienes organizaron el atentado del 11-S. Tras el asesinato de Foley, Obama afirmó: «Si vais a por norteamericanos, iremos a por vosotros, estéis donde estéis». Y añadió el periodista, parece una frase de Bush, pero es de Obama[59].

Poco después, en septiembre de 2014, lideró una alianza de 10 países de la OTAN para combatir al Estado Islámico. Pero la alianza se forjó con una línea roja que definió el secretario de estado

estadounidense, John Kerry: «No habrá soldados sobre el terreno». Y Obama insistió días después: «Quiero que esto quede claro. Las fuerzas americanas que han sido desplegadas en Irak no tienen ni tendrán una misión de combate». La gran coalición tenía el mismo discurso y objetivos que la forjada por Bush tras los atentados del 11-S, pero con una importante diferencia: la evitación del envío de soldados sobre el terreno. Se formaba para la guerra contra el terrorismo islámico, pero tan solo participaba parcialmente en esa guerra. En el colmo de las contradicciones, un medio de la izquierda criticaba esos días al Gobierno del PP por no haberse implicado plenamente en esa gran coalición y haber prometido tan solo ayuda logística, es decir, el Gobierno conservador español era criticado desde la izquierda justamente por el motivo contrario al que fue criticado por su apoyo a Bush y la coalición internacional contra el terrorismo. «El Gobierno debe sumarse, con el respaldo de la sociedad, a la acción global contra el yihadismo», escribía un editorial de ese medio[60].

Unos días después, la Cumbre de París que reunió a 30 países apoyó el uso de la fuerza para combatir al yihadismo en Irak, el uso de «todos los medios necesarios, incluidos los militares». Desde entonces, la guerra declarada por el yihadismo no ha hecho sino recrudecerse, los atentados continúan en los países musulmanes y se han expandido en Europa, donde son tan sangrientos como los primeros, pero menos frecuentes. La guerra declarada y reafirmada en cada atentado y en cada mensaje por el terrorismo. Pero el debate y las dudas de los países occidentales atacados son las mismas en el presente, un reconocimiento de la existencia de una guerra, un reconocimiento de la necesidad de librarla y un enorme temor a usar los medios necesarios para ganarla, es decir, a enviar soldados sobre el terreno.

En 2014, el ex primer ministro británico, Tony Blair, afirmó sobre la guerra contra el Estado Islámico que «la experiencia nos ha

enseñado que o te preparas a combatirles sobre el terreno o no los derrotarás». Nuevamente era, es un líder laborista el que asumía esta idea, si bien con enormes críticas por parte de una buena parte de la izquierda y con grandes dudas políticas por parte de las fuerzas de la derecha. Lo que nos muestra los tres lados de esta guerra que los países occidentales estamos librando: por un lado, la asunción de que estamos en guerra; por otro, dudas ideológicas en la izquierda sobre la naturaleza de esa guerra frente a una mayor convicción en la derecha sobre la naturaleza de la guerra y del enemigo; pero, en tercer lugar, unas políticas semejantes entre Gobiernos de izquierdas y de derechas sobre las acciones militares de esa guerra y la enorme dificultad para asumir el coste de enviar soldados sobre el terreno.

Estamos en una guerra, será imposible derrotar al yihadismo sin soldados en el terreno, y aún no se vislumbra cuándo darán ese paso los países occidentales atacados. Probablemente, cuando la capacidad de resistencia de las poblaciones europeas atacadas por atentados haya llegado a un límite. La única certeza en mitad de esa incertidumbre y esas dudas de los líderes políticos es que los Ejércitos son fundamentales para la defensa de los países amenazados y atacados por el terrorismo yihadista. Su libertad depende de los Ejércitos.

CAPÍTULO 8

EL VALOR DEL CRISTIANISMO

La ultra que asaltó una capilla

Rita Maestre es una de las líderes más conocidas de la extrema izquierda española, en su condición de portavoz del ayuntamiento de Madrid, la ciudad más importante de España. Su trayectoria política tiene como hito más relevante hasta el momento su asalto a un recinto religioso de la Iglesia católica, no musulmana, una peculiaridad esencial de las posiciones de izquierda respecto de la religión y relevante para entender las diferencias entre izquierda y derecha respecto a las creencias religiosas.

Ocurrió el 10 de marzo de 2011, cuando Rita Maestre irrumpió a gritos y en sujetador en la capilla de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid junto a un grupo de unas setenta personas. Los estudiantes que rezaban en la capilla grabaron con sus móviles la escena lo que inmortalizó la imagen de la líder de la extrema izquierda en sujetador y gritando consignas como «Vamos a quemar la Conferencia episcopal, por machista y carcamal», «Menos rosarios y más bolas chinas» y «Contra el Vaticano, poder clitoriano». La grabación fue también la prueba que sustentó la condena a Rita Maestre por un Juzgado de lo Penal de Madrid a una multa de 4.320 euros por ofensa a los sentimientos religiosos, condena que fue posteriormente revocada por la Audiencia Provincial de Madrid. Los magistrados de la Audiencia consideraron que para que los hechos puedan ser considera-

dos delito «debe producirse un acto de profanación claro, directo, evidente y, por supuesto, físico, y no derivado del hecho de incumplir determinadas normas sociales, por mucho que ello pueda herir sentimientos religiosos de quienes profesan determinada religión».

Dado que «profanar» significa tratar algo sagrado sin el debido respeto, quizá debamos inferir de la sentencia que los magistrados de la Audiencia Provincial de Madrid no le otorgan la condición de sagrada a la capilla de la Complutense. O que no entendieron el contenido de las consignas perfectamente grabadas en los vídeos. Son algunas de las conclusiones disparatadas pero inevitables de una sentencia sorprendente en su contenido, aunque no tan sorprendente en el clima social de un país como España, donde los cuestionamientos de las creencias religiosas católicas son constantes entre los líderes de la izquierda.

¿Habría sido semejante el texto y conclusión de la sentencia si Rita Maestre hubiera irrumpido en sujetador en una mezquita con varias decenas de personas al grito de «Menos Corán y más bolas chinas» o «Vamos a quemar las mezquitas y a los imanes por machistas y carcamales»? Es un ejemplo meramente hipotético, imposible de contrastar, puesto que tal asalto jamás se ha producido. Y no solo por miedo a las posibles acciones de respuesta de los musulmanes fundamentalistas, sino también por miedo a la acción de los jueces, probablemente más severa que en la sentencia anterior.

Todo lo anterior ocurre a partir de la acción de grupos de extrema izquierda, y es que el cristianismo diferencia igualmente a la izquierda de la derecha, porque la oposición al cristianismo es un rasgo distintivo de la izquierda, de manera radical en la extrema izquierda y de manera más moderada en el socialismo, lo que se refleja en el hecho de que los socialistas no asaltan capillas, pero tienden a considerarlo parte de la libertad de expresión y, ade-

más, apoyan Gobiernos, como el del ayuntamiento de Madrid, formados por asaltantes de capillas como Rita Maestre.

No es ni mucho menos el único asalto de grupos radicales de izquierdas a iglesias católicas en países democráticos. En la madrugada del 25 de septiembre de 2013 tuvo lugar otro asalto en Buenos Aires, también allí protagonizado por estudiantes, en su caso del Colegio Nacional de Buenos Aires, la escuela secundaria más prestigiosa de las escuelas públicas de Buenos Aires. Un grupo de estudiantes llevaba a cabo un encierro en el colegio en protesta por los planes de reforma de la enseñanza secundaria y, específicamente, en protesta contra las acciones del ministro de Educación de derechas de la ciudad de Buenos Aires, Esteban Bullrich, que luego pasaría a ser ministro de la nación con el triunfo de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales de 2015. El Colegio Nacional no depende de la ciudad, pero, no obstante, se encerraron «en solidaridad» con los demás colegios. No solo se encerraron, sino que en la noche de 23 de septiembre algunos de ellos decidieron asaltar la iglesia de San Ignacio de Loyola, conectada con el colegio a través de un túnel.

La iglesia de San Ignacio de Loyola fue construida por los jesuitas en 1675. Es la más antigua de la ciudad y fue declarada monumento histórico en 1942. El asalto de 2013 tenía un precedente relativamente reciente: el que sufrió en 1955 por parte de simpatizantes de Perón, que también quemaron otras nueve iglesias en aquel año. El 25 de septiembre de 2013 fueron cinco los estudiantes que recorrieron el túnel entre el Colegio Nacional y la iglesia. Una vez dentro, hicieron pintadas con consignas anticlericales como «La única iglesia que ilumina es la que arde» o «Hipócritas: ni Dios ni amo», orinaron en los altares, prendieron fuego a diferentes muebles y dañaron varios elementos, como una parte del altar secundario, conocido como el altar de San José, una obra de madera tallada que data del siglo XVIII.

Cuando se produjeron los hechos, el rector del colegio, Gustavo Zorzoli, fue extremadamente prudente en sus declaraciones, más preocupado por no molestar a los asaltantes que a los católicos argentinos. Declaró que se trata de «un inadecuado medio para expresar un reclamo» y que «habrá sanciones que pueden ir desde amonestaciones hasta la expulsión». Necesitó un mes para concluir que el asalto violento era lo suficientemente grave como para expulsar a los cinco alumnos protagonistas. Y el fiscal necesitó otros dos años para investigar y decidir que los cinco alumnos debían ser procesados por los daños en la iglesia, además de por un *e-mail* de amenazas contra el rector del Colegio Nacional. Y quizá la justicia argentina necesite una década para resolver sobre el caso, si es que resuelve, puesto que dos años después no existe información de que los alumnos hayan sido juzgados. Y si lo son, no estarán acusados de profanación, sino de daños en un edificio. Es decir, y como diría el rector Zorzoli, «por una inadecuado medio para expresar un reclamo», en este caso, el «reclamo» de que las iglesias deben ser quemadas.

Las movilizaciones políticas contra las iglesias y el cristianismo son habitualmente más pacíficas en los países democráticos. Pero son constantes, también en países donde las creencias religiosas ocupan un papel público más importante y son más respetadas, como en Estados Unidos. Allí ocurrió, por ejemplo, en mayo de 2016, cuando otro centro de enseñanza secundaria, el East Liverpool High School de Ohio, se vio obligado a suprimir la interpretación de *The Lord's Prayer* de su ceremonia de graduación, después de que un grupo de ateos elevara una queja por lo que consideraba un acto de promoción de la religión. La interpretación de dicha canción en las ceremonias de graduación se había convertido en una larga tradición de 70 años, pero el instituto se vio obligado a aceptar la prohibición, puesto que el Tribunal Su-

premo ya había decidido en otros casos semejantes que, en efecto, una canción religiosa es contraria a la ley.

Acciones semejantes contra las creencias y símbolos religiosos cristianos son numerosas en todos los países cristianos. Y van desde la mera radicalidad hasta el esperpento. La alcaldesa de extrema izquierda de Madrid, Manuela Carmena, eliminó el nombre de «Virgen del Pilar» de las fiestas de un distrito de la ciudad, el de Salamanca. Después, en Navidades de 2015, eliminó el belén navideño que tradicionalmente se montaba en la sede del ayuntamiento y que recibía año tras año decenas de miles de visitantes.

Begoña Gutiérrez, la secretaria general de Podemos en Sevilla, también planteó en 2015 la posibilidad de eliminar las procesiones de Semana Santa en Sevilla, pero fueron tan numerosas e indignadas las reacciones en contra que los extremistas rebajaron sus pretensiones y ese mismo año exigieron que los alcaldes y concejales no participaran en ningún acto católico, que no se pudieran hacer votaciones en colegios que tuvieran simbología católica y, además, que se institucionalizara la «procesión del coño insumiso» como paso oficial de la Semana Santa de Sevilla, en la línea, al parecer, de las consignas coreadas por las asaltantes de la capilla de la Universidad Complutense de Madrid.

Las propuestas de la izquierda moderada son menos agresivas, pero siempre críticas con la Iglesia católica en España y, en general, con el cristianismo en el resto de países democráticos. En el caso español, el principal objetivo de los últimos años se resume en la exigencia de revisión de los Acuerdos de 1979 que regulan la relación del Estado con el Vaticano, porque, subraya habitualmente el líder del PSOE, Pedro Sánchez, «creo en un Estado laico». Según la izquierda española, ese Concordato beneficia a la Iglesia católica y a los católicos en relación con creyentes de otras

religiones o a no creyentes, en términos de financiación o de tratamiento fiscal de la Iglesia católica, entre otras cosas.

El teólogo José María Castillo lo expresaba de la siguiente manera: «Somos muchos los ciudadanos que hoy en España deseamos y pedimos a nuestros gobernantes que tengan la libertad y el coraje de revisar y modificar los Acuerdos entre el Estado español y la Santa Sede de 1979. Se trataría de revisar y modificar aquellos acuerdos con vistas a que de ellos no se siga ningún tipo de privilegio que, en la práctica, coloque a la Iglesia y a sus fieles en una situación en la que, de hecho, los católicos tengan unos derechos y unas ventajas que no tienen los demás ciudadanos de nuestro país»[61].

Ni a la izquierda ni a este teólogo les parece relevante el dato de que nada menos que un 70 % de la sociedad española se siga declarando católica en 2017, según las encuestas del CIS. A pesar de esa aplastante mayoría, el discurso de la revisión del Concordato se fundamenta en la idea de que debe haber una «igualdad de tratamiento» a todas las religiones, por lo que la religión y las instituciones religiosas del 70 % de los españoles tendrían que recibir la misma consideración que una religión minoritaria. Un argumento que nos llevaría, por ejemplo, a dar la misma financiación pública a partidos que tuvieran 10.000 votantes que a los que tengan 10 millones. O el mismo tratamiento por parte del Estado a sindicatos mayoritarios y minoritarios.

Aún más, según el argumento de la «igualdad» de religiones, serían altamente cuestionables las partidas del Estado dirigidas a la financiación de asociaciones o actividades participadas por porcentajes pequeños o limitados de españoles. Aún más si tenemos en cuenta que ese 70 % de católicos paga los impuestos con los que se subvencionan muchas de esas actividades o partidos como Podemos, que cuestionan y persiguen las actividades y creencias católicas.

Pero la teoría de la igualdad, de la misma manera que la del laicismo, envuelve una actitud más profunda de fondo de la izquierda, que es la de la confrontación con el cristianismo y todas sus manifestaciones. Frente a ello, la derecha acepta y respeta las creencias cristianas, considera que son una parte fundamental de la cultura occidental y que, además, deben recibir un tratamiento político acorde con un inmenso peso en nuestras sociedades. El cristianismo se convierte de esta manera en otra diferencia definidora de la frontera entre la izquierda y la derecha.

Los creyentes prefieren a la derecha

Si usted es creyente, hay bastantes más posibilidades de que vote a un partido de derechas que de izquierdas. Por posiciones como las relatadas más arriba, que derivan parcialmente de las esencias ideológicas de izquierda y derecha. La conocida frase de Karl Marx «la religión es el opio del pueblo» expresaba un eje fundamental del marxismo, la idea de las creencias religiosas como engaño que servía para disfrazar la opresión, como ilusiones opuestas a los hechos y a las condiciones materiales, la única realidad de la vida social. Los hechos de la opresión y los hechos de la ciencia.

El liberalismo se fundamentó en la misma visión racional y científica que el marxismo, pero no estableció una confrontación con las creencias religiosas. Ciencia y religión han podido ser compatibles desde la mirada liberal y han sido mayoritariamente incompatibles desde la mirada socialista. Y la unión en la política del liberalismo con el conservadurismo, defensor del papel central de la religión en la sociedad, ha permitido un papel importante de las creencias cristianas en los partidos y Gobiernos de derechas. Y muy complicado en los Gobiernos de izquierdas.

En las últimas elecciones generales celebradas en España, en 2016, había una masiva mayoría de católicos entre los votantes del PP, un 93,2 %, frente al 78,9 % de los votantes del PSOE y el 76,8 % de los votantes de Ciudadanos, y en agudo contraste con los votantes de la extrema izquierda, un 35,3 % de católicos entre los votantes de Podemos[62]. Se trata de una diferencia habitual en todas las elecciones celebradas en España, con una masiva presencia de católicos entre los votantes de la derecha y un menor peso en la izquierda.

Cierto que en la izquierda se produce un contraste aún mayor en su propio seno, entre la izquierda moderada y la extrema izquierda, porque las encuestas también muestran que hay una mayoría de católicos entre los votantes socialistas y que la diferencia principal se halla sobre todo respecto a los votantes de extrema izquierda que, por ejemplo, en las elecciones de 2016, tenían casi un 60 % de ateos o no creyentes entre sus votantes. Es cierto también que hay una diferencia significativa entre los votantes del PP y del PSOE en cuanto a la práctica religiosa, pues, según un análisis de Metroscopia con datos de la propia Metroscopia y del CIS, hubo un 33 % de católicos practicantes entre los votantes del PP en 2016, frente a un 13,8 % entre los votantes del PSOE y un 9,8 % entre los votantes de Ciudadanos[63]. Pero las diferencias globales entre la izquierda moderada y la derecha en cuanto a sus votantes hacen difícilmente comprensible la agresividad de las élites socialistas respecto a la Iglesia y a las creencias religiosas en uno de esos espacios sociales e ideológicos donde, como ocurre a veces, hay una brecha entre las posiciones de los ciudadanos y las de los dirigentes.

Los católicos franceses también prefieren a la derecha, como lo mostraba una encuesta de Harris Interactive sobre el voto en la primera vuelta de las Elecciones Presidenciales de 2017 publicada en abril. Los ateos votaron mayoritariamente por el candidato de

la extrema izquierda, Jean-Luc Mélenchon, un 30 % de sus votantes, pero los católicos practicantes votaron sobre todo por el candidato de la derecha moderada, François Fillon, quien, a pesar de que ni siquiera pasó a la segunda vuelta, obtuvo un 44 % de sus votos de los católicos practicantes.

El comportamiento es más complejo cuando a las diferencias religiosas hay que sumar las diferencias étnicas. Porque los protestantes estadounidenses votan mayoritariamente por los candidatos de la derecha, pero no así los católicos, quienes a veces se inclinan por la derecha, por Bush en 2004 o por Trump en 2016, pero otras lo hacen por los demócratas, por Obama en 2008 y en 2012, como lo muestran las encuestas del Pew Research Center[64]. Lo que se explica más por las diferencias étnicas que por las religiosas, porque los católicos hispanos votan mayoritariamente y siempre por la izquierda, a diferencia de lo que hacen los católicos descendientes de la inmigración europea. Los judíos votan masivamente por los demócratas, pero igualmente lo hacen los no creyentes. Por ejemplo, en las elecciones de 2016, un 68 % de los no creyentes optó por Hillary Clinton, frente al 26 %, que lo hizo por Donald Trump.

Tanto en Estados Unidos como en Francia o en España, los creyentes prefieren a la derecha, pero los porcentajes importantes de creyentes que también optan por la izquierda muestran de nuevo ese contraste entre la actitud agresiva de muchas de las élites de la izquierda hacia los sentimientos y prácticas religiosas y los sentimientos de sus propios votantes.

En la película *Animales nocturnos* de Tom Ford, estrenada en 2016, el personaje femenino protagonista, interpretado por Amy Adams, hablaba al personaje masculino, encarnado por Jake Gyllenhaal, de sus padres y de su experiencia negativa con ellos, porque, le decía, sus padres eran «religiosos, racistas y sexistas». En la película, los padres calificados como «religiosos, racistas y

sexistas» eran, por otra parte, católicos, muchas veces definidos en términos como los anteriores en las producciones culturales norteamericanas, en agudo contraste con las descripciones de los judíos, en este caso más positivas, quizá por la abrumadora presencia de judíos entre los directores de cine y televisión de Estados Unidos. El particular retrato anterior de los padres católicos de la película de Tom Ford está muy extendido también en Europa, no solo en relación con los católicos, también con las personas religiosas en general. No solo se les atribuyen ideas políticas de derechas, algo que tiene notable correspondencia con la realidad del comportamiento político, sino que se les atribuye rasgos negativos como el sexismo y el racismo, lo que no tiene correspondencia más que en el sectarismo ideológico de algunos directores de cine y de televisión, actores, guionistas y escritores.

Ser de izquierdas y cristiano es complicado en las democracias occidentales. Los líderes de los partidos de izquierdas quieren penalizar a las instituciones religiosas. En el caso de los partidos de extrema izquierda, rechazan virulentamente las creencias cristianas. Pero, además, los líderes intelectuales vinculan las creencias cristianas, y muy especialmente las católicas, con actitudes sociales y culturales retrógradas o discriminatorias como el racismo y el sexismo, de tal manera que la identidad política de izquierdas expulsa de su seno la identidad cristiana o la coloca en un lugar demasiado incómodo para los creyentes.

No hay en la derecha apenas activismo político en favor de las creencias cristianas y de su práctica, más allá de algunas acciones puntuales como la inclusión del cristianismo en sus principios ideológicos, como su condición de «partido inspirado en el humanismo cristiano» que figura entre los principios ideológicos del Partido Popular. En esta como en otras materias de gran confrontación ideológica y cultural y donde la izquierda tiene una mayoría aplastante en los medios culturales, los partidos de dere-

chas optan por un «perfil bajo». Se consideran cristianos, pero no hacen activismo a favor del cristianismo.

Su posicionamiento es, en general, más de respuesta que de afirmación. De respuesta a las agresiones y ataques a los símbolos y creencias cristianas, pero no de defensa activa, de tal manera que la identidad cristiana es un elemento de la identidad de derechas por tradición y aceptación de las ideas de la mayoría de los votantes más que por liderazgo de los políticos de la derecha. Y mucho menos por liderazgo de los intelectuales, periodistas, escritores o artistas de la derecha. El cristianismo es aceptado en la identidad de derechas, expulsado en la identidad de izquierdas, realidad que no gusta a los líderes religiosos porque limita de forma preocupante la posibilidad de extensión del mensaje religioso, pero que es un rasgo característico de todos los países occidentales.

La secularización fracasó

Y todo lo anterior ocurre a pesar de que no se ha producido la llamada secularización de la sociedad occidental y del mundo en general que anunciaron los sociólogos hace unas décadas. Generaciones de sociólogos y politólogos como la mía nos educamos en la universidad en las teorías de la secularización allá por los fines de los setenta y los ochenta. Y nos convencieron de que la secularización era un desarrollo inevitable, poco menos que comparable a la extensión del saber científico en el pasado, a la equiparación de los sexos o a la extensión de la democracia. El planeta, y muy en particular los países occidentales, iban a dejar de creer en Dios, y colocarían sus creencias religiosas en un plano completamente secundario en sus vidas. La razón científica iba a aplastar a la fe religiosa, porque, también pensaban los teóricos

de la secularización, ciencia y fe eran incompatibles o así iban a ser consideradas mayoritariamente.

Secularización era, es, según sus defensores, un sinónimo de modernización, como lo definiera Ulrich Beck cuando escribió que «cuanto más rápida avanza la modernización, de manera más ostensible se desapodera a los dioses. Así, la religión (...) desaparecerá o perderá relevancia a medida que se eliminen sus causas. Cuando se supere la pobreza escandalosa, se universalice la educación, se erradique la desigualdad social y la opresión política sea cosa del pasado, la religión adquirirá el rango de pasatiempo personal»[65]. Sinónimo de modernización y de defensa de las causas más nobles, como podemos apreciar en el texto de Beck, nuevamente, las creencias religiosas ligadas al mal político y social y la secularización a su superación.

Pero el propio Beck tiene que reconocer lo obvio: el fracaso de la secularización, el grave error de aquel diagnóstico sociológico de hace algunas décadas. Beck sugiere que sí se ha producido en Europa Occidental, pero que sería un rasgo específico de esta zona del mundo. Pero incluso esto último es cuestionable. ¿Se puede llamar secularización a un proceso en el que, por ejemplo, los españoles pasaron del 90 % que se declaraban como católicos a mediados de los setenta al 70 % actual, teniendo en cuenta, además, la creciente presencia de otras religiones en nuestro país?

La secularización ha fracasado también en Europa Occidental. Pero la izquierda persiste en vivir políticamente como si la secularización fuera un hecho, como si la modernización y las creencias religiosas no se hubieran unido en perfecta armonía en las sociedades desarrolladas del siglo XXI. Y la derecha, nuevamente aquí en el lado del cambio y no de las creencias del pasado como las teorías de la secularización, cree en esta fusión de la modernización con la fe religiosa, en esta convivencia actual de creencias y ciencia, de avances científicos y hecho religioso.

El problema del fracaso de la teoría de la secularización y la otra diferencia relevante entre izquierda y derecha es la que afecta al desarrollo de los fundamentalismos. Porque fe y modernización se han demostrado compatibles en las democracias occidentales, pero los últimos años también han asistido al creciente peso de las creencias religiosas fundamentalistas, básicamente el islam fundamentalista. Ese es el lado oscuro del fracaso de la secularización. La fe religiosa se ha unido a la modernización y a la democracia en muchos lugares del mundo, pero la fe religiosa también ha derivado en fundamentalismos opresores y violentos en otros países.

Y aquí se produce otra diferencia entre izquierda y derecha que nuevamente cuestiona el monopolio del cambio que se atribuye la izquierda. Porque el laicismo propugnado por la izquierda para restar peso a las instituciones católicas en países mayoritariamente católicos como España va habitualmente unido a una exigencia de equiparación con religiones minoritarias como la musulmana. Pero, sobre todo, va unido a una comprensión e incluso apoyo a prácticas discriminatorias de esas religiones. Como el velo en las mujeres al que me referiré en el siguiente capítulo. En el caso de la extrema izquierda, el apoyo a prácticas discriminatorias en nombre del multiculturalismo está plenamente extendido, algo menos y más discutido en la izquierda moderada, pero en la izquierda en general se produce una enorme contradicción entre las críticas al cristianismo y las exigencias de equiparación a otras religiones que incluyen el respeto a prácticas claramente contrarias a la modernidad.

Por eso la crítica a las creencias religiosas y al papel importante de la religión en la enseñanza o en las instituciones políticas es, en realidad, una crítica al cristianismo. La derecha asume la identidad cristiana y, además, cuestiona los símbolos y prácticas discriminatorias del islam. La izquierda cuestiona la identidad

cristiana y exige una equiparación entre cristianismo e islam porque, piensa, el cristianismo sería contrario a la modernidad mientras que el islam sería una manifestación del pluralismo cultural. La derecha asume una identidad cristiana integrada en la modernización y pide una evolución del islam para su plena integración en esa modernización.

La libertad de la caridad

En 2016, la Iglesia católica atendió en España a casi cinco millones de personas en situaciones de dificultad en sus más de 9.000 centros sociales. Entre esas personas atendidas se incluyeron muchos inmigrantes y también otros grupos sociales vulnerables, como drogadictos o víctimas de la violencia de género. Pero, además, hay 13.000 misioneros españoles en el exterior, quienes, además de su actividad pastoral, ayudan en las zonas más necesitadas del mundo. De esta manera, la Iglesia Católica constituye la ONG más activa y entusiasta de España, como ocurre con la Iglesia en otros lugares.

Cáritas Española invirtió en 2016 más de 328 millones de euros en acciones contra la pobreza, unos recursos que procedían de donaciones privadas en un 72,4 % y de subvenciones públicas en un 27,6 %. Las necesidades atendidas tenían que ver en la mayoría de los casos con la vivienda, la alimentación y la salud, y afectaban sobre todo a familias monoparentales y a familias numerosas. El presidente de Cáritas Española, Manuel Bretón, declaró en agosto de 2017 que «las entidades sociales como la nuestra no estamos para sustituir al Estado, sino para complementar su cometido y mejorar la lucha contra la pobreza a través de las capacidades que nos son propias, como la presencia en el terreno, el conocimiento de la realidad o la cercanía de las personas».

La caridad voluntaria frente a la obligación del Estado, ahí está de nuevo el punto de separación de izquierda y derecha, con una derecha que defiende no solo el valor de la caridad en sí misma, de la generosidad individual o empresarial, sino de la libertad de la caridad, frente a la izquierda que desconfía de la caridad, precisamente por su carácter individual y voluntario. Se trata de un nuevo punto de separación entre la izquierda y el cristianismo, en este caso, la Iglesia católica, la caridad vista como una cuestionable decisión, limosna en su sentido despectivo, una acción individual frente a la obligación social articulada por el Estado de la solidaridad. La obligación de la redistribución de los recursos, recursos que, según la izquierda, estarían concentrados injustamente en unos pocos. La redistribución ordenada y obligada por el Estado es así una acción política de cuestionamiento de la desigualdad que estaría impuesta básicamente por la explotación de las clases altas.

Frente al discurso de la redistribución obligatoria dirigida por el Estado como única manera de virtud social, la derecha apoya la virtud individual de la caridad, la decisión voluntaria de cada persona para la ayuda a los demás, en este caso, vehiculada a través de una organización de la Iglesia como Cáritas. La responsabilidad individual frente a la imposición política está, por otra parte, en la sustancia misma de las dificultades de relación de la izquierda con el cristianismo, la libertad moral de elección y la culpa individual a partir de esa libertad moral que está en la sustancia del cristianismo frente a la acción social impuesta a los individuos en las ideologías de la izquierda.

Si lo anterior se une a la sospecha sistemática sobre las creencias religiosas, nos encontramos con una realidad social en la que la derecha apoya fuertemente la labor social de la Iglesia y la izquierda la cuestiona. Incluso cuando esa labor tiene la importancia y la trascendencia de una organización como Cáritas y va diri-

gida a los más necesitados. Y aún se acentúa más la crítica cuando la labor social de la Iglesia es educativa. En este punto tenemos otro enorme elemento de separación entre izquierda y derecha, con una derecha que apoya las instituciones educativas de la Iglesia y una izquierda que las cuestiona.

El cristianismo no es de derechas ni de izquierdas, pero, nuevamente, izquierda y derecha se dividen también por el peso del cristianismo en la educación. Y ocurre en todos los países, con una derecha que apoya el papel relevante del cristianismo en el sistema educativo de los países cristianos y una izquierda que aboga por la eliminación de su presencia y por la equiparación con religiones minoritarias. Todos los debates sobre religión y educación en España desde el inicio de la Transición han establecido una clara frontera entre derecha e izquierda, con una izquierda que ha querido sacar la enseñanza de la religión del sistema educativo y una derecha que ha apoyado su presencia, y una izquierda que ha abogado por la supresión de cualquier financiación pública de la escuela concertada y una derecha que ha defendido el mantenimiento de esa financiación.

¿Por la creencia de que la religión, cualquier religión, no debe tener la más mínima presencia en los ámbitos gestionados por el Estado? ¿Porque las creencias religiosas formarían parte de una esfera privada que no debe recibir financiación pública? Son razones que no se sostienen en el hecho de que el Estado es la plasmación de creencias sociales o ideológicas en su sentido amplio, por lo que esa separación de la esfera pública de la privada podría llevar a la exigencia de retirada de financiación pública de otras muchas actividades; realmente, de todas. Pero la sustancia del activismo de la izquierda en contra de la asignatura de Religión en la enseñanza o del apoyo público a la enseñanza concertada se sostiene sobre todo en una confrontación con la Iglesia, en una identificación de la Iglesia con ideas de derechas.

Hasta un filósofo tan brillante como Fernando Savater llegó a afirmar en una entrevista reciente que «los dos males de España son los curas y los nacionalistas, que han frenado el desarrollo del Estado liberal y democrático» y que «lo peor es que, cuando gobierna, la derecha hace caso a los obispos, y que la izquierda, cuando gobierna, mima a los nacionalistas»[66].

¿La derecha hace caso a los obispos, como afirmaba Savater, o más bien a ese 90 % de católicos de sus votantes en España y abrumadora mayoría de creyentes cristianos en otros países? ¿Hay una diferencia de creencias y posiciones entre obispos y católicos o más bien entre votantes mayoritariamente católicos de la izquierda y posiciones de sus dirigentes? A los propios obispos les gustaría que hubiera una mayor correspondencia entre identidad cristiana de los votantes de la izquierda moderada y posición de los dirigentes políticos, pero lo cierto es que no es así, que la derecha apoya y sostiene desde un punto de vista ideológico y político el fundamental peso del cristianismo en la sociedad española y que la izquierda quiere reducirlo de manera drástica.

¿Es de izquierdas el aborto?

El aborto representa seguramente la mayor contradicción moral de la izquierda y uno de los debates más difíciles de la derecha. El aborto no es de izquierdas, pero es defendido mayoritariamente y con pasión por los partidos de izquierdas y cuestionado pero admitido en la práctica por los partidos de derechas.

La izquierda considera un «derecho a decidir» de la mujer la decisión de abortar y una posición de «catolicismo integrista» la oposición al aborto. En esos términos se planteó el debate sobre el aborto en Chile en los últimos meses, cuando, en agosto de 2017, el Tribunal Constitucional de Chile aprobó un proyecto de ley de despenalización del aborto impulsado por Michelle Bache-

let, y se convirtió en el último país sudamericano en despenalizar el aborto. La presidenta socialista de Chile declaró que «han ganado las mujeres», que «ha ganado la democracia», que «despenalizar da una base de protección y dignidad» y que «ha ganado la tolerancia y la humanización».

Ciertamente, la ley aprobada en Chile sostiene el aborto en tres circunstancias específicas: cuando peligra la vida de la madre, cuando el feto es inviable y cuando ha habido violación, que son las tres circunstancias habituales en otras leyes de otros países. Pero en todos ellos son mentiras aceptadas oficialmente y socialmente, pues las tres circunstancias amparan la realidad de una gran mayoría de abortos realizados por la mera voluntad de no querer tener ese hijo.

Y Michelle Bachelet sabe como cualquier otro dirigente político que se trata de una justificación legal mentirosa que sirve para amparar la circunstancia mayoritaria: la mera voluntad de abortar. Por lo que ese supuesto derecho de las mujeres, ese reivindicado avance de la democracia y de la humanización, es el apoyo a abortar siempre que así lo desee la mujer. Y ello conlleva, obviamente, la asunción de que el ser no nacido no es un ser humano. ¿Cabe sostener esa negación desde un punto de vista científico o moral? Ciertamente, es imposible la justificación científica y por ello también lo es la moral, por lo que los partidos y líderes políticos y sociales como Bachelet que lo defienden lo hacen sobre mentiras ampliamente aceptadas y perfectamente reconocidas.

Frente a esa enorme contradicción moral de la izquierda, la derecha mantiene en la mayoría de los países una posición complicada en la que habitualmente sigue el camino de la derecha española. Rechaza moralmente el aborto, reconoce una vida humana en el niño no nacido, pero renuncia a un liderazgo político en la materia puesto que se encuentra con una sociedad mayoritariamente favorable a la despenalización del aborto, también

entre los votantes de la derecha. Es esta la razón por la que el Gobierno de Mariano Rajoy comenzó su última andadura en el poder tras ganar las elecciones generales de 2011 con un proyecto para modificar sustancialmente la ley de plazos aprobada por José Luis Rodríguez Zapatero en 2010, pero renunció a esa reforma de fondo en 2014 y no la ha vuelto a plantear ni probablemente lo hará.

En 2014, en pleno debate sobre esa reforma de la ley, una encuesta del Gesop para *El Periódico de Cataluña* mostró que un 83 % de españoles estaba de acuerdo con la idea de que «el aborto debería ser un derecho de la mujer», pero, igual de significativo, si los votantes de izquierdas favorables a esa opinión eran más del 90 %, tanto en Podemos como en el PSOE, el acuerdo también era mayoritario entre los votantes del PP, del 64 %. De ello derivaba que un 78,4 % estaba en desacuerdo con esa reforma de la ley del aborto planteada por el Gobierno de Rajoy, pero el desacuerdo también era mayoritario entre los votantes del PP, un 55 % en desacuerdo frente a un 27 % que estaban de acuerdo[67].

Con esos números entre sus propios votantes era políticamente inevitable que el PP renunciara a la reforma de la ley del aborto. Y la distancia entre la posición moral y la política de la derecha es semejante en todos los países democráticos. De esta manera, el aborto también diferencia a izquierda y derecha, pero lo hace desde un planteamiento moral y no político. Y los cambios de posiciones solo podrán venir de un profundo cambio moral en la sociedad, que todavía no se adivina en las encuestas; al contrario, más bien avanza en la dirección contraria.

CAPÍTULO 9

LA DEFENSA DE LOS VALORES OCCIDENTALES

Un minuto, una civilización

El 7 de junio de 2017 se jugó en Adelaida, Australia, un partido de fútbol de clasificación para el Mundial de Rusia de 2018 entre Arabia Saudí y Australia. Al comienzo del partido se anunció un minuto de silencio en homenaje a los asesinados en Londres cuatro días antes, entre ellos, dos ciudadanas australianas. Una imagen impactó en el mundo entero: los jugadores del equipo australiano formaron en el medio del campo para respetar el minuto de silencio mientras que los jugadores de Arabia Saudí se dispersaron ignorando el homenaje. Después, los portavoces de la federación saudí explicaron que «no era parte de su cultura». ¿La cultura de la honra a los muertos? ¿La cultura del terrorismo fundamentalista que ataca Occidente?

Había una mezcla de varios elementos, todos ellos relativos a la cultura, a la civilización, o a las culturas y civilizaciones divididas por el más grave conflicto bélico de los últimos años. Con ese gesto, los jugadores demostraron y escenificaron la existencia de civilizaciones, de culturas, de valores diferentes entre Occidente y otra civilización, la musulmana. Constataron aquello que Samuel Huntington había definido algunos años atrás como «el choque de civilizaciones», entre ellas, la occidental y la musulmana, porque, creía Huntington, hay diferencias culturales muy

importantes entre las diferentes civilizaciones del mundo, y esas diferencias constituirán la base de los grandes conflictos del futuro. Huntington publicó su tesis en un artículo de 1993 en la revista *Foreign Affairs*[68] y, posteriormente, en forma de libro en 1996, unos cuantos años antes del 11-S y unos cuantos años antes de que el mundo fuera consciente de que había entrado en un gran conflicto internacional: la guerra declarada por el terrorismo islamista.

Veinte años después, los jugadores musulmanes no deseaban homenajear a las víctimas occidentales de un atentado terrorista cometido por un grupo fundamentalista, por su «diferente cultura», alegaron. Y, sin embargo, no hay un consenso en Occidente sobre estas diferencias entre civilizaciones. Y la línea divisoria en ese debate se sitúa nuevamente entre la izquierda y la derecha. Una derecha que reconoce esta diferencia de civilizaciones y una izquierda que no solo la niega, sino que considera agresiva y xenófoba su propia consideración. A pesar de la realidad del terrorismo yihadista y del islamismo radical y de sus acciones en los países musulmanes y en los occidentales. Acciones guiadas por unos valores y cultura opuestos a los valores occidentales.

Son pequeñas las diferencias culturales entre los sectores liberales y demócratas de los países musulmanes y de los países occidentales. El lenguaje de un liberal español y, por ejemplo, de un liberal jordano, es el mismo, pero hay diferencias sociales significativas entre la sociedad jordana y la española, porque ambas se sitúan en lo que Huntington describió como civilizaciones diferentes. Esas diferencias civilizatorias explican en buena medida que, en 2013, las opiniones favorables a Al Qaeda aún fueran del 13 % en Jordania o en Pakistán, del 15 % en Túnez, del 20 % en Malasia y Egipto, del 23 % en Indonesia y del 35 % en los territorios palestinos. El apoyo había descendido respecto de otras encuestas realizadas por el Pew Research Center diez años antes,

pero aún se mantenía significativo[69]. El apoyo al ISIS en 2017 descendió notablemente respecto a Al Qaeda, pero otra investigación del Pew Research Center mostró que había bastantes países de mayoría musulmana en los que el apoyo o las dudas sobre el ISIS eran significativas, como en Pakistán donde quienes no tenían una opinión clara junto a los favorables sumaban más del 70 %, en Senegal, un 40 %, en Malasia, un 36 %, un 27 % en Turquía y un 22 % en Indonesia[70].

Las reacciones sociales ante el terrorismo constituyen un ejemplo extremo de los efectos de las diferencias civilizatorias, pero muestran que esas diferencias existen. Y, sobre todo, los propios ataques terroristas del yihadismo contra los Gobiernos de países musulmanes que no se pliegan a sus exigencias y contra los países occidentales reflejan en su sentido más trágico el conflicto entre civilizaciones. O la existencia de una civilización percibida como tal no solo por los propios occidentales, sino también por personas de otras culturas.

Occidente existe y la derecha lo asume y lo reivindica. Como identidad y como un conjunto de rasgos culturales. ¿Cuáles son? Claramente, la libertad, la democracia, el Estado de derecho, la igualdad, el libre mercado y el cristianismo. Occidente basa su identidad civilizatoria en la defensa de esos principios y también en su mantenimiento frente a amenazas exteriores. También en su expansión a lo largo del planeta.

Escribió el historiador Eric J. Hobsbawm hace unos años que la idea unida a las guerras de Iraq y Afganistán de crear un nuevo orden mundial basado en la expansión de la democracia «no solo era quijotesca sino también peligrosa». Porque se basaba, argumentó, en el equivocado supuesto de unos valores universales comunes que funcionan en todo el planeta, a lo que añadió, además, que esa campaña no iba a tener éxito[71]. Lo más significativo es que la opinión de Hobsbawm se enmarcaba en un especial de

Foreign Policy, en el que ocho importantes pensadores planteaban lo que consideraban las ideas más destructivas para el futuro del mundo, y la extensión de la democracia por el mundo figuró entre ellas.

¿Extender la libertad por el mundo es una idea destructiva? Una buena parte de la izquierda, junto a los nacionalismos aislacionistas y también la corriente realista de la derecha, coinciden en que es así por varios motivos, inherentes a cada uno de ellos. Les une la percepción de que todo proceso de democratización requiere de un proceso evolutivo interno y que la consolidación de la democracia en un país tendrá éxito si ese país está preparado para ello en varios campos, incluido especialmente el de los valores.

La derecha no discrepa de esa consideración sobre la importancia fundamental de la evolución interna de cada país, pero une a ella una actitud claramente favorable a los esfuerzos occidentales para extender la democracia en el resto del planeta. Se trata de una cuestión ética y de confianza en los valores occidentales, en la deseabilidad de que esos valores se extiendan a otros lugares del mundo. Muy en especial, la democracia y la libertad.

Y esa claridad de la derecha tiene mucho que ver con su discrepancia con la teoría de la relatividad de los valores. La idea de que todas las culturas, todas las prácticas, todos los valores son igualmente respetables. Una idea muy arraigada en la izquierda que ha llevado, entre otras cosas, a las posiciones de respeto hacia símbolos discriminatorios como el velo o a iniciativas como la llamada Alianza de Civilizaciones. O, en el mejor de los casos, a una relativización de las diferencias que encuentra culpas para unos y para otros, como cuando el escritor franco-libanés Amin Maalouf escribía que reprochaba al mundo árabe «la indigencia de su conciencia moral» y a Occidente, «su propensión a transformar su conciencia moral en instrumento de dominación», su

«arrogancia», su «insensibilidad» y que, en nombre de la democracia y de la defensa de los derechos del hombre, «destruya», «maltrate», «mate»[72]. Occidente no es inocente, sin duda alguna, pero ha llegado mucho más lejos, al menos hasta el momento, en la extensión de la democracia y en la defensa de la libertad y de la igualdad, y esta diferencia no puede, no debería, desaparecer de la valoración de los líderes occidentales.

Cuando líderes políticos como José Luis Rodríguez Zapatero impulsaron la Alianza de Civilizaciones, junto al entonces primer ministro turco Recep Tayyip Erdogan, a mediados de la década pasada, no solo pretendían evitar las respuestas militares contra los ataques del terrorismo yihadista. Además, defendían la idea de que la teoría del choque de civilizaciones era peligrosa y el problema de fondo más importante que explicaba el terrorismo yihadista era nuestra falta de comprensión y respeto por otras culturas y civilizaciones, en este caso, la musulmana.

Zapatero y Erdogan asumían las ideas de la culpabilidad de Occidente y de la necesidad de que Occidente tratara con máximo respeto a otras civilizaciones. «Debemos tratar de entender las razones de fondo que han dado lugar a los últimos incidentes», escribía Erdogan en 2005. Llamaba «incidentes» a los atentados terroristas y los enmarcaba en «una tensión, casi una polarización, entre Oriente y Occidente y entre los mundos islámico y cristiano, sin precedentes en los tiempos modernos» y, a continuación, equiparaba la tesis del choque de civilizaciones con la cultura de la violencia, y llamaba a sustituirla por la alianza de civilizaciones[73].

Zapatero y otros líderes occidentales asumían y siguen asumiendo la misma tesis, la del contexto que explicaría el surgimiento del terrorismo yihadista, la necesidad de darle respuestas ante todo sociales y culturales y la equiparación de todas las culturas y civilizaciones. Porque no habría diferencias éticas entre

unas y otras y porque una es culpable de desear influir o determinar la otra.

Occidente y la civilización occidental, y la idea de que esta civilización tiene valores culturales que deseamos defender y mantener frente a quienes atacan esos valores, ha quedado de esta forma como otro de los ejes ideológicos que definen a la derecha. No en la caricatura de la derecha intolerante con el islam y con otras culturas, sino de la derecha que tiene un perfecto entendimiento con todos los sectores liberales y democráticos de los países musulmanes, pero un rechazo radical a todos los intentos de equiparar democracia, libertad y modernidad con autoritarismos, represión y desigualdad. Una derecha que cree en el pluralismo, en la sociedad abierta, y que sabe que el multiculturalismo puede ser antitético, si niega precisamente ese pluralismo[74].

Islamofobia y cristianofobia

El 19 de junio de 2017 un hombre lanzó su furgoneta contra un grupo de musulmanes que salía de rezar de la Muslim Welfare House de Londres y asesinó a un anciano musulmán. Cuando bajó del coche tras el crimen y antes de ser detenido, gritó que quería matar a todos los musulmanes. Unas horas después, Theresa May, la primera ministra conservadora, calificó el ataque de «islamofobia». También se pronunció de la misma manera el Consejo Musulmán Británico, que la definió como «la más violenta manifestación de islamofobia hasta ahora». Y, en efecto, lo era, se podía considerar un ataque terrorista impulsado por el odio a los musulmanes, tanto por lo que el propio terrorista gritó cuando lanzó su coche contra las personas que rezaban, sino también por los objetivos que había elegido: musulmanes. Cabe quizá algún debate sobre la naturaleza de este ataque terrorista, pero

probablemente lo tendríamos que encuadrar dentro de los «lobos solitarios».

Pero hubo algo enormemente llamativo en las reacciones sociales y políticas al ataque terrorista contra un grupo de musulmanes y es que fue inmediatamente calificado de islamófobo, cuando ni la primera ministra británica ni las asociaciones musulmanas de Gran Bretaña habían utilizado el calificativo de cristianófobo o cristianofobia para describir los numerosos atentados terroristas yihadistas anteriormente producidos en suelo británico. O en el resto de suelo europeo. También se evitó el concepto en España tras el 11-M, o en Francia, o en Alemania, tras los atentados terroristas reivindicados por Al Qaeda o por el ISIS. Bien al contrario, muchos líderes intelectuales y políticos subrayaron que no se podía hablar de «un choque de civilizaciones» ni de «motivaciones religiosas» y que era imprudente y peligroso relacionar tales atentados con el islam. Y esa tendencia a la evitación de cualquier referencia al islam y a las motivaciones religiosas de los terroristas yihadistas es una constante hasta nuestros días. Y es una constante sobre todo en la izquierda, si bien ejemplos como los de Theresa May muestran que también afecta a la derecha.

Pocos días antes del atentado contra musulmanes, el 3 de junio, se había producido el ataque terrorista del yihadismo en Londres, uno más en la ola de ataques de 2017, por el que no guardaron un minuto de silencio los jugadores de la selección de fútbol de Arabia Saudí. Una furgoneta arrolló a varias personas en el Puente de Londres y, después, los terroristas apuñalaron a varias personas en el Borough Market. Antes de ser abatidos, asesinaron a siete personas e hirieron a cuarenta y ocho. El alcalde laborista de Londres, Sadiq Khan, musulmán y de padre paquistaní, condenó el atentado y el ideario que lo inspiraba. Lo contó y analizó Luis Ventoso en *ABC*, pero no tanto por los conceptos uti-

lizados por el alcalde de Londres para describir ese ideario, «ideología demoníaca», «perversa» o «enfermiza», sino por los que no utilizó. Khan omitió «yihadista» o «islamista», y hasta aseguró que «el atentado nada tiene que ver con el islam», lo que sugirió a Luis Ventoso una incisiva pregunta que resume perfectamente el estado de esta cuestión: «¿Serán radicales cuáqueros?»[75]. Si nada tienen que ver con el islam los miembros del ISIS que reivindicaron el atentado, ¿serán cuáqueros?

En el mismo artículo, Luis Ventoso citaba a Maajid Nawaz, un británico también de origen paquistaní que había estudiado en la London School of Economics, que se radicalizó, se integró en grupo yihadista, fue detenido y pasó varios años en la cárcel, y que ahora es un activista contra elextremismo islámico. Nawaz dijo lo siguiente sobre la evitación del concepto islámico en relación con el terrorismo islamista: «Cualquier político que es incapaz de llamar a la amenaza por su nombre no merece ser tomado en serio. El islamismo es la ideología política que busca imponer su interpretación del islam a la sociedad. El yihadismo es su retorno violento. El terrorismo busca aterrorizar (...) Si estamos tan aterrorizados que ni siquiera podemos llamar por su nombre al mal que nos persigue, no tendremos oportunidad de galvanizar una coalición social para derrotarlo»[76].

Como destaca Nawaz, el terror constituye una parte muy importante de la explicación. Si la palabra islamofobia se utiliza sin problema, pero no así la cristianofobia, si existen tantos reparos al reconocimiento de lo obvio, es decir, del fundamentalismo islámico que inspira la violencia yihadista, se debe en buena medida a que los atentados terroristas en Occidente son en su inmensa mayoría de corte yihadista. El miedo es un elemento fundamental para comprender las actitudes sociales y políticas frente al terrorismo. En España, hemos estudiado con detalle ese problema

en relación con el terrorismo de ETA, como lo hice yo misma en un libro sobre esta cuestión[77].

Pero hay, además, un debate de fondo sobre los valores occidentales, sobre Occidente y su papel en el mundo y la percepción en una parte de la sociedad occidental de que habría una culpa, una responsabilidad de Occidente en la génesis y desarrollo del terrorismo islamista. Una responsabilidad, o bien por la explotación de países más pobres, o por el apoyo a algunas dictaduras, o también por el intento de extensión de ideas consideradas occidentales a países musulmanes.

En la Cumbre contra el Extremismo Violento que se celebró en Washington en febrero de 2015, Barack Obama afirmó que, frente a las ideologías extremistas, uno de los instrumentos más importantes era no perder de vista los valores que hacen de EE. UU. y de Occidente sociedades libres. «Los terroristas esperan que traicionemos nuestros valores y no lo haremos», afirmó. Pero también puso especial énfasis en diferenciar el terrorismo del islam con declaraciones que, sin ser falsas, ponían en evidencia la dificultad de muchos líderes occidentales para reconocer las bases religiosas del terrorismo islamista.

«No son líderes religiosos, son terroristas» y «no representan a mil millones de musulmanes», afirmó sobre los terroristas yihadistas, lo que es cierto tan solo parcialmente, porque los terroristas asesinan por motivos y objetivos políticos o religiosos, y son sostenidos en sus acciones violentas por una parte de la sociedad, a veces una parte muy importante de la sociedad. Obama también añadió que «la noción de que Occidente está en guerra con el islam es una fea mentira que todos, al margen de la fe que practiquemos, tenemos la responsabilidad de rechazar». Y es completamente cierta esta última afirmación porque Occidente no está en guerra con el islam, sino con determinados grupos terroristas, pero hay también en Obama como en tantos y tantos lí-

deres occidentales una voluntad de silenciar la inspiración de determinadas ideas en ese terrorismo.

Tampoco España o Francia estaban en lucha contra el nacionalismo, cuando combatían el terrorismo etarra, y es más que evidente que ni todos los nacionalistas son terroristas ni todo el nacionalismo ha apoyado al terrorismo. Pero las realidades anteriores no nos hicieron perder de vista que la inspiración ideológica fundamental del terrorismo etarra estuvo en el nacionalismo radical, que la motivación que impulsó al crimen a los miembros de ETA fue su objetivo de lograr la independencia del País Vasco. No entender el origen ideológico y la motivación ideológica de ETA era, es, no entender absolutamente nada de ese terrorismo. Y más cuando recordamos que no ha habido un impulso de carácter social o económico en este terrorismo surgido de clases medias y no deprimidas, y que, entre sus apoyos, ha contado con vascos de todas las clases sociales, y esto a pesar de que también el marxismo estuvo en el nacimiento de ETA, pero fue siempre un elemento secundario frente al nacionalismo extremista.

Otra cuestión diferente es si todo el nacionalismo tiene una base antidemocrática o si también ocurre lo mismo con el islam. En este punto discrepo tanto de quienes piensan que el nacionalismo se opone en su esencia a la democracia como de quienes piensan que el islam es incompatible con la democracia. La realidad de los numerosos partidos nacionalistas del mundo como de los países musulmanes muestra que no es cierta esa oposición.

Varios países musulmanes del mundo prueban que el sistema democrático es perfectamente compatible con el islam como lo es con el cristianismo. E incluyo también aquí a Turquía, un país sometido en la actualidad a debate por los procesos de persecución de Erdogan a la oposición, un movimiento autoritario que, sin embargo, está siendo compatible con una oposición votada y

apoyada por turcos que también son musulmanes y creen y apuestan por el sistema democrático.

La llamada Primavera Árabe es otra muestra contundente de la falsedad de la oposición entre islam y democracia. Y lo es, asimismo, el retrato que hacen las encuestas sobre los deseos de democracia y libertad en los países musulmanes, con amplias mayorías a favor del sistema democrático. No hay en el islam nada intrínseco en contra de la democracia, hay interpretaciones en unos sentidos y otros. Por eso la derecha democrática rechaza las equiparaciones entre islam y violencia intrínseca en su doctrina o islam y oposición a la democracia que hacen algunos intelectuales y algunos líderes de los partidos de extrema derecha. No es el islam quien está en contra de la democracia y a favor del terrorismo, son algunos sectores minoritarios entre los musulmanes quienes están en contra de la democracia y a favor del terrorismo, diferencia esencial que sostiene la derecha democrática, pero no así la extrema derecha.

Cuando el líder extremista holandés Geert Wilders exige, por ejemplo, que «Occidente no debería dar al islam la libertad para abolir las libertades en Occidente», confunde y mezcla todo el islam con los sectores radicales en el islam. Y mezcla terrorismo con islam y no con determinados sectores radicales, cuando afirma que «Qué maravilloso sería que el islam fuera lo que la mayoría de nuestros políticos dicen que es: una religión de paz. Maravilloso pero ingenuo, porque la verdad es que casi todos los atentados terroristas cometidos en el mundo en la actualidad lo son en el nombre del islam»[78].

Wilders y sus posiciones representan el otro extremo del problema. Desde quienes solo ven islamofobia y no cristianofobia hasta quienes, como Wilders, encuentran motivos para un rechazo frontal del islam en sí mismo. Entre unos y otros, la derecha democrática asume la identidad de Occidente con sus valores, la

realidad de que la guerra terrorista declarada por el yihadismo se propone acabar con esos valores, pero también la realidad mucho más importante de que las primeras y principales víctimas del yihadismo están entre los propios musulmanes, entre todos aquellos que se resisten a su interpretación extremista y fanática del islam.

Como las casi 150 personas, 132 de ellos niños, que los talibanes asesinaron el 16 de diciembre de 2014 en una escuela de Pakistán. Recuerdo este atentado brutal como uno más entre las atrocidades constantes de los fundamentalistas contra sus propias sociedades. Aquel día, un comando terrorista disfrazado de militar entró en una escuela de Peshawar y los terroristas fueron clase por clase disparando a todos los niños que encontraban. Un niño de nueve años que sobrevivió, relataba el corresponsal Mikel Ayestaran en *ABC*, contó que «en cuanto empezó el tiroteo los profesores lograron sacarnos por una puerta trasera del colegio y nos pidieron que recitáramos el Corán en voz baja». La imagen terrible que resume la identidad, musulmana, de las víctimas más numerosas de los fundamentalistas[79].

Los musulmanes como esos niños masacrados en una escuela de Peshawar son las primeras víctimas de los yihadistas, y, por el otro lado, esa realidad no puede hacernos olvidar que el terrorismo yihadista ha declarado la guerra a Occidente impulsado por un fanatismo de tipo religioso a partir de determinada interpretación del islam.

El velo y la minifalda

Descubrí a Fatema Mernissi allá por el año 2009, cuando compré su libro *El harén en Occidente*, que había sido publicado por Mernissi en el 2000[80]. Unas pocas páginas fueron suficientes para preguntarme cómo era posible que no hubiera conocido ese li-

bro y a su autora mucho antes. Me encontraba ante uno de los textos más brillantes que había leído en mucho tiempo. Provocador, original, seductor, rompedor. Fatema Mernissi conseguía fascinarme intelectualmente como hacía tiempo que nadie lo hacía. Absorbí cada página con entusiasmo, a veces con una sonrisa de admiración y placer ante la brillantez de la autora. Mernissi no solo fue una gran escritora, sobre todo contó desde una perspectiva completamente diferente algunas diferencias culturales entre Occidente y la civilización islámica. Cuando murió, a finales de 2015, lamenté no haber tenido la oportunidad de conocerla y de debatir con ella sobre muchos de los temas de ese libro.

Mernissi, marroquí y musulmana, era tan partidaria de la igualdad de hombres y mujeres como yo misma, como la gran mayoría de las mujeres occidentales, y firme defensora de los cambios en las sociedades musulmanas para hacer efectiva es igualdad, y en ese libro nos mostraba la complejidad de esta cuestión y la propia relatividad de las diferencias. Y así es, también creo como Mernissi que la civilización occidental tiene otras maneras de diferenciar y discriminar a las mujeres, que no podemos pensar en una confrontación entre las sociedades islámicas discriminadoras y las occidentales igualitarias. Yo misma he subrayado algunas de las discriminaciones de Occidente en un libro en el que criticaba igualmente las limitaciones de determinadas posiciones feministas[81].

En los países musulmanes, la discriminación se marca con la ocultación del cuerpo, del cabello, del rostro; en los países occidentales hay una exhibición del cuerpo que tiene su propio elemento discriminatorio, la consideración de las mujeres como bellos objetos más que personas de la misma capacidad intelectual que los hombres. El velo es discriminatorio, pero también puede serlo la minifalda, cuando la mujer es valorada en función de su cuerpo. «¡A qué elección más terrible se enfrentan las mujeres en

la Europa de Kant: escoger entre belleza e inteligencia! Es tan cruel como la amenaza de los fundamentalistas: o llevas la cara cubierta y así vas segura, o muestras tu rostro y sufres sus agresiones»[82].

Mucho después de Kant, las mujeres occidentales siguen sufriendo esa determinación del cuerpo, la oposición entre belleza e inteligencia y la valoración social mayoritaria a través de la belleza física. Pero siendo cierta esa complejidad del concepto de igualdad, es seguro que ninguna mujer liberal del mundo escogería Irán para vivir antes que España, por ejemplo, o Arabia Saudí mejor que Francia. Y no me refiero a la dictadura ni a las condiciones económicas de unos y otros países. Aún si la situación política y económica fuera semejante, ninguna mujer liberal de los países occidentales elegiría Irán o Arabia Saudí para vivir. Probablemente, tampoco la propia Fatema Mernissi, que estudió en Francia y Estados Unidos, y vivió y enseñó en un país mucho más avanzado que Irán o Arabia Saudí en igualdad de hombres y mujeres como es Marruecos.

Occidente es en la actualidad superior en igualdad de hombres y mujeres al mundo islámico, y hay normas discriminatorias contra las mujeres en la cultura musulmana predominante que los liberales occidentales rechazamos. Que la derecha rechaza, pero tan solo parcialmente lo hace la izquierda. He aquí otra de las diferencias importantes entre izquierda y derecha hoy. La izquierda, que pretendió ser representante casi en exclusiva del feminismo, duda, sin embargo, frente a las normas discriminatorias de la cultura musulmana. En nombre del multiculturalismo, bajo la influencia de las críticas a lo que se considera intento de imposición de la llamada cultura occidental.

Por eso las actuaciones más claras en contra de la discriminación de las mujeres musulmanas y en favor de la igualdad propia de Occidente se producen en la gran mayoría de los casos por ini-

ciativas de líderes de la derecha. Así ocurrió, por ejemplo, en agosto de 2016, cuando la alcaldía de Cannes, en Francia, vetó el uso del burkini en sus playas. Bien es cierto que, como en la gran mayoría de los casos, lo argumentó con razones no claramente defensoras de la igualdad de la mujer, en parte por cuestiones legales, en este caso, en nombre del laicismo y para evitar altercados. Pero lo cierto es que la prohibición de este terrible símbolo de discriminación de las mujeres fue decidida por un alcalde de la derecha, David Lisnard, representante de Los Republicanos. Y con la oposición, en primer término, de La Liga de los Derechos Humanos y del Colectivo contra la islamofobia en Francia, en muestra de la diferencia de civilizaciones y de los problemas de la izquierda europea para reconocer la superioridad occidental en términos de igualdad de género.

El líder del Partido Socialista, Benoît Hamon, consideró que la medida de Lisnard era una ridiculización del laicismo y se preguntó «hasta dónde llegaría esta demagogia enfermiza contra los musulmanes», mientras que el Partido Comunista francés se refirió a la prohibición como una muestra de una «deriva racista, nociva y peligrosa».

Cuando, en 2010, el Senado de España aprobó la prohibición del burka y del niqab en los espacios públicos, lo hizo a partir de una moción del Partido Popular y con el apoyo de UPN y CIU, pero con la oposición del PSOE. Entonces, la representante del PSOE, Leire Pajín, afirmó que los socialistas también querían erradicar estas prendas, pero que el camino no era la prohibición y que tal prohibición podría provocar la radicalización de los grupos musulmanes.

La posición de los socialistas españoles es una constante de toda la izquierda europea y refleja una importante división interna entre lo que algunos socialistas consideran como un símbolo discriminatorio y lo que otros ven como un rasgo cultural, y, como

tal rasgo cultural, susceptible de ser respetado. La prohibición, piensa parte de la izquierda, podría ser considerada como un ataque de la «cultura occidental» y una pretensión de superioridad.

Y lo cierto es que algunos líderes, como el que fuera primer ministro francés, Manuel Valls, que sí han manifestado una posición clara a favor de la prohibición de los símbolos discriminatorios del islam, han tenido problemas con su propio partido, y Manuel Valls incluso lo ha abandonado para apoyar la nueva República en Marcha de Emmanuel Macron. Pero cuando aún era primer ministro, en 2016, Valls se posicionó a favor de la prohibición del velo en las universidades francesas con argumentos impecables sobre la igualdad y los valores occidentales: «Me gustaría que fuéramos capaces de demostrar que el islam es compatible con la República, la democracia, nuestros valores, la igualdad entre hombres y mujeres (...) Pienso que el velo identitario, político, reivindicativo como tal, escondiendo a la mujer, tiene por objeto su negación».

Incontestable la defensa de Manuel Valls de los valores occidentales y de la igualdad de las mujeres frente a los valores discriminatorios aún hoy en día en una parte de las sociedades musulmanas. Pero Valls hubo de dejar el Partido Socialista, por estas y otras posiciones. Le pasó, más recientemente que a mí, que el cambio ya no estaba en la izquierda en la que él había militado tantos años. ¿Y puede estarlo para las mujeres occidentales que creen en la igualdad? Es complicado, muy complicado, a no ser que decidan ignorar el debate abierto en la izquierda sobre esta cuestión y la claridad de la derecha en la defensa de los valores de la igualdad propia de Occidente.

Bruce Campbell es actor y muy conocido por su papel en la saga de terror *Posesión infernal*. No se trata precisamente de una obra de reflexión intelectual, pero es más popular, mucho más popular que cualquier producción de corte intelectual. Como lo es su opinión sobre los políticos. Le preguntaron a fines de 2016 en una entrevista, precisamente tras la victoria de Trump, por su opinión sobre la política en Estados Unidos. «Creo que lo políticos son lo único que da más miedo que las películas de terror», contestó.

La valoración de Bruce Campbell sobre los políticos elegidos democráticamente por los ciudadanos de Estados Unidos y de otras sociedades con sistemas políticos liberales coincide en lo sustancial con la opinión de los líderes populistas que han emergido en los últimos años. Como el italiano Beppe Grillo, cómico y actor que fundó el movimiento Cinco Estrellas con el objetivo de denunciar la política tradicional. Su primera gran iniciativa fue la recogida de firmas en 2007 para cambiar la ley electoral e impedir que, entre otras cosas, se pudieran presentar a las elecciones quienes ya hubieran cumplido dos mandatos. Han pasado diez años desde entonces, pero Beppe Grillo sigue en primera línea política al frente de su partido y todo parece indicar que no le va a retirar la coherencia política con sus propias ideas para con los demás, sino, más bien, los ciudadanos italianos, que ya han empezado a retirarle el voto.

Este cómico y actor sin preparación ni experiencia política alguna dijo en una entrevista lo siguiente de los políticos de los sistemas democráticos: «Los políticos no se resignan a aceptar que están fuera de la historia. Este no es un cambio de una clase política por otra, no. Nuestro movimiento son los ciudadanos, que se convierten directamente en Estado, sin delegar en nadie. Es un

cambio de sistema, pero no solo político: también civil, de energía, de trabajo, de economía, de finanzas...»[83].

Es el virus populista que afecta de forma muy importante a los sistemas políticos democráticos y que también amenaza desde dentro a los valores occidentales que están sustentados en la democracia y el Estado de derecho. Democracia y Estado de derecho despreciados y negados por arengas como la siguiente de Grillo en uno de sus mítines: «¡Rendíos! Estáis rodeados por el pueblo italiano. Salid con las manos en alto. Se os ha acabado el tiempo, no abuséis de la buena suerte que habéis tenido hasta ahora». «Ayer dictadores, hoy payasos», tituló *The Economist* sobre Grillo. Eran las palabras, son las palabras, habituales del líder populista italiano contra los políticos elegidos democráticamente por los ciudadanos en una democracia, la italiana, considerada como avanzada por todos los organismos y analistas internacionales.

Posiciones semejantes son mantenidas por todos los partidos y movimientos populistas en Europa, desde los populismos de extrema izquierda como Podemos hasta los populismos de extrema derecha como el Frente Nacional francés. Ahora bien, y aquí reside otra de las diferencias entre derecha e izquierda, la derecha está resistiendo y combatiendo mejor este virus populista que la izquierda. Le afecta, como a la izquierda, porque los movimientos populistas son tan propios de la derecha como de la izquierda. El Frente Nacional en Francia, o Alternativa para Alemania en Alemania, o el UKIP de Bretaña, entre otros, lo demuestran. La diferencia es que los partidos de la derecha democrática mantienen claras distancias con los movimientos populistas, a diferencia de lo que hacen los partidos de la izquierda democrática. Angela Merkel pacta con los socialistas en Alemania, mientras que Pedro Sánchez buscaba y sigue buscando en España un pacto con Pode-

mos para echar al ganador de las elecciones, al PP, y gobernar en España.

La derecha resiste mejor el virus populista porque lo reconoce como tal, como una amenaza para los valores de nuestra civilización. Pero la izquierda insiste en que hay un populismo malo, el de la extrema derecha, y un populismo bueno, el de la extrema izquierda. Un sociólogo, Enrique Gil Calvo, llegó a hacer un símil con el colesterol bueno y el colesterol malo y escribió que hay un populismo malo, como el colesterol, como el de Silvio Berlusconi y afines, y al que describió como «un padrino mafioso que secuestra a sus seguidores para explotarlos en beneficio propio», y que hay, por otro lado un colesterol bueno, un populismo bueno, como el del 15-M, el origen de Podemos cuando escribió Gil Calvo, que sería un «movimiento universalista e integrador»[84].

Habría un diferencia ética e ideológica entre unos populistas y otros, aún mantienen los intelectuales y líderes políticos de la izquierda, lo que tiene mucho que ver con el hecho de que la izquierda siga manteniendo la reivindicación del comunismo, al menos como símbolo y como pasado, y aún cante la Internacional, mientras que la derecha ha establecido una clara frontera y diferenciación con las dictaduras fascista y nazi. Pedro Sánchez sigue levantando el puño y cantando La Internacional en sus mítines, mientras que cualquier reivindicación de la dictadura franquista es inimaginable en los líderes de la derecha española. Y algo parecido ocurre en otros países europeos.

El virus populista que acecha Europa tiene mucho que ver con lo anterior y, además, con el discurso antipolítico surgido de fuentes diferentes alimentado por muchos medios de comunicación. En este segundo plano, la culpa está más repartida entre izquierda y derecha, una culpa provocada en parte por la ignorancia sobre política, en parte por una peligrosa interpretación del sistema democrático, basada en la idea de que no serían necesa-

rios ni preparación ni experiencia política para gobernar un país y, además, habría una diferencia ética según la cual los políticos serían corruptos y los ciudadanos, honrados.

En 2011, la revista *Newsweek* hizo una encuesta entre los estadounidenses para conocer las personas en las que más confiaban para ser presidente de su país. El resultado, muy parecido a otras encuestas, arrojaba un balance disparatado: en primer lugar, los norteamericanos confiaban en Bill Gates (con un 63 % de confianza); en segundo lugar, en Warren Buffett (un 52 %); después, en Mike Bloomberg (32 %), y por detrás, en Ofrah Winfrey (23 %), Jamie Dimon (17 %) y George Clooney (14 %)[85]. Es decir, los norteamericanos optaban por seis millonarios, empresarios, ejecutivos o estrellas de los medios que tienen en común su completa falta de conocimientos y experiencia política, además, por supuesto, de ausencia absoluta de vocación política, razón por la cual, además de la económica, decidieron dedicarse a otras actividades diferentes y más lucrativas que la política.

Esta revista ni ninguna otra preguntan en quién confiarían los ciudadanos para dirigir las grandes compañías, o un medio de comunicación, o una universidad, o un equipo deportivo. Porque dan por supuesto que se requieren conocimientos específicos y experiencia para tales responsabilidades. Sin embargo, el virus populista ha llevado a una creencia muy extendida de que la política es apta para ignorantes y personas sin ningún tipo de preparación específica. Incluso, sin ideas. Literalmente. Federico Pizzarotti, elegido alcalde de Parma con el movimiento Cinco Estrellas, sin ningún conocimiento sobre política, perito electrónico de formación y empleado de banca hasta su ascenso al poder político, llegó a afirmar: «Las ideologías están muertas. Son un error». El alcalde no podría aprobar el primer curso de Ciencia Política y, sin embargo, llegó a la cúpula de una ciudad de casi 200.000 habitantes. Eso sí, en 2017 ha sido derrotado en las elecciones muni-

cipales por un representante de uno de esos partidos «con ideología». Lo que no niega por el momento que el virus populista ha llegado muy lejos. La derecha lo reconoce y la izquierda, por el momento, se suma a él porque piensa que es colesterol, pero del bueno.

CAPÍTULO 10

LA LIBERTAD DE SER DIFERENTES

La derecha se pone perlas, a veces

Cristina Pedroche es una famosa presentadora de televisión, conocida por sus programas, pero también por sus semidesnudos y por su célebre marido, el cocinero Dabiz Muñoz, cuyo amor muestra habitualmente en las revistas de corazón. Los momentos de máxima expectación social hacia su persona se han producido hasta ahora en sus presentaciones de las campanadas de fin de año, y no por lo que dice, sino por los semidesnudos con los que lo hace, con diseños de miles de euros que dejan ver la mayor parte de su cuerpo y provocan un gran entusiasmo popular.

Cristina Pedroche también ha tenido sus momentos políticos, y muy especialmente uno, cuando reivindicó su ideología de izquierdas, su voto a Alberto Garzón, de Izquierda Unida, y sus orígenes humildes, del barrio de Vallecas, y cuando expresó su odio y resentimiento hacia el Partido Popular con la imagen de las mujeres de derechas que se ponen perlas: «Soy de Vallecas, ¿esperas que me ponga perlas y vote al PP...? Hostia, es que es verdad. PP igual a pendientes de perlas. Eso es así de toda la vida. Cuando era pequeña, me daba tanta rabia la gente que iba con pendientes de perla... Es que son pijas malas. Y aquí, en Vallecas, había gente como mi tía que, de repente, se ponía perlas y yo pensaba: *Algo escondes*. Soy de Vallecas y voto a Alberto Garzón. ¿Qué esperan que vote?»[86]

Unos meses más tarde, el líder de los comunistas a quien vota Cristina Pedroche también tuvo su momento de celebridad social, que no política, cuando se casó como un burgués, y muy acomodado, en unas bodegas riojanas en agosto de 2017. Vestido de chaqué, Garzón y su pareja reunieron a 270 invitados, que degustaron un menú de 300 euros y contrataron a una importante cantautora y hasta a una *wedding planner*, Beatriz García Morón, que contó algunos detalles de la boda, como la petición de Garzón de que estuviera presente Karl Marx. Y lo estuvo, con un cartel al lado del rincón de la cerveza en el que el inspirador del comunismo decía: «El motor de la historia es la lucha de clases... y la cerveza». O la fusión contemporánea de la revolución comunista con el vino y la cerveza.

Tras aquel momento de las perlas, Cristina Pedroche sigue presentando programas y posando semidesnuda o desnuda en revistas y redes sociales. Y Alberto Garzón continúa al frente de los comunistas españoles y exigiendo la marcha del PP del Gobierno, a pesar de su victoria electoral, pero ambos recibieron innumerables críticas y gran incomodidad desde sus propias filas políticas e ideológicas por estas y otras exhibiciones.

Como le pasó a quien fuera ministro de Economía del Gobierno de extrema izquierda griego, Yanis Varufakis, en 2015, cuando no resistió la tentación de enseñar al mundo a través de la revista *París Match*[87] su glamurosa vida en un ático de lujo de Atenas junto a su millonaria esposa. El miembro del partido de extrema izquierda Syriza, que se definía como «marxista libertario» y «subversivo» y que criticaba al capitalismo por su «por su capacidad de generar inmensas contradicciones» había caído en una sonora contradicción al revelar la distancia entre su discurso político anticapitalista y antielitista y su vida millonaria. Dimitió en julio de ese año, pero no tanto por su vida de millonario, sino por las dificultades de aquel Gobierno endeudado hasta las cejas

que exigía al resto de europeos que continuaran pagando, no su ático de lujo, pero sí su Estado arruinado.

Los minivestidos de miles de euros de Pedroche, la boda burguesa de Garzón o el ático de lujo de Varufakis son caprichos que se permiten habitualmente los líderes políticos o mediáticos de la izquierda, al fin y al cabo son tan ricos o más que los líderes de la derecha, aunque prediquen la revolución comunista o la redistribución socialista. Y, además, combinan esas vidas de lujo y comodidades, incluso de millonarios, con constantes llamadas a la lucha contra los ricos y las élites, porque, aseguran, ellos tienen derecho a vivir como millonarios y exigir revoluciones comunistas para los demás.

Ahora bien, también es indudable que esa difícil combinación les causa problemas de imagen, por supuesto entre quienes discrepan de sus ideas, pero también en las propias filas. Y no solo por coherencia ideológica, también porque las normas internas de comportamiento social en la izquierda son mucho más estrictas que en la derecha. La izquierda implica uniformidad en imagen y símbolos sociales, correspondencia estética de sus adherentes a las ideas de la igualdad y del espíritu de la Internacional que aún siguen cantando. Si a esto le sumamos que la izquierda también ha construido una imagen de los símbolos estéticos que representarían a la derecha y serían rechazables, los líderes y seguidores de la izquierda se ven constreñidos a unos límites estrechos y coercitivos en sus estilos de vida públicos.

Y eso incluye las perlas que odia Cristina Pedroche, o determinadas prendas, o algunos lugares de vacaciones, marcas de bolsos, puros, ciertos coches, etc. La derecha, sin embargo, también ha construido su modo de vida y su estética a partir de la idea de la libertad, libertad individual para elegir, para prosperar, para competir, para decidir o para vestir. La derecha puede ponerse perlas o vaqueros, presumir de haber nacido en Vallecas, como

Pedroche, o en el barrio más caro de Madrid, veranear en lugares de moda, o llevar un bolso de una marca conocida. La derecha, sus líderes y sus seguidores tienen la libertad de ofrecer la imagen que quieran. La estética de la derecha es compleja y abierta, la de la izquierda es definida y cerrada.

La libertad en las formas de vida y en la estética de la derecha hace imposible un episodio lamentable y cómico al mismo tiempo como el que ocurrió en el laborismo británico en 2007, cuando la por entonces ministra del Gobierno de Gordon Brown, Harriet Harman, reprochó a la diputada de su mismo partido, Hazel Blears, que llevara un bolso demasiado caro. Blears se vio obligada a dar explicaciones sobre el precio de su bolso, 250 libras, y también lo hicieron otras diputadas del Partido Laborista. Blears también respondió a Harman que «no concierne al Estado o a un partido el decirnos cómo podemos gastarnos el dinero que hemos ganado con el sudor de nuestra frente». Pero la «guerra de los bolsos» en el laborismo británico demostró una vez más las estrictas normas estéticas que los adherentes de la izquierda deben acatar para no ser cuestionados y criticados por sus propios compañeros.

La izquierda es especialmente sensible a los bolsos, al menos su parte femenina, como lo comprobé yo misma en una de las principales persecuciones que he sufrido en Twitter, si no la principal. Precisamente por un bolso, el bolso que aparecía en una de mis columnas en una revista de moda, la revista *Mujer Hoy,* y también esta historia, la mía, es completamente verídica, aunque parezca una broma, como lo parece lo ocurrido a Hazel Blears. En mi caso, la mención en un relato de ficción de que tenía un bolso Gucci, un bolso sobre el que se construía una pequeña historia, desató las críticas de la izquierda, incluidas algunas periodistas, por lo que consideraban ofensivo e intolerable, la posesión de un bolso excesivamente caro, como el bolso de Blears.

Mis críticos habían olvidado que soy de derechas y, por lo tanto, libre para vestir como quiera, pasar el verano donde me plazca, comprar la marca de coche que desee, y pueda pagar, fumar puros, ponerme perlas, llevar bolsos de Zara o de Gucci, o, si fuera hombre, vestir trajes de raya en lugar de camisas deportivas. Como dijo la diputada laborista, el Estado o un partido no pueden decirnos cómo gastar nuestro dinero. Pero esa diputada sabe que eso es válido en la derecha, pero no lo es en el partido y en la ideología en la que ella milita. La libertad de la derecha es también estética, la igualdad de la izquierda restringe y reprime también la libertad estética.

El feminismo de Margaret Thatcher

Harriet Harman, la ministra laborista que censuró el precio del bolso a su compañera del Partido Laborista, protagonizó un episodio aún más bochornoso que este dos años más tarde, en 2009, cuando era ministra de Mujer e Igualdad del Reino Unido. Entonces, elaboró la lista de las mujeres británicas más influyentes del siglo y excluyó a... Margaret Thatcher, a una de las mujeres más influyentes no solo del siglo XX en el Reino Unido sino en todo el planeta.

Harman fue obligada a rectificar, era tal su dislate, pero su increíble exclusión representa bien ese fanatismo que definiera el filósofo Mario Bunge cuando afirmó que «los fanáticos odian a las personas tanto como a las doctrinas». Harman ni siquiera tuvo reparos en poner en evidencia su fanatismo cuando, en una entrevista en el diario *The Guardian* en 2015, relató una pequeña historia personal con Thatcher de algunos años atrás. Harman contó con orgullo que un día llevó a uno de sus hijos pequeños al Parlamento y que, cuando vio al otro lado del pasillo a Thatcher disponiéndose a dirigirse hacia ella para saludar al niño, ella pen-

só, «No quiero que mire a mi hijo» porque, contó al periodista del *Guardian*, Simon Hattenstone, imagino que tan asombrado como cualquier lector, que «no quería que Thatcher posara sus ojos en mi perfecto niño»[88]. Y corrió hacia el otro lado del pasillo para impedir que Thatcher saludara a su hijo.

Fanatismos como el anterior corresponden a las personas y no a la izquierda o la derecha democráticas en sí mismas. Pero, más allá de ese fanatismo, sí ha habido un fuerte rechazo ideológico a Thatcher desde la izquierda por su ideología liberal, tanto es así que hasta se le han negado los reconocimientos como una mujer excepcional del siglo XX desde amplios sectores del propio feminismo. A pesar de haber logrado la máxima aspiración de la ideología feminista: tener el mismo poder que los hombres y vivir libremente de acuerdo a sus ideales y objetivos, incluso con la colaboración y la admiración de su propia pareja, Denis Thatcher, que fue también un precursor del hombre ideal del feminismo, el primer hombre de la historia británica que fue consorte de una primera ministra y que, además, ejerció abiertamente como tal siempre al lado, pero en un segundo plano, de su poderosa esposa, tanto que hasta ese papel fue incomprendido por rupturista en su época.

Relaté la historia de Margaret Thatcher en un artículo que titulé «La hija del tendero»[89], en el que recordé sus enormes logros, a pesar de ser mujer en una sociedad aún tan machista y a pesar de haber nacido en una clase media baja en una sociedad clasista como era la Gran Bretaña de los años veinte. Y destaqué la profesión de su padre, tendero, porque, increíblemente, esa circunstancia también ha sido usada por algunos de sus críticos para ridiculizarla, como si tal profesión fuera poco digna o presentable. Pero su padre tendero creía profundamente en la igualdad de hombres y mujeres y fue quien le trasmitió la pasión por la política y la estimuló en sus estudios. Thatcher logró entrar con becas

en Oxford y fue en su tiempo la única miembro de sus gabinetes que había estudiado en la escuela pública y no en los caros colegios privados a los que acudían los futuros miembros de la élite política.

Margaret Thatcher es el ejemplo del ideal feminista, de la llegada de las mujeres a lugares que les estuvieron vetados durante siglos, de la igualdad en el poder, aún más si cabe porque lo logró en condiciones poco favorables desde el punto de vista social y económico, solo en virtud de su enorme capacidad política. Incluso es un ejemplo del ideal feminista en la vida privada, con esa pareja igualitaria en la que el hombre asume un segundo plano que incluso hoy en día sigue siendo difícil de encontrar en la vida pública.

Ahora bien, Margaret Thatcher jamás habló de sí misma como una feminista y, además, ha sido rechazada en todos los planos por una parte del feminismo. Porque el feminismo dominante hasta ahora ha sido el feminismo de izquierdas, y aún más identificado con la extrema izquierda que con la izquierda moderada. En parte porque una buena parte del feminismo académico está más cercano a la extrema izquierda que a la moderada. En parte también porque el feminismo más activista en la calle es el radical. De tal manera que en una parte de la derecha hay rechazo a este concepto, que es identificado con el feminismo radical y no con el liberal.

Cuando observamos cualquiera de las *perfomances* de Femen, por ejemplo, que se definen a sí mismas como feministas y son identificadas también como tales en todos los medios de comunicación, es difícil pensar en la posible existencia de un feminismo liberal. Las Femen son un grupo de mujeres que gustan de exhibirse desnudas o semidesnudas para protestar, dicen, contra diversas injusticias. Ellas han sustituido las revistas eróticas por las exhibiciones en espacios públicos como los propios parla-

mentos. Una de esas exhibiciones nudistas más comentadas fue la que protagonizaron en octubre de 2013, cuando se desnudaron en la tribuna de invitados del Congreso de Diputados para protestar, dijeron, contra la reforma de la ley del aborto del ministro Ruiz Gallardón. «El aborto es sagrado», gritaban mientras las cámaras de los fotógrafos captaban el esperpéntico espectáculo. Algo así como si un grupo de negros que denuncia la discriminación racista se manifestaran en la Cámara de Representantes de Estados Unidos semidesnudos y gritando que la violencia es sagrada.

También llamaron la atención del mundo en 2015 cuando una de sus activistas exhibió al planeta su tanga mientras se subía a la mesa de Mario Draghi, el presidente del Banco Central Europeo, en una comparecencia en Fráncfort. Nadie entendió muy bien la relación del tanga con una protesta contra el Banco Central Europeo, pero la imagen que se fijó nuevamente en el mundo es el del feminismo unido al activismo ultra y en tanga.

Pero hay un feminismo liberal que está plenamente asentado en la derecha y que es asumido y compartido muy especialmente por las mujeres de la derecha. Yo misma escribí hace unos años un libro titulado *Contra el feminismo*[90], que era en realidad un libro feminista, pero liberal, en las antípodas de movimientos ultras como el de Femen y discrepante de algunas ideas del feminismo socialista. En primer lugar, de la asunción de que solo la izquierda cree en la igualdad de hombres y mujeres. Que la mujer más fuerte de la política europea y de la política mundial sea una mujer de derechas, Angela Merkel, no es una casualidad, como tampoco lo fue que la mujer quizá más importante de la política mundial en el siglo XX fuera también de derechas, Margaret Thatcher. Refleja, simplemente, que las mujeres de derechas creemos en la igualdad de la misma manera que las mujeres de izquierdas

y que la llevamos a la práctica con la misma eficacia, y, a veces, mayor.

¿Es Angela Merkel feminista? Ciertamente, lo es. Llegó al poder del país más poderoso de Europa de la misma maneta que Thatcher, por su propia brillantez y extraordinaria capacidad política, sin ningún tipo de privilegio económico ni de origen social, todo lo contrario. Y sus políticas han sido tan favorecedoras de la igualdad de las mujeres como las políticas socialdemócratas de su país. Un repaso de la política alemana y de la política de cualquier país democrático muestra que la presencia de mujeres en el poder político de la derecha es semejante a la de la izquierda, tanto en su peso en las cúpulas de los partidos como en las instituciones.

Feminismo significa creencia en la igualdad de hombres y mujeres y en la necesidad de que las sociedades caminen hacia esa igualdad, algo que, por razones históricas y culturales, no es una realidad aún en ningún lugar del mundo, al menos en todas las esferas sociales, desde la económica a la cultural y pasando por la política. Y esa creencia es compartida por las mujeres de izquierdas y de derechas, pero también por los movimientos políticos de izquierdas y de derechas.

No hay diferencias sobre esa idea fundamental entre, por ejemplo, María Dolores de Cospedal, ministra y secretaria general del PP, y Susana Díaz, la presidenta socialista de Andalucía. O no hay diferencias entre Theresa May, la primera ministra conservadora del Reino Unido, y Michelle Bachelet, la presidenta socialista de Chile. Las diferencias, cuando se producen, son más bien propagandísticas, muy especialmente usadas por la izquierda para construir una imagen machista de la derecha, a partir de la falsedad de que la derecha tendría algunos valores conservadores opuestos a la igualdad de hombres y mujeres. Como ocurrió en aquel comentado debate de las Elecciones Europeas de 2014,

cuando el candidato del PP, Miguel Arias Cañete, dijo aquello de que «si haces un abuso de tu superioridad intelectual, pareces un machista», en relación con la candidata socialista Elena Valenciano. Las acusaciones de machismo de la izquierda duraron dos o tres días, a pesar de la insignificancia de la anécdota. Quizá comparable a alguna de las protagonizadas por Pablo Iglesias, el líder de Podemos, autor de varias declaraciones polémicas sobre las mujeres, con la diferencia de que no han dado lugar a grandes debates públicos como aquel. Porque a la izquierda se le supone el feminismo y a la derecha se le supone el machismo.

Pero el poder real de las mujeres en los partidos y movimientos de derechas y de izquierdas muestra que las mujeres ocupan el mismo poder o mayor en la derecha que en la izquierda y que es igual de contundente su defensa de la igualdad. Si dejamos a un lado los movimientos extremistas del feminismo cercanos a la extrema izquierda, la diferencia entre el feminismo liberal y el socialista está fundamentalmente en algunas de las políticas propugnadas para acabar con la desigualdad, por ejemplo, las cuotas. Las socialistas apoyan mayoritariamente las políticas de discriminación positiva que son cuestionadas por la derecha. En una nueva división entre quienes creen en la imposición del Estado, incluso con medidas discriminatorias, aunque sean de discriminación positiva, y quienes creen en el respeto a la libertad individual.

Las divergencias llegan también al tratamiento de la violencia de género y a un profundo debate sobre la ley española, en la que los hombres son discriminados y tratados de manera desigual por la Justicia, con resultados controvertidos, si no escandalosos, como el caso de Juana Rivas, quien, en el verano de 2017, se negó a cumplir una sentencia judicial para entregar los niños a su padre a partir del argumento de que había puesto una denuncia por

violencia de género y esa sola denuncia debía eximirla de su obligación de entrega de los niños.

El problema de la ley de violencia de género española muestra otra de las diferencias entre el concepto de igualdad de la derecha y de la izquierda. La izquierda parte de la idea de una mujer débil que habría que proteger en una curiosa continuación de las ideas más tradicionales sobre la debilidad y la inferioridad de las mujeres. La derecha cree en una mujer fuerte que asume sus responsabilidades y que es tratada en igualdad por la Justicia y por el Estado. La derecha parte de la constatación de la desigualdad aún reinante entre hombres y mujeres, pero, a continuación, cree en la necesidad de que el Estado garantice la igualdad de oportunidades y que sean las propias mujeres quienes asuman la dirección y el liderazgo de la conquista de la igualdad.

Homosexuales y de derechas

Ruth Davidson es la líder del Partido Conservador en Escocia, poco conocida fuera de sus fronteras, hasta que en las Elecciones Generales de junio de 2017 el Partido Conservador logró un gran resultado en Escocia, en un territorio siempre difícil para los conservadores, y los doce escaños obtenidos fueron determinantes para que Theresa May pudiera mantener a su partido al frente del Gobierno de Gran Bretaña.

Pero la atención sobre Davidson se fijó, a continuación, en otros rasgos, sobre todo en el hecho de que es lesbiana, algo que ella contó públicamente hace bastante tiempo. Líder del Partido Conservador y lesbiana es una combinación que llevó a algunos titulares periodísticos como el de María R. Sahuquillo, que tituló su crónica como «Una *tory* atípica para salvar el partido»[91]. La periodista daba por supuesto que la homosexualidad de la líder de los conservadores escoceses es una ruptura dentro del conser-

vadurismo, una *rara avis*, una excepción. Y, sin embargo, la realidad de los datos indica que esa excepcionalidad es generalizada en todo el arco ideológico, o que el reconocimiento público de la homosexualidad ha sido considerado un problema tanto por los políticos de derechas como por los de izquierdas. La izquierda ha confundido de nuevo aquí el rechazo de ciertos sectores sociales a la homosexualidad con el rechazo de ideologías de derechas, a pesar de los datos contundentes que niegan esa vinculación. La represión de la homosexualidad en las dictaduras comunistas, por ejemplo.

Guido Westerwelle, fallecido en 2016 a causa de una leucemia, fue vicecanciller y ministro de Exteriores en el Gobierno con Angela Merkel, y se casó con su pareja de muchos años, Michael Bronz, en 2010, mientras era ministro y vicecanciller. Fue también uno de los primeros líderes políticos homosexuales en normalizar la presencia y compañía de su pareja en actos oficiales y viajes. Y Westerwelle era miembro del Partido Liberal (FDP), un partido de derechas situado ideológicamente a la derecha de la mayoritaria Democracia Cristiana (CDU-CSU). También su homosexualidad y su boda fueron objeto de interés de los medios de comunicación, pero no porque perteneciera a un partido de derechas, sino porque han sido pocos los homosexuales que han llegado a posiciones tan relevantes de la élite política, y muchos menos los que han ofrecido una imagen pública de sus parejas.

Los líderes homosexuales o que han hablado públicamente de su homosexualidad en la política de los países democráticos son pocos y están muy repartidos entre partidos de izquierdas y de derechas. Miquel Iceta, el líder del PSC, es uno de los más conocidos en las filas de la izquierda española, y Javier Maroto, exalcalde Vitoria y vicesecretario del PP, lo es en la derecha. Javier Maroto se casó en 2015 y a su boda acudieron varios líderes del PP, incluido el presidente del Gobierno y del partido, Mariano Rajoy, lo

que puso de manifiesto la única diferencia entre izquierda y derecha respecto a la homosexualidad: la referida al tratamiento político del llamado matrimonio gay. Porque algunos señalaron que habría una contradicción en la asistencia de Mariano Rajoy a esa boda, puesto que el PP había manifestado años atrás su desacuerdo con la legalización del matrimonio gay en España. Pero la presencia de Mariano Rajoy y de varios líderes de la derecha mostraba más bien que el debate en la derecha se ha decantado al igual que en la izquierda de los países democráticos por un creciente y mayoritario apoyo al matrimonio gay.

Y ese apoyo al matrimonio gay ha crecido de forma llamativa en los últimos diez años en todas las democracias. El Pew Research Center lo mostró en junio de 2017 con una nueva encuesta y con la comparación de lo que había ocurrido en la opinión pública norteamericana desde 2007. Entonces, hace tan solo diez años, los opuestos al matrimonio gay eran mayoría en Estados Unidos, un 54 %, frente a un 37 % de favorables. Pero, diez años después, la situación ha cambiado completamente. Ahora son mayoría los favorables, un 62 %, y minoría los opuestos, un 32 %. Y, mientras que entre los votantes de los demócratas los favorables al matrimonio son claramente mayoritarios, un 76 % frente a un 19 % de opuestos, los votantes de los republicanos están empatados, con un 47 % a favor y un 48 % en contra[92].

Un cambio semejante se ha producido en todos los países democráticos, y eso explica la creciente extensión de leyes para legalizar el matrimonio gay. En España, una encuesta del Eurobarómetro de 2015 mostraba que la gran mayoría era favorable al matrimonio homosexual, un 84 %, y que ese apoyo había subido 28 puntos desde otra encuesta de 2006, cuando el apoyo era del 55 %. El argumento de que un reconocimiento de los derechos de las parejas homosexuales era suficiente y que no se podía llamar matrimonio a una figura legal pensada para la unión de un hom-

bre con una mujer se ha mostrado débil y poco convincente, frente a quienes hemos argumentado que los homosexuales tienen el mismo derecho que los heterosexuales a sellar su relación con la figura legal pensada para ese objetivo y que en el pasado no incluyó a los homosexuales, por la sencilla razón de que sufrían un gran rechazo social.

El recurso del PP en 2005 ante el Tribunal Constitucional contra la ley del matrimonio homosexual de Rodríguez Zapatero fue rechazado por ese tribunal en 2012 y cerró definitivamente ese debate cuando tanto los votantes del PP como sus líderes eran ya mayoritariamente favorables al reconocimiento del matrimonio. La diferencia no mostraba mayor o menor reconocimiento de la igualdad de homosexuales y heterosexuales en la derecha y en la izquierda, pero sí evidenció en este caso una argumentación poco fuerte de la derecha, que ha sido rectificada por los partidos de derechas como el español.

Aún quedan algunas de las viejas imágenes de la izquierda sobre el supuesto rechazo a la homosexualidad en la derecha, pero tanto las políticas de los diversos Gobiernos como la realidad de la llegada de homosexuales a las cúpulas de los partidos y Gobiernos de derechas han cambiado también notablemente la percepción social de esa diferencia en los últimos diez años.

La tauromaquia es libre en la derecha

La derecha defiende la igualdad de las mujeres y de los homosexuales con la misma intensidad que la izquierda, pero tiene y defiende libertades que la izquierda está perdiendo. No solo el estilo de vida en su sentido más amplio, también aficiones y pasiones como la tauromaquia, que tienen importantes problemas en la izquierda, y aún más en España. La tauromaquia no tiene ideología, pero, lamentablemente, su defensa pública y su práctica es-

tán siendo determinadas en España por la ideología. En la derecha, la tauromaquia es libre; en la izquierda española, la tauromaquia ha comenzado a ser objeto de debate y de discriminación.

El 13 de marzo de 2016 tuvo lugar en Valencia una multitudinaria manifestación en defensa de la libertad de la tauromaquia bajo el lema: «Los toros, cultura, raíces y libertad de un pueblo». Acudieron aficionados de toda España y algunas de las grandes figuras del toreo, como Enrique Ponce que declaró: «La cultura no es lo que algunos quieren que sea, es lo que quiere el pueblo que sea. Somos españoles con nuestros derechos y no aceptamos la injuria ni el insulto». Morante de la Puebla afirmó: «Me siento orgulloso de ser español y torero». Y José Tomás expresó su gran satisfacción por «compartir un día así con tantos aficionados que se han dejado la piel para organizar una manifestación en la que hemos demostrado nuestra pasión por el toreo».

Cuando la manifestación pasó por delante del ayuntamiento dirigido por el dirigente del partido extremista Compromís, Joan Ribó, declarado «antitaurino», arreciaron aún con más fuerza los gritos de «Libertad, libertad» que sonaron a lo largo de todo el recorrido de la manifestación. Y es que la celebración de la multitudinaria manifestación se debía fundamentalmente a las campañas lideradas por los partidos de extrema izquierda y nacionalistas, y secundadas parcialmente por la izquierda moderada en contra de la tauromaquia, que han dado lugar a la prohibición en la práctica de las corridas de toros en varios lugares de España, en aquellos controlados políticamente por la izquierda y los nacionalistas.

Así ocurrió en Cataluña en julio de 2010, cuando el Parlamento autonómico votó mayoritariamente a favor de la prohibición de los toros en Cataluña, con 68 votos a favor, 55 en contra y 9 abstenciones. La extrema izquierda, nacionalista o menos naciona-

lista, votó por la prohibición, como lo hizo casi todo el resto del nacionalismo más moderado. Pero lo más significativo de aquella votación contra la tauromaquia es que se produjo cuando el presidente de Cataluña era el socialista José Montilla y que el Sí se impuso porque votaron a favor de la prohibición o se abstuvieron algunos diputados socialistas del PSC.

E igual de significativo, el PSOE adoptó una posición ambigua y fue el Partido Popular el que presentó un recurso ante el Tribunal Constitucional frente a lo que era una prohibición claramente anticonstitucional. Como era de esperar, el Constitucional anuló en octubre de 2016 la ley catalana que prohibió la tauromaquia, pero al igual que en el resto de la legalidad en Cataluña, los alcaldes nacionalistas y los de izquierdas pusieron en marcha todo tipo de trabas para incumplir la sentencia. La alcaldesa extremista de Barcelona, Ada Colau, afirmó abiertamente que pensaba incumplir la sentencia: «Haremos todo lo posible para dejar sin efectos prácticos la sentencia» y lo hizo, además, con el apoyo expreso de su socio de Gobierno, el PSC. El presidente del Grupo municipal socialista y teniente de alcalde Cultura, el socialista Jaume Collboni, afirmó que «se estudiarán las vías legales para mantener aquello que el Parlament de Cataluña y la ciudad de Barcelona acordaron en su día que es que no haya más corridas de toros ni en Barcelona ni en Cataluña». Es decir, que se incumpla la ley y la Constitución.

Y desde entonces, la ley se ha incumplido sistemáticamente en Cataluña y en otros lugares, Baleares, por ejemplo, donde gobiernan los nacionalistas y la izquierda. Para ello han recurrido a todo tipo de trabas municipales y presiones económicas contra los empresarios taurinos, que han imposibilitado la realización de corridas en esos lugares. Siempre con el amparo de la izquierda y la sola defensa de la derecha. Es así que también la libertad de la

tauromaquia se ha convertido en España en un rasgo de la derecha que la diferencia de la izquierda.

Una importante figura del toreo me preguntó recientemente por mi ideología, cuando tuve la oportunidad de charlar por primera vez con él tras una corrida de toros en Santander. Le respondí que, como aficionada taurina que acababa de estar en la plaza de toros, mi tendencia ideológica era fácil de adivinar a tenor de lo que está ocurriendo en las plazas en estos últimos años, y es que los españoles de derechas se sienten libres para acudir y cultivar su afición taurina y los españoles de izquierdas están, sin embargo, confusos por la evolución de sus líderes. La respuesta de esa figura del toreo fue de triste asentimiento ante una realidad que es claramente perceptible en España: que la tauromaquia es en la práctica una libertad de la derecha y una prohibición de la izquierda. Y, como dijo el músico Andrés Calamaro, «La izquierda se pasa por el forro aquel principio idílico del 'prohibido prohibir'»[93].

Ahora bien, la represión de la tauromaquia por la izquierda ocurre en España y no en Francia, lo que ayuda a entender el origen fundamental de la posición de la izquierda española. El presidente francés Emmanuel Macron, antiguo ministro socialista del Gobierno de François Hollande y líder del nuevo partido La République en Marche, declaró poco antes de ser elegido presidente de Francia que «El toreo es un elemento central de la cultura y de la economía del sur de Francia, también del turismo. Soy contrario a la prohibición en los territorios de tradición taurina»[94]. La tauromaquia se desarrolla con plena libertad en las regiones francesas donde existe esta tradición cultural, tanto es así que el periodista y aficionado Rubén Amón tituló uno de sus artículos «*Je suis taurino*», con una reflexión que acababa afirmando que «Tanta corrección, tanto prohibicionismo y tanta mojigatería van

a terminar por obligarnos a los aficionados a exiliarnos a Francia»[95].

Los animalistas apenas tienen influencia en Francia y sus acciones reciben respuestas contundentes y mayoritarias. Así ocurrió en la corrida goyesca de Arles el 9 de septiembre de 2017, cuando un antitaurino saltó al ruedo con la intención de atacar a El Juli. Las autoridades lo detuvieron rápidamente, antes de que pudiera alcanzar al diestro español, pero lo más significativo fue la reacción de los aficionados congregados en la plaza de Arles que, en este momento, se pusieron de pie y, agitando pañuelos blancos, cantaron La Marsellesa, el himno nacional francés.

Pocas semanas antes, en la Feria de Bilbao, en agosto de 2017, el diestro Cayetano Rivera decidió rechazar las banderillas con los colores de la ikurriña que le entregaron en la plaza bilbaína y pidió a sus banderilleros que usaran banderillas con la bandera nacional. Lo hizo muy especialmente porque tres días antes, en esa misma plaza, Antonio Ferrera, el maestro que también banderillea, se negó a poner sus banderillas con la bandera nacional, cuando algunos asistentes le silbaron por llevar esos colores. Aquel día apenas hubo reacción en la plaza bilbaína, en parte porque no pudo observar con claridad lo que estaba pasando, pero tras la indignación que recorrió España en los días siguientes, la plaza de Bilbao donde estaba don Juan Carlos, el rey emérito, fue un clamor en apoyo a Cayetano Rivera y, restrospectivamente, en apoyo a Antonio Ferrera y su gesto de valentía y defensa de la libertad.

La libertad para ser taurino, la libertad para ser torero, la libertad para ser patriota y español. Y es que el factor fundamental que explica el intento de represión del arte de la tauromaquia en España es su simbolismo cultural, el hecho de que haya sido identificado tradicionalmente en España y en todo el planeta como un símbolo central de la españolidad y de la cultura española.

No existe debate legal ni económico. Las leyes defienden con claridad la tauromaquia. Las cifras económicas son también rotundas. En España, por ejemplo, la tauromaquia no solo genera unos 200.000 puestos de trabajo al año, sino que, como recordaba Lorenzo Bernardo de Quirós, «el mundo del toro es la manifestación artística que genera mayores ingresos fiscales en España; por ejemplo, tres veces más que los aportados por el hipersubvencionado cine español»[96].

Y el debate animalista es una excusa tras la que a veces se parapeta parte de la izquierda. El animalismo es minoritario, muy minoritario, en todo el mundo, incluido España. Y lo es porque sus argumentos son insostenibles, de una profunda simplicidad intelectual y de una llamativa hipocresía moral. Los animalistas pretenden prohibir la muerte de los toros en las plazas, pero no persiguen la muerte del resto de animales en los mataderos de todo el planeta, con el mismo o mayor sufrimiento que los toros en las plazas y, además, con una crianza orientada a su sacrificio en los mataderos y realizada en muchas ocasiones, la mayoría, en condiciones poco favorables para el bienestar de los animales. A diferencia de los toros, una especie animal que dejaría de existir automáticamente si desapareciera la tauromaquia, criados con los mismos cuidados que los animales domésticos. Como resumió el artista Andrés Calamaro, «Preocuparse por seis toros en la plaza y aceptar cien mil muriendo asustados en el matadero (con la excusa alimentaria) es infantil, ingenuo, pero también es una canallada»[97].

El animalismo es insostenible argumentalmente en la medida en que no persigue la muerte del resto de animales. Y, sin embargo, es una excusa que utiliza parte de la izquierda para perseguir la tauromaquia en España, sobre todo porque la motivación principal, el rechazo de los partidos nacionalistas hacia los símbolos culturales de España, introduce grandes problemas en la izquier-

da, especialmente en el socialismo en el que la españolidad y las características y señas de identidad de España como nación están en pleno debate.

De esta manera, la libertad de la tauromaquia se une al patriotismo en la derecha y se convierte en otra seña de identidad que la diferencia de la izquierda. La izquierda es arrastrada por los nacionalismos en una corriente crecientemente protagonista de los últimos años en España y la derecha asume también en este campo el liderazgo de la libertad, de la resistencia a los movimientos antilibertarios, de la incorrección política y del cambio.

>EDURNE URIARTE BENGOETXEA (Frúniz, Vizcaya, 1960) es una politóloga, profesora universitaria y columnista española. Catedrática de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad Rey Juan Carlos (URJC) de Madrid, anteriormente fue profesora en la Universidad del País Vasco (UPV). Ha sido columnista de *El Correo, Expansión, Punto Radio* y, en la actualidad, escribe en *ABC* y en la revista *Mujer Hoy*. Es comentarista política de los programas de la cadena radiofónica COPE *Así son las mañanas* y *La linterna*, así como del programa *El gato al agua* de la cadena de televisión Intereconomía, así como las tertulias políticas de 13 TV y en las de *Los desayunos de TVE* y *El debate de la 1*. Además, tiene un blog, *El Blog de Edurne Uriarte*, en la página digital del diario *ABC*.

Fue miembro de la ejecutiva del Partido Socialista de Euskadi-PSOE, fundadora del Foro Ermua y participante en movimientos de resistencia a la organización terrorista ETA. Abandonó el PSOE y pasó de posiciones de izquierda hacia la derecha ideológica por su decepción con el papel del Partido Socialista tanto en la lucha contra ETA como en la defensa de la idea de España en el

País Vasco. Fue presidenta y fundadora de la «Fundación para la Libertad».

En diciembre de 2000 fue el objetivo de un atentado terrorista fallido de ETA en el propio campus de Lejona de la Universidad del País Vasco (UPV). En 2001, obtuvo una cátedra de Ciencia Política en la UPV, no exenta de polémica pues el candidato perdedor Francisco Letamendia organizó una campaña de protesta que algunos medios de comunicación presentaron como «un choque entre los espíritus de Ermua y de Lizarra».

Notas

[1] *Icon,* n.º 7, junio 2014. <<

[2] Edurne Uriarte. *Cobardes y rebeldes. ¿Por qué pervive el terrorismo?* Temas de hoy 2003. <<

[3] *El País*, 25 de Febrero de 2015, entrevista de Jesús Ruíz Mantilla. <<

[4] Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda,* Taurus, Madrid, 1995. <<

[5] Thomas Piketty. *El capitalismo en el siglo XXI*. Fondo de Cultura económica 2013. <<

[6] Juan José Toribio, «Los dueños del capital», *ABC*, 11 de febrero de 2015. <<

[7] Natan Sharansky, «The Case for Democracy. The Power of Freedom to Overcome Tyranny and Terror», *Public Affairs,* 2004. <<

[8] John Carlin, «El dictador y los pigmeos», *El País*, 26 de noviembre de 2016. <<

[9] Edurne Uriarte, *Desmontando el progresismo*, Gota a Gota, 2012. <<

[10] Peter Steinfelds, *The Neoconservatives. The men who are*

changing America's politics, Simon and Shuster, 1980 <<

[11] Our World In Data, ourworldindata.org <<

[12] Our World In Data, ourworldindata.org <<

[13] Our World In Data, ourworldindata.org <<

[14] Freedom House, www.freedomhouse.org <<

[15] Our World in Data, www.ourworldindata.org <<

[16] «Emerging and Developing Economies Much More Optimistic than Rich Countries about the Future», octubre 2014, www.pewglobal.org <<

[17] Pedro Romero, «Lecciones (duras) de las dos Alemanias: 20 años de la caída del muro», www.elcato.org <<

[18] Josep Borrell y varios autores, «Comme en Espagne, la "loi travail" est vouée à l'échec», *Le Monde*, 25 de marzo de 2016. <<

[19] Paul Krugman, *Después de Bush*, Crítica, 2008, págs., 18 y 19. <<

[20] Sophie Coignard y Romain Gubert, *L'oligarchie del incapables,* Éditions Albin Michel, 2012. <<

[21] Julio Carabaña, *Ricos y pobres*, Catarata, 2016. <<

[22] Juan Ramón Rallo, «España, a la cabeza de la igualdad de la riqueza», *El Confidencial*, 23 de septiembre de 2016. <<

[23] Paul Krugman, *op. cit.* pág. 297. <<

[24] Don Watkins and Yaron Brook, *Equal Is Unfair,* St, Martin's Press, 2016. <<

[25] *Fuera de serie,* 13 de agosto de 2014, entrevista realizada por Elena Pita. <<

[26] *El País Semanal*, 14 de junio de 2015. <<

[27] *El País*, 11 de enero de 2015, entrevista de Juan Cruz. <<

[28] José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Alianza, 1995,

pág, 49. <<

[29] Ortega y Gasset, op. cit, pág. 52. <<

[30] Jason Riley, *Fox News*, 2014. <<

[31] Nicholas Wade, *Una herencia incómoda*, Ariel, 2015. <<

[32] Robert Michels, *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973. <<

[33] Felipe González, «Madrid: superar la endogamia», *El País*, 19 de febrero de 2015. <<

[34] Entrevista de John Muller en *El Mundo*, 15 de febrero de 2015. <<

[35] Jaime Viñas, «Este es el gráfico del gasto social del Gobierno de Rajoy sin manipular», *El País*, 21 de junio de 2016. <<

[36] Juan Ramón Rallo, Ángel Martín y Adrià Pérez, «Spain Becomes One of Europe's Highest Taxed Countries», Cato Institute Economic Development Bulletin, 29 de febrero de 2012. <<

[37] Carlos Rodríguez Braun, *Estado contra mercado*, Taurus, 2000. <<

[38] Fundación BBVA, «Values and Worldviews», 2016. <<

[39] www.fedea.net <<

[40] Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, 1996. <<

[41] CIS, «La defensa nacional y las Fuerzas Armadas», estudio nº 2.998, 12 de septiembre de 2013. <<

[42] Pew Research Center, «Proud Patriots and Harsh Critics of Government», www.pewresearch.org, 1 de julio de 2010. <<

[43] Gallup, «One in Three Americans 'Extremely Patriotic'», news.gallup.com, 2 de julio de 2010. <<

[44] John Carlin, «Un dilema sentimental», *El País*, 14 de sep-

tiembre de 2014 <<

[45] Mark Lander, «For Obama, An Unexpected Legacy of Two Full Terms at War», *The New York Times,* 14 de mayo de 2016. <<

[46] Analicé aquellas reacciones tras el atentado del 11-M en España en *Terrorismo y democracia tras el 11-M*, Espasa, 2004. <<

[47] CIS, «Defensa Nacional y Fuerzas Armadas», estudio nº 2298, 12 de septiembre de 2013. <<

[48] CIS, «Ciudadanía», estudio n.º 3020, marzo de 2014. <<

[49] «Deux Français sur trois prêts à moins de services publics pour payer moins d' impôts», www.lesechos.fr <<

[50] «Apoyo mayoritario al uniforme militar en la calle», www.abc.es, 8 de junio de 2017. <<

[51] Giovanni Sartori, *La carrera hacia ningún lugar*, Taurus, 2016, pág. 29. <<

[52] Giovanni Sartori, pág. 47. <<

[53] Nigel Biggar, *In Defense of War*, Oxford University Press, 2013. <<

[54] Michael Walzer, *Reflexiones sobre la guerra*, Paidós, 2004. <<

[55] Michael Ignatieff, *El mal menor*, Taurus, 2005. <<

[56] «NBC/WSJ Poll: Obama's Foreign Policy Rating Plummets, even Without Iraq», www.nbcnews.com, 18 de junio de 2014 <<

[57] Edurne Uriarte, *Terrorismo y democracia tras el 11-M*, Espasa, 2004. <<

[58] «The Third Iraq War», *The Wall Street Journal,* 13 de agosto de 2014. <<

[59] Marc Bassets, «Obama se topa de nuevo con la guerra», *El País*, 23 de agosto de 2014. <<

[60] «Asumir la amenaza», *El País*, 4 de septiembre de 2014. <<

[61] José María Castillo y Juan José Tamayo, *Iglesia y sociedad en*

España, Trotta, 2005, pág. 48. <<

[62] Encuesta postelectoral del CIS, julio de 2016. <<

[63] Natalia Junquera, «Las dos almas del partido preferido por los católicos» *El País*, 13 de diciembre, 2016. <<

[64] «Presidential vote by religious affiliation and race», Pew Research Center, 9 de noviembre de 2016. <<

[65] Ulrich Beck, *El Dios personal*, Paidós, 2009, pág. 30. <<

[66] Entrevista de Manuel Hidalgo en *El Mundo*, 28 de febrero de 2016. <<

[67] Encuesta de Gesop, *El Periódico de Cataluña*, 31 de enero de 2014. <<

[68] Samuel P. Huntington, «The Clash of Civilizations?» *Foreign Affairs*, Summer 1993. En ese artículo escribió en profética descripción de lo que estaba comenzando a ocurrir: «...La fuente fundamental del conflicto en este nuevo mundo no será principalmente ideológica o económica. Las más importantes divisiones en la humanidad y la fuente fundamental del conflicto serán culturales. Los Estados nación permanecerán como los actores más poderosos en la política internacional, pero los conflictos fundamentales de la política global se producirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de civilizaciones dominará la política global». <<

[69] Pew Research Center, «Muslim Publics Share Concerns about Extremist Groups», www.pewglobal.org, 10 de septiembre de 2013. <<

[70] Pew Research Center, «Muslims and Islam: Key findings in the U.S. and around the world», www.pewresearch.org, 9 de agosto de 2017. <<

[71] «The world' s most dangerous ideas: ideas matter, and sometimes they can be dangerous», *Foreign Policy*, septiembre

2004. <<

[72] Amin Maalouf, *Le dérèglement du monde*, Grasset, 2009, págs. 32 y 74. <<

[73] Recep Tayyip Erdogan, «Libertad con responsabilidad», *El País*, 16 de febrero de 2006 <<

[74] Giovanni Sartori escribió que pluralismo y multicultarismo eran antitéticos, y sí, pueden serlo si el multiculturalismo equipara culturas o posiciones que no respetan la libertad e igualdad de

la sociedad pluralista. En Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica*, Taurus, 2003 <<

[75] Luis Ventoso, «¿Serán cuáqueros?», *ABC*, 9 de junio de 2017. <<

[76] Luis Ventoso, op. cit. <<

[77] Edurne Uriarte, *Cobardes y rebeldes*, Temas de Hoy, 2003. <<

[78] Geert Wilders, «Let's Stop the Cowardice, and Tell the Truth about Islam», *Breitbart*, 17 de junio de 2017. <<

[79] Mikel Ayestaran, «Me tumbé inmóvil, cerré los ojos y solo esperé a que me remataran», *ABC*, 17 de diciembre de 2014. <<

[80] Fatema Mernissi, *El harén de Occidente*, Espasa, 2006. <<

[81] Edurne Uriarte, *Contra el feminismo*, Espasa, 2008. <<

[82] Fatema Mernissi, op. cit. Pág. 106. <<

[83] Entrevista en *El Mundo*, 27 de febrero de 2013. <<

[84] Enrique Gil Calvo, «Populismos», *El País*, 4 de marzo de 2013. <<

[85] «What Americans Find Important. A Newsweek Poll», Newsweek, septiembre, 2011. <<

[86] *Papel*, nº 29, 3 de abril de 2016, pág. 26. <<

[87] *Paris Match*, 15 de marzo de 2015. <<

[88] *The Guardian*, «Harriet Harman: 'I've carried a lot on my shoulders. I think I've done my bit», 9 de agosto de 2015. <<

[89] Edurne Uriarte, «La hija del tendero», *Mujer Hoy*, 20 de enero de 2012. <<

[90] Edurne Uriarte, *Contra el feminismo*, Temas de Hoy, 2008. <<

[91] *El País*, 11 de junio de 2017. <<

[92] Pew Research Center, «Support for Same-Sex Marriage Grows, Even Among Groups That Had Been Skeptical», www.peo-

ple-press.org, 26 de junio de 2017 <<

[93] Entrevista de Pablo Carrero en *ABC*, 9 de marzo de 2016. <<

[94] *La Provence*, 16 de abril de 2017. <<

[95] Rubén Amón, «Je suis taurino», *El País*, 13 de mayo de 2016. <<

[96] Lorenzo B. De Quirós, «Economía, política y toros», *El Mundo*, 18 de septiembre de 2018. <<

[97] Entrevista de J.F. Úbeda en *Libertad Digital*, libertaddigital.com, 29 de mayo de 2015. <<

ÍNDICE

Diez razones para ser de derechas 3
Introducción: Atreverse a ser de derechas en un país que parece de izquierdas 6
Leopoldo Calvo Sotelo corrige a Javier Tusell 10
El cambio es de derechas 10
De radio París al taller de socialismo 13
Cuando el euskera se convirtió en arma política 19
El Foro de Ermua y la bomba de ETA 21
Aquella izquierda acomplejada 29
Capítulo 2. La defensa de la libertad 33
¿Igualdad contra libertad? 33
Libertad para hacerse rico 38
Contra todas las dictaduras 43
La virtud de ser neocon 49
Los ultras, los suyos y los nuestros 52
Capítulo 3. El apoyo al libre mercado 58
El capitalismo es «progresista» 58
El mercado ha triunfado 62
Champú al huevo 67
La donación de Amancio Ortega 70
Cristiano, Messi y la desigualdad 76
Capítulo 4. La creencia en el esfuerzo 84
Responsabilidad frente a revolución 84

Contra el derecho a suspender 89
Ser diferente es indecente 95
La ideología del racismo 98
Los mejores políticos 105
Capítulo 5. La construcción del Estado fuerte 114
La derecha defiende un estado fuerte 114
Los recortes que no hace la derecha 118
El tabú de los impuestos 123
El yihadista subvencionado 128
Estado de derecho frente a estado de debilidad 131
Capítulo 6. Un patriotismo sin complejos 136
La rebeldía del patriotismo 136
¿Patriota o nacionalista? 141
Una derecha patriota y una izquierda marxista y nacionalista 147
Una nación, una bandera, un himno 154
Capítulo 7. El apoyo al ejército 158
La violencia no tiene ideología 158
La libertad necesita al ejército 161
El general antimilitarista 167
La guerra existe, a pesar de la diplomacia 169
Las guerras que debemos librar 176
Capítulo 8. El valor del cristianismo 181
La ultra que asaltó una capilla 181
Los creyentes prefieren a la derecha 187
La secularización fracasó 191

La libertad de la caridad 194
¿Es de izquierdas el aborto? 197
Capítulo 9. La defensa de los valores occidentales 200
Un minuto, una civilización 200
Islamofobia y cristianofobia 205
El velo y la minifalda 211
El virus populista 216
Capítulo 10. La libertad de ser diferentes 221
La derecha se pone perlas, a veces 221
El feminismo de Margaret Thatcher 225
Homosexuales y de derechas 231
La tauromaquia es libre en la derecha 234
Autora 241
Notas 243